

Dave
Barry

Ridley
Pearson



Peter y los
Cazadores
de Estrellas

de

Lectulandia

Peter es un niño huérfano que debe viajar con sus compañeros de orfanato a bordo de la *Nunca Jamás*, un viejo cascarón sucio y agrietado, con rumbo desconocido. Pero ninguno sabe lo que el viaje les va a deparar ni que con ellos viaja un baúl que esconde un mágico secreto que todos ansían, incluidos los malvados piratas, que persiguen la *Nunca Jamás* para arrebatarse el preciado tesoro. En su viaje, Peter conocerá a Molly, la hija de un rico diplomático, que le descubrirá el misterio de los Cazadores de Estrellas, pero también un mundo mágico con marsopas parlantes, sirenas y polvo de estrellas.

Lectulandia

Dave Barry y Ridley Pearson

Peter y los cazadores de estrellas

Peter y los cazadores de estrellas - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.01.17

Título original: *Peter and the Starcatchers*
Dave Barry y Ridley Pearson, 2004
Traducción: Ana Herrera y Raquel Herrera
Ilustraciones: Greg Call
Primera edición física en español: 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Storey, a Rob y Sophie;
a Marcelle y Michelle;
y por supuesto a Paige,
de quien surgió la idea.*



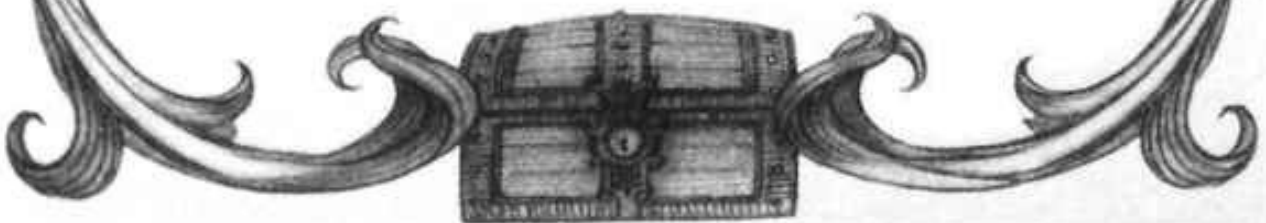


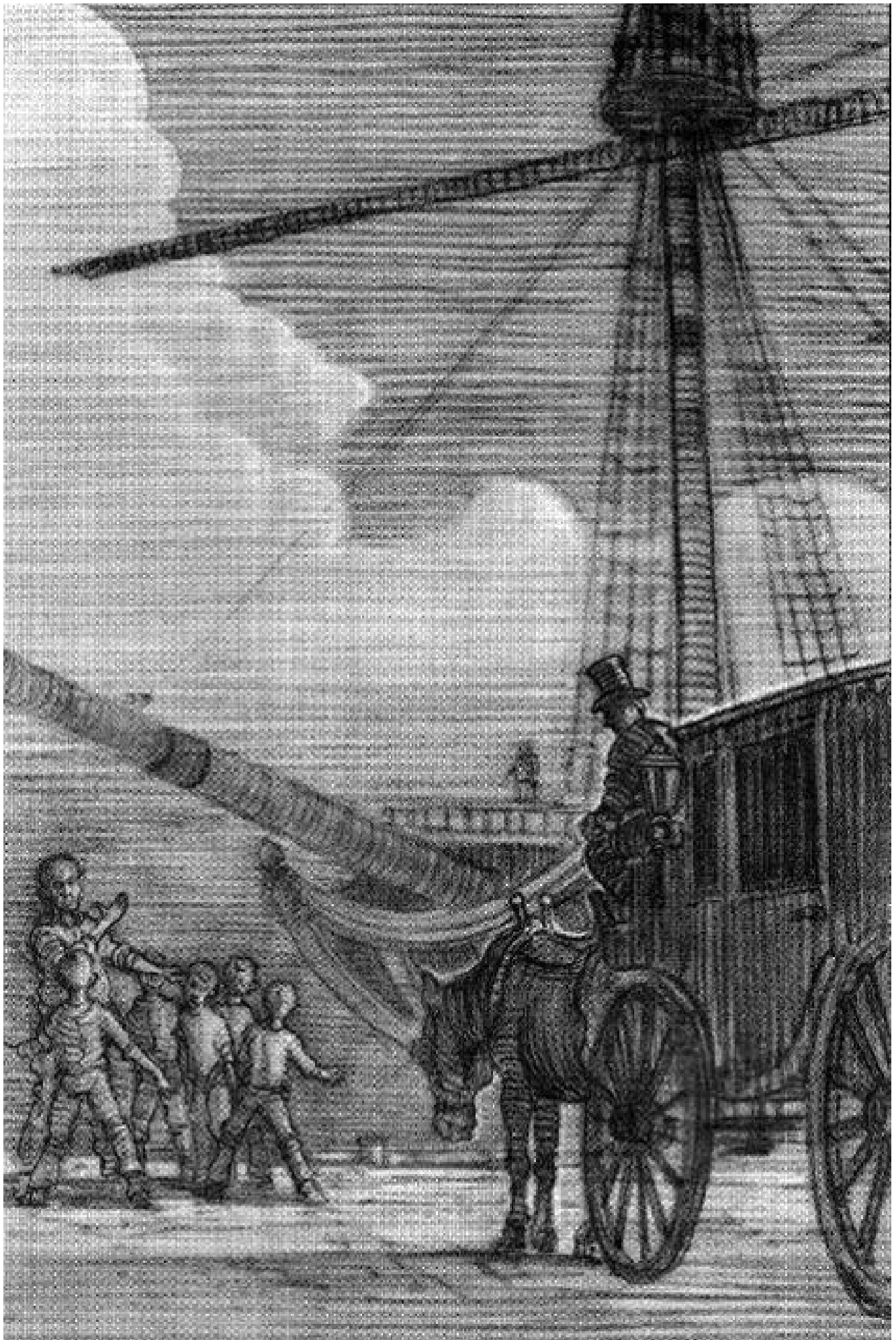
**PETER
Y LOS CAZADORES
DE ESTRELLAS**

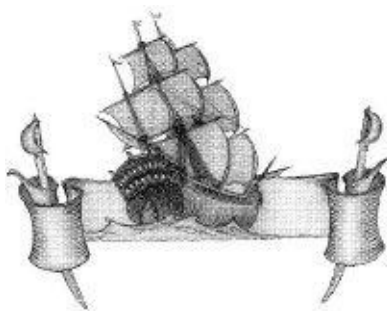
Dave Barry y Ridley Pearson

Traducción de
Ana Herrera y Taquel Herrera

Ilustración
Greg Call







CAPÍTULO 1

La Nunca Jamás

El viejo carruaje, tirado por dos caballos tan viejos y fatigados como él, traqueteaba hacia el muelle. Las ruedas chirriantes hacían *cataclac-cataclac* en los tablones irregulares y despertaron a Peter de un sueño más bien agitado. En el interior del carruaje el aire estaba caliente y cargado con el olor de cinco chicos y un hombre bastante grandote que no eran nada propensos a bañarse.

Peter era el líder de los chicos porque era el mayor. O quizá no lo era. Peter no tenía ni idea de su edad, así que siempre se adjudicaba la que más le convenía y siempre le convenía ser un año mayor que el mayor de sus compañeros. Si Peter tenía nueve años y a St. Norbert's, el hogar para chicos descarriados donde vivía, llegaba un chico nuevo que decía tener diez años, entonces Peter se adjudicaba once. Además, era el que escupía más lejos y eso lo convertía en el líder indiscutible.

Su papel como líder era controlarlo todo en general y no le hacía demasiada gracia cómo estaban yendo las cosas aquel día. Habían informado a los chicos de que los iban a mandar lejos, en un barco. Aunque a Peter no le gustara nada el lugar en el que había estado viviendo los últimos siete años, cuanto más duraba el viaje en el carruaje, más miedo le daba la dichosa palabra «lejos».

Salieron de St. Norbert's cuando aún era de noche, pero Peter ya empezaba a ver una luz grisácea colándose por la ventana redonda de su lado del coche. Miró hacia fuera, con los ojos entreabiertos, y vio una figura oscura que se alzaba junto al muelle. A Peter le pareció que era una especie de monstruo, un bicho con largas espinas que le nacían del lomo, y no le hacía ninguna gracia la idea de meterse en su vientre.

—¿Es eso? —preguntó—. ¿Eso es donde subiremos?

Acto seguido, se agachó rápidamente para evitar el puño derecho de Edward Gremplin, que iba directo hacia él como una maza. Siempre tenía perfectamente controlado dónde estaba el puño de Gremplin, ya que llevaba siete años dedicándose a esquivarlo. Gremplin era el segundo de a bordo en el Hogar St. Norbert's para Chicos Descarriados y tenía muchas reglas: la mayoría se las inventaba al momento y obligaba a cumplirlas todas a fuerza de asestar golpes rápidos en la oreja. Tampoco le importaba demasiado a qué oreja fuera a parar su puño, ya que estaba convencido de

que todos los chicos se dedicaban a romper las reglas.

En esta ocasión, el puño fue a parar a la oreja de un chico llamado Thomas, que hasta entonces estaba adormilado y medio echado en el carruaje, junto al escurridizo Peter.

—¡Ay!

—Se dice «adonde subiremos», y «eso» además tiene nombre —le riñó el señor Gremkin.

También era el profesor de gramática de St. Norbert's.

—Pero yo no he... ¡aaay! —gimió Thomas después del segundo mazazo de Gremkin, que tenía una regla muy estricta que prohibía replicarle.

El carruaje quedó un momento en silencio, a excepción del cataclac incesante. Peter lo volvió a intentar:

—Señor, ¿ése es nuestro barco?

No perdió de vista el puño, por si resultaba que «barco» tampoco era el nombre más apropiado para aquella cosa.

Peter pensaba en intentar escapar, pero no sabía si podría: escapar «lejos» de «lejos» le resultaba algo extraño. En todo caso, no se le ocurría el modo de lograrlo. Había marineros y estibadores por todas partes y también carros y carruajes. Hacia la parte trasera del barco, gente vestida de manera elegante embarcaba por una rampa con un pasamanos de cuerda. Mientras tanto, hacia la proa, estaban cargando cerdos y una vaca por una plancha inclinada, seguidos de gente vestida más bien como Peter y sus amigos.

Gremkin echó un vistazo por la ventana redonda y sonrió, pero no de un modo simpático. No tenía ni un gramo de simpatía en todo el cuerpo.

—Sí, ésa es vuestra nave. La *Nunca Jamás*.

—¿Qué es *Nunca Jamás*? —preguntó un chico llamado Prentiss, que llevaba poco tiempo en el orfanato y no vio el puño hasta que le golpeó en la oreja.

—¡Ay!

—¡No hagas preguntas estúpidas! —replicó Gremkin, cuya definición de «preguntas estúpidas» significaba preguntas que no sabía responder—. Lo único que debéis saber es que este barco será vuestro hogar las próximas cinco semanas.

—¿Cinco semanas, señor? —preguntó Peter.

—Si tenéis suerte —aventuró Gremkin mientras se apoyaba en el carruaje para examinar el cielo—. Si no se desata una tormenta y os envía al infierno... —esbozó otra sonrisa— o peor aún.

—¿Peor aún, señor? —preguntó James.

—Se refiere a que el barco se hunda —explicó Ted Tragón, que tenía un don especial para ver el lado malo de las cosas—, y acabemos en el mar, nadando para salvar la vida.

—Pero yo no sé nadar —protestó James—. Ninguno de nosotros sabe.

—Yo sé nadar —afirmó Ted Tragón orgulloso.

—Tú lo que sabes es flotar —le corrigió Peter.

Incluso Gremplin sonrió al oír eso. Se le veían los trozos de dientes amarillentos a través de los labios agrietados.

Peter miró hacia el muelle y vio un barco mucho más grande y bonito, pintado de color negro brillante. La tripulación llevaba uniforme, a diferencia de los de la *Nunca Jamás*. También lo estaban cargando y parecía listo para zarpar. Si tuviera que elegir entre los dos barcos...

—No importa —soltó Gremplin alegremente y cada vez más animado—: nadar, hundirse, flotar... Los tiburones se harán cargo de vosotros antes de que os ahoguéis.

—¿Tiburones? —saltó James.

—Peces grandes con muchos dientes —explicó Ted Tragón—. Se comen a la gente.

—Y si no hay gente en el mar —preguntó Thomas—, entonces ¿qué comen los tiburones?

—Ballenas —respondió Ted Tragón—. Pero les gustan más las personas y en el mar hay muchas. Siempre se hunden barcos. Una vez me contaron... ¡aay!

—Basta de cháchara. —Gremplin les hizo callar, ya que también tenía una regla contra el exceso de cháchara.

El carruaje se detuvo junto al barco. Cuando Gremplin y los chicos salieron, un hombre grueso y calvo con un mugriento uniforme de oficial bajó ruidosamente por la plancha y se acercó al carruaje.

—¿Es usted Gremplin?

—Así es. ¿Y usted es...?

—Slank. William Slank. Primer oficial, segundo de a bordo en la *Nunca Jamás*.

El hombre puso la misma cara que si acabara de morder una pasa rancia. Peter sintió que a Slank no le gustaba ser el segundo en nada.

—Entonces ¿éstos son los huérfanos?

—Así es. Ya se los puede quedar.

—No me gustan los chicos.

—Entonces seguro que no le gustarán éstos.

—Hemos tenido chicos a bordo antes —explicó Slank—. Siempre estaban armando lío con las ratas.

Los muchachos se miraron entre ellos.

¿Ratas?

—Lo que hay que hacer —afirmó Gremplin— es mantenerlos a raya.

Como prueba de ello, soltó el puño de lado, sin mirar adónde apuntaba. Le dio a Prentiss, que como llevaba poco tiempo aún no había aprendido que no era aconsejable ponerse a la derecha de Gremplin.

—¡Ay!

—Señor —le preguntó James a Slank—, ¿hay ratas en el barco?

—¡No quiero veros jugando con las ratas! —amenazó Slank y le dio un coscorrón

en la oreja—. Resultan muy sabrosas cuando se acaba la comida.

—¿Se acaba la comida? —preguntó Ted Tragón angustiado—. ¿Cuándo?

Slank le dio un manotazo en la oreja y le espetó:

—¡Cuando acabemos de zamparte a ti!

Gremplin asintió en señal de aprobación. Estaba seguro de que dejaba a los chicos en buenas manos.

Peter examinó la zona en busca de un lugar para huir y esconderse. Vio una tienda de suministros donde vendían poleas y cabos de cáñamo, y algunas tabernas: El Perro Salado, La Canción de la Sirena... «¿Sirenas?», se preguntó Peter. Pero mirara donde mirase había marineros y estibadores, hombres rudos con manos rudas. No conseguiría recorrer ni diez pasos sin que uno de ellos lo pescara, eso si Slank no lo pescaba antes.

—Vuelvo a St. Norbert's —dijo Gremplin, dirigiéndose hacia el carruaje; se detuvo un momento, los miró de nuevo y añadió—: Chicos, será mejor que os cuidéis.

Era lo más agradable que Peter le había oído decir a Gremplin en siete años.

—De acuerdo. —Slank se dirigió a los huérfanos, mientras Gremplin volvía a meterse en el carruaje—. Subid a bordo, chicos. Vamos a esperar otra carga más y luego soltamos amarras.

Peter echó un vistazo al hermoso barco que quedaba al otro lado del muelle. Unos soldados se aproximaban a ese navío. Llevaban rifles con bayonetas y vestían uniformes nuevos de color azul y botas negras brillantes. Los soldados acompañaban un carro tirado por caballos cargado con un único baúl de color negro, atado con cadenas y cerrado con candados alrededor.

Los chicos vacilaron al ver por primera vez la *Nunca Jamás*. No era tan grande como esperaban y parecía vieja y consumida: tenía las sogas desgastadas, la pintura desconchada y los percebes y el cieno verde del agua invadían el casco por encima de la línea de flotación.

—¡Moveos! —ordenó Slank.

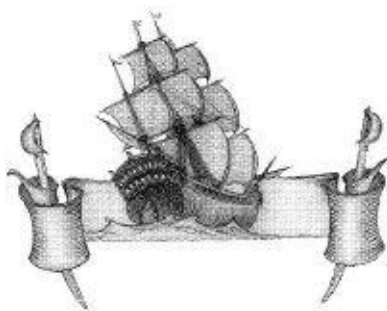
—Yo no sé nadar —susurró James.

—Nos irá bien —dijo Peter—. No puede ser peor que St. Norbert's.

—Sí, sí que puede. La comida se acaba —se lamentó Ted.

—¡Tiburones! —les recordó Thomas—. ¡Ratas!

—Nos irá bien —repitió Peter, y como era el líder empezó a subir por la plancha, aunque todavía pensaba en cómo escapar antes de que el barco zarpara.



CAPÍTULO 2

El segundo baúl

En el mismo muelle, no muy lejos de El Perro Salado y La Canción de la Sirena, dos hombres se afanaban en un oscuro y sombrío almacén, con las enormes puertas abiertas al puerto y a los barcos que se preparaban para zarpar.

—¿Ya hemos acabado? —preguntó Alf, el más grande de los dos. Tenía una verruga en la nariz con forma y tamaño de champiñón pequeño—. Es que me tomaría un trago...

Como era marinero, a Alf siempre le apetecía un trago.

—Todavía no —lo frenó Mack—. Slank dice que tenemos que subir uno más, ese de ahí.

Mack era un hombre delgado, pero tan fuerte como cualquier otro marinero de la *Nunca Jamás*. Llevaba la cabeza de una serpiente tatuada en el cuello y el cuerpo de la serpiente desaparecía entre su ropa ajada.

Mack señaló una esquina del almacén, donde había una lona sucia que cubría un objeto voluminoso. Los dos hombres se acercaron hasta allí. Mack agarró una punta de la lona y la apartó: debajo había un baúl normal y corriente de madera áspera, pero que estaba rodeado por una cadena gruesa y reforzada por dos, no, tres candados.

Alf examinó el baúl frunciendo el ceño:

—¿No es éste el baúl que han traído los soldados esta mañana?

—Lo parece, pero no. Han llegado dos baúles a la vez. El negro lo han subido los soldados a la *Avispa*. Pesaba como el plomo, te lo juro. Entonces viene Slank y me dice que quiere que nosotros subamos este otro, con mucho cuidado, a la *Nunca Jamás*. Ha dicho que había que atarle la lona alrededor y subirlo por la pasarela principal como si fuera de uno de los viajeros. Y dice que si lo hacemos, nos dará dos chelines más.

—¿Por cabeza?

—Por cabeza.

—Pues vamos allá. —Alf no era de los que hacen preguntas si van a pagarle dos chelines más.

—Vamos a atarlo —le sugirió Mack—. Levanta la punta por aquí y yo le meteré la lona por debajo y le pasaré la cuerda alrededor.

—¿Por qué no lo levantas tú?

—La espalda... ya sabes lo que me molesta.

—No más que la mía...

—¡Yo lo he dicho primero!

Alf suspiró. Cuanto más discutieran, y Alf sabía por experiencia que Mack podría pasarse un buen rato discutiendo, menos posibilidades tendría de tomarse un trago antes de zarpar.

—Pues vamos allá —repitió Alf, y se agachó para agarrar la parte inferior del baúl.

Alf era un hombre sencillo, con deseos sencillos. Lo único que esperaba de la vida era disponer de comida lo bastante blanda como para poder masticarla, de un sitio para dormir y de un trago de vez en cuando. Alf nunca había conocido la auténtica felicidad y tampoco esperaba conocerla.

Así que no estaba de ningún modo preparado para lo que ocurrió cuando tocó el baúl con sus manos ásperas y encallecidas.

Al principio sólo fue una sensación de calidez, que le nacía en las manos pero le subía rápidamente por los hombros y le bajaba por la espalda y las piernas. Allí donde iba llegando el calor notaba una sensación maravillosa, como la de meterse dentro de una bañera. En un instante, el dolor en la columna vieja y doblada, el dolor punzante que había sentido casi desde el primer día que pasó en el muelle, desapareció. También el dolor de las piernas cansadas, ¡ya no lo notaba!

Pero había algo más, había un... un olor. Era olor a flores. A hierba fresca en un prado justo después de una lluvia de primavera. A cuando pelas una naranja. A canela y a miel, a pan recién horneado. Y aún notó otro olor más maravilloso que los otros, aunque Alf no sabía exactamente qué era. «Como de noche», pensó.

Alf veía ahora unas luces que le daban vueltas en la cabeza, colores y brillos que se movían al ritmo de la música, que bailaban al son de... campanas, sí, eran campanas, campanitas, se movían al oír ese sonido y era un sonido dulce y agradable, aunque Alf notaba algo más en él, parecía que quería decirle algo. Se inclinó para escuchar, quería oírlo...

—¡Alf! —gritó Mack, sacudiendo al marinero por los hombros todavía con más fuerza, tan fuerte que Alf tuvo que soltar el baúl.

Y cuando lo hizo, los olores maravillosos desaparecieron y también las luces, y las campanas, y Alf volvió a sentir el peso en el cuerpo, la espalda, los brazos y las piernas, además de los antiguos dolores y achaques, y se sintió como si se hundiera, como si hubiera estado (pero eso era imposible) flotando por encima del suelo del almacén, poco más de dos centímetros, pero flotando a fin de cuentas. Se frotó las manos al pensar que alguien había puesto veneno para ratas en el exterior del baúl. Había visto a algunos marineros bailotear como locos tras manipular veneno para ratas.

—¡Alf! —volvió a gritar Mack—. ¿Qué te pasa?

Alf miró a Mack, volvió a mirar el baúl y otra vez a Mack. Se llevó los pabellones de las orejas hacia delante con los dedos. Parecía un payaso.

—Yo... cuando lo he tocado... —titubeó Alf—. ¿No las has oído?

—¿Oír qué?

—Las campanas.

—¿Qué campanas? No había campanas...

—Campanas —insistió Alf— y luces y... —Se detuvo al ver cómo lo miraba Mack—. ¡Veneno para ratas! —gritó, frotándose las manos en los pantalones, intentando limpiárselas.

—¿Ya has ido hoy a la taberna? —le preguntó Mack desconfiado.

—¡Veneno para ratas! —repitió Alf, frotándose esta vez las manos en una toalla vieja y sucia. Mack lo miraba muy extrañado—. Tengo que quitármelo de las manos.

—¿Campanas? —se burló Mack, sacudiendo la cabeza, y volvió a encargarse del baúl.

Alf vio que Mack había ajustado la lona más fuerte alrededor del baúl y la cuerda alrededor de la lona. Aún se veía un trocito del baúl.

—Mack —le retó—. A ver si te atreves, tócalo.

—¿Qué?, ¿yo?

—Sólo tocarlo. Ahí, toca ese trozo de madera.

—¡No quiero tocar veneno para ratas! ¿No te acuerdas de lo que le pasó a Bob *el Hambriento*?

Mack se consideraba un hombre prudente y la verdad es que ahora le daba miedo tocar el baúl. Sabía lo que había pasado cuando lo había tocado Alf, de alguna manera lo había percibido. No, no y no, Mack había decidido que había algo raro en el baúl. ¿Por qué si no iba a darles Slank órdenes especiales y les iba a ofrecer dos chelines más? Mack no quería tocarlo, gracias pero no.

—No nos pagan por jugar con él —le regañó Mack, tensando la cuerda. La lona había cubierto totalmente el baúl—. Slank dijo que hay que subirlo a la *Nunca Jamás* y eso es todo.

—¡Pero Mack! —protestó Alf—. Es verdad lo que te digo, te lo juro por Dios, con o sin veneno, es genial.

—Vamos a acabar el trabajo —le cortó Mack, atando el nudo de la cuerda—, cogemos los dos chelines, nos tomamos unos tragos rápidos en la taberna y nos olvidamos de este baúl.

—Bueno, bueno...



Aunque Alf no creía que pudiera olvidarse tan pronto de lo que acababa de sentir. Quizás una vez que la *Nunca Jamás* estuviera en alta mar podría colarse y volver a visitar el baúl...

Resoplando, los dos hombres levantaron el baúl envuelto en la lona, lo pusieron en una carretilla y la sacaron rodando del almacén hacia el muelle. Un minuto más tarde pasaron por delante de la *Avispa*, cuya tripulación se preparaba para soltar amarras.

—Es un barco bonito, ¿no? —observó Mack.

—¿Qué? —Alf estaba ensimismado pensando en el baúl.

—Digo que la *Avispa* es bonita. Me gustaría navegar en ella algún día. Dicen que es la única nave que puede superar a la *Diablo del Mar*.

La mención del barco pirata captó la atención de Alf. La *Diablo del Mar* era la nave del pirata más temido de los Siete Mares. Los marineros decían que si avistabas la *Diablo del Mar* había llegado la hora de hacer las paces con el creador, porque estarías con él en cuestión de una hora.

—Ningún barco supera a la *Diablo del Mar* —afirmó Alf—. Ninguno lo ha logrado.

—Hasta ahora. La *Avispa* se construyó sólo para eso y el capitán Scott es el mejor marinero que ha navegado en estas aguas. No como el idiota que manda nuestro cascarón agrietado.

Mack miró con desdén la *Nunca Jamás*, que ahora le quedaba justo delante.

—¡Sí! —se lamentó Alf—. Pembridge podría hacer volcar un bote en tierra firme.

Cyrus Pembridge, el capitán de la *Nunca Jamás*, estaba considerado el hombre más incompetente al mando de un barco desde que se formó el agua.

—¿Quién diablos sería tan insensato como para navegar en ese barco con ese hombre al mando? —se preguntó Mack.

—Bueno —respondió Alf—, nosotros.

—Es verdad. Pero nadie más contrataría a alguien como nosotros.

Ahora ya se encontraban junto a la *Nunca Jamás*. Ya habían guardado las cargas y provisiones. La tripulación se preparaba para soltar amarras y la mayoría de los pasajeros estaban en la cubierta. Algunos miraban nerviosos el barco deteriorado y a la desaliñada tripulación en manos de la cual iban a poner sus vidas. Otros estaban apoyados en el pasamanos junto a la dársena, observando los preparativos para zarpar. Entre ellos, Alf se fijó en un grupo de cinco chicos que se hallaban cerca de la proa. Todos parecían asustados excepto uno, un muchacho flaco y pelirrojo. No era el más alto del grupo, pero sí el que parecía estar al mando. Daba la sensación, pensó Alf, de que era la clase de chico que no se pierde una.

—Ya era hora. —Slank bajó a trompicones por la plancha, seguido de dos marineros más—. Llegáis tarde. La marea ha empezado a subir —y ordenó a los hombres que tenía detrás—: Llevad este baúl a bordo.

Mientras los hombres se agachaban para levantar la carga, Alf, sin pensarlo, sin

saber por qué lo hacía, deslizó la mano bajo el faldón de la lona y la metió hasta tocar la madera con los dedos.

—¿Y ahora qué? —gritó Slank—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—Alf —le preguntó Mack—, ¿qué estás haciendo?

Pero Alf no los oía. En un instante se vio otra vez inmerso en todo: en el calor, los olores, la música, la sensación de flotar... y todo era muy agradable, en especial la música. Pero había algo más, algo que decían las campanas, que intentaban decirle... ¿Qué era?

—¡Quita las manazas de la carga! —aulló Slank.

Alf notó que lo apartaban a rastras del baúl y la música desapareció; el resto de sensaciones estupendas desaparecieron con ella. Alf temblaba, pero con la ayuda de Mack consiguió mantenerse en pie. Vio cómo dos hombres cargaban el baúl en el barco y sintió que le invadía la tristeza, porque sabía que quizá no volvería a escuchar aquella música. Estaba a punto de echarse a llorar, pero los hombretones como Alf no lloraban.

Entonces, sin saber por qué, Alf miró hacia la proa y se encontró con los ojos increíblemente azules del muchacho pelirrojo.

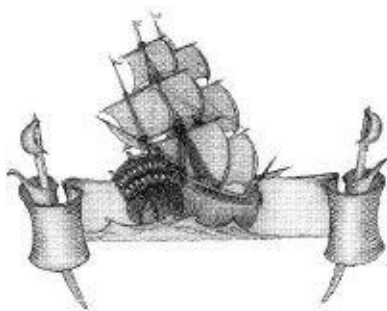
—Vamos, Alf —le susurró Mack, tirándole suavemente de la chaqueta.

El extraño comportamiento de su amigo lo tenía muy preocupado.

Pero Alf se quedó quieto un momento, con la mirada todavía fija en la del muchacho pelirrojo.

—Vamos —repitió Mack—. Vamos a zarpar.

Alf se volvió y siguió a su amigo hacia las cuerdas que sujetaban el barco al muelle. Tras avanzar unos pasos, miró hacia atrás, pero el chico ya no estaba. «Los chicos se meten en todo tipo de líos», pensó. Aún le zumbaban los oídos con la música de aquellas campanas.



CAPÍTULO 3

Molly

Peter se dirigió a la popa de la bulliciosa cubierta de la *Nunca Jamás*, esquivando a los marineros que ultimaban los preparativos para zarpar y ponerse en marcha. Habían retirado la pasarela, la habían subido a bordo y guardado; a continuación, los marineros se pusieron con la pasarela de popa. Cuando terminaran, no habría forma de salir del barco.

El plan de Peter consistía en lanzarse por la pasarela abajo justo antes de que hubieran acabado su trabajo y desaparecer entre el bullicio del muelle. Se imaginó que la salida del barco no se retrasaría por él, por un simple chico de un grupo de cinco.

No tenía ni idea de lo que haría una vez que hubiera bajado del barco. Lo único que sabía era que no quería quedarse en él. Ya había visto suficiente de la *Nunca Jamás* como para persuadirse de que era un barco sucio y desagradable llevado por hombres sucios y desagradables. Le estaban rodeando en esos momentos, apestaban a sudor y forcejeaban con cuerdas y velas mientras un oficial les gritaba órdenes que básicamente consistían en ristas de palabrotas. «No parecen muy felices», pensó Peter.

Se acercó a la pasarela de popa y se detuvo, esperando su oportunidad para huir. Delante de él, bloqueándole el paso, se encontraba Slank, el primer oficial, dedicado a supervisar a los hombres que retiraban la pasarela. Un poco más adelante, dos marineros cargaban el bulto cubierto con una lona que acababan de subir al barco. Peter había vigilado la llegada del cargamento y la pequeña escena que se había desarrollado en el muelle. Había visto cómo un marinero, ese que tenía una enorme verruga en la nariz, palpaba por debajo de la lona y tocaba algo; había visto la cara que se le había puesto al hombre. «Parecía feliz —pensó Peter—. ¿Por qué parecía tan feliz?»

Peter examinó la carga misteriosa que estaban metiendo en la bodega de popa. No parecía pesada. Los marineros la manejaban con bastante facilidad. Peter se preguntó qué habría dentro. Le distrajo una risita y al volverse se topó con algo poco habitual: una chica. No había visto muchas chicas en los últimos años. En St. Norbert's sólo había una, la hija del director, una niña cetrina y antipática que se divertía arrojando

arañas a las cabezas de los niños que pasaban por debajo de su ventana del tercer piso.

La chica con la que se había encontrado Peter no se parecía en nada a la hija del director. Tenía los ojos grandes y verdes; el pelo castaño, largo y ligeramente rizado y dorado en las puntas. Llevaba un vestido largo de color azul que acentuaba la delgadez de su figura. Debía de ser un par de centímetros más alta que Peter y tenía pinta de bañarse a menudo. En St. Norbert's, Peter se bañaba una vez al mes, si es que no lograba escabullirse.

Se enderezó y trató de parecer mayor.

La chica estaba al lado de una mujer corpulenta que llevaba una falda amplia e historiada y blandía una imponente sombrilla de color negro. La mujer tenía el pelo de un rojo poco natural y llevaba la cara impregnada de polvos, endurecidos y agrietados junto a la boca y la nariz. Contemplaba el barco y a la tripulación; quedaba claro que ninguno de los dos le hacía ni pizca de gracia.

Bajaron el cargamento cubierto por la lona a la bodega y desapareció. La chica del pelo castaño observó el proceso y a continuación echó un vistazo rápido a su alrededor. Su mirada recayó en Peter. Él casi esperaba que apartara la vista, como suelen hacer los extraños cuando sus miradas se cruzan por accidente, pero no lo hizo: no dejó de mirarlo, de examinarlo atentamente, hasta que acabó siendo él quien retiró la vista. Peter se volvió hacia el muelle.

—¡Listo, señor! —gritó un marinero.

—¡Sube a bordo de una vez, pues! —respondió Slank—. ¡Estamos perdiendo el tiempo!

La atención de Peter volvió a fijarse en la pasarela, que estaban a punto de subir a bordo. Había llegado el momento, la oportunidad para escapar que había estado esperando. Tensó las piernas mientras se preparaba para bajar corriendo hacia el muelle. «Preparados, listos...»

—¡Peter! —Sintió que una mano lo agarraba de la camisa por detrás—. ¡Peter!
Era James.

—Ahora no —susurró Peter—. Vete.

—Pero no te veía, y... y... y... no te encontraba, y... y...

—¡Vete! —dijo Peter entre dientes, apartando a James de él.

Echó un vistazo rápido a su alrededor y vio que la chica continuaba mirándolo. Volvió a mirar hacia el lugar donde varios marineros se preparaban para subir la pasarela. Peter se puso tenso, listo para salir corriendo.

—¡Por favor! —suplicó James, sollozando, con voz desesperada—. Tengo miedo.

Peter volvió a mirar, sin saber muy bien por qué, a la chica. Ella no dejaba de observarlo atentamente. Le pasó por la cabeza que su expresión significaba que le molestaba el modo en que empujaba a James, y le preocupó. «¿Qué me importa lo que piense ella?»

Pero entonces la chica dijo que no con la cabeza, casi sin moverla.

«No es desaprobación —pensó Peter—, me está avisando.»

La chica indicó con la cabeza en dirección a la plancha. Peter siguió su indicación con la vista y se encontró con un hombretón descomunal, más parecido en realidad a un caballo que a un hombre, y que un minuto antes no estaba allí. Tenía los pies cubiertos por unas botas negras firmemente plantados en la cubierta y en la mano llevaba un látigo largo enrollado.

«Me pregunto qué...»

Todo ocurrió en un segundo, apenas dos. Un marinero echó a correr por la pasarela. Sus pies descalzos tocaban directamente la madera. Debió de dar unas tres zancadas cuando se oyó el chasquido del látigo, moviéndose demasiado rápido como para que Peter pudiera verlo, y se enrolló alrededor del tobillo del hombre como una serpiente. El marinero cayó al suelo de la cubierta mientras el gigante tiraba del látigo y arrastraba al marinero sin esfuerzo alguno, como si no fuera más que un gato muerto, hasta los pies de Slank, que lo observaba con el ceño fruncido.

Slank escupió al marinero.

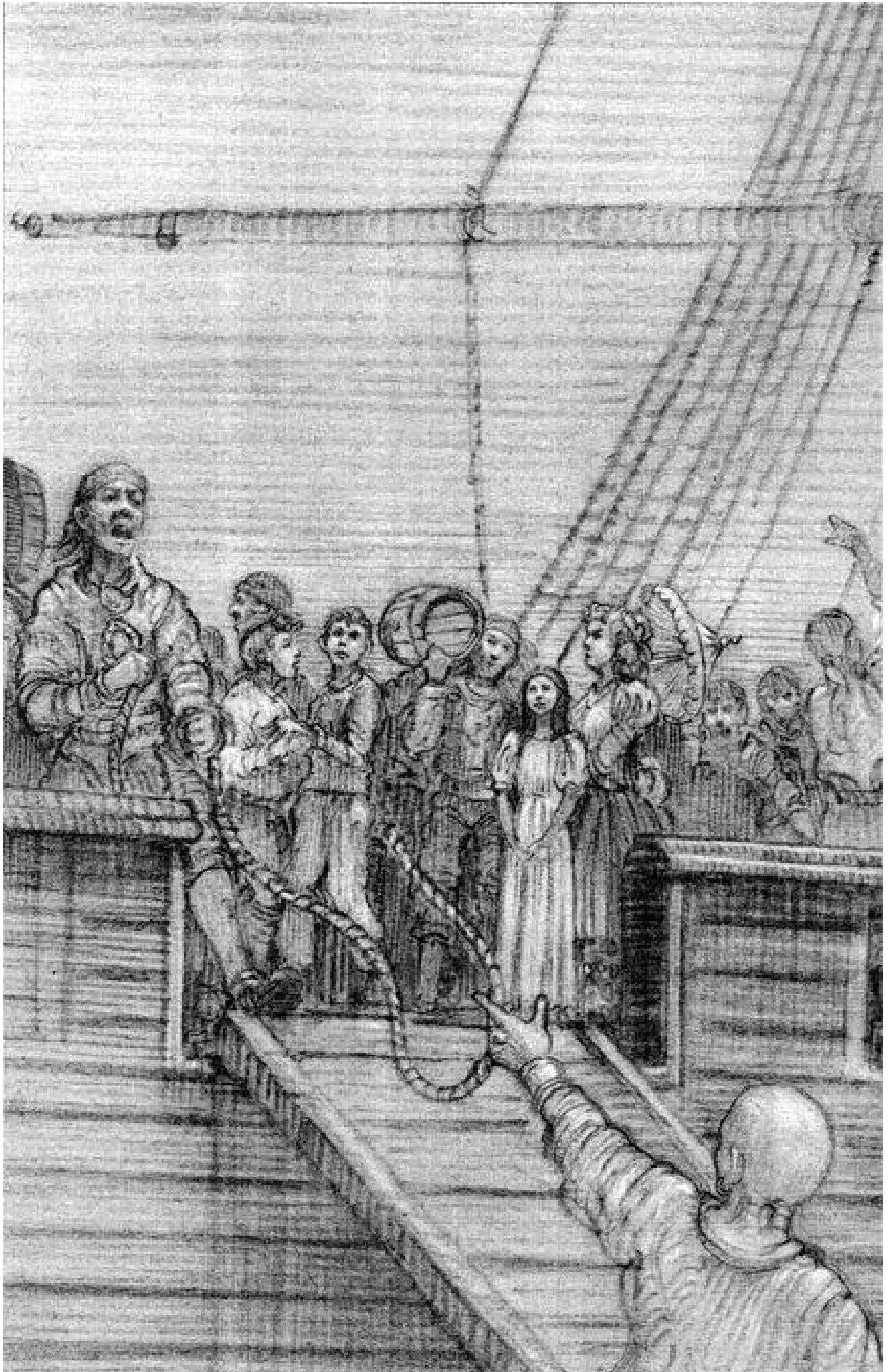
—Te lo has pensado mejor, ¿eh? —se burló—. Siempre hay alguien que se lo piensa cuando llega el momento de zarpar. Para eso tenemos al Pequeño Richard entre nosotros.

Slank señaló en dirección al hombre gigante. A continuación, echó la pierna hacia atrás y golpeó en las rodillas al marinero que había intentado escaparse. El hombre gimió y se retorció en cubierta.

—Te vas a pasar la primera semana en el calabozo —le dijo—. A pan duro y agua durante una semana. A ver qué tal duermes con las ratas, y si tu actitud no mejora, volverás a probar el látigo del Pequeño Richard, sólo que la próxima vez no será tan amable contigo.

Slank echó un vistazo a la cubierta con expresión furibunda.

—¿Alguien más piensa en marcharse? —preguntó. Los marineros rehuyeron la mirada de Slank y se concentraron en sus tareas—. Ya me lo imaginaba. Venga, apartad de mi vista a este saco de pulgas.



Mientras levantaban al marinero, que aún gemía, y se lo llevaban abajo, Slank acabó de supervisar a la tripulación encargada de las pasarelas.

—¡Listos! —gritó—. ¡Poneos al paio!

Los marineros resoplaron, pero enseguida levantaron la pasarela del muelle y la guardaron en cubierta. Slank dio la orden de soltar amarras. La proa, empujada por la marea, empezó a alejarse del muelle. Ya no había modo de escapar del barco.

Peter volvió a mirar a la chica. Ella aún lo miraba. Si ella no lo hubiera avisado, habría sido su tobillo el que habría quedado atrapado en el látigo y habrían arrastrado su cuerpo herido al calabozo. Movi6 la cabeza ligeramente en direcci6n a la chica, s6lo un poco. Era lo m6s parecido a un gesto de agradecimiento que se pod6a esperar de 6l.

La chica tambi6n hizo un gesto, con el rostro serio, pero sus ojos delataban que se estaba divirtiendo. Y entonces, para sorpresa de Peter, la chica se acerc6 al corto tramo de escalera de cuerda que llevaba de las cabinas de la cubierta de popa a la cubierta principal, se subi6 las faldas en un rebujo de tela y baj6.

La mujer robusta se apoy6 en el pasamanos y la llam6:

—¡Señorita Molly! ¡Señorita Molly!

Pero la chica no le prest6 ni la menor atenci6n. Se acerc6 hasta Peter, que trat6 de parecer todo lo alto que pudo. Se hallaban frente a frente.

—¿Estabas pensando en dejarnos? —pregunt6.

—No sé de qué me hablas —respondi6 Peter.

—¿No? —dijo ella, sonriendo.

—No, no lo sé.

—Bien. Porque ser6a una pena perderse un viaje a bordo de una nave tan encantadora como la *Nunca Jam6s*.

La mujer robusta apoyada en el pasamanos superior resopl6 con un ruido parecido al de un pato furioso.

—¡S6, s6, una nave encantadora! —exclam6 Peter—. Es m6s bien una pocilga flotante, con perd6n. Y casi ni flota.

—Esta es la señora Bumbrake —explic6 la chica, que no dejaba de mirar fijamente a Peter—. Es mi... institutriz.

—Su padre nos ha comprado billetes en un barco basurero —coment6 la señora Bumbrake—, pero ¿va a navegar 6l con nosotros? No, claro que no. 6l navega en la *Avispa*, el mejor barco de toda Inglaterra.

—Seguro que pap6a tiene sus razones —repuso la chica.

La señora Bumbrake volvi6 a emitir ese ruido de pato.

—Me llamo Molly Aster —le dijo la chica a Peter—. ¿Tú c6mo te llamas?

—Peter.

—¿C6mo te apellidas?

—No lo sé.

Y era cierto. Cuando estaba en St. Norbert's, le hab6a preguntado una vez al señor

Gremplin cuál era su apellido y Gremplin le había dado un sopapo y le había dicho que era una pregunta estúpida. Peter nunca volvió a preguntar.

—Bueno, señor Peter Nadie —empezó Molly—, ¿sabes cuántos años tienes?

—¿Cuántos años tienes tú?

—Tengo doce.

—Pues yo trece —respondió Peter.

—Un momento —le interrumpió Molly—, acabo de acordarme. Hoy es mi cumpleaños. Tengo catorce.

Peter frunció el ceño y dijo:

—Espera. Si tuvieras doce y hoy fuera tu cumpleaños, cumplirías trece.

—En mi familia no. Sólo celebramos los cumpleaños pares.

Peter estaba impresionado. Nunca se le habría ocurrido nada semejante, pero añadió:

—Yo también acabo de acordarme. Hoy también es mi cumpleaños y ahora tengo... —hizo una pausa dramática— dieciséis años.

—No —contestó Molly—. Eso es demasiado. Catorce lo acepto. Digamos que los dos tenemos catorce años.

Peter se lo pensó un momento.

—De acuerdo. Catorce.

—Así que, señor Peter Nadie de catorce años, ¿por qué vas a Rundoon?

—¿Qué es Rundoon?

Molly se rió.

—¿De verdad que no lo sabes?

—No.

—Bueno, pronto lo sabrás, porque ahí es donde se dirige el barco. Mi padre va a ser el nuevo embajador del lugar, en la corte de Su Alteza Real el rey Zarboff —levantó los tres dedos centrales de su mano derecha—, Zarboff III.

—¡La hija de un embajador! —intervino la señora Bumbrake—. Y nos mete en este orinal, con perdón, y nos manda por alta mar.

—¿Qué clase de sitio es Rundoon? —preguntó Peter.

La señora Bumbrake volvió a resoplar.

—Me temo que no es muy agradable —respondió Molly—. La gente es bastante amable, pero el rey no lo es mucho.

—¿El rey?

—Sí, Su Alteza Real el rey Zarboff III —contestó Molly, y volvió a levantar tres dedos—. Es un hombre malo.

—¿Qué quieres decir con eso de que es malo? ¿Y por qué levantas los dedos cuando dices su nombre?

—Estoy practicando. Si no saludas con los tres dedos cuando dices su nombre y él se entera, hace que te los corten.

—¿De verdad?

—De verdad. Hay una tienda en Rundoon donde sólo venden guantes de dos dedos. Y vende mucho, la verdad.

—Vaya.

—Pero eso no es lo peor —continuó Molly.

—¿Ah, no?

—No. Al padre del rey, Su Alteza Real el rey Zarboff II, se lo comió una serpiente.

—¿Y?

—Que no era sólo una serpiente. Era la mascota de Su Alteza Real el rey Zarboff III.

En esta ocasión, tanto Molly como Peter levantaron los tres dedos.

—¿Su serpiente se comió a su padre?

—Sí. De algún modo —y Molly arqueó las cejas en un gesto cómplice— la serpiente quedó suelta en el dormitorio del padre mientras dormía. Dicen que el hijo no estaba nada disgustado, y ni siquiera se sorprendió cuando se comió a su padre. Y ahora que es el rey, tiene a la serpiente al lado del trono y le da de comer en la mano.

—¿Y qué le da de comer a la serpiente? —preguntó el pequeño James, que no había intervenido hasta el momento.

—¿Y quién es este joven caballero? —preguntó Molly.

—Éste es James —le dijo Peter—. Y no le preguntes su apellido, porque tampoco lo sabe.

—¿Qué le da de comer a la serpiente? —repitió James—. Es decir, ahora que su padre ya no está.

—Sobre todo cerdos —explicó Molly—. Pero mi padre dice que a veces, si alguno de los criados le disgusta, el rey...

—¡Molly! —la interrumpió la señora Bumbrake—. ¡Ya basta!

James se echó a llorar otra vez.

—Peter —gimoteó—, ¡no quiero ir a un sitio donde hay un rey malvado y serpientes hambrientas!

—¡Venid aquí ahora mismo! —soltó una voz furiosa detrás de Peter.

Al reconocer el tono, Peter ya se había escabullido antes de que acabara de decir «ahora», así que el golpe del primer oficial Slank sólo le tocó de refilón.

—¡Mequetrefes, no tendríais que estar aquí! —gritó Slank a Peter y a James—. Esto es para pasajeros de primera clase. Estas señoras...

Miró hacia arriba, hacia la señora Bumbrake, cuya falda ondeante al viento mostraba un tobillo regordete y un trozo de espinilla rosácea. Slank se relajó un momento y a continuación se relamió. La señora Bumbrake se sonrojó y bajó la cabeza, levantando los ojos para pestañear ante un aturdido Slank.

—... estas encantadoras señoras —repitió, volviéndose hacia Peter y James— no quieren que las moleste gentuza como vosotros.

—¡Pero si no nos están molestando! —replicó Molly.

—¡Adelante he dicho! —gritó Slank, ignorando a Molly y empujando bruscamente a Peter y a James, de tal manera que Peter tuvo que agarrar a James para que no se cayera.

—¡Eso no es necesario! —se quejó Molly.

—Con el debido respeto, señorita —intervino Slank—, yo sé cómo tratar a esta gentuza. Ya hemos tenido huérfanos a bordo antes, y si les deja...

—¿Huérfanos? —espetó Molly, abriendo mucho los ojos—. Entonces ¿son huérfanos?

—Sí, señorita. Tenemos cinco a bordo.

Molly se puso seria y miró fijamente a Peter.

—¿Qué? —le preguntó Peter.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Bumbrake.

—¿Qué? —repitió Peter.

Pero Molly no dijo nada.

—Venga, moveos —ordenó Slank, empujando otra vez a Peter y a James—. Y si no queréis saber qué se siente con el látigo del Pequeño Richard, os quedaréis en la proa hasta que llegemos a Rundoon. Después de eso, vuestros tristes pellejos pertenecerán a Zarboff.

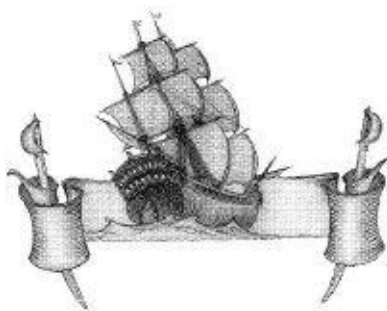
Peter se quedó inmóvil.

—¿El rey Zarboff? —preguntó, levantando lentamente tres dedos—. ¿Zarboff III? Slank se rió. Estaba encantado de ver la cara de susto de Peter.

—¡Vaya, pues sí! ¿No lo sabías? ¡Pasaréis vuestros días como criados de la corte de Su Alteza Real! Muchos criados pasan por sus manos, por las del rey. Parece que tenemos que llevarle toda una remesa nueva en cada viaje que hacemos. Mi consejo es que no te duermas y te muevas, a no ser que quieras ver cómo es su serpiente por dentro.

Slank soltó otra carcajada y volvió a empujar a Peter y a James. Los dos muchachos tropezaron y James se echó a llorar. Cuando llegaron a la proa, Peter se volvió y vio que Molly aún lo miraba. Las velas de la *Nunca Jamás* estaban izadas casi por completo, el barco estaba saliendo del puerto. Peter echó un vistazo a un lado, al agua oscura, calculando la distancia hasta tierra, pero no había aprendido a nadar y sabía que aquél no era el momento ni el lugar para empezar. Además, de la manera en que James se agarraba a la manga de su camisa, si saltase al otro lado los dos acabarían ahogándose.

No, ya no había manera de escapar. Partían rumbo a Rundoon.



CAPÍTULO 4

La Diabla del Mar

Lejos del muelle, al otro lado de la bahía y casi en mar abierto, había un conjunto de rocas tan traicionero que ningún capitán familiarizado con aquellas aguas llevaría su barco hasta allí. A lo largo de los años, muchos navíos habían chocado con esas rocas y se habían hundido; sus restos quedaban esparcidos en pedazos por todas partes: mástiles, proas, quillas. Era el lugar perfecto para esconder un barco. Lo llamaban «el Cementerio de los Ángeles», y asustaba tanto a la mayoría de los marineros que ni siquiera miraban en esa dirección.

Pero había un barco allí ahora, entre las enormes rocas, un barco largo y bajo, negro como el carbón, con tres mástiles apuntando hacia el cielo como los dedos de un esqueleto. En la cubierta de proa había dos hombres, uno bajo y rechoncho y otro alto.

—¿Lo ves? —preguntó el hombre rechoncho.

Llevaba una camisa de rayas y pantalones de lana azul que apenas le llegaban a los tobillos. Sus pies descalzos y llenos de ampollas eran oscuros como el alquitrán.

—Todavía no —contestó el hombre alto, mirando por el catalejo.

Era un hombre muy poco agraciado, con la cara picada de viruela y la nariz grande y roja como un tremendo nabo pegado a ella. Su pelo negro y largo, grasiento por todos los años que llevaba sin lavárselo, manchaba los hombros del uniforme rojo que había robado a un marino en alta mar, justo antes de acompañar a ese pobre diablo para echarlo por la borda del barco. Tenía los ojos oscuros, profundos y penetrantes, sombreados por unas cejas tan espesas que tenía que apartárselas para ver por el catalejo. Pero el rasgo que más destacaba en él era la mata de pelo grueso que le nacía sobre el labio superior, una mata larga y oscura, muy bien conservada, que medía casi treinta centímetros hasta las puntas enceradas y orientadas hacia arriba. Este rasgo era el que le otorgaba su nombre, el nombre más temido de los mares: Mostacho Negro.

—Se acerca un montón de comida para gusanos, la *Nunca Jamás* —dijo—. ¿Qué clase de estúpido nombre es ése para un barco?

—Sí que es un nombre estúpido, sí —añadió el marinero rechoncho.

—¡Cállate! —le espetó Mostacho Negro.

—Sí, capitán.

Mostacho Negro dio unos pasos hacia la derecha y volvió a mirar por el catalejo.

—¡Allí está! —exclamó—. La *Avispa*. La veo perfectamente. Vamos, ése sí que es un rival digno de la *Diablo del Mar*. Así que cree que puede picarnos, ¿no? ¿Dejarnos atrás?

Se rió, y también se rió el hombre rechoncho, y también la media docena de piratas que lo oyeron, aunque no sabían de qué se reían. La tripulación de la *Diablo del Mar* sabía que si Mostacho Negro se reía, tú tenías que reírte. Si él gruñía, tú tenías que gruñir. Si respiraba hacia donde tú estabas, más te valía ponerte a cubierto. «Aliento de rata» lo llamaban los marineros a sus espaldas.

Cuando Mostacho Negro ya hubo escuchado suficientes risas, levantó el brazo y la tripulación calló de inmediato. Se volvió hacia el hombre rechoncho, que ya llevaba un año como primer oficial de la *Diablo del Mar*. Era el que había durado más tiempo en ese puesto sin que el capitán lo hubiera arrojado por la borda.

—Las Damas están listas, ¿verdad? —preguntó Mostacho Negro.

—Sí, capitán, las tenemos.

—Entonces sólo nos falta ver qué barco es más rápido, ¿no es así, Smee?

—Eeh, claro que sí, capitán —respondió Smee—, si las Damas aguantan.

«Las Damas» era un arma secreta de Mostacho Negro: un conjunto de velas especial que había hecho fabricar a los marineros, usando patrones que Mostacho Negro había sacado nada menos que de un corsetero de señoras. Aunque todavía no las había probado en el mar, Mostacho Negro estaba convencido de que su invento revolucionaría la industria de la piratería. Se guardaba a las Damas justo para el momento adecuado, cuando fuera en la dirección del viento, acercándose a su presa para darle caza.

—Aguantarán —afirmó. Escupió en la cubierta, y se volvió hacia los marineros que se arremolinaban cerca de él—. Veremos cuál es el barco más rápido a flote, ¿eh, marineros? ¡Y cuando lo veamos, la *Avispa* ya no flotará más!

Los piratas quemados por el sol lanzaron un grito de entusiasmo, y no sólo porque tuvieran que hacerlo. Sabían que pronto habría un tesoro a bordo, y que les tocaría una parte. Mostacho Negro veía la codicia en sus ojos.

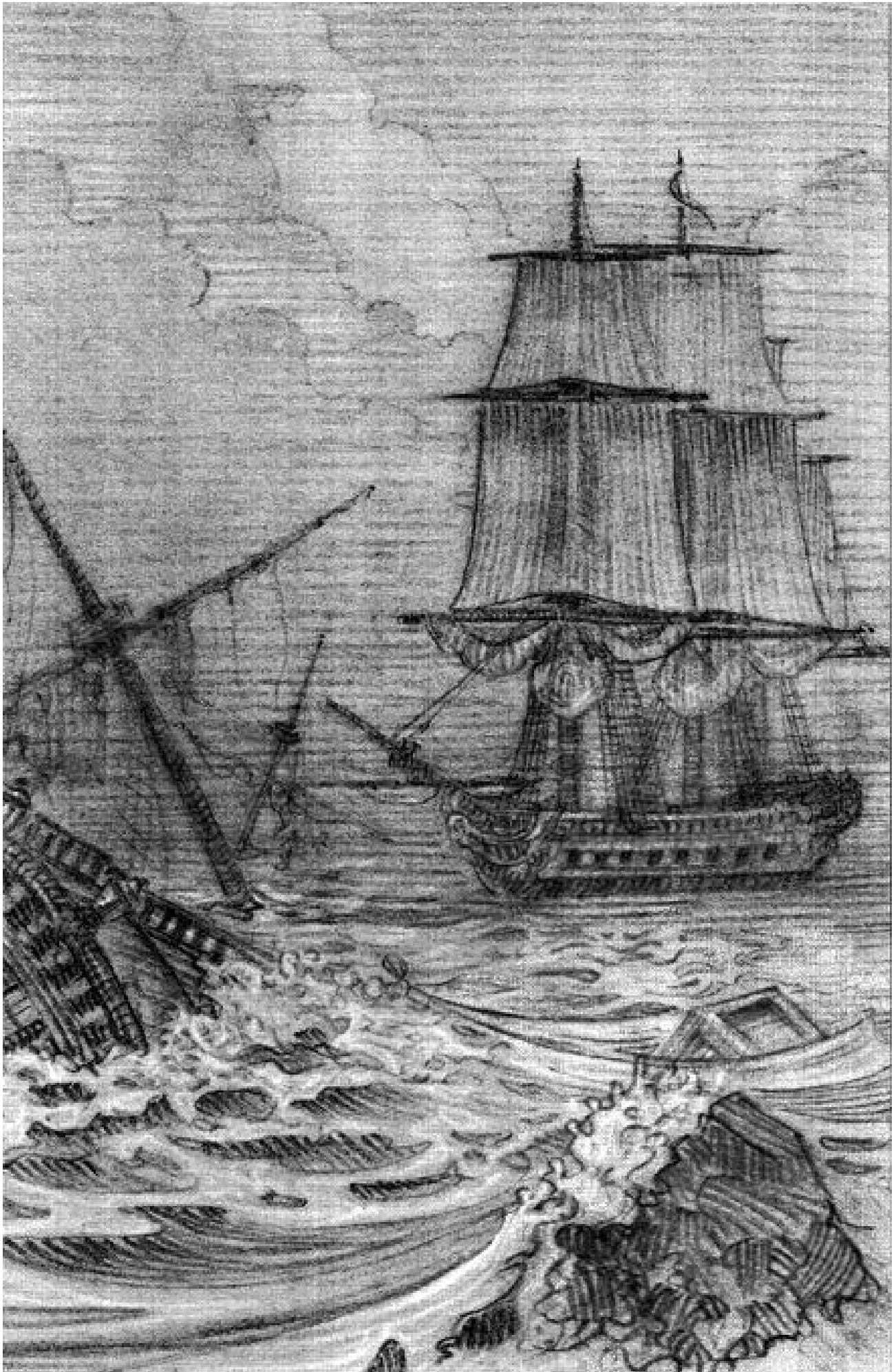
—¡Un tesoro, muchachos! —gritó—. ¡El mayor tesoro que haya viajado jamás por mar!

Los piratas volvieron a gritar, esta vez más alto.

—O eso han dicho algunos —matizó, y se volvió para mirar una jaula que había en la cubierta principal.

Dentro de la jaula se encontraba un hombre, un marinero uniformado, que se acurrucó en un rincón, temblando al oír la voz de Mostacho Negro.

—Y si este perro pulgoso se equivoca —amenazó Mostacho Negro, mirando con sus penetrantes ojos negros al prisionero aterrorizado—, entonces deseará no haber nacido, lo prometo.



—¡El tesoro está en la *Avispa*, lo juro! —gritó el prisionero—. Lo oí con mis propios oídos.

—Más te vale que sea así, o con tus orejas me haré un collar.

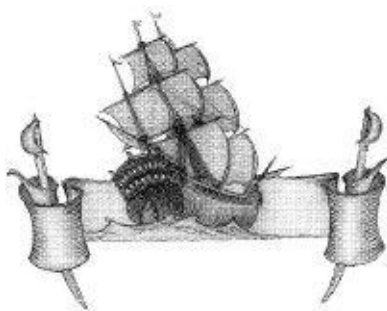
Mostacho Negro no hizo caso a los gimoteos del hombre, se volvió y puso otra vez el ojo en el catalejo.

—Están izando las velas —explicó—. Intentan aprovechar la marea. Di a los hombres que se preparen para seguirlos.

Smee dio la orden, y los piratas se pusieron en marcha enseguida. No tenían buen aspecto, pero formaban una tripulación eficiente, bien entrenada a golpe de látigo.

Mostacho Negro no les hizo el menor caso, concentrado como estaba todavía en mirar por el catalejo.

—Eres mía, *Avispa* —farfulló, y dejó escapar su aliento apestoso, con una sonrisa extraña en sus labios finos—. Tú y todo lo que tienes dentro. Sois míos.



CAPÍTULO 5

El capitán Pembridge

Un marinero llamado Bob *el Hambriento*, escuálido y de ojos hundidos, mostró sus aposentos a los chicos en la *Nunca Jamás*. Les hizo bajar por una escalera y recorrer un pasillo estrecho bajo las cubiertas, hasta detenerse delante de una abertura baja.

—¡Aquí lo tenéis, chicos! —exclamó—. Ésta será vuestra casa ahora que estáis lejos de casa.

Peter, seguido por los demás, se coló por la abertura. Lo que encontraron era deprimente, incluso comparado con el bajo nivel de St. Norbert's. Se trataba de un espacio pequeño, lúgubre y sin ventanas, iluminado sólo por el chisporroteo de una lámpara de aceite. El aire apestaba a humo y pescado podrido. El suelo se hallaba vacío, a excepción de un cacharro de loza desportillado en una esquina.

—¿Se supone que tenemos que dormir aquí? —protestó Peter—. ¡Si no hay suficiente espacio!

—Ah, ya veréis cómo os gusta estar bien juntitos —respondió Bob *el Hambriento*—. Para manteneros calientes.

—Pero huele mal —señaló James.

—¿Ah, sí? —olisqueó Bob *el Hambriento*—. Pues yo no noto nada.

Bob *el Hambriento* no era precisamente una flor perfumada.

—Bueno, da igual, ya os acostumbraréis.

Señaló en dirección al cacharro de loza.

—Os pondré la comida allí, en la esquina. Comeréis una vez al día y más vale que os lo acabéis rápido cuando lo traiga, o las ratas se lo comerán primero.

Los chicos no habían comido desde la noche anterior y se les iluminó la cara ante la perspectiva de tomar algo. Se agolparon en torno a la olla.

—¿Dónde están los platos? —preguntó Prentiss—. ¿Y las cucharas?

Bob *el Hambriento* tuvo que apoyarse en la pared para evitar caerse del ataque de risa que le dio.

—¡Platos! —gritó—. ¡Cucharas!

—Entonces ¿cómo comemos? —quiso saber Prentiss.

—Como todos nosotros, con las manos.

Los chicos miraron con recelo el interior de la olla, que contenía un líquido

oscuro. No resultaba nada apetecible, pero estaban hambrientos. Ted Tragón, que era el primero en actuar cuando se trataba de comida, ahuecó la mano y sacó un poco de líquido con algunos grumitos grisáceos flotando en él. Lo olió, arrugó la nariz, se encogió de hombros y se metió una de las cositas en la boca. Inmediatamente después, la escupió en el suelo.

—¡Está vivo! —gritó.

Los chicos miraron el bulto del suelo y sí, era verdad, se estaba moviendo.

—¡Es un gusano! —aulló Ted Tragón—. ¡Nos dan gusanos!

Bob *el Hambriento* cogió el gusano y miró a Ted Tragón.

—¿No te lo vas a comer? —le preguntó.

Ted Tragón negó violentamente con la cabeza.

—Tú te lo pierdes —respondió Bob *el Hambriento*.

A continuación, los chicos presenciaron boquiabiertos cómo el hombre se metió el gusano en la boca, lo masticó a conciencia y se lo tragó.

—Es una polilla —explicó—. Prefiero las moscas, pero las polillas también están buenas.

Ted Tragón apartó la vista, ya que le estaban dando arcadas.

—¿Come gusanos? —le preguntó Peter a Bob.

—En este barco como lo que puedo. Una vez me comí un trozo de cuerda. Llevaba dos meses en el mar. Slank me hizo azotar por eso, pero valió la pena. Era muy sabrosa. Más os vale comer lo que pilléis, porque no pillaréis gran cosa.

—Pero —titubeó Peter—, quiero decir... ¿gusanos?

—Si no te gustan los gusanos —dijo Bob *el Hambriento*, señalando hacia el cuenco comunitario—, no querrás saber qué más pone el cocinero allí. Digamos que los gusanos son uno de los ingredientes selectos.

Thomas volvió a mirar en el interior de la olla y emitió un grito ahogado.

—¡Hay algo que nada ahí dentro! ¡Es... un ratón!

—¿De verdad? —respondió Bob *el Hambriento*, mirando en la olla—. ¡Vaya, pues sí que lo es! El cocinero debe de estar generoso. Normalmente no sirve ratón excepto en ocasiones especiales, como en Navidad.

Thomas se apartó de la olla.

—No tengo hambre —dijo.

—Ni yo —añadió James y luego Prentiss.

Ted Tragón seguía con arcadas.

—Señor, no podemos comernos esto —explicó Peter.

—Como queráis —aceptó Bob *el Hambriento* recogiendo la olla—. Esto me irá bien para cenar. Pero dentro de uno o dos días tendréis hambre y vais a lamer la olla hasta dejarla limpia.

—No lo creo —le contestó Peter—. Mire, señor, tiene que haber mejor comida en este barco.

—Oh, claro que sí, claro que sí —admitió Bob *el Hambriento*—. Pero no es para

ti ni para mí.

—Pero señor —suplicó Peter—, por favor, ¿podría...?

—Escucha, muchacho —le interrumpió Bob *el Hambriento*—. Pierdes el tiempo hablando conmigo. Yo no soy el que decide estas cosas. Soy una rata de cubierta, no el capitán.

—Bueno, ¿y si se lo pido al capitán?

A Bob *el Hambriento* le pareció una petición aún más divertida que la de las cucharas.

—¿Pedírselo al capitán? —Se reía tanto que casi se ahogaba—. ¿Pedírselo al capitán? ¡Sí! ¡Venga, hazlo! ¡Pídele una buena cena al capitán Pembridge! ¡Pídeselo al capitán! —se rió entre dientes Bob *el Hambriento* y salió llevándose la olla de la cena.

Los chicos más jóvenes miraron a Peter, que no estaba seguro de que le gustara ser el que se suponía que sabía qué hacer.

—Bueno, de acuerdo —dijo.

Los chicos no dejaban de mirarlo.

—Bueno, de acuerdo —repitió Peter—. Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas, Peter? —le preguntó James.

—Me voy a ver al capitán —le explicó Peter.

No estaba seguro de que fuera una buena idea, sobre todo después de la advertencia de Slank de que se mantuvieran apartados de la popa del barco. Pero pensó que tenía que hacer algo.

—Esperad aquí —les ordenó a los chicos, y se escurrió por el pasillo.

Mientras Peter trepaba por la escalera, oyó una voz borracha que gritaba. Al llegar a la cubierta, echó un vistazo alrededor y vio que la voz procedía del centro del barco, donde un hombre muy gordo y de cara enrojecida, vestido con un uniforme ridículamente elaborado y que le estaba pequeño, gritaba órdenes extrañas a un público formado por Slank y media docena de miembros de la tripulación.

—¡Cesad con el palo de mesana principal! —aulló el hombre redondo.

—¡Ya habéis oído al capitán Pembridge! —lo secundó Slank—. ¡Cesad con el palo de mesana principal!

Tenía una voz dura, pero Peter veía que sonreía.

—¡Sí, señor! —respondieron los marineros, y sonriendo se afanaron arriba y abajo con varios cabos, atando y desatando nudos.

Peter no sabía nada de barcos, pero enseguida se dio cuenta de que sólo simulaban hacer algo marinero.

—¡Pasad los imbornales por la quilla! —volvió a gritar el capitán.

—¡Ya habéis oído al capitán Pembridge! —gritó Slank, esforzándose por mantener un tono de voz serio—. ¡Vamos a pasar los imbornales por la quilla!

Los hombres sonreían abiertamente y no hacían ningún esfuerzo para ocultar su desprecio por el hombre bajito y regordete.

Tenían un buen motivo. Cyrus Pembridge era con mucho el peor capitán de la historia náutica británica. Nunca se había molestado ni siquiera en aprender los aspectos básicos del arte de la navegación y, en vez de eso, había decidido ocupar su tiempo consumiendo grandes cantidades de ron. Era el capitán de la *Nunca Jamás* sólo porque la familia de su esposa poseía una compañía naviera, y su esposa lo detestaba. Ella había insistido para que le dieran un barco y así estuviera alejado de casa la mayor parte del tiempo. Con un poco de suerte lograría hundir el barco y así saldría de su vida del todo.

La compañía naviera, siguiendo unas normas comerciales muy sensatas, le había entregado a Pembridge el peor barco que tenía, y que además incluía la tripulación más incompetente y prescindible del mundo. La tripulación se dio cuenta enseguida de que era un suicidio seguir cualquiera de las órdenes de Pembridge ya que nunca parecían tener ningún sentido. En realidad era Slank quien dirigía la *Nunca Jamás*. Pero en esas escasas ocasiones en las que Pembridge hacía acto de presencia en cubierta, Slank y la tripulación se divertían fingiendo que lo obedecían.

—¡Soltad la bitácora de popa! —bramaba Pembridge en ese momento.

—¡Soltad la bitácora de popa! —repitió Slank a la tripulación sonriente.

Pembridge se volvió y miró a Slank, como si lo viera por primera vez.

—¿Quién es usted? —le preguntó—. ¿Y por qué grita?

—Soy su primer oficial, señor —explicó Slank—, el señor Slank. Sólo estoy transmitiendo sus órdenes a la tripulación.

—Ah.

—Han soltado la bitácora de popa, señor.

—¿El qué?

—La bitácora de popa. Como ha ordenado.

—¿Eso he hecho? —preguntó Pembridge, entrecerrando los ojos y mostrando una actitud recelosa—. ¿Cuándo?

—Pues ahora mismo, señor.

Pembridge pestañeó ante Slank.

—¿Quién me ha dicho que era?

—Su primer oficial, señor.

Pembridge volvió a pestañear.

—Me duele la cabeza —dijo entonces.

—Quizás al capitán le gustaría ir a su camarote —sugirió Slank.

—No me digas lo que tengo que hacer —protestó Pembridge—. Soy el capitán.

—Sí, señor.

—Me voy a mi camarote —anunció Pembridge.

—Sí, señor.

El hombre rechoncho dio un paso, a continuación se detuvo y frunció el ceño. Su cuerpo redondo se tambaleaba.

—¿Hacia dónde está mi camarote? —preguntó.

—Hacia allí, capitán Pembridge —respondió Slank, señalando hacia popa.

Pembridge siguió caminando, tambaleándose. Detrás de él, los hombres de la tripulación estallaron en risas, y sólo se callaron cuando Slank los miró con mala cara.

—¡Ya basta! —gruñó—. Volved al trabajo.

Desde detrás de un mástil, Peter vio a Pembridge haciendo eses en la popa. Parecía un buen momento para intentar hablar con él. Peter salió de detrás del mástil y...

—¡Tú! ¡Mequetrefe! —gritó Slank. El hombre se daba cuenta de todo—. ¿Adónde crees que vas?

—A ningún sitio, señor.

—Bien —dijo Slank, acercándose a Peter a zancadas—, porque no vas a ir a ninguna parte. Te vas a quedar abajo y saldrás cuando yo lo diga. Tenemos trabajo que hacer en este barco y no necesitamos que estés por en medio. ¿Me sigues, mequetrefe?

—Sí, señor.

—¿Sabes nadar, mequetrefe?

—No lo sé, señor.

—Bueno, lo averiguarás pronto si vuelvo a verte en cubierta sin permiso.

—Sí, señor —respondió.

Con la mirada de Slank clavada en la espalda, se volvió y descendió por la escalera, de vuelta al camarote estrecho, pequeño y que desprendía tan mal olor. Al entrar, los otros muchachos lo miraron esperanzados.

—¿Qué ha dicho el capitán? —le preguntó Ted Tragón—. ¿Podemos comer algo de verdad?

—Sí, Peter —añadió James—, ¿qué ha dicho el capitán?

—Yo, bueno..., aún no he hablado con él.

Las caras de los chicos se llenaron de desánimo. James miró hacia el suelo y trató de no llorar.

—¡Pero lo haré! —exclamó Peter—. Hablaré con él. No ahora mismo, pero no os preocupéis —dijo, poniéndole la mano en el hombro a James—. Estaremos bien. Tengo un plan.

—¿Lo tienes? —quiso saber James, levantando la cabeza—. ¿De verdad?

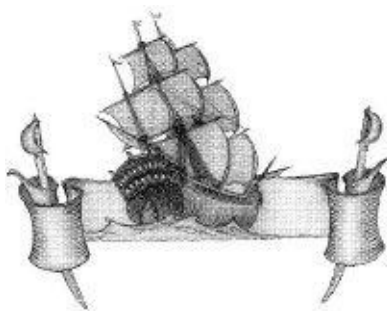
—Claro que sí —le aseguró Peter, dándole palmaditas en el hombro.

—Ah, qué bien —soltó James, aliviado—. Porque tengo hambre.

—Me muero de hambre —añadió Ted Tragón.

—Pronto tendremos comida de verdad —les tranquilizó Peter—. Lo prometo.

Y mientras veía que la esperanza volvía a los ojos de los chicos, Peter pensó: «Necesito un plan».



CAPÍTULO 6

La persecución de Mostacho Negro

—¡Se está yendo! —gritó Mostacho Negro—. ¡Daos prisa con Preston y Harbuckle! ¡Y preparad esos cañones!

—¡Sí, mi capitán! —llegó un grito de abajo.

A través del catalejo, Mostacho Negro vio el casco negro brillante de la *Avispa* que se desplazaba rápidamente hacia el horizonte. A su paso, dejaba una estela de espuma blanca en el profundo verde y azul del océano. Mostacho Negro nunca había visto un barco navegar de ese modo. Ya no quería sólo el tesoro de la *Avispa*: también quería el barco. Quitaría la bandera e izaría la suya en el mástil.

—¿Y qué bandera ponemos, capitán?

El primer oficial Smee apoyó su barriga prominente sobre el cofre abierto con banderas de los barcos que la *Diablo del Mar* había hundido.

—Que sea algo colorido —propuso Mostacho Negro—. La bandera británica estaría bien, ¿no? Yo creo que a la otra nave le gustaría. Así seríamos como parientes lejanos, ¿no te parece?

A Mostacho Negro le gustaba la bandera británica. Tenía más de una docena de ellas en su colección, y se sentía especialmente orgulloso cuando hundía un barco que pertenecía a la reina. Mostacho Negro no sentía ningún cariño por la reina, no quería a ninguna mujer de ninguna clase, exceptuando a su mamá. Tenía gran debilidad por su mamá, y lamentaba muchísimo haberla abandonado.

—¿Por qué tardáis tanto ahí abajo? —rugió Mostacho Negro.

En la cubierta principal, unos hombres estaban atando los tobillos de un hombre gordo a sus muñecas por la espalda, de modo que parecía el caballito de un balancín. Una mordaza le cubría la boca, de lo contrario se le habría oído gritar por su vida.

La bandera británica estaba izada en el palo mayor de la *Diablo del Mar* y se agitaba furiosamente al viento. Mostacho Negro volvió a colocarse el catalejo en el ojo y a observar la retirada de la *Avispa*, que se alejaba más cada minuto que pasaba.

—¿Cómo planea abordarla? —le preguntó Smee, sonriendo—. ¿Con fuego?

Uno de los muchos trucos de Mostacho Negro consistía en acercarse a un barco de noche y, usando un barril humeante de alquitrán, fingir que la *Diablo del Mar* estaba ardiendo. Su presa volvía y se acercaba a ayudarla; cuando lo hacía, su

generosa acción se veía recompensada por un ataque. Pero Mostacho Negro sabía que, aunque consiguiera que ese navío se acercara a la *Diablo del Mar*, el capitán Scott de la *Avispa* tenía demasiada experiencia como para caer en semejante trampa.

—Tendremos que pensar en algo mejor —dijo Mostacho Negro.

—¿El truco del mástil roto? —Smee se dio unos golpecitos en la pierna—. Me encanta el truco del mástil roto, capitán.

Mostacho Negro resopló:

—Lleva el mayor tesoro del mundo. No caerá en la trampa del mástil roto.

Debajo, la tripulación había acabado de atar como un cerdo al primer hombre y acababa de empezar con el segundo, que también era corpulento. Parecía igual de asustado, y sus gritos también quedaban amortiguados por una mordaza. Mostacho Negro sonrió. Le encantaba el sufrimiento ajeno.

—Capitán... —preguntó tímidamente Smee—, ¿por qué están atando a Preston y a Harbuckle?

Preston y Harbuckle eran buenos marineros, pero Mostacho Negro parecía estar preparándose para arrojarlos por la borda sin ningún motivo aparente.

Mostacho Negro escupió en el pie desnudo de Smee.

—Smee, he decidido que voy a hacerme con la *Avispa* a la antigua usanza.

—¿Cómo, señor?

—Quiero decir, sin engaños.

—¿Sin engaños, señor?

Smee se quedó estupefacto. Mostacho Negro siempre mentía.

—Esta vez sí. El capitán Scott no detendrá la *Avispa* por ninguna artimaña. Simplemente lo que tenemos que hacer es abordarlo, Smee.

—Pero ¿cómo, capitán? ¿Vamos a usar las Damas?

Mostacho Negro le lanzó a Smee una mirada de desprecio y a Smee le recorrió un escalofrío por la columna.

—Claro que no, merluzo —contestó el capitán con desdén—. No podemos usar las Damas al principio de todo. Tenemos que colocarnos en ángulo recto con la quilla de la *Avispa* y luego virar en la dirección del viento. Entonces soltamos las Damas y abordamos el barco.

—Pero capitán... —protestó tímidamente Smee—. ¿Cómo vamos a colocarnos en ángulo recto con la quilla de la *Avispa*? Es tan rápida como el viento y se está alejando.

—Sí —concedió Mostacho Negro—. Necesitamos más velocidad y eso significa que tenemos que librarnos de parte de la carga. Así que he ordenado a la tripulación que tire la mayor parte de nuestra carga por la borda.

Señaló en dirección hacia la popa. Smee se volvió y vio a algunos marineros que hacían rodar barriles pesados de madera hacia el pasamanos y los arrojaban por la borda.

Smee ahogó un grito. Era una locura, incluso para Mostacho Negro. En el mar, no

había nada máspreciado que el agua. Nada. Ni siquiera el ron. Nadie arrojaba nunca el agua, jamás.

—Capitán —farfulló Smee—, señor, no podemos, quiero decir...

—Smee —replicó Mostacho Negro, saboreando su propia brillantez maligna—, el agua pesa, ¿no es así?

—Sí, capitán, pero...

—Y correremos más sin el peso, ¿no es así?

—Sí, capitán, pero...

—Y si corremos más, tendremos más posibilidades de alcanzar la *Avispa*, ¿no?

—Supongo, capitán, pero...

—Y cuando alcancemos la *Avispa*, tendremos el agua de la *Avispa*, ¿verdad?

Smee se calló finalmente, al captar el sentido del alocado plan.

—¿Es que no lo ves? —dijo Mostacho Negro—. Es un aliciente para los hombres. Saben que sólo llevamos agua suficiente para unos pocos días. Así que saben que tenemos que alcanzar la *Avispa* en ese tiempo, o morirán de sed. ¿No te parece un buen plan, Smee?

«Es una locura», pensó Smee. Pero lo único que dijo fue:

—Sí, capitán. Es brillante.

—Claro que es brillante. Y para hacerlo más brillante, voy a darle otro aliciente a la tripulación.

—¿Otro, capitán? —A Smee no le hacía ni pizca de gracia cómo sonaba eso.

—Sí —respondió Mostacho Negro, admirando su propio ingenio—. Smee, aparte del agua, el cañón y la carga, ¿cuáles son las cosas más pesadas de la *Diablo del Mar*?

Smee pensó un instante y a continuación dijo:

—Pues serían Preston y Harb...

Miró hacia la cubierta, donde estaban los dos piratas gordos. Los estaban levantando y colocando en una barca y la estaban echando al mar.

—¿Lo ves, Smee? Esto les enseñará a los hombres que tienen que trabajar duro. O vale la pena soportar su peso, o se van por la borda.

Smee se miró la barriga. No la tenía precisamente pequeña. Mostacho Negro se dio cuenta y sonrió de oreja a oreja, enseñando los trozos de dientes pardos que tenía. Siguió sonriendo hasta que se soltó la barca, cuyos aterrorizados pasajeros se retorcían intentando desatarse. Pronto quedó muy lejos de la *Diablo del Mar* y se veía más pequeña a cada instante, hasta que desapareció, junto con gran parte del agua de la *Diablo del Mar*.

—¡Adiós y buen viaje! —gruñó Mostacho Negro, y volvió a arrojar un descomunal escupitajo, que en esa ocasión fue a parar al otro pie de Smee.

Se volvió para mirar a la tripulación, que lo observaba recelosa.

—Ya nos hemos deshecho del peso muerto —anunció—. Vamos a aumentar la velocidad.

Señaló hacia un punto del horizonte, que era la *Avispa*.

—Es un barco rápido, pero nosotros seremos más rápidos todavía. Más nos vale, porque las raciones de agua se os acabarán en tres días. Así que poneos a trabajar duro, marineros. Trabajad duro si no queréis uniros a esas dos bolas de sebo que se han quedado atrás a la deriva.

Mostacho Negro fulminó a la tripulación con la mirada, para ver si alguien se atrevía a desafiarlo. Su mirada se topó con un silencio cargado de temor.

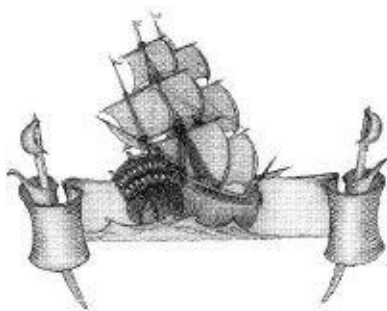
—Bien. Venga, vamos a toda vela.

Los piratas se pusieron en marcha como si les fuera la vida en ello, lo cual era realmente así. Mostacho Negro se volvió hacia Smee.

—Estaré en mi camarote —le dijo—. Cuando vuelva, quiero que ese barco —señaló hacia la *Avispa* en la distancia— esté más cerca. Si no lo está, tendremos que arrojar más peso por la borda.

Lanzó una mirada significativa al estómago de Smee, luego se volvió y se marchó sin decir nada más.

Smee obligó a los hombres a trabajar mucho aquella tarde y no comió nada para cenar.



CAPÍTULO 7

Peter se aventura a popa

Para cuando llegó el tercer día, los chicos estaban tan hambrientos que cuando Bob *el Hambriento* les trajo su bazofia diaria la probaron un poquito. Eligieron cuidadosamente entre los bichos, saltándose (para satisfacción de Bob *el Hambriento*) los que más se movían y tragándose los demás lo mejor que pudieron. Pero no era comida suficiente, ni de lejos. El hambre se les aferraba al estómago.

Peter, que todavía se preguntaba si era tan bueno ser líder, se sentía muy presionado para hacer algo. Había dado por imposible lo de intentar apelar al capitán Pembridge. Los chicos ya habían oído varias veces al capitán tambaleándose por la sección principal, y gritando órdenes absurdas («¡Al paio las mesalinas!», «¡Aferrad los penoles del trinquete!»), para gran regocijo de la tripulación. Pembridge parecía todavía más confundido que el primer día y los marineros ya se burlaban descaradamente de él.

No, Pembridge no les serviría de nada. Y Peter no se atrevía a acercarse a Slank: pedirle comida sería como pedirle un latigazo. Y así, cuando el tercer día se convirtió en la tercera noche, y los muchachos se preparaban para pasarla hambrientos e inquietos en su camarote frío, húmedo y pequeño, escuchando los gimoteos de James (y el ruido de las ratas al escabullirse), Peter tomó una decisión: robaría algo de comida.

Tenía que haber comida buena en el barco. Seguro que Slank no comía la misma porquería que les daban a los chicos, y seguro que tampoco se la daba a los pasajeros de primera clase, como Molly y su institutriz. No, seguro que ellos se alimentaban decentemente, y Peter tenía que hacerse con una parte de esa comida.

Se imaginaba que estaría guardada en la popa del barco, donde dormía la gente importante y donde se guardaban los objetos de valor. Peter había fisgoneado un poco y había llegado a la conclusión de que no había modo alguno de acercarse hasta la popa por debajo de cubierta sin pasar por los camarotes de la tripulación, donde seguro que iban a detectarlo. Decidió que era mejor esperar a la noche y entonces deslizarse hasta la popa por la cubierta principal.

Esperó hasta una hora después del atardecer, y se separó sin hacer ruido del grupo de muchachos adormilados y acurrucados en el suelo en busca de calor y protección

de las ratas. Ted Tragón siguió roncando, pero James se incorporó, frotándose los ojos, y preguntó:

—Peter, ¿adónde vas?

—¡Silencio! —le susurró Peter entre dientes—. Voy a buscar comida.

—Voy contigo —se sumó la voz de Prentiss.

—Y yo —añadió Thomas.

—Tráeme un bocadillo de jamón —pidió Ted Tragón, que se había despertado al oír hablar de comida.

—Voy solo —aclaró Peter mientras salía—. Y traeré lo que pueda.

—Ten cuidado —le dijo James detrás de él.

—Y algo de queso, también —añadió Ted Tragón.

Peter subió por la escalera hasta la cubierta, asomó la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Vio a un grupito de hombres a unos pocos metros a popa, mirando hacia el pasamanos de babor, hablando; por lo demás, la cubierta parecía vacía. Peter se apartó de la escalera y se deslizó boca abajo hacia estribor, alejándose de los hombres. A continuación se puso a gatear hacia la popa.

Al acercarse a su objetivo oyó risas y voces estentóreas procedentes de la ventana de un camarote. Reconoció el vozarrón de Slank, así como las risitas agudas de la institutriz de Molly, la señora Bumbrake.

—¡Oh, señor Slank! —decía ella—. ¡Es usted malo, malo, muy malo!

—¡Así es, señora Bumbrake! —bramó Slank—. ¡Y ya sabe lo que dicen!

—¿Qué dicen, señor Slank?

—¡Dicen —gritó Slank— que más vale malo conocido que bueno por conocer!

Acto seguido, Peter oyó a la señora Bumbrake emitir un chillido muy impropio de una institutriz y a continuación una especie de bofetada; después un golpe y luego más gritos, más golpes y unas cuantas risas más. Por el ruido que hacían, Peter se imaginó que no terminarían temprano.

«Así es que Slank está distraído —pensó—. Ya no tengo que preocuparme del hombretón del látigo.»

Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie lo miraba y luego se puso en pie, se dirigió de puntillas hacia la popa y bajó algunos escalones hacia un pasillo débilmente iluminado, flanqueado por las puertas de cuatro camarotes. «Molly debe de estar en uno de éstos», pensó mientras se deslizaba en silencio, hasta que llegó a una escalera estrecha que conducía hacia abajo. Comenzó a bajar. El corazón le latía a toda prisa, y se encontró inmerso en la oscuridad. Tanteó el suelo con los pies, con los brazos estirados, y a continuación se quedó quieto un minuto, a la espera de que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz que se filtraba desde lo alto de la escalera. Vio que se encontraba en un espacio largo y bajo. Al final había una puerta, y...

«Está de guardia —pensó Peter—. Está vigilando la puerta, y ha dejado que se apagara la linterna, o la ha apagado él mismo, y se ha quedado dormido.»

Peter se quedó inmóvil: en el suelo, junto a la puerta, se encontraba el cuerpo de un hombre. Estaba desplomado contra la pared, la cabeza quedaba caída a un lado y... estaba roncando. Peter se tranquilizó un poco. Observó el rostro del hombre dormido y reconoció en él a un miembro de la tripulación. Junto al hombre, en el suelo, había una linterna, que al parecer se había apagado. La mano derecha del hombre sujetaba un palo de madera, de unos sesenta centímetros de largo.

Peter reflexionó un poco más sobre ello.

«Si está de guardia, es que en esa habitación hay algo importante. A lo mejor allí guardan la comida buena.»

Peter dudó, sopesando el riesgo de despertar al guardia y la esperanza de encontrar comida. Pero en ese momento su estómago gruñó y tomó la decisión por él. Peter se deslizó hacia la puerta sin dejar de vigilar al hombre dormido. Alcanzó la puerta y puso la mano en el pomo. Temía que la puerta estuviera cerrada, pero resultó que sólo estaba ligeramente entornada.

«Qué raro.»

Peter empujó suavemente la puerta y se metió en el interior. Volvió a esperar a que sus ojos se habituaran a la falta de luz, ya que aquella habitación era aún más oscura. Oyó un ruido como de algo que se escabullía, con el que estaba más que familiarizado: el ruido de las ratas.

«Por favor, no me mordáis —suplicó para sus adentros—. Estoy aquí por la misma razón que vosotras.»

Al poco rato, se dio cuenta de que había un bulto a un metro y medio de él. Se puso las manos detrás de la espalda, empezó a deslizar los pies y a caminar hacia él, pero...

«¿Qué ha sido eso?»

Oyó un ruido en la esquina, algo que se movía.

«Suena demasiado grande para ser una rata.»

Peter volvió a quedarse inmóvil; tratando de atisbar el origen del sonido vio algo verde: no una, sino dos cosas verdes que brillaban en el aire. Peter se las quedó mirando y se dio cuenta de que...

«Son ojos. Pero ¿cuándo se ha visto unos ojos brillar así?»

Peter no lo quería saber. Se dio la vuelta y salió disparado hacia la puerta hasta que...

¡Pum!

Peter chocó contra un cuerpo robusto y cayó hacia atrás en el suelo. Se había topado con el guardia, que estaba despierto y nada contento, por cierto.

—¡Ay! —se quejó el guardia, que a su vez tropezó y cayó hacia atrás. Se puso en pie y avanzó pesadamente por la habitación, gritando—: ¿Qué te crees que...? ¡Ay!

Como no veía nada bien en la habitación oscura, el guardia había tropezado con las piernas de Peter. Dio un traspié y cayó de cabeza, un poco por detrás de Peter. El muchacho vio una oportunidad para escapar, así que se puso en pie y se fue corriendo

hacia la puerta. Quería salir de allí tan pronto como fuera posible, pero se detuvo cuando oyó el grito de asombro del marinero:

—¿Qué...?

Incapaz de controlar su curiosidad, Peter se arriesgó a mirar hacia atrás. El guardia estaba a cuatro patas junto al bulto que había en el suelo. Los ojos de Peter ya se habían acostumbrado totalmente a la oscuridad; el chico reconoció el cargamento envuelto en una lona que había visto subir a bordo del barco. El guardia boquiabierto observaba fijamente algo que quedaba por encima del bulto.

Era una rata. En el aire. «Una rata flotando en el aire.»

Peter parpadeó un momento, pero no había duda alguna: la rata estaba suspendida en el aire, como si colgara de una cuerda, pero no había ninguna cuerda. Mientras Peter y el guardia miraban la rata, el animal agitó lentamente las patas, de manera casi lánguida, como si nadara, y empezó a flotar en dirección a la puerta, en dirección a donde estaba Peter.

El chico sabía que tenía que salir corriendo, pero no podía mover las piernas ni apartar la vista del roedor volador que se acercaba hacia la puerta. Cuando éste estaba a poco más de medio metro de distancia pareció percatarse de la presencia de Peter y empezó a mover las patas del lado derecho como si chapoteara, de modo que alteró su trayecto hacia la izquierda rozando la cabeza del chico. Peter no podía moverse e iba apartando la cabeza a medida que el animal se acercaba más y más y...

Peter se sobresaltó al notar una mano que le agarraba el brazo.

—Peter —susurró una voz.

Peter se volvió bruscamente y vio a Molly.

«¿De dónde ha salido?»

—Molly —le dijo—, ¿qué estás...?

—Tienes que salir de aquí ahora mismo —le ordenó, apartándolo de la puerta.

Peter oyó al guardia tambaleándose para ponerse en pie detrás de él.

—¡Ven aquí ahora mismo! —gritaba el guardia—. ¡Detente, seas quien seas!

Peter notó que Molly lo empujaba hacia la escalera.

—Vamos —le insistió, agarrando la escalerilla y trepando ágilmente por ella.

Peter la siguió. La cabeza le daba vueltas pensando en la rata voladora y recordando los ojos que había visto brillar en la oscuridad.

«Molly tiene los ojos verdes...»

Alcanzaron la cubierta superior. Detrás de ellos, desde abajo, el guardia les gritaba que se detuvieran. Peter empezó a caminar hacia la escalera que conducía a la cubierta principal, pero Molly lo agarró del brazo, abrió una puerta, lo metió dentro y cerró la puerta tras ellos. Era un camarote pequeño, pero acogedor: tenía dos camas, una encima de la otra, y una cómoda pequeña. El camarote olía a lavanda y polvos de tocador. Estaba claro que era el camarote de Molly y la señora Bumbrake.

—Molly... —empezó a decir Peter—, ¿qué...?

Pero Molly le tapó la boca con la mano. Señaló hacia la puerta. Peter oyó el

sonido de unas botas que bajaban *tratrac-tratrac* por la escalera y luego pasaban por delante de la puerta del camarote. Unas botas pesadas.



«El hombre del látigo —recordó Peter—. El Pequeño Richard.»

Molly abrió con mucho cuidado la puerta justo cuando la cabeza del hombretón desaparecía escalera abajo.

—Vamos —le indicó Molly a Peter, empujándolo para que saliera—. Antes de que venga Slank...

—Sí, pero ¿qué era...?

—No hay tiempo —se impacientó Molly—. Mira, toma esto. —Se volvió, sacó un paquete envuelto en papel marrón de la cómoda y se lo puso en la mano—. Vamos, vete.

Peter oyó más pasos de botas en la cubierta. Salió como un rayo hacia la escalera sin soltar el paquete y, sin levantar la cabeza, se fue corriendo por el pasamanos de estribor. Oyó más gritos detrás de él. Una de las voces era la de Slank. Pero Peter sabía muy bien qué camino seguir, y alcanzó la escalera delantera sin ser visto.

Descendió por ella y, con gran alivio, se metió de nuevo en el cuchitril donde habían apretujado a los chicos, que en ese momento le resultó casi hasta agradable.

James se levantó.

—Peter, has vuelto.

Peter se desplomó al suelo. Tenía la respiración entrecortada y el corazón le latía con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Prentiss.

—¿Estás bien? —quiso saber Thomas—. Pareces asustado.

—No estoy asustado —respondió Peter de manera precipitada.

—¿Qué ha pasado? —repitió Prentiss.

—Bueno... —empezó a decir Peter. No sabía muy bien qué debía explicarles, o si se lo iban a creer—, he encontrado una habitación y...

—¿Has conseguido comida? —lo interrumpió Ted Tragón.

—Bueno, yo intentaba...

—¡Sí la has conseguido! —exclamó Ted Tragón. Había visto el paquete que llevaba Peter y se lo arrebató de las manos—. ¡Tienes comida!

—Pero eso es...

Los otros chicos interrumpieron a Peter con sus gritos de satisfacción mientras Ted Tragón rasgaba el papel marrón y sacaba triunfante una hogaza de pan.

—¡Peter! —le gritó James—. ¡Lo has conseguido!

—Sí —respondió Peter, tranquilamente, mirando el pan—. Claro que sí.

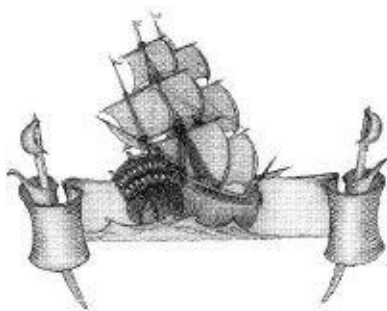
Lograron arrancarle la hogaza a Ted Tragón de las manos durante el tiempo suficiente como para dividirla en cinco trozos. Aunque se habrían zampado unas cuantas hogazas más, lo peor de la hambruna ya había pasado, y se quedaron dormidos enseguida.

Es decir: todos excepto Peter, que se agitaba en sueños, recordando la extraña experiencia que había vivido en la bodega de popa. Las preguntas le aguijoneaban el cerebro. ¿Cómo podía volar una rata? ¿Qué estaba ocurriendo en aquella bodega?

¿Por qué la estaban vigilando? ¿Por qué estaba Molly allí? ¿Eran suyos los ojos que había visto en la oscuridad? ¡Tenían que ser los suyos! Pero ¿qué clase de persona tiene unos ojos así, unos ojos que brillan en la oscuridad? «¿Cómo demonios puede volar una rata?»

Cuanto más pensaba Peter en todo aquello, más se convencía de que las respuestas, fueran cuales fuesen, tenían algo que ver con el baúl, el mismo baúl que había hecho que aquel marinero actuara de una forma extraña cuando zarpó el barco. Peter volvió a pensar en todas aquellas cosas, intentando recordar si había visto algo más en la bodega. Decidió que no había nada más. Sólo el baúl. Y eso era lo que estaban vigilando.

«Voy a averiguar qué hay ahí dentro.»



CAPÍTULO 8

A la deriva en una barca

Preston y Harbuckle tenían las manos atadas a la espalda y estaban recostados sobre sus tripas gruesas en el fondo de la barca, como si fueran un par de rechonchos caballos de balancín. De entrada, su situación ya era bastante mala, atados y amordazados, abandonados en alta mar sin agua ni comida, pero la cosa estaba empeorando.

Ya llevaban un rato a la deriva y cada uno trataba en vano de liberarse de sus ataduras. Preston, que estaba agotado de tanto esfuerzo, veía que además el agua que se acumulaba a su alrededor, en el fondo del barco, había crecido: la barca hacía aguas.

«Como de costumbre —pensó Preston—, Mostacho Negro no desperdiciaría un buen bote para matarnos.»

Preston se esforzó por mirar a su alrededor. Veía que la barca flotaba medio hundida. Al deslizarse entre las olas, el agua se colaba a veces por los lados.

La barca se estaba hundiendo.

«Me voy a ahogar», pensó Preston. Durante un momento sintió remordimientos por no haber pasado más tiempo con su amada esposa. Pero se le pasaron cuando recordó que el motivo principal por el que se había embarcado era que en realidad su amada esposa no le gustaba.



El agua de la barca había aumentado mucho. Preston, que no era famoso precisamente por su brillante cerebro, hacía lo que podía para formular algún tipo de plan, mientras que Harbuckle, en la parte delantera de la barca, trataba de decirle algo pese a la mordaza. Sonó como una especie de:

—¡Mmmfff!

Preston alargó el cuello para ver a su compañero, que lo miraba con cierta expresión de urgencia.

—¡Gmmffff! —protestó Harbuckle, arqueando las cejas de un modo muy expresivo.

—¿Gmfff? —le respondió el otro.

—¡Gmffff! —repitió Harbuckle, y añadió—: ¡Gmpffff!

Harbuckle se puso de lado, dándole la espalda. Miró por encima del hombro y asintió violentamente con la cabeza en dirección a sus manos atadas, moviendo los dedos.

—¡Gggmppppfff! —repitió, más impaciente aún.

«¡Ah! —pensó Preston—. Quiere que haga algo.» A Preston le pareció que era una buena idea, que podía hacer algo. Pero ¿qué? Preston frunció el ceño ante Harbuckle, como para preguntarle: «¿El qué?».

Exasperado, Harbuckle se volvió hacia Preston, luego se dio la vuelta otra vez y señaló violentamente hacia las manos.

—¡Gmffffff! —soltó, y de repente Preston lo entendió: «Quiere que me dé la vuelta para que me pueda desatar las manos. ¡Qué buena idea!».

Preston asintió con idéntica violencia para indicar que lo había entendido. A continuación, empujó con mucha fuerza y volvió su cuerpo pesado hacia el de Harbuckle.

Lo bueno era que el giro de Preston lo había colocado a la distancia adecuada: Harbuckle y él quedaban espalda con espalda y podían tocarse las manos.

Lo malo era que al desplazar su pesado cuerpo hacia delante para acercarse a Harbuckle, Preston había cargado demasiado la proa de la barca y estaba entrando agua fría del mar.

—¡Gmpfff! —gritó Harbuckle.

Preston sintió las manos de su compañero tratando de deshacer frenéticamente sus nudos. Intentó permanecer quieto, pero a medida que entraba el agua empezó a retorcerse y forcejear para mantener la cabeza a flote. El agua entraba demasiado rápido y Preston apenas podía respirar, así que contuvo el aire todo lo que pudo, hasta que sus pulmones gritaron de agonía, y se agarró el pecho dolorido y...

«Un momento...»

Si se estaba agarrando el pecho, eso quería decir que...

«¡Tengo las manos libres!»

Desesperado por salir, Preston se puso de rodillas, se arrancó la mordaza y respiró la dulce brisa marina. Vio que la barca estaba inundada, ¡pero él seguía vivo! No

podía creérselo: hacía un momento que estaba a las puertas de la muerte, pero seguía allí, respirando, y todo se lo debía a...

«¡Harbuckle!»

Preston volvió a meter la cabeza en el agua y encontró el cuerpo de su compañero, que no se movía. Frenético, Preston agarró a Harbuckle del pelo y le sacó la cabeza a la superficie, donde, gracias a Dios, emitió un débil quejido. Preston le arrancó la mordaza a Harbuckle, que comenzó a toser, y luego escupió agua; finalmente, volvió a hablar.

—¡Pedazo de idiota! —aulló—. ¡Cabeza cuadrada, cabeza de chorlito, imbécil!

—Lo siento, compañero. Me he olvidado de que estabas aquí...

—¿Te has olvidado de que estaba aquí? ¿Te desato las manos, salvo tu patética vida y te olvidas de que estaba aquí?

—Sólo un momento...

—Desátame las manos para que pueda retorcerte el cuello —le pidió Harbuckle.

Harbuckle se tranquilizó mientras Preston lo desataba y ambos empezaron a entender que, pese a que habían escapado de una muerte inmediata, sus perspectivas a largo plazo no eran demasiado buenas. Trataron de usar las manos para achicar el agua de la barca, pero resultó inútil: por cada poquito que sacaban las olas traían más y más agua. Al final dejaron de intentarlo. Estaban exhaustos, tenían frío y estaban desesperados.

Y entonces Preston lo vio en el horizonte.

—¡Mira! —gritó, señalando.

Harbuckle entrecerró los ojos y lo vio también. Era un mástil.

Harbuckle le preguntó:

—¿No creerás...?

—¿Que vuelven a por nosotros?

—Eso no sería buena señal —dijo Harbuckle.

—No.

La situación podía ser peligrosa, pero peor sería cualquier cosa que pasara por la cabeza de Mostacho Negro.

—Un momento —añadió Harbuckle, casi cerrando los ojos del todo—. Ésa no es la *Diablo del Mar*. Preston le echó un largo vistazo.

—Y tampoco es la *Avispa*.

Los dos piratas se miraron, se levantaron, de manera que casi vuelcan la barca inundada, y se pusieron a agitar los brazos desesperadamente.

—¡Aquí! —gritaron—. ¡Estamos aquí!

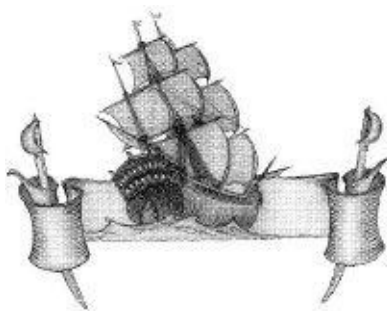
El barco se fue acercando con una lentitud angustiosa. Los dos náufragos se estaban quedando roncos de tanto gritar y no paraban de agitar los brazos confiando en que alguien los detectara. Finalmente, Preston vio una señal.

—¡Alguien nos hace señas! —aulló, saltando de un modo tan impetuoso que la barca, que ya no daba mucho más de sí, acabó volcando, y los dos piratas cayeron al

agua e intentaron nadar.

Pero estaba claro: el barco se dirigía hacia ellos, y al acercarse, los dos hombres pudieron ver claramente a la persona que les hacía señas, la primera persona que les había visto y que les había salvado sus tristes vidas.

—¡Vaya —exclamó Harbuckle—, es un chico!



CAPÍTULO 9

El rescate

Peter se inclinó en el pasamanos de babor para ver cómo subían lentamente a los dos hombres gordos y mojados a bordo de la *Nunca Jamás*, agarrándose a unas sogas anudadas. El mar crecía y cambiaba y los dos hombres gritaban mientras se balanceaban como péndulos.

Peter había sido el primero en verlos. Se lo dijo a un marinero, que corrió a explicárselo a Slank. Peter se había dedicado todo el rato a hacer señas a medida que la *Nunca Jamás* se acercaba, para que los hombres supieran que iban a rescatarlos.

Y entonces, cuando los subieron a bordo, Peter sintió tanta curiosidad como todos por saber quiénes eran y cómo se habían metido en semejante aprieto. Se sumó a la multitud que formaba un círculo alrededor de los hombres sentados en cubierta, que chorreaban, jadeaban y miraban con aprensión a sus rescatadores. Peter vio a Molly en el otro lado del círculo. Sus miradas se encontraron un momento, pero enseguida Peter apartó la suya.

«¿Por qué aparto siempre la vista?»

—¡Echaos a un lado! —gritó Slank, abriéndose paso entre el gentío. Se puso delante de los dos hombres y les preguntó—: ¿Habláis inglés?

El más gordo de los dos (aunque no mucho más que el otro) asintió, tosió y respondió:

—Sí, señor.

—¿Cómo os llamáis? ¿De qué barco venís? ¿Cómo habéis acabado en el mar? —los interrogó Slank.

—Me llamo Harbuckle, señor —contestó el más gordo—. Y este de aquí es Preston. Le agradecemos que nos hayan salvado la vida, señor. Estábamos seguros...

Slank lo interrumpió.

—Os he preguntado de qué barco venís y cómo habéis acabado en el mar.

—Somos de... esto... ejem... la *Marcelle* —contestó Harbuckle.

El hombre que era un poquito más delgado, Preston, miró a su compañero, desconcertado.

—No, no es verdad. Somos de la... ¡Aaay!

Su respuesta se vio interrumpida por el golpe en la cabeza que le propinó

Harbuckle.

—¡Oye! —se quejó Preston, frotándose la cabeza.

—No le haga caso —le dijo Harbuckle a Slank—. Está confundido porque ha tragado agua de mar. Sabe perfectamente que venimos de la *Marcelle*. —Harbuckle miraba a su compañero mientras lo decía—. ¿Lo has pillado, compañero? La *Marcelle*.

—¿Es así? —preguntó Slank en voz baja.

—Sí, señor —insistió Harbuckle—. Claro que sí. Se ha hundido en una tormenta, una tormenta terrible. Por suerte nosotros echamos la barca al agua, y si no llegan a venir, no...

—Conozco la *Marcelle* —lo interrumpió Slank.

—¿Ah, sí? —dijo Harbuckle sorprendido.

—Así es. Dime, ¿se ha hundido el capitán Ferguson con el barco?

Harbuckle dudó un momento y a continuación afirmó:

—Sí, señor, así es. Era un hombre valiente, el capitán Ferguson.

—Sí. Lo era. Sólo falta que me expliquéis otra cosa más...

—¿Qué más, señor? —preguntó Harbuckle.

Slank mostró la hoja afilada y brillante de su cuchillo.

—¿Por dónde queréis que empiece a daros de comer a los tiburones?

La multitud ahogó un grito. Algunos se apartaron, pero otros se acercaron para ver mejor lo que pasaba.

—¡No! —exclamó Harbuckle. Su mirada presa del pánico estaba fija en el cuchillo—. ¡Por favor, señor! ¿Por qué?

—Porque estás mintiendo, truhán sin palabra —respondió Slank—. El oficial al mando de la *Marcelle* es el capitán Paige. El capitán Ferguson murió hace veinte años.

Slank dio un paso adelante hacia Harbuckle, que gateó hacia atrás.

—¡Por favor, señor! —exclamó—. ¡No! ¡No! ¡Le diré la verdad!

—¿Y cuál es la verdad? —gruñó Slank.

—Nos han arrojado de la *Diablo del Mar*.

La muchedumbre ahogó otro grito.

Slank soltó otra risotada.

—¿Pretendéis que me crea que Mostacho Negro se embarcaría con dos bolas de sebo como vosotros?

—¡Es verdad, señor! —protestó Harbuckle—. ¡Lo juro! —Se volvió hacia Preston—. ¡Díselo, Preston! ¡Dile de qué barco venimos!

Preston frunció el ceño.

—De la *Marcelle* —respondió.

—¡No!

—Pero tú has dicho...

—¡Dile la verdad antes de que nos mate, pedazo de idiota! —aulló Harbuckle.

—¡Bueno, decídetes! —se quejó Preston, y le dijo a Slank—: Intenté decírselo. Venimos de la *Diablo del Mar*.

Slank estudió a los dos hombres.

—Bueno, si venís de la *Diablo del Mar*, ¿qué hacíais en el agua? Y antes de contestar, que quede claro: si mentís, iréis derechitos al mar... —esgrimió su arma— a trocitos.

Harbuckle tragó saliva.

—Señor, Mostacho Negro nos ha arrojado a la deriva en la barca.

—¿Y por qué demonios ha hecho eso?

—Para que la *Diablo del Mar* pese menos. Para que vaya más rápido. También ha arrojado la mayoría de los barriles de agua por la borda.

La multitud volvió a mostrar su asombro.

—Estáis mintiendo —dijo Slank, y dio otro paso hacia delante—. Ningún capitán arrojaría el agua por la borda.

—¡Es verdad! —repitió Harbuckle—. ¡Mostacho Negro está loco! Dice que así la tripulación tendrá que alcanzar la *Avispa*. Para conseguir el agua.

—¿La *Avispa*? ¿Mostacho Negro va detrás de la *Avispa*?

Peter se dio cuenta de que, al otro lado del círculo, Molly había dado un paso adelante.

«Su padre va a bordo de la *Avispa*.»

—Sí —explicó Harbuckle—. Dice que hay un tesoro en la *Avispa*.

—¿Y qué tesoro es?

—No lo ha dicho. Sólo ha dicho que hay un gran tesoro. El mayor tesoro que ha cruzado el mar, dice.

Peter vio que Molly fruncía el ceño.

—El mayor tesoro que ha cruzado el mar —repitió Slank, en voz baja.

—Eso fue lo que dijo —volvió a repetir Harbuckle.

—¿Alguna idea de cómo es el tesoro? —preguntó Slank.

—Es un baúl, está en un baúl. Mostacho Negro tiene un prisionero, un oficial de la Guardia Real. Él le ha dicho a Mostacho Negro lo del baúl. Dice que subieron un magnífico baúl a bordo de la *Avispa* justo antes de que zarpara, escoltado por una docena de hombres armados.

—¿Qué hay en el baúl?

Molly miraba fijamente al pirata en ese momento.

—No tengo ni idea. El prisionero de la Guardia Real no lo sabía. Sólo sabe que tiene que ir de la reina de Inglaterra al rey de Rundoon con el barco más rápido que exista y con la máxima vigilancia. Haya lo que haya en su interior es lo bastante importante para preocupar a dos reinos.

Slank echó un largo vistazo al mar, y después volvió a mirar a Preston y a Harbuckle, que lo observaban asustados, temiendo por su destino. Hubo otra pausa larga hasta que finalmente Slank habló.

—Sois escoria, piratas.

—Sí, señor, pero...

—Calla. Sois escoria, y lo que debería hacer es arrojaros por la borda ahora mismo.

Harbuckle se puso a gimotear. Preston mojó los pantalones, pero nadie se dio cuenta, porque tenía la ropa empapada.

—Pero os voy a dejar vivir.

—¡Gracias, señor! —exclamó Harbuckle—. Mil...

—Calla. Os voy a dejar vivir... por ahora, porque podéis serme útiles. Por ahora... ¡Pequeño Richard!

El gigante surgió imponente de detrás de Slank, con el látigo enrollado en su grueso cinturón de cuero.

—Llévate a esta escoria abajo. Y que los demás se pongan manos a la obra.

La multitud se dispersó y los marineros se dedicaron a murmurar sobre la escena que acababan de presenciar. Peter avanzó hacia Molly, que seguía mirando hacia el sitio donde había estado Harbuckle.

—¿Molly?

La muchacha alzó la vista. Tenía una expresión perdida, y a su mirada verde le faltaba la chispa habitual.

—¿Qué? —preguntó.

—Yo... bueno... sé que tu padre va en la *Avispa*.

—Sí.

—Bueno, espero que esté bien.

—Gracias.

Molly se volvió para marcharse. Peter se dio cuenta de que no quería hablar, pero ardía de curiosidad.

—Molly...

La chica se dio la vuelta.

—Quería agradecerte que me ayudaras anoche...

—De nada.

Molly empezó a volverse otra vez, pero Peter la agarró del brazo.

—Espera. ¿Cómo...? Quiero decir, ¿qué estabas haciendo allí? ¿Qué tienen allí dentro? ¿Viste a la rata? ¿La viste?

Molly lo miraba fijamente.

—Peter, escúchame, es muy importante. No debes...

—¡Molly! —Los dos chicos se vieron súbitamente separados por la descomunal señora Bumbrake, que se colocó frente a Molly y dejó a Peter cara a cara con su impresionante trasero—. Le he dicho mil veces que no se pasee por esta cubierta sin mí y que se aparte de la gentuza...

—Pero...

—¡Sin rechistar, jovencita! ¡Se viene conmigo!

La señora Bumbrake se llevó a Molly a rastras, dejando una nube de lavanda a su paso.

Peter las contempló mientras se iban.

«¿No debo qué?»

Se fue hacia proa, hacia un grupito de marineros que simulaban que estaban trabajando mientras cotorreaban. Había mucho de que hablar. Estaban los dos piratas que habían rescatado, por supuesto, pero también algo más, algo que había ocurrido la noche antes, y la noticia ya circulaba por todo el barco.

—... vigilando la puerta —estaba diciendo uno de los marineros—. Dice que estaba completamente despierto, pero al momento siguiente se despertó en el suelo. Como si lo hubieran hechizado, dice.

Peter se acercó un poco más.

—¿Un hechizo mágico? —se burló otro marinero—. Claro que sí. Demasiado ron, ése es su hechizo mágico.

—No —dijo el que contaba la historia—. John no. No bebe ni una gota. Por eso Slank lo puso a vigilar. No, dice que algo lo dejó sin sentido, y cuando despertó había gente en la bodega, voces. Así que John entró corriendo y alguien se le echó encima.

—¿Quién?

—No lo vio. Todo pasó muy deprisa, dice. Pero fuera quien fuese, hizo que John tropezara y cayera de cabeza en el baúl.

—¿Y qué hay en el baúl?

—Pues no sé, pero sea lo que sea, Slank lo vigila como si fuera oro. Así que, bueno, John intentó levantarse, y le dolía mucho la cabeza. Miró hacia arriba y entonces la vio.

El narrador hizo una pausa dramática al llegar aquí.

—¿El qué? —preguntó uno de los que lo escuchaban—. ¿Qué vio?

—Una rata. Una rata que volaba.

—¿Quieres decir que saltaba? Porque yo las he visto saltar...

—No. John dice que volaba.

—Eso fue por el golpe en la cabeza —dijo uno.

—No creo. John no es de los de imaginarse cosas.

—Bueno, pues no te creo. Llevo treinta años navegando con ratas, y no vuelan.

—Creo que es verdad —terció una voz nueva, procedente de un hombre grandote con una enorme verruga en la nariz. Era el marinero al que Peter había visto comportarse de un modo tan raro con la carga misteriosa el primer día. Echó un vistazo al grupo—. Yo creo a John.

—¿Y eso por qué, Alf?

—Porque la rata estaba en la bodega con el baúl. Yo toqué el baúl el día que zarpamos. Hay algo raro en él.

—Una cosa es que sea raro, Alf, y otra es que las ratas vuelen.

—Pero os estoy diciendo que lo noté. Noté algo, no sé, algo mágico. Era como...

—Alf miró a su alrededor, titubeante.

—¿Como qué, Alf?

—Como... como si pudiera volar.

Se hizo una pausa y a continuación el grupo estalló en risas.

—¡Claro que sí, Alf, volar!

—¡Estás hecho un gorrión, Alf!

—Cuidado —advirtió alguien—. Que viene Slank.

Los marineros se dispersaron rápidamente, riéndose todavía. Alf se quedó rojo de vergüenza, mirándose los pies.

Peter dudó un momento, pero se acercó al hombretón y le tiró de la manga. Alf lo miró.

—¿Qué pasa, chico?

—Yo también lo creo. Lo de la rata.

Alf frunció el ceño.

—¿Por qué?

Peter volvió a dudar, pero añadió:

—Porque yo la vi.

Alf se inclinó, acercando su cara a la de Peter.

—¿La viste, muchacho? ¿Estabas ahí?

Peter asintió.

—¿Viste algo más? ¿Llegaste a ver qué había en el baúl?

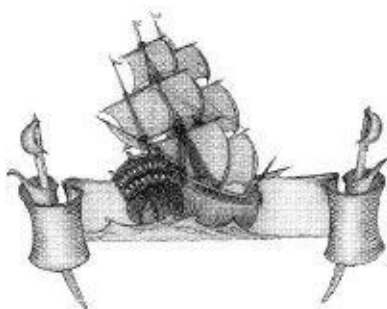
—No, señor.

Alf lo observó un momento y a continuación añadió en voz baja:

—Pero tú quieres... quieres saber qué hay ahí dentro.

Peter volvió a asentir.

—Yo también, muchacho, yo también.



CAPÍTULO 10

Mostacho Negro se aproxima

Mostacho Negro oyó el silbido agudo que atravesó el aire nocturno, que parecía el chillido hambriento de una foca, y levantó la cabeza. El vigía le hizo una señal desde la cofa.

«La tenemos cerca.»

Mostacho golpeó con la empuñadura de su espada dos veces en cubierta, *pom, pom*. Al momento, los ocho remos largos que sobresalían de las cañoneras se elevaron del mar al unísono, chorreando agua, y se ocultaron en el casco del barco. La tripulación, que estaba tan desesperada por el agua como por el tesoro, llevaba dos días remando sin parar. Navegaban con las velas y los remos, interpretaban a la perfección los vientos y estrechaban la distancia que los separaba de la *Avispa*. Estaban listos para recorrer el tramo final.

«Ya es mía.»

Mostacho Negro golpeó con la espada tres veces más para convocar a sus oficiales y, a continuación, se retiró a su camarote, donde se sentó junto a una mesa repleta de cartas de navegación. En la mesa también había dos pequeños y delicados barcos de vela en miniatura, uno pintado de negro brillante como la *Avispa* y el otro construido como una réplica de la *Diablo del Mar*.

Alguien llamó a la puerta sin demasiada convicción.

—Entra —gruñó Mostacho Negro.

Smee entró y sintió náuseas. El camarote olía como una vaca muerta. Esto se debía, de hecho, a que había varios pedazos de ternera en el camastro de Mostacho, así como un pavo medio masticado. Los restos roídos de otros alimentos estaban desparramados por el suelo. Smee se llevó la mano a la nariz, intentando hacerlo de un modo discreto.

—¿Ha llamado, capitán? —preguntó, con la voz amortiguada.

—Ha llegado la hora —dijo Mostacho, mirando sus barcos en miniatura—. Se acerca el momento.

—Sí, señor —asintió Smee, volviéndose. Estaba desesperado por escapar del hedor que hacía que incluso le lloraran los ojos—. Subiré y les diré...

—Espera. Quiero repasar el plan final contigo y con Storey.

Smee se quedó, a regañadientes, y entonces llamaron por segunda vez a la puerta y entró Storey, el jefe de la tripulación de la *Diablo del Mar*, quien se echó hacia atrás, pasmado por un momento por el olor; después apretó los labios y entró en el camarote haciendo un gran esfuerzo, como un hombre que se abriera paso en un vendaval.

—¿Sí, capitán? —preguntó con los dientes apretados.

—Sentaos.

Smee y Storey miraron a su alrededor. No había ningún otro lugar para sentarse aparte del camastro, que estaba cubierto de comida podrida, y un taburete de madera, ocupado por un enorme bulto peludo, un queso rancio, quizás, o un gato muerto.

—No importa, capitán. Me quedaré de pie —dijo Storey.

—Yo también —añadió Smee.

Mostacho Negro echó un vistazo a su camarote, como si se fijara por primera vez en su estado.

—Smee, ¿dónde está mi grumete? Este lugar es un desastre.

—Le hizo pasear por la tabla, señor —contestó Smee.

—¿Eso hice?

—Eso hizo, capitán. Por tocarle los barcos en miniatura.



Smee se ahorró comentar que el grumete había saltado del barco casi contento al saber que no tendría que intentar limpiar el camarote de Mostacho Negro nunca más.

—Ah, es verdad. Quiero que me consigas un nuevo grumete en cuanto abordemos la *Avispa*.

—Sí, capitán.

Sería el sexto grumete en menos de un año.

—Bueno, ahora hablemos de la *Avispa* —ordenó Mostacho Negro, mirando a Storey—. ¿Estamos listos?

—Lo estamos —respondió Storey. Señaló los barcos en miniatura, procurando no tocarlos—. Gracias a los remos hemos continuado en la dirección correcta adelantando de forma constante. Ahora estamos justo en el punto perfecto para continuar en la dirección del viento. Su plan ha dado en el blanco, capitán. No importa lo rápida que sea la *Avispa*; con este viento y en esta dirección, cuando icemos las Damas estaremos cerca del barco en un santiamén.

—¿Y las Damas están listas? —preguntó Mostacho Negro.

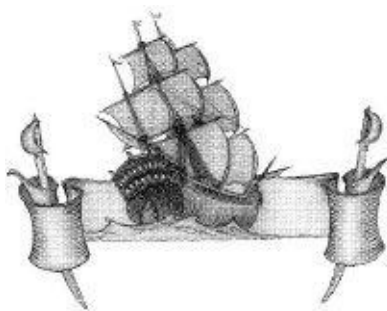
—Sí, capitán.

—Muy bien. —Mostacho Negro hizo una pausa dramática, saboreando el instante—. Izad las Damas.

—¡Sí, señor! —gritaron Storey y Smee, corriendo hacia la puerta para poder respirar aire fresco.

Después de que se fueran, Mostacho Negro volvió la vista hacia sus barcos en miniatura. Puso la mano de manera delicada, casi cariñosa, en la *Diablo del Mar*. Lentamente, lo empujó hacia delante hasta que alcanzó la *Avispa*. Siguió empujando hasta que la *Avispa* llegó al borde de la mesa. Acto seguido sonrió y le dio un malvado empujón; la *Avispa* cayó y su delicado casco se partió en pedazos al tocar el suelo. Mostacho Negro se rió y su aliento contaminó aún más el aire viciado del camarote. A continuación se puso en pie y, tras pisar los restos de la *Avispa*, salió del camarote.

«Ha llegado la hora de entrar a matar.»



CAPÍTULO 11

Los mensajeros

Era casi medianoche, una noche nublada en la que ni la luna ni las estrellas brillaban en la oscura cubierta de la *Nunca Jamás*. Había un viento regular de cinco nudos y el grueso cascarón surcaba las aguas con viento de popa.

Molly, envuelta en una manta a modo de capa sobre su camión, subió por la escalera y echó un vistazo rápido a su alrededor. Al no ver a nadie, avanzó rápidamente hasta el pasamanos de popa, con los pies descalzos sobre la madera gastada de la cubierta. No se había atrevido a ponerse los zapatos al salir del camarote por miedo a despertar a la señora Bumbrake, que roncaba.

Tras echar otro vistazo rápido, volvió a apoyarse en el pasamanos de popa y se asomó a mirar el agua oscura. Lo único que vio fue la estela que dejaba el barco a su paso, pálida como un fantasma debido al fanal de popa. Molly forzó aún más la vista.

«Pero ¿dónde están?»

Se preguntaba si había llegado demasiado pronto. O, peor aún, si había llegado demasiado tarde.

Calcular el tiempo en el barco era un problema, sobre todo cuando los cielos cubiertos le impedían ver las estrellas.

Pasaron cinco minutos, pero a Molly le pareció una hora.

«Pero ¿dónde están?»

Molly oyó una voz masculina y se puso tensa, dispuesta a salir corriendo de vuelta a la escalera. Pero entonces escuchó otra vez y se dio cuenta de que eran dos marineros, muy hacia la proa, aguantando otra noche de vigilancia con los inacabables cotilleos de un barco en alta mar.

Molly se tranquilizó y volvió de nuevo la vista hacia...

«¿Qué ha sido eso?»

Trató de vislumbrar la parte del agua oscura en la que creía haber visto algo, en el extremo más a la derecha del remolino del agua.

«¡Allí!»

El corazón de Molly dio un vuelco cuando una forma gris saltó del agua, formando un grácil arco antes de volver a desaparecer bajo la superficie. Aquella forma iba seguida de otra, y luego otra.

Eran marsopas. Cinco marsopas, cuyos elegantes cuerpos seguían sin esfuerzo el ritmo del pesado barco.

Molly se apoyó en el pasamanos de popa y agitó las manos frenéticamente, hasta que se contuvo porque se sentía como una tonta.

«Ya saben que estoy aquí —pensó—. Lo ven todo.»

Como si le hubiera leído el pensamiento, una gran marsopa se colocó bien erguida ante Molly, valiéndose de su potente cola para sacar la cabeza a la superficie, y se mantuvo en el remolino de la estela. Miró a Molly, sonrió y dijo:

—Hola.

No hablaba como las personas, claro está. Lo dijo mediante chasquidos y chillidos. Pero Molly había estudiado el suficiente marsupiés como para entender el saludo estándar. Molly se esforzó por recordar lo que había aprendido en las clases y se puso a chillar y chasquear la lengua (lo segundo era lo más difícil) para darle una respuesta, que esperaba que fuera «Hola». En realidad, lo que dijo fue «Tengo los dientes verdes», pero la marsopa era demasiado educada para hacérselo notar.



A continuación las otras cuatro marsopas se levantaron en el agua y, siguiendo el protocolo, también le dijeron hola. Molly les contestó que tenía los dientes verdes. Tras las cortesías de rigor, la marsopa principal, que se llamaba *Ammm*, emitió una serie más larga de chasquidos y chillidos. Molly sabía el suficiente marsupiés como para comprender que *Ammm* le preguntaba si estaba bien. Esperaba la pregunta: habían acordado que las marsopas irían a visitar a Molly aquella noche y se suponía que Molly les diría que sí, que estaba bien.

—No —respondió Molly, procurando articular los sonidos correctos—. Problemas.

Esta respuesta provocó un coro de gorjeos y chirridos entre las marsopas, que estaban todas erguidas, apoyadas en la cola. Molly no entendió nada, pero quedó claro que estaban preocupadas.

Ammm volvió a dirigirse a ella.

—Dime —le dijo.

Molly se había pasado el día pensando cómo lograría decirles lo que quería con su limitado vocabulario marsupiés. Se inclinó hacia delante y trató de hablar lo más claro que pudo, pero tampoco demasiado despacio, ya que las marsopas no entendían a los que hablaban despacio:

—Mensaje padre —explicó.

—Di —respondió *Ammm*.

El corazón de Molly volvió a dar un brinco: ¡lo estaba consiguiendo! Pero a continuación llegaba la parte más difícil.

—Hombre malo atrapar barco —articuló.

—Otra vez —le pidió *Ammm*.

Molly respiró profundamente y volvió a decir:

—Hombre malo atrapar barco.

Las marsopas profirieron más chirridos. Y entonces *Ammm* preguntó:

—¿Qué barco? ¿Barco Molly?

¡Lo habían entendido!

—No —respondió Molly—. Barco padre.

Ammm hizo una pausa y repitió:

—Barco padre.

—¡Sí! —exclamó Molly, entusiasmada al ver que podían comunicarse.

Hubo más chirridos nerviosos, hasta que *Ammm* volvió a hablar:

—Nos vamos, adiós.

—¡No! —gritó Molly.

Estaba tan preocupada que usó su idioma habitual, pero *Ammm* lo entendió y la miró expectante. Las otras cuatro marsopas volvieron a salir a la superficie, una a una.

—Más —pidió Molly.

—Di.

Molly no cejó en su empeño hasta conseguir pronunciar las palabras:

—Caja en barco Molly.

—¿Qué en barco Molly? —preguntó *Ammm*.

—Caja —repitió Molly—. Caja. Caja.

—¿Qué?

Era inútil, los sonidos que producía para decir «caja» no tenían ningún sentido para *Ammm*. Molly dio una patada en el suelo en señal de frustración, intentando desesperadamente pensar en otro modo de decirlo. Quizá podría...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por voces que se oían cada vez más cercanas; ¡alguien se aproximaba! Hizo gestos desesperados a *Ammm*, se volvió y corrió hasta la escalera, escurriéndose por ella justo cuando llegaron los dos marineros de guardia.

—... que había alguien aquí hablando —estaba diciendo uno—. Slank dice que no podemos permitir...

—Mira quién hablaba —dijo el otro, señalando por la borda.

—¡Pero qué demonios! —exclamó el primero—. ¡Qué escándalo están armando las marsopas! ¿Qué mosca les habrá picado?

—Habrán visto pescado sabroso.

—Eso es vida, si quieres mi opinión. Comer y jugar, sin nada de que preocuparse.

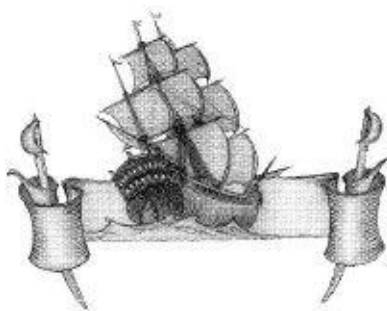
—¡Mira a esa grandota! ¡Nos está hablando! ¡Todo un discurso, vaya!

—Querrá que le echemos algo de comer.

De hecho, *Ammm* estaba diciendo algo muy grosero de los marineros y sus antepasados. Las otras cuatro marsopas resoplaron, y a continuación las cinco dieron media vuelta, se hundieron suavemente en el agua oscura y desaparecieron.

Los dos marineros las vieron desaparecer.

—Sí, eso es vida, en verdad —asintió el primero—. No tener nada de que preocuparse.



CAPÍTULO 12

Palabras furiosas

Peter y James lo habían visto todo. Se habían deslizado a popa, esperando encontrar algo comestible en alguna parte, y se habían escurrido en silencio por delante de los dos marineros charlatanes de guardia. Estaban agazapados detrás de un tonel cerca de la popa cuando vieron a Molly subir por la escalera, acercarse al pasamanos e inclinarse.

Peter había estado a punto de acercársele cuando empezó a hacer los ruidos más extraños que le había oído emitir jamás a un ser humano.

—Peter —susurró James—. ¿Qué es lo que está...?

Peter le hizo callar pellizcándole el brazo. Obligó a James a seguir agachado y los dos muchachos se arrastraron boca abajo hasta encontrar un punto donde atisbar a través de una abertura del pasamanos de popa lo que estaba haciendo Molly. Ahogaron dos gritos simultáneos de sorpresa cuando vieron a las cinco marsopas, que parecían como si estuvieran bailando en el agua, ya que usaban sus potentes colas para mantener las cabezas por encima de las olas.

Observaron estupefactos cómo Molly y la marsopa más grande intercambiaban sonidos extraños, casi como si estuvieran conversando..., pero no, eso era imposible.

Los sonidos que emitía Molly le parecieron a Peter cada vez más insistentes y frustrados, hasta que Molly estalló y gritó en su idioma habitual: «¡No!». Peter se sintió incapaz de aguantarse la curiosidad por más tiempo y se levantó para acercarse a ella, pero volvió a agacharse cuando oyó que los marineros se estaban aproximando. Vio que Molly se volvía y corría otra vez a la escalera, al tiempo que James y él se ocultaban otra vez tras el tonel. Esperaron allí, conteniendo la respiración, mientras los marineros comentaban lo de las marsopas. Al parecer, los marineros pensaban que las marsopas traían buena suerte. Finalmente, los dos hombres subieron a una cubierta más elevada y desaparecieron.

—Peter... —susurró James—, ¿qué es lo que hemos...?

—Ahora no —le cortó Peter—. Vuelve a nuestro camarote, y que no te pillen.

—Pero ¿tú adónde...?

—No te preocupes —le dijo Peter entre dientes—. Ahora iré. Ve tú delante.

Tras comprobar que James se marchaba gateando sin peligro alguno, Peter trepó

por una soga y se deslizó bajo una barandilla que le condujo a la cubierta superior. Los vigilantes nocturnos estaban hablando a menos de medio metro de distancia. Cuando el que estaba más cerca se dio la vuelta, Peter recorrió el pasamanos y llegó a una entrada que daba a una escalera que conducía abajo, a la oscuridad.

Peter echó un vistazo a su alrededor, sin saber muy bien cómo llegar al camarote de Molly desde allí. Esperó... y esperó... y al final los dos marineros decidieron que era la hora de tomarse un té. Se fueron. Peter se deslizó por la escalera empinada hasta un pasillo oscuro. A ambos lados del pasillo se filtraba una luz amarilla procedente de diversas puertas. Peter pegó la oreja a la puerta más cercana. Oyó que alguien roncaba ruidosamente.

Suponiendo que era la señora Bumbrake, abrió la puerta y se escurrió dentro.

—¡Peter! —susurró Molly—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo que hablar contigo —susurró Peter.

—¿Ahora?

—Ahora.

Molly frunció el ceño y a continuación susurró:

—Bien. Pero fuera, en el pasillo.

Salieron afuera, y Molly cerró la puerta.

—Te he visto —le dijo Peter.

—¿Me has visto dónde? —preguntó Molly.

Intentaba parecer tranquila, pero Peter notaba que la había sorprendido.

—Hablando con el pez.

—¿De qué estás hablando?

—Te he visto hablando con el pez. Hacías ruidos raros, y el pez también.

—No digas tonterías. Los peces no hablan.

—Molly, te he visto.

Molly lo miró fijamente un instante, pensativa. A continuación suspiró y añadió:

—Bueno, escucha. No eran peces. Se llaman marsopas, y respiran aire, al igual que nosotros.

—Pero parecían peces.

—No lo son. Respiran aire y hacen ruidos, como los perros, los gatos, las vacas y los otros animales. Estaba imitando los ruidos que hacían, por curiosidad, para ver si respondían. Eso es lo que has visto. No era nada.

—No parecía eso —la desafió Peter—. Parecía que hablaras con ellos. Y estabas preocupada por algo. Te he oído gritar: «¡No!».

—Es que estaba frustrada, porque no me salían bien los ruidos —replicó Molly—. Eso es todo. Y no hay más.

—Has salido corriendo al llegar los marineros. ¿Por qué?

Molly hizo una pausa, volvió a cavilar y respondió:

—Porque no quería que se lo dijeran a la señora Bumbrake. Me dijo que me quedara en el camarote. De verdad, Peter, te lo estás imaginando.

«Está mintiendo.»

—¿De verdad? ¿Y también me imagino lo de la rata voladora? ¿Y lo de que te vi en la bodega de popa? ¿Qué está pasando, Molly? Dime qué está pasando.

—Nada, Peter, de verdad que no pasa nada.

«¿Por qué me miente?»

—De acuerdo —resolvió Peter—. Si no me lo dices, ya lo descubriré yo.

—¡No! —protestó Molly de repente, y lo agarró muy fuerte del brazo—. Peter, no debes volver nunca a esa bodega. Nunca.

Peter se soltó el brazo.

—¿Y quién me lo va a impedir?

Molly lo atravesó con la mirada y dijo lentamente:

—Yo, Peter.

—¿Cómo? —saltó él.

—Se lo diré a Slank —lo amenazó Molly.

—No lo harás.

—Lo haré si tengo que hacerlo.

—Pues hazlo. —A Peter le ardían las mejillas y le temblaba la voz de rabia—. Ya veo que no todas las ratas de este barco tienen cuatro patas.

—Por favor, Peter —le suplicó Molly, y volvió a agarrarlo del brazo—. Es que no lo entiendes...

—Hasta luego..., rata —le espetó Peter, zafándose de ella.

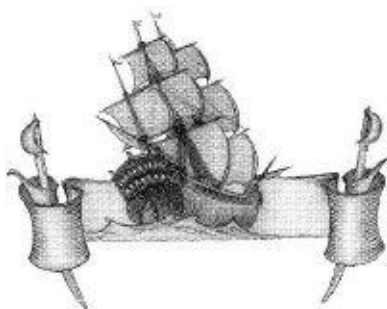
—Peter, por favor...

El muchacho se enfrentó a ella.

—Mira, yo pensaba que..., pensaba que tú..., bueno..., está claro que me equivocaba.

Peter subió veloz la escalera hasta encontrarse relativamente seguro en la cubierta a oscuras. Se agachó un momento, respirando hondo. Estaba furioso y se sentía traicionado.

«Se cree que puede mentirme, ¿no? ¿Se cree que puede decirme lo que puedo hacer? Bueno, pues ya verá. Puedo hacerlo yo solito, con la ayuda de Alf. No necesito su ayuda. ¿Qué se habrá creído?»



CAPÍTULO 13

Las Damas

En la oscuridad, justo antes de que amaneciera, Leonard Aster se paseaba arriba y abajo por la popa de la *Avispa*. Sus largas piernas conducían su figura desgarrada a través de la cubierta en unas pocas zancadas. Volvía a mirar hacia el agua una y otra vez y cada vez la encontraba vacía.

«¿Dónde estáis?»

Al final la impaciencia lo desbordó. Después de comprobar a su alrededor que nadie lo estuviera observando, se apoyó en el pasamanos y empezó a articular una serie de sonidos inhumanos. Casi al instante vio el lomo plateado y brillante de una marsopa que interrumpía la estela del barco. Se alzó con la cola y enseguida se le sumaron cuatro más, mirando en distintas direcciones, como si estuvieran vigilando.

—Hola —saludó *Ammm*.

—Hola —respondió Aster, ansioso por escuchar las noticias, pero respetando el protocolo marsupiés.

—*Ammm* hablar Molly —explicó *Ammm*.

—¿Qué decir Molly? —preguntó Aster, inclinándose hacia delante ansioso.

—Molly decir tres cosas —resumió *Ammm*.

—¿Qué cosas?

—Molly dientes verdes.

—¿Molly dientes verdes?

—Sí.

Aster lo pensó un instante y decidió que el problema debía de ser que Molly no dominaba el marsupiés.

—¿Qué más decir Molly?

—Hombre malo atrapar barco padre —continuó *Ammm*.

Aster sintió un escalofrío.

—Otra vez —le pidió, y la respuesta fue la misma:

—Hombre malo atrapar barco padre.

«Hombre malo.» Aster se imaginaba quién podía ser. Pensó un momento y le chilló una pregunta a la marsopa.

—¿*Ammm* ver barco hombre malo?

La respuesta fue inmediata:

—Sí.

—¿Dónde?

Las marsopas gorjearon entre ellas, y al final dijeron:

—Cerca.

«Maldita sea», pensó Aster furioso. Tenía que ver al capitán. Se dispuso a marcharse, hasta que recordó que *Ammm* había dicho que había tres mensajes.

—¿Qué más dijo Molly?

Ammm dudó, como si estuviera luchando con algo, hasta que finalmente dijo:

—En barco Molly.

—¿Qué? —preguntó Aster, perplejo.

—En barco Molly —repitió *Ammm*.

—¿Qué en barco Molly?

—No lo sé. Sonido Molly.

Ammm trató de hacer un sonido parecido a una voz humana, pero las marsopas no estaban preparadas para semejante tarea; por eso Aster no lo comprendió.

—Otra vez —le pidió, inclinándose hacia delante.

Estaba desesperado por entenderlo.

—¿Quién anda ahí? —se oyó la voz de un marinero detrás de Aster.

«Maldita sea.»

—Marchaos —les mandó Aster a las marsopas—. Marchaos.

Las marsopas se volvieron y en un instante habían desaparecido.

¿Qué había en el barco de Molly?

—He preguntado quién anda ahí. —El marinero estaba justo detrás de Aster, que se apartó del pasamanos para mirarlo—. ¡Ah, señor Aster! —exclamó el marinero. Le cambió el tono de voz al darse cuenta de que hablaba con el pasajero más importante de la *Avispa*—. Me preguntaba quién hacía esos ruidos. No se encuentra bien, ¿no? Tiene arcadas, ¿no?

—Tengo que hablar con el capitán Scott —dijo Aster impaciente.

El marinero reprimió una sonrisa.

—Discúlpeme, pero el capitán no podrá hacer nada con sus problemas de estómago.

—Se trata de algo mucho más urgente.

—Pero señor, con todos los respetos, sólo son las cinco de la mañana y el capitán me pasaría por la quilla si...

—No se preocupe —se rindió Aster, dejando atrás al quejoso marinero.

Se dirigió hasta la escalera, bajó por ella y llamó a la puerta del camarote del capitán. Un momento después el capitán Scott abrió la puerta, colocándose los pantalones por encima de una camisa larga de dormir y con aspecto de estar dispuesto a arrancar la cabeza a quien fuera que hubiese perturbado su sueño. Su enfado se convirtió enseguida en sorpresa al ver quién lo había despertado.

—Señor Aster...

—Capitán Scott. Le ruego que acepte mis disculpas por importunarlo, pero tengo que hablar con usted inmediatamente.

El marinero bajó por la escalera, resoplando.

—Lo siento, capitán —dijo—. Intenté decirle al señor Aster que...

—No pasa nada —lo tranquilizó Scott—. Vuelva a vigilar.

—Sí, señor —asintió el marinero, y se marchó.

—Por favor, entre, señor Aster —dijo Scott, retrocediendo para que el hombre alto pudiera entrar en su camarote limpio e impecable.

Aster cerró la puerta tras de sí y se volvió hacia Scott. Tenía una expresión vehemente. A Scott casi le parecía que los ojos verdes del hombre ardían. «Debe de ser un efecto de la luz del farol», pensó Scott.

—Capitán Scott —empezó Aster—, ya sabe que tengo estatus diplomático. Supongo que es usted consciente de que estoy realizando una misión en nombre de la reina.

—Así es, señor.

—¿Y sabe que, por lo tanto, tengo acceso a cierta información que generalmente no se suele dar a conocer?

—Me imagino que sí.

—Capitán Scott, le pido que no cuestione cómo puedo saber lo que voy a decirle y que confíe únicamente en que es cierto: un barco pirata se acerca ahora mismo a la *Avispa* con la intención de atacarla.

—¿Se acerca?

—Está muy cerca, me temo.

—Pero señor Aster, eso no es posible —replicó Scott—. Nuestros vigías no han visto ningún barco desde hace días, exceptuando la fragata en la que ondeaba la bandera inglesa. Puede que sea una impostora, pero aunque pretenda atacarnos, nunca alcanzará la *Avispa*.

—Espero que tenga razón, señor. Pero si un enemigo nos adelanta...

—No lo hará, se lo aseguro...

—Bien, pero si lo logra...

—Entonces peharemos.

—Y confío en que ganaremos, capitán Scott. Pero ocurra lo que ocurra, tiene que comprender lo siguiente: el cargamento especial que lleva este barco de la reina no debe caer en manos enemigas. De ninguna manera. Si eso ocurriera, las consecuencias serían nefastas. Más terribles de lo que puede imaginar.

—Entonces me aseguraré de que esté bien protegido —afirmó el capitán Scott—. Pero le aseguro que no hará falta tal protección. Como le digo, ningún barco puede alcanzar la *Avispa*.

—Rezo para que tenga usted razón, capitán.

—Rezar sin duda ayudará, señor Aster, pero también que naveguemos bien. Iré

arriba a comprobar las velas.

—Gracias, capitán.

Los dos hombres subieron por la escalera. El capitán Scott se preguntaba si su distinguido pasajero habría perdido el juicio. «¿Cómo va a conseguir información aquí en medio del océano? ¿Y qué clase de barco podría atrapar a la *Avispa*?»

La respuesta llegó tan pronto como alcanzaron la cubierta, que estaba bañada por la luz de color rojo sangre del amanecer que se extendía en el horizonte. El primer oficial de la *Avispa*, un hombre corpulento llamado Romelly, llegó corriendo sin aliento.

—Capitán, señor. Ahora iba a buscarlo. Acabamos de verlo, señor, justo ahora.

—¿Ver el qué?

—Un barco, señor, se nos acerca muy deprisa, y va volando...

—Pero eso es imposible. ¿Cómo puede...?

Y entonces lo vio. A menos de dos kilómetros detrás del barco había una fragata, pero se estaba desplazando más rápido que la *Avispa* y más rápido de lo que ningún hombre a bordo hubiera visto nunca moverse un barco. Incluso a aquella distancia se veían las dos olas blancas de su estela levantándose a un lado mientras la proa volaba sobre el agua.

—Pero ¿qué diantre...? —exclamó Scott, casi susurrando—. ¿Qué clase de...?

—Están ondeando la bandera pirata —señaló Romelly. El miedo se apoderó de su voz—. Son piratas, señor.

La palabra llegó a oídos de otros miembros de la tripulación y se empezaron a oír gritos de «¡Piratas!» por todo el barco.

El capitán Scott, que solía mostrarse imperturbable, se quedó mirando fijamente la aparición que se acercaba a su barco.

—¿Qué clase de...? —repitió—. ¿Qué...?

No le salían las palabras. No había visto nada semejante en todos los años que llevaba en el mar.

Porque el barco que quería atacarlos no llevaba velas. Al menos no unas velas corrientes. En vez de lonas blancas, el cielo que quedaba por encima del barco pirata estaba cubierto por un enorme sostén negro, una pieza de ropa interior de dimensiones descomunales, como si la hubieran hecho para una mujer gigante. Dos montañas idénticas de tela apuntaban y sobresalían por delante de la brisa.

—Pero ¿qué es eso?

Scott ahogó un grito.

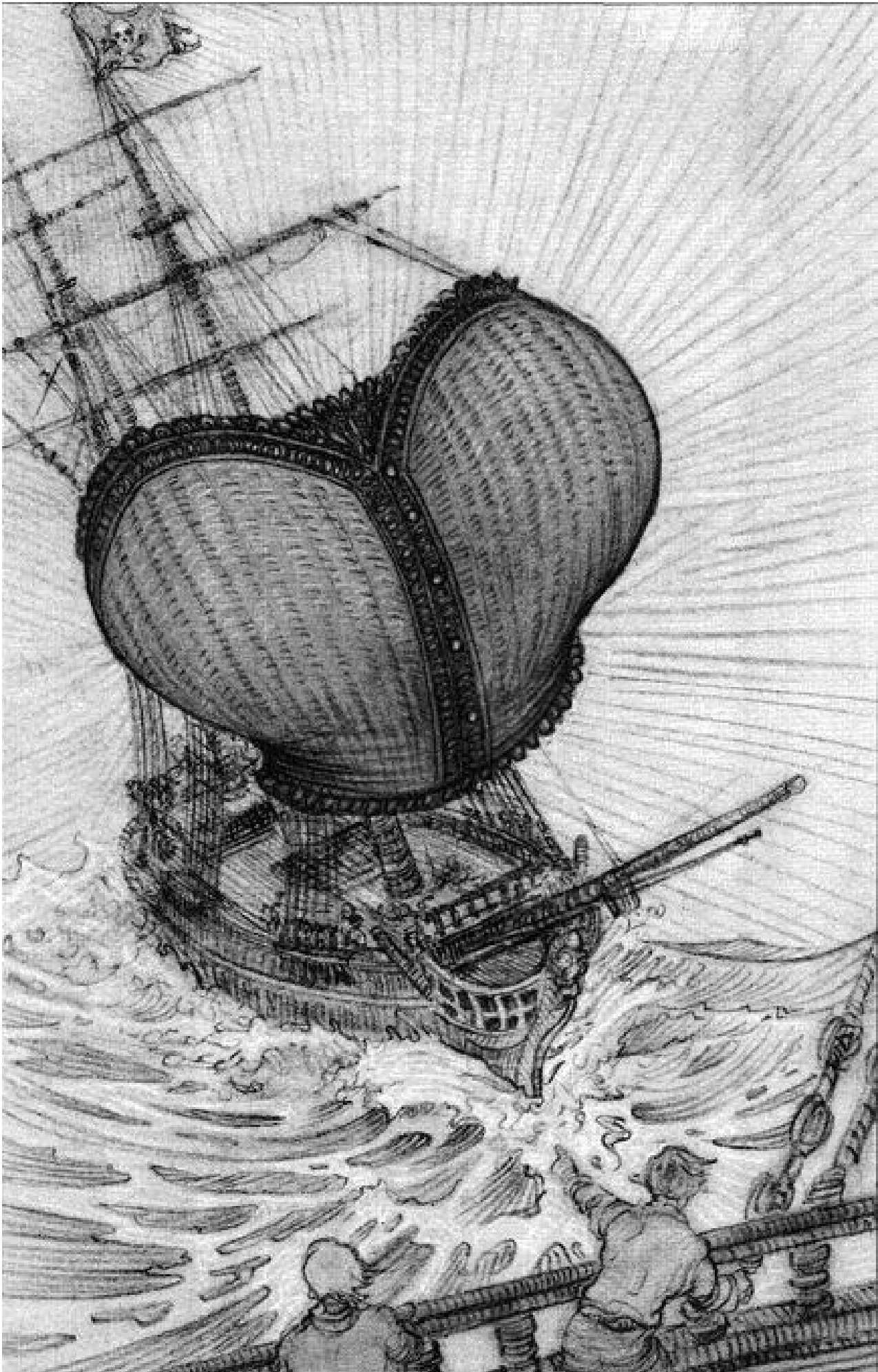
—Eso —respondió Leonard Aster— es Mostacho Negro.

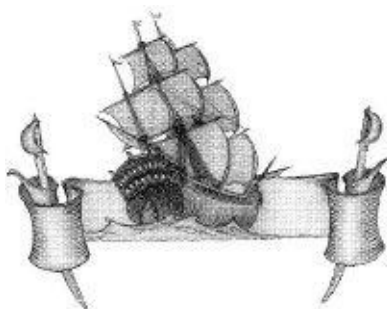
La tripulación también lo había oído y un murmullo recorrió enseguida la cubierta entera:

—Mostacho Negro.

—Ha venido a buscar el cargamento de la reina —explicó Aster—. No sé cómo lo sabe, pero lo sabe. Eso es lo que busca.

—Bueno —dijo Scott decidido—, no lo conseguirá sin pelear antes.





CAPÍTULO 14

La alianza

Peter encontró a Alf a la mañana siguiente. El hombretón estaba de rodillas, dolorido, fregando la cubierta. Se estaba levantando viento. Hacia el oeste, Peter vio que se arremolinaban unas nubes, oscuras y amenazadoras, aunque todavía se hallaban bastante lejos. Aquello hizo que el barco le pareciera más pequeño a Peter.

Alf miró hacia arriba cuando se acercó el muchacho.

—Hola, amiguito —lo saludó, sonriendo—. ¿Has visto alguna rata voladora últimamente?

—No —contestó Peter—, pero voy a volver a mirar.

La sonrisa de Alf desapareció. Echó un vistazo alrededor de la cubierta para asegurarse de que nadie los oyera.

—¿En la bodega de popa? —susurró—, ¿en el baúl?

—Sí. Esta noche.

—Pero hay un vigilante y estará atento. Slank estaba furioso con John por haberse dormido la última vez. Hizo que lo azotaran a fondo. Ha puesto a vigilar a un hombre nuevo, un viejo cascarrabias llamado Caracuero. Ése no se va a dormir.

—Ya lo he pensado —replicó Peter—. Tengo un plan para pasar por delante del guardia.

—¿Lo tienes, amiguito?

—Sí, pero necesito un ayudante.

—Ya veo. ¿Y pensabas que el viejo Alf podría ser tu ayudante?

—Así es.

Alf se puso en pie, alzándose por encima de Peter, y puso una mano callosa en el hombro del chico.

—Escucha, muchacho. Slank le dijo a la tripulación que si descubría quién había estado en la bodega o descubría que alguien más iba allí, se lo daría de comer a los tiburones.

—Es un buen plan —insistió Peter, tenaz—. Funcionará.

Alf escudriñó el rostro de Peter durante un instante.

—Realmente quieres ver ese baúl, ¿verdad?

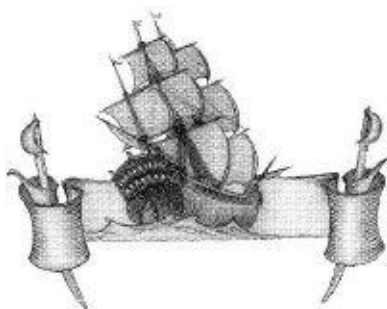
—Sí, señor, así es.

—¿Lo bastante como para arriesgar tu vida?

—Señor —se explicó Peter—, ahora no es que tenga una buena vida, y según me han dicho aún será peor allí donde voy. Si hay algo maravilloso en este barco, quiero saber lo que es. Es mi única oportunidad, señor.

Alf miró hacia el mar unos segundos, luego otra vez a Peter y el chico vio que caían lágrimas de los ojos del hombretón.

—Amiguito —sollozó Alf—, esas palabras me afectan más a mí que a ti. —Y acercó su cabeza a la del muchacho—. Dime cuál es nuestro plan.



CAPÍTULO 15

El ataque

El capitán Scott permanecía de pie junto al timonel de la *Avispa*, gritando órdenes que eran transmitidas a la tripulación a través de la voz resonante del primer oficial. Leonard Aster también estaba de pie justo detrás de Scott, muy atento al barco que los perseguía.

La *Diablo del Mar* iba ganando ventaja. No importaba qué maniobra intentara hacer Scott, el enorme sujetador negro se iba haciendo cada vez mayor, oscureciendo gran parte del cielo.

A pesar del peligro al que se enfrentaban, Leonard y Scott mantenían su flema británica y parecían dos caballeros que hablaban del tiempo.

—Pronto nos alcanzará —decía Scott.

—Eso parece —asentía Leonard.

—No había imaginado que fuese posible —confesó el capitán, moviendo la cabeza—. Esas velas... —Dejó la frase sin terminar, y luego añadió—: Se lo aseguro, señor, mis hombres estarán preparados. Los rechazaremos.

Aster se quedó callado un momento, observando a la *Diablo del Mar*, tan próxima que ya podía ver los rostros ceñudos de los piratas que los perseguían, blandiendo sus espadas y gritando palabrotas y amenazas a su presa. Se volvió hacia Scott.

—Capitán. Le ruego que me desembarquen en un esquiife junto con el baúl. Ahora mismo.

Scott lo miró y su compostura lo abandonó por un instante.

—Pero, hombre, ¿está usted loco? ¡No podrá huir de ese barco en un esquiife!

—No —concedió Leonard—. Pero así obligaremos a Mostacho Negro a elegir. Si elige seguirme a mí y al baúl (y creo que será eso lo que hará), entonces tendrá que ponerse de costado con la *Avispa*. —Leonard hizo una pausa—: Y si usted ya tuviera los cañones preparados, esperando...

—...se encontraría justo en la línea de fuego —terminó Scott. Se quedó pensativo y se vio durante un momento que la idea le tentaba, pero luego negó con la cabeza—. Pero usted también quedaría a tiro. Lo siento, señor, pero no puedo ponerlo en un peligro semejante. Se quedará a bordo.

Los dos hombres se miraron durante cinco segundos y luego Aster volvió a

hablar, en voz baja y apremiante:

—Capitán, le recuerdo una vez más que estoy llevando a cabo una misión de la reina y que hablo con la autoridad de Su Majestad. El baúl no debe caer, bajo ningún concepto, en manos de ese pirata. Sus hombres son valientes, pero está claro que los superan en número. Si el enemigo nos aborda, seremos derrotados. Mi plan comporta riesgos, pero es nuestra única esperanza. Con la autoridad que me otorga Su Majestad, le ordeno que haga que sus hombres me pasen a mí y al baúl por encima de la borda. Ahora mismo.

Scott enrojeció y parecía a punto de protestar. Luego, poco a poco, dejó escapar el aire y se volvió hacia el primer oficial.

—Prepare un esquiife a estribor —ordenó—. Y saquen el baúl negro de Aster. Que los hombres preparen el cañón de estribor.

El primer oficial dudó, sorprendido por aquellas órdenes inesperadas.

—¡Vamos, de inmediato! —exclamó Scott.

—¡Sí, capitán! —Y el primer oficial transmitió las órdenes.

—Gracias, capitán —dijo entonces Leonard.

—No me dé las gracias, señor. Temo que esas órdenes sean su sentencia de muerte.

—Bueno —replicó Aster—, quizá podamos disminuir el peligro.

Scott le contestó con una mirada interrogante.

—Creo que usted tiene un arquero entre su tripulación —se explicó Aster.

—En efecto —respondió Scott.

Leonard señaló hacia la enorme e hinchada vela de la *Diablo del Mar* formada por dos conos, que casi se cernía por encima de sus cabezas.

—Esa prenda de ropa parece realizada con una tela muy fina. Sospecho que arderá muy bien.

Scott echó una mirada hacia el navío y luego hacia Aster, con una sonrisa.

—Sí, creo que sí. Ha estado usted en muchas batallas, señor Aster.

—Así es.

Scott se volvió hacia su primer oficial.

—Haga venir a Jeff, el arquero. Necesitará su arco y algo de fuego.



Mostacho Negro estaba de pie al timón de la *Diablo del Mar*, viendo cómo trabajaba la tripulación mientras el barco se acercaba a su presa. Las Damas se habían portado tal y como se esperaba; la *Diablo del Mar* casi parecía volar por encima de las aguas. La *Avispa*, aunque era muy rápida y elegante, no tenía ninguna posibilidad de escapar.

«Esperemos a que las Damas estén arriba en el palo —pensaba—. Ningún barco del mundo podrá superarlas.» Esa agradable idea fue interrumpida por la chillona voz de Smee.

—¡Capitán, se están preparando para botar un esquite!

Mostacho agarró el catalejo y echó un vistazo. Dio un respingo. No sólo la tripulación de la *Avispa* estaba preparando un esquite, sino que al parecer, su pasajero iba a ser un hombre con ropas de caballero, y la carga era... ¡un baúl negro!

«Pero ¿qué truco es éste?»

Mostacho frunció el ceño, valorando la situación. ¿Sería un señuelo aquel baúl? Si se daba la vuelta para perseguirlo, las Damas perderían viento y resultarían inútiles..., la *Avispa* volvería a llevar ventaja y rápidamente pondría agua entre ambos. Pero si dejaba que se le escapase el baúl negro y resultaba ser el tesoro...

—Capitán, deberíamos...

—¡Fuera de mi vista! —gritó Mostacho, y empujó a un lado a Smeé dando unos pasos rápidos hacia el centro del buque, deteniéndose ante la jaula donde estaba el prisionero.

Se arrodilló e introdujo la mano por entre los barrotes de hierro, agarrando al hombre por la casaca de su uniforme, ahora ya todo sucio. Se le acercó mucho, de modo que sólo la oxidada jaula separaba sus rostros. El prisionero se apartó del asqueroso aliento de Mostacho.

El pirata colocó el catalejo en las manos del hombre.

—Dígame, oficial —preguntó Mostacho—, ese baúl que están bajando de la *Avispa* ¿es el tesoro?

El prisionero, debilitado por el hambre y el miedo, temblaba tanto que Mostacho tuvo que sujetarle el catalejo para que pudiese mirar.

—Es negro y brillante —dijo Mostacho, ayudándole a buscarlo— y lleva un emblema negro en los costados.

—S... s... sí —tartamudeó el hombre—. E... es ése, señor.

Mostacho se echó atrás y observó el rostro aterrorizado del hombre.

—Muchacho, no sé si entiendes que si tus palabras no son ciertas, serán las últimas que pronuncies en la tierra...

—Yo... yo... —El prisionero intentaba tragar sin conseguirlo—. Lo... lo juro, señor. Es ése.

—Muy bien —afirmó Mostacho, como hablando para sí mismo.

Se puso de pie y se frotó la barbilla con aire ausente, preguntándose si...

—¡Problemas, capitán! —aulló Smeé desde la cubierta superior, apuntando hacia arriba con su rechoncho brazo.

Mostacho levantó la vista. ¿Qué demonios pasaba?

Y entonces lo vio...

Las Damas estaban ardiendo.



El capitán Scott dio unas palmaditas en el hombro de Jeff, el arquero.

—Buen trabajo —dijo, señalando hacia la *Diablo del Mar*.

La copa derecha del enorme sujetador estaba ardiendo y las llamas se extendían con rapidez.

—Sigue preparado, marinero. Te necesitaremos otra vez.

El arquero, un hombre calvo y robusto, asintió.

Scott miró hacia el lugar donde se encontraba Leonard Aster, esperando mientras los marineros ataban el baúl dentro del esquiife. Aster miraba el baúl.

Scott se permitió especular durante un momento. «Me pregunto qué habrá ahí y si valdrá la pena morir por ello...» Y luego llamó a Aster.

—Buena suerte, señor Aster. Si Dios quiere, lo tendremos de vuelta a bordo dentro de una hora.

Aster lo inspeccionó todo, clavando intensamente sus ojos verdes. No decía nada y sólo respondía con un mínimo movimiento de cabeza. Se tocaba la cadena de oro que llevaba alrededor del cuello, buscando el relicario que colgaba de ella, como para asegurarse de que estaba ahí. Luego subió al esquiife e hizo un gesto al contramaestre, que a su vez ladró una orden. Cuatro marineros hicieron oscilar el esquiife en sus pescantes y bajaron el pequeño bote al mar embravecido, con un pasajero y la carga que Scott estaba obligado a proteger.

«No he tenido elección —pensaba Scott—. No me ha dejado elección.»

Y luego volvió a la tarea de intentar salvar su barco.



Mostacho Negro sabía cuándo cortar por lo sano. Scott tenía reputación de buen marino; el hecho de que las Damas estuvieran ardiendo era una prueba de que esa reputación estaba justificada.

—Soltad las Damas —ordenó Mostacho a Smee.

—¿Que las soltemos, capitán? —preguntó el primer oficial—. ¿Las Damas?

—Sí, idiota, y ahora mismo, antes de que los mástiles y las jarcias se incendien —replicó Mostacho—. Ata una boya de amarre a la escota de estribor y luego suéltalas. Ya volveremos por ellas más tarde.

Smee dio las órdenes y la tripulación respondió presurosa. Las Damas llameantes se alejaron del buque flotando como una cometa gigante y luego se hundieron en el mar con un enorme silbido y una nube de humo. La boya de amarre cabeceaba allí cerca, marcando el lugar donde se encontraban.

«Por algo es el capitán», pensó Smee.

Mostacho miraba al frente. Una vez desaparecidas las velas, su barco se iba quedando muy atrás de la *Avispa*.

—¡A toda vela! —aulló a la tripulación, pasando por encima de Smee.

Los hombres corrieron a los cabos y las velas corrientes de la *Diablo del Mar* se izaron en unos segundos. Mostacho contaba con ellas para robar el viento a la *Avispa* y se sintió gratificado al ver agitarse las velas del barco que huía. Ahora sabía que podría alcanzar la *Avispa*... pero ¿debía hacerlo?

«¿O me voy detrás de ese esquife?»

La barquita, con el caballero a bordo, estaba justo por delante de la *Diablo del Mar* en aquel momento, quizás a unos cuarenta metros a estribor, lo bastante cerca como para que Mostacho pensase que casi podía tocar el baúl. Veía que el caballero lo observaba atentamente, sin revelar ninguna emoción, con los remos quietos a sus costados.

«Como si quisiera que fuera a por él...»

Mostacho sabía que podía alcanzar fácilmente el esquife virando a estribor, pero que entonces perdería su ventaja con la *Avispa* o, peor aún, exponería el costado de su barco al fuego de su cañón. Podía perseguir a la *Avispa*, pero le costaría mucho tiempo alcanzarla, y mucho más tiempo aún derrotarla. Para entonces, quizá no fuese capaz de volver a encontrar el esquife.

«¿Qué hacer?»

Mostacho soltó una palabrota especialmente desagradable y salpicó la cubierta con un furioso escupitajo.

«Nadie comprende lo duro que es ser capitán.»



Muy a su pesar, Scott tuvo que reconocer la rapidez con la que Mostacho Negro se libraba de la vela negra ardiendo, izaba nuevas velas y continuaba la persecución.

«Nos está alcanzando de nuevo. Pronto nos cogerá.»

Scott sopesaba sus opciones. Podía virar en redondo e intentar usar los cañones y quizá coger por sorpresa a Mostacho.

«Pero puede que él ya estuviera lo bastante cerca como para abordarnos antes de que pudiésemos disparar un solo cañonazo.»

También podía burlarlo, esquivando las velas de la *Diablo del Mar*, recuperar la ventaja del viento y aprovecharla.

«Pero entonces dejaría atrás a Aster.»

Contempló el esquife y a Aster, que se iba haciendo más pequeño cada vez, y que en aquel momento se encontraba en ángulo recto con la quilla de la *Diablo del Mar*.

«No puedo abandonarlo.»

Estudió el barco del enemigo.

«Si se vuelve hacia el esquife, atacaremos.»

Pero ¿y si la *Diablo del Mar* no se volvía? ¿Podía arriesgar su buque y a toda su tripulación para salvar la vida de un solo pasajero?

Scott notaba los ojos de sus hombres esperando su siguiente orden.

«Nadie comprende lo duro que es ser capitán.»



Smee se arrodilló junto a la jaula del prisionero y trasteó con un enorme manojó de llaves, nervioso bajo la mirada de Mostacho.

—¡Vamos, date prisa! —exclamó Mostacho.

Levantó la vista para observar la *Avispa* y luego el esquife, que se encontraba en ángulo recto con su buque y se deslizaba tras él.

El prisionero, que no sabía lo que estaba ocurriendo, miró con aprensión a Smee, que abrió el cerrojo y la puerta de la jaula.

Mostacho apartó a Smee, agarró al tembloroso prisionero por la casaca del uniforme y lo atrajo otra vez hacia él.

—Me has ayudado mucho —le dijo Mostacho, con voz untuosa.

—Gra... gracias, señor —contestó el prisionero, esperando que su cooperación le hubiese servido para liberarlo de aquella jaula tan estrecha.

—Sí —continuó Mostacho—, mucho. Tanto, de hecho, que he decidido dejarte ir.

—¡Gracias, señor! Gra... ¡No..., por favor, señor, no!

La gratitud del prisionero se convirtió en horror cuando Mostacho, con un asombroso despliegue de velocidad y fuerza, lo arrastró con rapidez hacia el pasamanos de estribor y lo arrojó por la borda.

—¡Capitán! —gritó Smee, horrorizado.

—¿Sí, Smee? —respondió Mostacho, inclinándose sobre la borda para ver el pataleo del prisionero, luchando por salir a la superficie.

—Pero él era... —balbució Smee—. Quiero decir que pensaba que tenía información que...

—Ya nos ha dado lo que necesitábamos. Y ahora nos está proporcionando otro servicio.

Smee lo miró, perplejo.

—Mira. Como buen marinero británico, sabe nadar, al menos un poquito.

Smee seguía asombrado.

—Y como buen marinero británico en apuros —continuó Mostacho—, no lo va a abandonar el caballero del esquife, ¿verdad? Un inglés como es debido nunca dejaría ahogarse a otro inglés. Mira a nuestro caballero, Smee.

Mostacho señaló el esquife, y Smee vio que el caballero iba a coger los remos.

Entonces Mostacho ordenó:

—Que los arponeros se preparen a popa.

Smee transmitió la orden, y mientras tanto se fijó en que el esquife viraba hacia el marinero que se estaba ahogando.

Sus labios agrietados se abrieron en una enorme sonrisa de placer, tanto por la inteligencia de su capitán como por la estupidez de los bienintencionados ingleses.



Leonard Aster había examinado el baúl, preguntándose cómo abrir sus candados sin herramientas ni armas, cuando oyó el grito procedente de la *Diablo del Mar* y vio que arrojaban a un hombre con un uniforme de marinero inglés por la borda. Observó los esfuerzos que hacía el hombre por salir a la superficie, manoteando

desesperadamente para mantenerse a flote, pero estaba claro que no duraría mucho tiempo.

Sin dudarlo, Aster agarró los remos. Comprendió que los piratas habían arrojado al marinero por la borda esperando que él hiciese exactamente lo que estaba haciendo. Pero con baúl o sin él, Leonard Aster no pensaba quedarse allí sentado contemplando cómo se ahogaba un inglés. Se aferró a la esperanza de que, a medida que se aproximaba a la *Diablo del Mar*, ésta se volvería hacia él, exponiéndose así a los cañones de la *Avispa*.

Pero para su decepción, la *Diablo del Mar* no se volvió.

«Es listo —pensó—. Se propone entorpecer mi huida mientras sobrepasa a la *Avispa*. Luego vendrá a por mí. A por el baúl.»

Aster echó una mirada atrás y vio que estaba cerca del marinero, que flotaba a duras penas.

«Todavía puedo conseguirlo —pensó Aster—. Con un poco de suerte, puedo salvar a ese hombre y continuar lo bastante lejos como para que los piratas no puedan encontrar esta pequeña barquita.»

El marinero que manoteaba se hundió bajo la superficie.

Leonard dio mayor impulso a sus remos.



Entonces, Scott vio que Mostacho no tenía intención alguna de virar para perseguir el esquife.

«Es listo. Viene primero a por mi barco.»

Scott tomó una decisión y dio una orden, repetida al instante por el primer oficial.

—¡Todo a estribor!

El timonel hizo girar la rueda del timón y la nave obediente se escoró enseguida, los palos crujieron y las jarcias se pusieron muy tirantes. Las velas colgaron flácidas, se movieron y luego volvieron a llenarse con el viento. La *Diablo del Mar* se acercaba rápidamente por estribor. En aquel momento el capitán Scott tenía un ángulo mucho mejor sobre ellos, aunque ni de lejos se acercaba al ideal. Pero no había tiempo que perder: la *Diablo del Mar* estaría encima de ellos en un instante.

—¡Fuego!

Los cañones rugieron y el corazón de Scott se encogió al ver que las balas volaban sobre la *Diablo del Mar*. Los cañoneros habían apuntado casi recto, pero la escora del buque había provocado que los proyectiles pasaran muy altos.

Era una apuesta: virar y disparar. Y Scott la había perdido. La *Avispa* había perdido velocidad; la *Diablo del Mar*, sin sufrir daño alguno, viraba en redondo. Apenas había tiempo para disparar otra andanada.

—¡Estabilizad la nave! —rugió Scott.

«Esta vez no podemos fallar.»



Leonard Aster oyó los cañonazos y luego vio una bala, y luego dos más, caer cerca de él, mientras sumergía un remo en el agua en el lugar donde había visto hundirse al marinero. Luchó por sujetar el remo, moviéndolo de lado a lado...

«Vamos..., cógelo...»

Casi se había rendido cuando notó un tirón. Haciendo fuerza, fue tirando lentamente del remo hacia él y luego agarró el brazo del marinero y lo subió a bordo con tal fuerza que por poco vuelca el esquife. La barquita se hundió peligrosamente en el agua bajo el peso de los dos hombres y el baúl. El hombre tosió y escupió agua de mar, pero parecía estar bien.

—Gracias —murmuró, tosiendo aún.

—No ha sido nada.

—Ese loco... —empezó el marinero, pero se vio interrumpido por dos potentes explosiones.

Aster se dio la vuelta y vio dos líneas oscuras gemelas procedentes de la popa de la *Diablo del Mar* que apuntaban directamente al esquife.

—¡Abajo! —chilló, tirando del marinero para que se acurrucara con él en el fondo.

Los dos arpones, bien apuntados y cargados con pólvora, les dieron casi al mismo tiempo, y sus puntas con púas se hundieron en el travesaño. Unas cadenas de tres metros unían las astas de los arpones a una soga gruesa que llegaba hasta el barco.

Al cabo de un momento, Aster notó un tirón, al tensarse las sogas. El esquife empezó a moverse hacia atrás. Los piratas usaban unos tornos para arrastrarlo hacia la *Diablo del Mar*.

«Mostacho lo quiere todo —pensó Aster admirado, por mucho que le horrorizara—. Quiere el baúl y también la *Avispa*.»

Se arrojó hacia la popa e intentó soltar los dos arpones, pero estaban clavados con demasiada firmeza en el travesaño. Desesperado, se volvió y gritó al marinero:

—¡Ayúdeme a desatar el baúl!

—¿Qué, cómo?

El hombre seguía aturdido por haber estado a punto de ahogarse.

—¡Desate el baúl! —repitió Leonard, luchando con un grueso nudo—. ¡Y rápido!

El marinero consiguió incorporarse y alcanzar un nudo que quedaba al otro lado del baúl. Al cabo de un momento negó con la cabeza.

—La soga está mojada —tosió—. El nudo no se deshará hasta que se seque.

Aster tiró frenéticamente de la cuerda. Miró hacia atrás y vio que el esquife casi había llegado a la *Diablo del Mar* y la popa del barco pirata se alzaba ante ellos. Al final consiguió soltar el nudo. Metió las manos por debajo del baúl e intentó levantarlo, esperando soltarlo de la cuerda por el otro lado. Apenas pudo moverlo.

«¿Por qué será tan pesado?»

Trató de moverlo de nuevo, pero no lo logró. Volvió a mirar hacia atrás y vio que podía tocar la popa de la *Diablo del Mar*. Los piratas bajaban por unas escalerillas de

cuerda para atrapar el esquiife. Dio un último tirón desesperado al baúl, pero éste apenas se movió.

«Es inútil.»



El capitán Scott aguantó todo lo que pudo, aguardando a que la *Avispa* apuntase bien con sus cañones a la *Diablo del Mar*, que se abalanzaba hacia ellos. Cuando no pudo esperar más, dio la orden:

—¡Fuego!

Los cañones tronaron. Una bala dio en la proa del barco pirata, descabezando a la sirena de madera. El resto cayó a lo lejos. La *Diablo del Mar* siguió avanzando.

«Nos van a abordar —pensaba—. Al menos, Aster podrá escapar.»

Pero esa esperanza tuvo que desecharla casi de inmediato.

—Capitán Scott —dijo el primer oficial—, el vigía informa de que los piratas han capturado el esquiife.

—¿Qué? —exclamó Scott—. ¿Cómo?

—Con arpones, señor. Lo han atrapado cuando el señor Aster ha regresado para rescatar a un marinero del mar, señor.

—¿Uno de los nuestros? No sabía que ningún hombre hubiese caído al agua.

—No, señor. Es Bingham, señor.

—¿Bingham?

Scott no podía creer lo que estaba oyendo.

—Sí, señor. El vigía dice que los piratas lo han arrojado por la borda, señor.

—Bingham —murmuró Scott.

El marinero había desaparecido en el último puerto. Scott empezaba a comprender por qué Mostacho había seguido la *Avispa*.

«Sabía lo del baúl. Y ahora lo tiene.»

Vio que la *Diablo del Mar* seguía avanzando con rapidez. Los piratas en cubierta aullaban sedientos de sangre.

«También quiere la *Avispa*.»

—¡Arquero! —gritó Scott.

—¿Señor?

—¿Puedes cortar las drizas a esta distancia?

—Si nos acercamos un poco más, capitán, creo que podré.

—Pues hazlo. Procura hacer caer todas las velas que te sea posible.

—Sí, señor.

Scott se volvió hacia su primer oficial.

—Quiere abordarnos —le explicó—, pero yo lo abordaré primero. Diga a los hombres que tomen espadas y sables y que se desplacen a popa. Cuando yo dé la orden, orcen. Nos atrapará mucho más rápido de lo que cree. Y cuando lo haga, los abordaremos.

Scott sabía que estaba corriendo otro riesgo.

«Espero que esta vez salga mejor que la anterior.»



Mostacho Negro no podía creer lo bien que le estaba saliendo todo. Tenía el tesoro y estaba a punto de apoderarse de la *Avispa*, que podía habersele escapado si el capitán Scott no hubiera decidido dar la vuelta y pelear.

«Qué idiotas son estos ingleses, siempre haciendo lo correcto...»

—El esquife está a bordo, capitán —le informó Smee.

—¡Excelente! —exclamó Mostacho, mirando a su espalda.

Vio al prisionero que habían vuelto a atrapar y al idiota del inglés que lo había rescatado. Ya habían izado el baúl a cubierta.

—¡Veinte largos y acercándose! —llegó el grito desde la cofa.

—¡Preparados para el abordaje! —gritó Mostacho, con creciente entusiasmo.

Aquél era el momento para el que vivía todo pirata.

Sus hombres aprestaron las espadas, los cuchillos y las armas de fuego. Mostacho estimó que los dos buques quedarían costado con costado en unos cinco minutos. Echó una ojeada por cubierta y le venció un impulso:

—¡Abrid el baúl! —gritó.

—¡Quince largos y acercándose!

—Pero, señor —replicó Smee—, quizá deberíamos esperar a después...

—¡Ahora! —rugió Mostacho—. ¡Abrid el baúl!

«El mayor tesoro enviado jamás por mar.» Mostacho quería verlo de inmediato, en su momento de mayor gloria.

Dos marineros dispararon sus pistolas a la cerradura. Las cadenas cayeron. Mostacho vio que el inglés idiota se adelantaba y miraba fijamente la tapa del baúl.

—¿Qué significa esa mirada, inglés? —tronó Mostacho—. ¿Crees que ahí dentro hay un genio que va a salir y salvarte?

—Algo por el estilo —respondió el inglés, y su tono de voz intranquilizó a Mostacho, pero sólo un momento.

Mientras lo miraba, la mano del inglés rebuscaba algo dentro de la camisa.

—¡Agarradle los brazos! —gritó Mostacho.

Un robusto marinero sujetó con rapidez los brazos de Aster a su espalda.

—¡Diez largos!

—Capitán —rogó Smee—, debemos...

—¡Calla! —lo interrumpió Mostacho, que se acercó con unas zancadas al inglés y le abrió la camisa.

Un relicario de oro brillante resplandeció al sol.

—¿Qué tenemos aquí?

Mostacho tomó el relicario y, nada más tocarlo, notó una extraña sensación, como si...

—¡Cinco largos!

—¡Señor! —volvió a gritar Smee—. ¡Creo que son ellos los que nos van a abordar a nosotros!

El inglés se echó atrás, arrancando el relicario de las garras de Mostacho. El pirata sacudió la cabeza como si despertase de un sueño. Vio que la *Avispa* estaba a menos de tres largos de distancia con su popa hormigueante de marineros armados.

Se volvió, contempló durante un instante los ojos de un verde intenso del inglés y luego se inclinó para abrir el baúl. El tiempo pareció detenerse al levantar lentamente la tapa; una sonrisa se formó en los labios de Mostacho al disponerse a contemplar por sí mismo el mayor tesoro jamás enviado por mar.

—¿Cómo? —gritó. Levantó la vista con la cara deformada por la furia—. ¿Qué truco es éste, inglés?

Agarró a Aster por la casaca y lo arrastró al otro lado de la tapa del baúl, para que pudiera ver su interior.

El baúl estaba lleno de arena.

El inglés dio un respingo, levantó la cabeza y miró afuera, hacia el mar, recordando de repente el mensaje de *Amm*: «En barco Molly».

Mostacho Negro siguió la mirada del hombre. «Está tan sorprendido como yo», pensó.

Y entonces Mostacho recordó algo: había zarpado un segundo barco del muelle el mismo día que ellos vigilaban la *Avispa*. Y también llevaba varios baúles a bordo.

—Han dado el cambiazo, ¿eh, inglés?

Aster miró desafiante al pirata.

—Está en el otro barco, ¿verdad? —preguntó Mostacho.

Aster apretó la mandíbula con fuerza, pero siguió callado.

—¡Dos largos!

—Parece que te han tomado el pelo, inglés —dijo Mostacho—. Y a mí también. Pero a diferencia de ti, yo todavía puedo hacer algo, en cuanto me apodere de la *Avispa*.

—¡Preparados! —El grito llegó desde arriba—. ¡Vamos a embestir!

Mostacho hizo un gesto al marinero robusto:

—Lleva abajo al inglés y enciérralo. Ya me haré cargo de él más adelante.

El marinero corpulento se acercó para encargarse de Aster, pero justo cuando lo hacía la proa de la *Diablo del Mar* golpeó la popa de la *Avispa*. La cubierta sufrió una violenta sacudida y el marinero cayó.

Antes de que pudiera levantarse, Leonard Aster saltó por la borda.

Mostacho maldijo y corrió hacia la borda. Mirando por encima, al principio no vio nada, pero luego... ¿Qué era aquello, la aleta trasera de una marsopa?

No tuvo tiempo para seguir mirando. Una flecha silbó por encima de su cabeza y la vela mayor de la *Diablo del Mar* cayó en cascada sobre Mostacho y su tripulación.

La batalla había empezado.

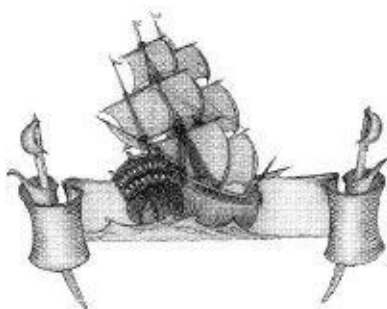


El capitán Scott sólo tardó unos terribles minutos en comprender la espantosa realidad: su segunda apuesta también había fracasado. Sus hombres luchaban con enorme valor, pero los piratas los duplicaban en número. No podía soportar ver que masacraran a sus hombres en una empresa tan desesperada como aquélla.

Con la angustia apoderándose de su alma, ató su pañuelo blanco en la punta de la espada e hizo la señal de rendición. La bandera fue recibida con hosca aceptación por su valiente tripulación y con gritos de triunfo por parte de los piratas. La última y descabellada esperanza de Scott era poder negociar de alguna manera para que se respetase la vida de sus hombres.

Pero no albergaba ninguna esperanza con respecto a sí mismo. Él era el capitán y había perdido su barco.

La *Avispa* pertenecía a partir de entonces a Mostacho Negro.



CAPÍTULO 16

Malas noticias

Molly estaba agachada en la cubierta de popa de la *Nunca Jamás*, contemplando el agua y esperando. Las horas habían ido transcurriendo con espantosa lentitud. Pero casi había llegado el momento.

Al menos, aquella noche no tendría que preocuparse por los hombres de guardia. Habían encontrado algo de ron en alguna parte y cuando Molly se había deslizado a su lado, ambos estaban echados de espaldas, roncando.

«Que el cielo ayude a este barco si alguna vez nos enfrentamos a un peligro real.»

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la grata visión de una aleta dorsal que rompía la superficie, seguida por el sonido de un parloteo alegre.

Molly se inclinó por encima del pasamanos de popa y, pese a su ansiedad, sonrió ampliamente cuando apareció una forma plateada y conocida.

—Hola —dijo *Ammm*.

—Tengo dientes verdes —replicó Molly.

—Sí —afirmó *Ammm* educadamente.

Una vez concluidas las formalidades, Molly chasqueó y gorjeó el mensaje que llevaba todo el día practicando.

—¿*Ammm* visto padre Molly?

—Sí.

«Gracias a Dios.»

Con mucho cuidado, Molly gorjeó:

—¿Qué noticias?

Ammm dudó y luego explicó:

—Hombre malo tiene barco padre.

El corazón de Molly se heló.

—Padre Molly... —Luchó por emitir los sonidos—. Padre Molly...

—En agua.

Molly apenas podía respirar.

—Padre Molly... —empezó, pero *Ammm*, compasiva, la cortó.

—Nosotras nadar padre Molly —le explicó—. Nadar a isla.

Molly casi se desmaya de alivio. «Las otras marsopas han llevado a mi padre a

tierra. Por eso *Ammm* ha venido sola. Pero...»

—Padre Molly mensaje —dijo *Ammm*.

—¿Qué mensaje?

—Hombre malo busca barco Molly.

El miedo atenazó a Molly. «El baúl. De algún modo, Mostacho Negro sabe lo del baúl. Papá debe de saberlo también, así que él...»

Ammm gorjeó de nuevo:

—Padre viene. Pronto.

«Pero ¿llegará a tiempo?»

Molly suspiró hondamente, luchando por controlar su pánico y articular los sonidos correctos.

—Mensaje padre —dijo.

—¿Qué mensaje?

—Prisa.

—Prisa —repitió *Ammm*.

—Sí.

Y con un breve gorjeo de adiós, *Ammm* desapareció y dejó a Molly mirando el agua y preguntándose cuánto le costaría a su padre llegar a tierra, encontrar un nuevo barco, salir a buscarla...

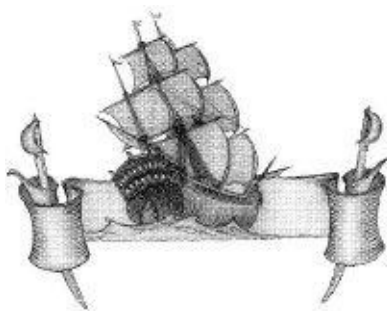
«Mientras, el pirata más malvado del mundo nos persigue en el buque más rápido que existe sobre el mar.»

Molly nunca se había sentido tan sola en toda su vida. Si Mostacho Negro llegaba antes que su padre, no tendría elección: debería ocuparse de la situación ella misma. Tendría que hacerlo. Y no podía fallar.

Necesitaba un aliado. Alguien en quien poder confiar.

Se apartó del pasamanos para ir a buscarlo. Al subir por la escalera, dirigió una última mirada hacia el mar.

«Por favor, date prisa.»



CAPÍTULO 17

El siguiente objetivo

La *Diablo del Mar* y la *Avispa*, unidas costado con costado, se balanceaban en las oscuras olas mientras la tripulación de Mostacho, trabajando a la luz de las antorchas, acababa la dura tarea de trasladar barriles y cajones desde el barco conquistador al conquistado.

Bajo la cubierta de la *Avispa*, Mostacho Negro inspeccionaba el pulcro camarote que antes perteneció al capitán Scott.

—Un estupendo camarote, Sme, ¿no es verdad?

—Sí, capitán, es cierto —asintió Sme, pensando: «y huele mucho mejor que el que tenías antes».

—¿Os habéis ocupado ya de los prisioneros?

—Sí, señor, tal y como ordenó. El capitán Scott y aquellos a los que conserva para pedir rescates y hacer trueques están encerrados abajo. El resto serán enviados a la deriva en la *Diablo del Mar*, una vez que hayamos trasladado las velas y las provisiones a la *Avispa*.

—¿Crees que todo esto perjudicará mi reputación, Sme? ¿Permitir que mueran de sed, en lugar de rebanarles la garganta?

—No, capitán. Creo que es un gran gesto humanitario.

—Bien, di a nuestros chicos que se apresuren antes de que cambie de opinión. Ya se está haciendo de día y quiero salir a buscar ese otro barco, el que tiene el tesoro... ¿Cómo se llama?

—La *Nunca Jamás*, señor.

—Qué nombre tan idiota.

—Sí, capitán.

—Tampoco me gusta *Avispa*.

—No, capitán.

—Una avispa es un insecto.

—Sí, capitán.

—Nosotros somos piratas, Sme. No insectos.

—No, capitán. Quiero decir, sí, capitán.

—Un barco pirata necesita un nombre que inspire terror en el corazón de todo

marinero cuando lo oiga —añadió Mostacho mientras tamborileaba con sus huesudos dedos, pensativo, en el escritorio que había pertenecido al capitán Scott.

Smee sugirió:

—¿Y si lo llamásemos *Medusa*?

Mostacho se volvió y lanzó una mirada a Smee que el marinero desgraciadamente confundió y pensó que era aprobatoria.

—O sea, de las que pican —prosiguió Smee, entusiasmado—. He visto a hombres adultos llorar de dolor cuando...

—¡Cállate, idiota! —aulló Mostacho, golpeando el escritorio con el puño. Respiró con fuerza y continuó, con voz tranquila—: No se llama *Medusa* a un barco pirata.

—Yo pensaba que...

—Que te calles, Smee.

—Sí, capitán.

—Los marineros no sentirían terror en su corazón si se aproximara la *Medusa*.

—No, capitán.

—A este barco tenemos que darle un nombre pirata, Smee.

—Sí, capitán.

—Le daré el nombre de la bandera más temida de los Siete Mares. La bandera pirata, Smee.

—Es un nombre muy bonito, capitán.

—¿Cómo?

—La *Bandera Pirata*, capitán.

Mostacho se tapó la cara con las manos.

—Smee —le dijo, hablando entre los dedos—, tienes serrín en vez de cerebro.

—Sí, capitán.

—El nombre del barco será *Jolly Roger*.

—Pero usted acaba de decir que...

—¡*Jolly Roger* es como se llama a las tibias y la calavera de la bandera pirata, idiota, sesos de mosquito!

—Sí, capitán.

—Y ahora apártate de mi vista, y haz que entre Storey. Tenemos trabajo.

Storey, que esperaba fuera a que le llamasen, entró en el camarote.

—¿Sí, capitán?

—¿Has encontrado las Damas?

—Sí, señor. Wimple ha salido en un bote y las ha traído.

—Bien. Izaremos las velas en cuanto hayamos descargado la *Diablo del Mar*. Ahora vamos a por la *Nunca Jamás*.

—Sí, capitán.

—Uno de los prisioneros ha tenido la cortesía de contarme unas cuantas cosas sobre la *Nunca Jamás* —explicó Mostacho, sin mencionar que el oficial tenía la punta del alfanje de Mostacho a sólo un par de centímetros de su ojo derecho—. Dice que

salió del puerto el mismo día que la *Avispa*, y que su destino es Rundoon, el mismo que la *Avispa*. Se trata de una barcucho gorda como una vaca incapaz de navegar a más de cinco nudos. Así que va muy por detrás de nosotros.

—Sí, capitán.

—Quiero que hagas números y nos marques un rumbo en zigzag de vuelta hacia su dirección, cambiando de bordada cada veinte millas hasta que avistemos sus palos. ¿Comprendido? Izaremos los colores de Su Majestad. Ella vendrá directa hacia nosotros, pensando que somos la *Avispa*. Y entonces será nuestra. Ya puedes empezar.

—Sí, capitán —respondió Storey, y se retiró.

Mostacho siguió tamborileando con los dedos en el escritorio durante otro minuto más, preguntándose si debía subir y hacer que unos cuantos prisioneros paseasen por la tabla. Estaba cansado, pero era importante mantener las apariencias. Todavía estaba pensando en ello cuando sonaron unos golpecitos en su puerta: era Storey de nuevo, con la cara empalidecida.

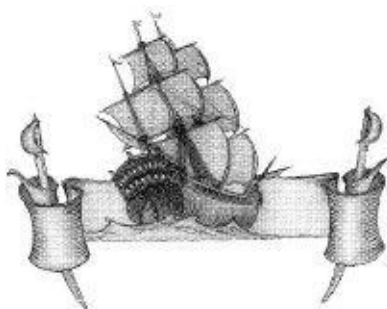
—¿Qué pasa? —exclamó Mostacho.

—Capitán..., es... Creo que tiene que subir a cubierta y verlo usted mismo, capitán.

Mostacho siguió al oficial a cubierta, y lo vio al instante: una masa de nubes oscuras que se extendían por el horizonte, bastante grandes ya, y que además iban aumentando de tamaño... muy rápidamente.

Mostacho Negro había pasado toda su vida en el mar, creía que ya se había enfrentado con todo lo peor que podía reservar el océano y que no tenía nada más que temer.

Pero al ver aquella cosa que se acercaba a él, durante un instante tuvo miedo.



CAPÍTULO 18

El plan

El plan de Peter para pasar junto al guardia llamado Caracuero era sencillo, pero efectivo. Incluía el ron. Peter no estaba exactamente seguro de lo que era el ron, pero sabía dos cosas de él, en base a sus observaciones de la tripulación de la *Nunca Jamás*.

La primera era que a los marineros les encantaba beberlo y que lo engullían de un trago cuando lo tenían. La segunda era que les hacía dormir. Al principio, algunas veces, hacían cosas extrañas: se reían, gritaban, cantaban, se peleaban, hablaban de sus madres... pero al final, siempre les provocaba un sueño profundo, del cual parecía que nada podía despertarlos durante horas.

Peter sabía, a raíz de sus incursiones secretas en busca de comida por el barco, que el cocinero guardaba un barril de ron en la cocina. Ése era uno de los motivos por los cuales la comida de la *Nunca Jamás* era siempre tan mala: el cocinero pasaba mucho más tiempo bebiendo ron que cocinando. Mantenía su suministro de ron a salvo del resto de la tripulación sentándose encima del barril casi todo el tiempo, día y noche.

Pero a causa del ron, casi siempre estaba dormitando, lo cual representaba una buena oportunidad para que una persona pequeña y astuta se acercase con mucho sigilo, abriese sin hacer ruido el grifo del barril y llenase una jarra. Y eso era lo que había hecho Peter.

La otra parte del plan implicaba a la asquerosa y repugnante «comida» que Bob *el Hambriento* les llevaba cada mañana en el cacharro de loza.

La mayoría de los días, los niños ni siquiera la tocaban, cosa que complacía mucho a Bob *el Hambriento*, que la recogía cada noche para engullir rápidamente su contenido, con bichos incluidos.

Pero aquel día no. Aquel día, Peter había cogido la olla y había vertido en su interior la jarra de ron. Tanto la comida como el ron tenían un olor asqueroso para Peter y la mezcla de ambos no olía mucho mejor.

Había esperado hasta que oscureció, y luego llevó el cacharro de loza a un lugar bien escondido en la cubierta de proa donde esperaba Alf, tal y como habían acordado.

—Date prisa —le insistió Peter—. Bob *el Hambriento* vendrá a buscarlo pronto.

—Bien, amiguito —respondió Alf, cogiendo el cacharro y dirigiéndose a popa.

Ya en la escalera, echó un vistazo a su alrededor y luego bajó, escabulléndose por un oscuro pasadizo y descendiendo una segunda escalera.

—¿Quién anda ahí? —exclamó una voz áspera.

Era Caracuero, un hombre alto y huesudo que tenía la piel muy estropeada por los muchos años que llevaba expuesta al viento y a la intemperie. El hombre se puso de pie en la puerta que daba a la bodega donde se guardaba el baúl, con una porra en la mano.

—Soy yo, Alf.

—Nadie puede bajar aquí —gruñó Caracuero—. Son órdenes de Slank.

—Pero si me ha mandado Slank —repuso Alf—. Te envía esta comida. —Y le tendió la olla.

Caracuero lo miró con suspicacia.

—Yo ya he comido —repuso.

—Lo sé, lo sé. Son raciones extra porque estás haciendo un trabajo extra.

En algún lugar en lo más hondo del cerebro de Caracuero empezó a brotar una idea: que no era nada propio de Slank tener un gesto considerado hacia la tripulación. Pero Caracuero no era dado a estimular el pensamiento y, como el resto de los desnutridos marineros de la *Nunca Jamás*, su instinto era comer todo lo que hubiera. Apoyó la porra en la puerta de la bodega y cogió el cacharro de las manos de Alf.

—Te agradecería mucho que te lo acabaras ahora mismo —le pidió Alf—. Y así me ahorras un viaje por estas escaleras. Es duro para mis viejas rodillas.

Caracuero gruñó, levantó el cacharro y empezó a tragar su contenido. Le pareció que tenía un gusto algo distinto, pero había comido cosas peores. Al menos, la mayoría de los grumos estaban quietecitos.

Media docena de tragos después, el cacharro estaba vacío. Caracuero le devolvió la olla a Alf, cogió de nuevo su porra y lanzó un tremendo eructo.

—Y ahora, vete —le ordenó.

—Encantado —respondió Alf, porque aquel pasillo estaba lleno de olores espantosos debido al eructo.

Unos momentos después, Alf estaba de vuelta en la cubierta de proa y tendía el cacharro a Peter, que examinó su interior.

—¡Se lo ha comido todo! —exclamó Peter.

—Como un pájaro se come un gusano —replicó Alf.

—¿Cuánto crees que tardará?

—Si dentro había una jarra entera de ron, estará durmiendo como un bebé en una hora.

—Muy bien. Entonces, ¿nos vemos allí?

—Allí nos vemos.

Peter corrió a devolver el cacharro de loza al camarote de los niños, y al cabo de

poco rato lo retiró Bob *el Hambriento*, muy decepcionado.

—¿Cómo? —exclamó, examinando el cacharro vacío—. ¿Os gusta la comida que ha preparado el cocinero, chicos?

—¡No! —gritaron a coro los niños.

—Sí —soltó Peter, lanzando una mirada irritada a los demás—. Bueno, no, pero hoy teníamos... mucha hambre.

—No le estaréis dando la comida a otro marinero, ¿eh? —preguntó Bob *el Hambriento*.

—No, señor.

—Será mejor que no lo hagáis, después de todo lo que hago por vosotros, llevando este cacharro arriba y abajo todos los días.

Cuando se fue, James le preguntó:

—Pero, Peter, ¿qué has hecho con la comida?

—No importa. Será mejor que no lo sepáis.

—Es por el baúl, ¿verdad? —quiso saber Ted Tragón—. Tiene algo que ver con ese estúpido baúl, ¿verdad?

—He dicho que no importa —le cortó Peter.

—Siempre está arrastrándose por el barco, todo el tiempo —murmuró Ted Tragón—. Nos meterá en líos, ya lo veréis.

—Pues a ti no parece importarte comerte toda la comida que trae después de arrastrarse por ahí —replicó James, provocando así la sonrisa de Prentiss y Thomas.

James se volvió hacia Peter.

—¿Vamos a salir esta noche, entonces?

—Yo sí. Pero quiero que vosotros os quedéis aquí.

James se entristeció.

—Pero... pero yo pensaba que te iba a ayudar. Yo pensaba...

—Sí, me has ayudado mucho. Has sido de gran ayuda. Pero esta noche... tengo que ir solo. Puedes ayudarme vigilando bien por aquí. ¿De acuerdo, oficial?

—De acuerdo —accedió James, bajando la mirada.

—¡Así me gusta! —exclamó Peter—. Pues me voy.

Al cabo de un momento estaba en cubierta, donde encontró a Alf esperándolo. Juntos se deslizaron hasta la popa en la oscuridad, evitando con facilidad a los dos marineros de guardia que estaban charlando, aburridos. Con Peter encabezando la expedición, bajaron por la primera escalera y luego entraron por el pasillo. Se detuvieron en la parte baja de la escalera inferior, aguzando los oídos. Se oía un sonido que procedía de abajo, un murmullo profundo e irregular...

Ronquidos.

Peter miró a Alf, que asintió, y los dos fueron bajando muy despacio por la escalerilla. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, vieron la oscura forma de Caracuero despatarrado de espaldas frente a la puerta de la bodega, con la mano derecha todavía en torno a su porra. Alf se inclinó y agarró al hombre que

roncaba por los tobillos y lo apartó delicadamente de la puerta.

Peter, con el corazón en un puño, agarró la manilla de la puerta y...

La puerta estaba cerrada.

Tenía un candado pasado a través de una argolla. A Peter le dio un vuelco el corazón. No habían pensado en aquello. La última vez, la puerta estaba abierta.

«Claro, Slank no habrá querido correr ningún riesgo.»

—Está cerrada —susurró Peter.

—¿Cómo? —preguntó Alf, susurrando también—. Pero tú dijiste...

—Ya lo sé. Antes no estaba cerrada.

Alf se inclinó y examinó la puerta bajo la luz amarillenta del pasadizo. Vio que el candado y la argolla, como todos los objetos de hierro de la *Nunca Jamás*, eran viejos y estaban oxidados.

—Vamos —le susurró—. Dame esa porra.

Peter se agachó, le quitó con cuidado la porra de la mano a Caracuero y se la tendió al hombretón. Alf metió el extremo del mango por detrás de la argolla y después cogió el extremo más grueso con ambas manos.

—Prepárate para echar a correr —le indicó a Peter.

Alf tiró de la porra. Peter oyó crujir el candado y luego un chasquido y a continuación otro. Los tornillos que sujetaban la argolla se estaban rompiendo. Otro tirón y más crujidos. Un tirón final y...

¡Clanc, clanc, clanc!

...la argolla y el candado quedaron sueltos de repente y rebotaron por el suelo. Durante un momento, ni Alf ni Peter movieron un solo músculo. Luego, Peter miró a Caracuero, que seguía roncando. Peter y Alf se quedaron inmóviles durante quizás un minuto entero, escuchando. No oyeron pasos que se acercasen corriendo, ni crujidos en la escalera. Nada. Lentamente, empezaron a respirar de nuevo y su atención volvió a la puerta de la bodega, que ya quedaba abierta.

Alf tiró de la manilla y la puerta se abrió. Peter y Alf miraron en el interior y al principio no vieron nada debido a la oscuridad total. Deseando haber pensado en llevar una vela, Peter dio un paso titubeante hacia delante. Aún no veía nada. Notó que Alf iba tras él. Volvió a deslizar el pie hacia delante.

—Alto.

Alf y Peter se quedaron helados. La voz susurrante procedía de detrás de ellos, de la escalera de mano. Con el corazón a todo gas, Peter se volvió y...

Era Molly.

—Apartaos de la puerta —les ordenó—. Los dos, salid de aquí ahora mismo.

—Señorita —protestó Alf—, nosotros no queríamos...

—No sabéis dónde os estáis metiendo —les avisó la chica—. Debéis iros de aquí ahora mismo.

Alf se dirigió preocupado a Peter:

—Quizá deberíamos...

—No —le cortó Peter, furioso—. Hemos llegado hasta aquí y vamos a entrar; ella no puede detenernos.

—Sí que puedo —le retó Molly, con la voz terriblemente calmada.

Peter y Alf la miraron.

—Puedo chillar —les desafió la muchacha.

—No, no serías capaz —replicó Peter.

—Claro que sí.

—No te atreverás —continuó Peter—. Tú tampoco deberías estar aquí. Te meterías en problemas igual que nosotros.

—Puedo decir que he oído un ruido, que he oído caer algo. —Señaló el candado—. Y que he venido a investigar. Y cuando os he visto, he gritado.

—De acuerdo, señorita —se resignó Alf—. No es necesario que haga eso. —Y puso una mano en el hombro de Peter—. Vamos, chico.

—No —insistió Peter, soltándose la mano y mirando a Molly—. Vete tú si quieres. Ella no me asusta.

—Voy a empezar a contar —advirtió Molly—. Si no te has ido cuando llegue a diez, chillaré.

—Te estás marcando un farol.

—Uno...

En el suelo, Caracuero se removía y daba vueltas, y volvió a roncar.

—Amiguito —susurró Alf, ahora ya en un tono apremiante—. Yo me voy.

—Pues vete.

—Dos...

—Por favor, amiguito.

—No.

—Tres...

—Bueno, bueno —se rindió Alf, moviendo la cabeza—. Buena suerte, pues.

—Cuatro...

Alf subió por la escalerilla y luego se fue.

—Cinco...

—¿Por qué haces esto? —le susurró Peter.

—Seis. Porque tengo que hacerlo.

Tenía una expresión muy seria.

—Pero ¿por qué?

—Siete. No te lo puedo contar.

—¿Contarme qué? ¿Por qué no me lo puedes contar?

—Ocho. De todos modos, no me creerías.

—¿Y cómo lo sabes, si no lo intentas?

—Nueve. Porque yo..., porque esto... es tan... —La voz de Molly se quebró. Peter vio que estaba llorando.

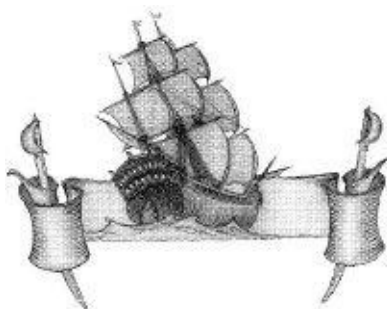
—Molly, por favor, sea lo que sea, cuéntamelo. Quizá... quizá pueda ayudarte.

Molly lo miró durante varios segundos. Tenía una mirada solitaria y desesperada; las lágrimas se agolpaban en sus luminosos ojos verdes. Hasta que tomó una decisión. Peter se dio cuenta de ello. Molly volvió a adoptar una expresión seria.

«Va a decir “diez” —pensó Peter—. Va a chillar.»

Pero cuando Molly abrió finalmente la boca dijo:

—De acuerdo. Te lo contaré.



CAPÍTULO 19

La escoba de la bruja

Para entonces el viento era mucho más fuerte. No soplaba con toda su fuerza, todavía le faltaba mucho para convertirse en la furia que todos los hombres de la *Jolly Roger* veían aproximarse. Pero era lo bastante fuerte como para que las jarcias chirriasen, lo bastante fuerte como para arrancar el sombrero de la cabeza de Mostacho Negro y enviarlo dando vueltas por la cubierta de popa. Smee, con su fofo cuerpo, tuvo que salir corriendo detrás de él.

Mostacho no parecía darse cuenta de todo aquello. Mientras las ráfagas alborotaban sus largos y grasientos rizos, él seguía mirando hacia la tormenta. La *Diablo del Mar* iba desapareciendo rápidamente a popa, apenas era ya una manchita, tripulada por los marineros que había arrojado de su nuevo barco. Cuando la *Jolly Roger* los abandonó, aquéllos se esforzaban frenéticamente en improvisar unas velas con todos los trocitos de lona que podían encontrar, confiando en dejar atrás de algún modo las negras nubes que se cernían sobre ellos.

«Diablos, ni de lejos creo que lo consigan —reflexionó Mostacho—. Hasta para nosotros será arriesgado...»

Acababan de izar la última de las velas de la *Jolly Roger*, llena de viento. Los mástiles gemían y las jarcias chasqueaban mientras el elegante buque, propulsado por el potente viento de popa, seguía adelante, se deslizaba por la cresta de una enorme ola y luego trepaba a la siguiente. Mostacho agarró un recio cabo para mantener el equilibrio y miró hacia arriba, a las jarcias, con una curiosa expresión de respeto en el rostro. En aquel momento se sentía más confiado.

—¡Este barco es estupendo! —rugió al timonel—. ¿Habías visto en la vida una velocidad semejante?

El timonel no pudo hacer otra cosa que asentir; aun con sus macizos brazos, tenía que luchar con la rueda del timón con todas sus fuerzas para mantener el rumbo.

Smee alcanzó el sombrero de Mostacho y volvió tambaleándose por la inclinada cubierta, arrojando una mirada de preocupación a la tormenta. La mayor parte del cielo ya estaba negro. Era de día, pero los piratas de abajo usaban linternas.

—¿Podremos pasar de largo, capitán? —preguntó Smee, agarrando el sombrero del capitán como si fuese la mantita de un bebé.

—¿Pasar de largo? —Mostacho se echó a reír—. No, Smee, es una tormenta de brujas, y esto —agitó la mano hacia el viento— es su escoba. Vuela demasiado rápido para nosotros, Smee. La tendremos encima dentro de pocas horas. Arrizaremos todas las velas que tenemos y echaremos las anclas antes de que nos alcance. Pero antes de que eso ocurra, nosotros mismos nos montaremos en la escoba de esa bruja, Smee. Volaremos directamente hacia la *Nunca Jamás*. Está ahí fuera y tenemos que alcanzarla antes de que lo haga la propia bruja.

Mostacho miró de nuevo las velas, y luego se volvió hacia el timonel.

—¡Creo que podemos conseguir uno o dos nudos más! —gritó—. Da una bordada bien amplia, ¿eh?

Al timonel ni se le habría ocurrido cuestionar una orden de Mostacho Negro, pero sí que le dirigió una intensa mirada. Al colocar el buque en un ángulo muy agudo contra el viento conseguiría, desde luego, aumentar la velocidad, pero, con aquel temporal tan furibundo, también podía provocar que el barco escorase abruptamente y se creara una enorme tensión en las velas, los mástiles y las jarcias.

Mostacho interceptó la mirada del timonel y aulló:

—¡Hazlo inmediatamente!

El timonel se esforzó en el timón. El negro buque fue dando la vuelta poco a poco, gimiendo, y se escoró mucho a estribor. La tripulación se agarró donde pudo cuando el agua empezó a azotar las cubiertas.

—¡Izad toda la lona! —gritaba Mostacho—. ¡Quiero más velocidad!

A pesar del espantoso ángulo de la cubierta, la tripulación fue trepando hacia los cabrestantes y, trabajando frenéticamente, consiguió tirar unos metros más de las escotas, que se tensaron como cuerdas de piano debido al enorme esfuerzo de sujetar las velas. A medida que el barco iba ganando velocidad, el pasamanos de estribor quedó bajo el agua, mientras desde abajo llegaba el estruendo de la carga que iba dando tumbos de un lado a otro de las bodegas.

—¡Smee! —llamó Mostacho Negro.

—¿Sí, capitán? —respondió Smee, agarrado a un mástil, con los brazos regordetes en torno al palo y sujetando el sombrero del capitán por delante.

—¿Están preparados los uniformes?

—Sí, capitán.

Mostacho había ordenado a todos los tripulantes de la *Avispa*, incluyendo el capitán Scott, que se despojaran de sus uniformes navales y se quedaron sólo con los calzoncillos largos.

—Bien. Ve abajo y que los hombres bajen de uno en uno y se vayan poniendo los uniformes. Cuando esos idiotas de la *Nunca Jamás* vean el bonito barco de Su Majestad acercándose hacia ellos, querremos que vean en cubierta a los marineros británicos que vienen a rescatarlos.

—Sí, capitán —repitió Smee, agradecido por la oportunidad de librarse del mal tiempo.

Soltó el mástil y se arrojó hacia una escalera, dio dos pasos tambaleantes y luego cayó de bruces encima del sombrero de Mostacho.

—¡Estoy bien! —chilló, y recorrió gateando el resto del camino—. Estoy bien.

Mostacho no le hizo el menor caso y se volvió hacia el timonel, que se esforzaba con todos sus músculos para mantener el buque firme. Acercándose mucho al oído del hombre, Mostacho le tentó:

—Muchacho, te daré una pieza de oro si alcanzamos la *Nunca Jamás* antes de que la tormenta nos dé de lleno.

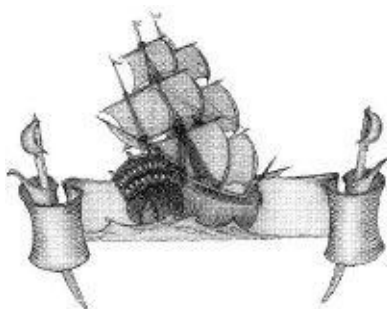
El timonel miró hacia las olas gigantescas y el viento furibundo, y a continuación hacia las velas tirantes y hacia delante, a los chorreones de agua de mar.

—Lo lograremos, capitán —afirmó—. Si las velas aguantan.

Mostacho sonrió ampliamente mostrando sus dientes amarillos. El barco gimió al alzarse sobre una ola gigantesca, y luego pareció bajar volando por el otro lado. Los mástiles se curvaron y pareció que iban a romperse. En aquel momento, se vertieron cataratas de agua desde el cielo y empaparon a ambos hombres, levantando una espuma furiosa al rebotar contra el océano.

Mostacho, con sus largos rizos chorreantes de agua de lluvia, echó la cabeza atrás y se rió.

Hacía años que no se divertía tanto.



CAPÍTULO 20

La historia de Molly

Peter relajó los hombros, aliviado.

—Bien. Yo sabía que tú...

—¡No, aquí no! —exclamó Molly, haciendo un gesto hacia Caracuero, que seguía roncando—. Vamos a mi camarote. Bumbrake no volverá hasta dentro de una hora, por lo menos.

La señora Bumbrake pasaba la mayoría de las tardes en el camarote de Slank, lo cual a Molly le parecía bien.

—De acuerdo —aceptó Peter, dirigiéndose hacia la escalerilla.

—Pero antes una cosa —le pidió Molly. Cogió el cerrojo y la argolla—. Tenemos que encontrar las demás piezas de esto.

—¿Por qué?

—Por favor, hazlo...

Suspirando, Peter se unió a Molly y ambos buscaron en el suelo a la débil luz de la linterna. Al cabo de un minuto más o menos encontraron los cuatro tornillos oxidados de la argolla que había roto Alf.

—Cierra la puerta —susurró Molly.

Peter, que había decidido que no valía la pena interrogarla, obedeció. Molly colocó el candado y la argolla de nuevo en la puerta e insertó los tornillos rotos en sus agujeros. Lo dejó así, con mucho cuidado, y tanto el candado como la argolla se quedaron en su lugar. Peter estaba impresionado.

—Vamos —le espetó Molly.

Peter la siguió escalera arriba. Molly le hizo señas para que se quedase en el pasillo mientras inspeccionaba el camarote.

Al ver que, tal y como esperaba, estaba vacío, indicó por señas a Peter que entrase y cerrase la puerta.

—Por favor, siéntate —le instó, señalando uno de los dos estrechos catres del camarote—. Nos llevará un poco de tiempo.

Peter se sentó. Molly se quedó de pie frente a él, callada durante un largo rato, pensando. Finalmente habló:

—No debería contarte nada de todo esto.

—Pero tú...

—Escúchame —le cortó—. No debería contártelo, pero, dadas las circunstancias, he decidido que no tengo elección.

A Peter le pareció que Molly hablaba más para sí misma que para él.

—No estoy segura de cuánto debo contarte —continuó la muchacha—. Hay muchas cosas que ni siquiera yo sé. Pero si voy a pedirte ayuda, si voy a pedirte que arriesgues tu... Quiero decir que hay muchísimo peligro, y que estaría mal que tú... o sea, que tú no...

—Molly —la interrumpió Peter, exasperado—, cuéntamelo y ya está.

—De acuerdo —dijo ella, y aspiró aire con fuerza—. Peter, ¿has visto alguna vez una estrella fugaz?

—Sí —respondió él.

Fue en St. Norbert's, hacía una eternidad.

Los demás chicos estaban dormidos, pero Peter estaba echado en la estrecha plataforma de madera que le servía de cama, mirando el cielo nocturno por la rendija de una ventana. Casi no lo podía creer, la primera vez... El relámpago misterioso, silencioso, sorprendentemente repentino, de luz brillante y extraordinaria, apareció un instante... y desapareció al momento siguiente. Pero lo había vuelto a ver una y otra vez.

Al día siguiente le preguntó al señor Gremplin qué eran aquellos rastros, y el señor Gremplin le contestó que se trataba de estrellas fugaces. Entonces Peter preguntó qué eran las estrellas fugaces, y el señor Gremplin le explicó que eran meteoros. Y entonces Peter preguntó qué eran los meteoros, y el señor Gremplin dijo que eran rocas que caían de los cielos. Y Peter preguntó entonces si eso significaba que el cielo estaba hecho de rocas, y por qué eran tan luminosas las rocas. ¿Es que estaban ardiendo? ¿Y cómo se habían incendiado las rocas? Y el señor Gremplin le dio un coscorrón a Peter en la oreja y le dijo que no hiciese tantas preguntas. Y así acabó todo.

—¿Sabes lo que son? —le preguntó Molly.

—Pues rocas —resumió Peter— que caen del cielo.

—Es verdad, la mayoría son eso. Casi todas, de hecho. Pero no todas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay algunas estrellas fugaces que no son rocas. Algunas, muy pocas, están hechas de algo muy distinto. Se llama polvo de estrellas. Al menos, así es como lo llamamos nosotros.

—¿Polvo de estrellas? O sea, ¿trozos que han caído de una estrella?

—No sabemos lo que es, en realidad. Pero rocas no son y vienen de los cielos; a veces llegan a la Tierra. Y cuando eso ocurre, tenemos que encontrarlos nosotros, antes de que los encuentren los Otros.

Peter negó con la cabeza.

—¿Por qué dices «nosotros»? ¿Quiénes son los «otros»? ¿Y qué tiene que ver

todo esto con...?

—Por favor, Peter... Te lo estoy explicando lo mejor que puedo.

—Lo siento. Continúa.

—Bien. Primero te diré qué quiero decir con ese «nosotros». Peter, yo formo parte de un grupo, un pequeño grupo de gente. Bueno, sobre todo de gente. Nos llamamos —y la mano de Molly se posó en la cadena de oro que llevaba alrededor del cuello— «los Cazadores de Estrellas».

—Cazadores de Estrellas.

—Sí. Mi padre es uno de ellos, y su madre también lo era, y así sucesivamente. La mayoría descendemos de Cazadores de Estrellas, pero no todos. Hace siglos que hay Cazadores de Estrellas en la Tierra, Peter. Aunque no sabemos exactamente cuántos. Pero nuestra tarea siempre es la misma: vigilar el polvo de estrellas, cogerlo y devolverlo antes de que caiga en manos de los Otros.

—¿Devolverlo adónde?

—Eso... es difícil de explicar.

—Bueno, pues entonces, ¿quiénes son los «otros»?

—Pues son... personas, también, o al menos la mayoría de ellos. Y también existen desde hace mucho tiempo. Son nuestros enemigos..., o sea, los enemigos de los Cazadores de Estrellas. No, eso no es cierto: nosotros nos oponemos a ellos, pero en realidad son enemigos de toda la humanidad.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que hacen?

—Usan el poder. Lo cogen y... —Molly vio la expresión de extrañeza en el rostro de Peter—. Pero no sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad? Tengo que explicarte algo más del polvo de estrellas.

—¿Eso es lo que hay en el baúl?

—Sí. Eso es lo que hay en el baúl. Tiene un poder increíble, Peter. Maravilloso. Y terrible también. Te permite... hacer cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Bueno, ése es uno de los misterios. No funciona igual para todo el mundo. Y no funciona igual para los animales que para las personas.

—¡La rata! —exclamó entonces Peter—. La rata voladora.

—Sí. Ése es uno de los poderes que puede otorgar. El de volar.

—A las ratas.

—No sólo a las ratas. También a las personas.

Peter entrecerró los ojos.

—¿Hace volar a la gente?

—Puede hacerlo.

—¿Tú puedes volar?

—Lo he hecho.

—Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Demuestra que puedes volar.

—Peter, éste no es el momento ni...

Peter estaba de pie.

—Escucha —le cortó—. Me estás pidiendo que crea... O sea, que en realidad todo esto parece una locura. Todo eso del «polvo de estrellas» y los «otros», y... y no sé por qué tengo que creerme todo eso.

—Peter, tú viste a la rata.

—No sé lo que vi. Bueno, sé que vi una rata en el aire, sí, pero ¿y si era un truco? Y si..., yo qué sé..., ¿y si la teníais atada con un cordón?

—No había cordón, Peter. La rata tocó el polvo de estrellas, no sé cómo. Estaba volando.

—Demuéstralo.

—Por favor, Peter, tienes que...

—Demuéstralo.

Molly suspiró hondamente, despacio.

—Bueno. En realidad no debería hacer esto, pero si te vas a poner tan tozudo...

—Sí, yo soy así.

—Entonces, siéntate.

Peter se sentó. Molly se llevó la mano al cuello, metió el dedo debajo de la cadena dorada y de debajo de la blusa sacó una pequeña estrella de cinco puntas. La colocó en la palma de su mano izquierda y dejó ésta a la altura del cuello.

—¿Qué es eso? —le preguntó Peter.

—Un relicario.

Con la mano derecha abrió la tapa del relicario. Al hacerlo, lo envolvió la luz, de modo que Peter no pudo ver el relicario, sino sólo una pequeña esfera de luz dorada y resplandeciente. El rostro de Molly y el techo del camarote por encima de ella quedaron bañados en el resplandor. Peter tuvo la extraña sensación de que podía notar la luz, tanto como verla.

—Es eso... —dijo.

—Quieto —lo detuvo Molly. Y ésta tocó la esfera con el dedo índice de manera lenta y cuidadosa—. Uuuh —gimió, echando la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y una expresión tranquila y extasiada.

Se quedó así quizá durante unos cinco segundos y luego se oyó el clic del relicario que se cerraba y el resplandor desapareció.

Peter quería que volviese a abrirlo.

Molly volvió a adelantar la cabeza y abrió los ojos. A Peter le parecía que la joven tenía la mirada extraviada y más luminiscente que nunca.

—¿Estás bien? —preguntó Peter.

Molly parpadeó y luego miró al muchacho.

—Sí. Estoy muy bien.

—¿Qué era...?

—Ssssh... Mira.

Molly miró a Peter y él le devolvió la mirada a sus extraordinarios ojos verdes. Al cabo de unos momentos, Peter comentó:

—No veo nada.

—Peter, mira mis pies.

Él miró hacia abajo y dio un respingo. Entonces saltó del camastro y cayó a cuatro patas. Acercó la mejilla al suelo, para averiguar cómo lo hacía, cuál era el truco. Pero no había truco.

Los pies de la joven no tocaban el suelo. Quedaban al menos a cinco centímetros por encima de la madera. Y mientras Peter miraba, la distancia fue creciendo. Molly se elevaba, y con la cabeza llegó a tocar el techo del camarote. Al hacerlo, su cuerpo empezó a girar, hasta que quedó completamente horizontal, mirando al suelo y con la espalda contra el techo, como si estuviese durmiendo allí. Molly sonrió a Peter.

—Y ahora, ¿me crees?

—Sí.

—Bien.

Las piernas de Molly volvieron a girar buscando la vertical y bajó lentamente al suelo.

Durante un momento, Peter se quedó sin habla. Luego surgieron las preguntas en cascada.

—¿Puedes... puedes hacerlo todo el tiempo? —empezó—. Quiero decir que... ¿podrías volar por ahí cuando quisieras? ¿Como un pájaro?

—No —le explicó Molly—. Para volar debo usar el poder del polvo de estrellas y yo..., es decir, nosotros, los Cazadores de Estrellas, llevamos una cantidad limitada. Llega un momento en que se gasta. Se supone que debemos usarlo sólo en caso de urgencia. No tendría que haberlo usado ahora. Es muy valioso y realmente no sé cuánto me queda.

Dio unos golpecitos en su relicario y se lo volvió a meter bajo la blusa.

—Pero ¿no puedes coger más, sencillamente? Del baúl, quiero decir. Ahí debe de haber muchísimo.

—Sí, es verdad. En el baúl hay lo bastante como para que yo pudiera volar eternamente, y para hacer muchas otras cosas, también.

—¿Y por eso te preocupa tanto el baúl? ¿Porque quieres el polvo?

—No, Peter. Ya te lo he dicho. Nuestra tarea es conseguir el polvo de estrellas antes que los Otros, y devolverlo.

—Pero ¿por qué no te lo quedas, sin más?

—Por el poder. El poder es demasiado grande. Existe un peligro demasiado grande de que pueda usarse para el mal.

—Pero los Cazadores de Estrellas... sois buenos, ¿no? Si vosotros tenéis el poder, ¿por qué no lo usáis para controlar a esos... otros?

—Porque no funciona así. Porque si la gente tiene el poder, aunque empieza a

usarlo para hacer el bien, llega un momento en que lo usa para el mal.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque así fue como empezó todo el asunto de los Cazadores de Estrellas y los Otros. Todo esto dura desde hace miles de años, Peter. Nadie sabe con precisión cuándo empezó, pero al principio, alguien debió de dar con un poco de polvo de estrellas que había caído en la Tierra. Y quienquiera que fuese lo tocó y notó eso... Es una sensación maravillosa, Peter. No es sólo lo de volar. Eso es lo más obvio, pero hay mucho más...

—¿Como qué?

—Inteligencia, por ejemplo. No es que te vuelvas más listo, es que notas que puedes usar toda tu mente de verdad. Ves cosas que no veías antes, comprendes cosas que otros no comprenden. A veces, incluso sabes lo que están sintiendo las demás personas..., puedes sentirlo también. Y a veces, si estás lo bastante cerca, puedes cambiar sus sentimientos..., hacer que tengan miedo, o sean felices, o les dé sueño...

—El guardia... —Peter cayó en la cuenta—. La noche que te vi en la habitación con el baúl y la rata... El guardia se quedó dormido aquella noche. Slink pensó que estaba borracho. Pero fuiste tú.

—Sí. Eso lo provoqué yo. Había empezado a sospechar que el baúl... Pero me estoy apartando de la historia.

—Me hablabas de la primera persona que encontró el polvo de estrellas —apuntó Peter.

—Bien. Bueno, quienquiera que fuese, de pronto, se convirtió en la persona más poderosa de toda la Tierra. Y debió de compartirlo con otros, probablemente su familia, sus descendientes. Porque a su debido tiempo surgieron leyendas..., historias de seres que tenían poderes increíbles, que podían volar, que podían controlar a los demás. Tú habrás oído hablar de esas leyendas, Peter.

—¿Ah, sí?

—Sí. De hecho, seguro que las has estudiado. Son las leyendas de Zeus, de Apolo...

—¿Te refieres a la mitología? ¿Los dioses griegos y romanos? Pero el señor Gremplin siempre nos decía que eran solamente...

—Todo era verdad, Peter. Excepto que no eran dioses. Eran personas que habían encontrado el polvo de estrellas. Pero para la gente corriente parecían dioses. Inspiraban miedo, eran adorados y obedecidos. Con el tiempo aprendieron a guardar mejor su secreto, a usar sus poderes de manera más sutil. En lugar de dioses se les llamó reyes. Pero gobernaban igual. Cada vez adquirieron más poder, prosperaron, tuvieron familias y cada vez fueron más. Y todos querían el poder, todos necesitaban el polvo de estrellas.

»Pero, tal como te he dicho, éste sólo dura un tiempo, y luego necesitas más. De vez en cuando cae más en la Tierra, pero nadie sabe cuándo caerá, ni dónde, ni cuánto será. Y por eso empezó a haber luchas, luchas desesperadas por el polvo de estrellas

que se sabía que existía y por los nuevos lotes que iban llegando a la Tierra. Hubo hasta guerras, Peter. En la historia que te han enseñado, las guerras las causaban las disputas por la tierra, o por el comercio o la religión. Y algunas de ellas fueron por eso. Pero en realidad, gran parte de las muertes y desgracias que han sucedido a la humanidad a lo largo de los siglos han sido el resultado de una lucha mortal y secreta entre unas pocas personas, por el polvo de estrellas.

—¿Y formaban parte de esa lucha los Cazadores de Estrellas? —preguntó Peter.

—No. Ellos fueron la respuesta a todo eso. A medida que las luchas se volvieron más violentas y se extendieron, unas pocas personas que conocían el secreto del polvo de estrellas empezaron a ver lo peligroso que era y que nunca habría bastante, y que fácilmente podría usarse para propósitos malvados. Esos pocos formaron una sociedad secreta..., una sociedad secreta dentro de una sociedad secreta, en realidad. Hicieron el juramento de que dedicarían su vida a eliminar el polvo de estrellas de la Tierra, a excepción de las pequeñas cantidades que necesitasen para llevar a cabo su misión. Su estrategia era muy sencilla. No intentarían arrebatar los suministros existentes de polvo de estrellas a los Otros. Sabían que con el tiempo esos suministros se agotarían. Por el contrario, concentrarían sus esfuerzos en los nuevos lotes de polvo de estrellas que fueran cayendo. Llegarían primero a ellos y los capturarían. Y por eso se llamaron a sí mismos los Cazadores de Estrellas.

»Y su estrategia funcionó, Peter. Costó mucho tiempo, pero funcionó. Durante años, los Otros no se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, sólo vieron que cada vez era más difícil renovar sus suministros de polvo de estrellas. Cuando averiguaron la existencia de los Cazadores de Estrellas, ya estaban muy debilitados y la mayor parte del polvo de estrellas había desaparecido.

—¿Y adónde había ido a parar? ¿Qué hacían los Cazadores de Estrellas con él?

—Pues, sinceramente, no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Tú formas parte de ellos, ¿no?

—Sí, pero soy sólo una aprendiz todavía. Cuesta muchísimo trabajo llegar a ser cazador de estrellas. Y una de las últimas cosas que se aprenden es a devolver el polvo de estrellas, una vez capturado.

—Pero ¿qué quieres decir con eso de «devolverlo»? ¿Devolverlo adónde?

—Eso es lo que te estoy diciendo. No lo he aprendido todavía. No sé cómo funciona ese proceso, pero creo que es peligroso, porque ahí intervienen... unas fuerzas, creo, y... no todas son buenas. Probablemente es una forma muy sencilla de explicarlo, pero, igual que tenemos los Otros y los Cazadores de Estrellas aquí en la Tierra, al parecer ocurre algo similar allá arriba. —Señaló hacia el cielo—. Y debes tener mucho, mucho cuidado al tratar con esas fuerzas o si no... —Negó con la cabeza.

—Pero aquí en la tierra..., aquí, los Cazadores de Estrellas están ganando, ¿no? ¿Vais ganando?

—Bueno, últimamente sí. Estamos mejor organizados que los Otros, por nuestra

propia naturaleza, ya que trabajamos por una causa común, mientras que ellos van cada uno por libre y están dispuestos a apuñalarse por la espalda unos a otros por un pellizco de polvo de estrellas. Así que nosotros tenemos una organización bastante establecida y muchos observadores, entre personas y marsopas.

—¡Las marsopas! —exclamó Peter—. ¡Así que tú estabas hablando con ellas!

—Sí —admitió Molly, y se sonrojó—. Siento haberte mentido. Llevamos muchos años trabajando con las marsopas. Son extremadamente inteligentes. Mucho más que algunas personas, la verdad. Y de todos modos, hay más mar que tierra, así que como puedes imaginar, una gran cantidad de polvo de estrellas va a parar al agua y las marsopas han aprendido, al igual que nosotros, que es mejor librarse de él.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy raro lo que provoca en los animales. Algunos apenas parecen verse afectados. Pero otros cambian de la forma más extraña. Los caballos, por ejemplo. Es fatal dejar a un caballo cerca del polvo de estrellas.

—¿Por qué?

—Vuelve de nuevo a tu mitología. ¿Has oído hablar de los centauros?

—Eso que es mitad hombre, mitad caballo. Pero el señor Gremplin decía que eran...

—Eran reales, Peter. Y no muy agradables. Algo similar ocurre con los calamares.

—¿Qué es un calamar?

—Un animal feo, escurridizo y malhumorado, que vive en el mar, con muchos tentáculos largos. Hace mucho tiempo, algunos de ellos se apoderaron de un gran lote de polvo de estrellas y... bueno, las marsopas pasaron años intentando meterlos en cintura, por no mencionar los problemas que tuvieron los marineros humanos con lo que llamaban «serpientes marinas».

—¡Oh!

—Pero, como te decía, con la ayuda de las marsopas, los Cazadores de Estrellas hemos podido arreglárnoslas con la situación del polvo de estrellas la mayor parte del tiempo en casi todo el planeta. El problema es que de vez en cuando cae un nuevo lote y no siempre podemos cogerlo antes de que otras personas lo encuentren. A menudo no pasa nada malo; de hecho, los resultados pueden ser muy agradables. No hace muchos años cayó un poco de polvo de estrellas en Italia. Nuestros agentes lo encontraron bastante rápido y pensaban que lo habían retirado todo, pero al parecer se dejaron un poco, y unos jóvenes se apoderaron de él. Afortunadamente, no estaban inclinados al mal. ¿Has oído hablar de los artistas Da Vinci y Miguel Ángel?

—No —confesó Peter.

—Pues eran muy buenos. Pero no siempre ha habido tanta suerte. Me imagino que tampoco habrás oído hablar de Atila, el huno...

—¿También era artista?

—Desde luego que no. Era un hombre muy malo que encontró una gran cantidad de polvo de estrellas e hizo muchas cosas malas.

—Vaya.

—De vez en cuando, muy de vez en cuando, incluso alguno de los Cazadores de Estrellas sucumbe a la atracción del polvo de estrellas, y hay que... encargarse de él. Pero en su mayor parte, los Cazadores de Estrellas cumplen muy bien con su cometido. No quiero decir que hayamos erradicado el mal del mundo, por supuesto, porque en el mundo siempre habrá mal, pero gracias a los Cazadores de Estrellas ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se produjo un mal «extendido», como resultado del polvo de estrellas. Así que, para responder a tu pregunta: sí, por el momento, los Cazadores de Estrellas van ganando. Pero sólo por el momento.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ahora mismo la situación está un poco... desequilibrada.

—¿Desequilibrada?

—Sí. Hace unos dos meses cayó una gran cantidad de polvo de estrellas en la Tierra, en Escocia. Una cantidad muy grande. Mi padre dice que es la mayor que ha caído, que él recuerde, quizá desde hace siglos. Los Cazadores de Estrellas sabíamos que venía, no sé por qué, pero siempre lo notamos, cuando está a punto de caer. Y, como digo, era una cantidad mucho más grande de lo habitual... Entre nosotros algunos lo veían, además de notarlo. Se encaminaron al lugar de aterrizaje a caballo de inmediato. Era un lugar remoto, sin ciudades alrededor, y nuestros hombres llegaron allí enseguida. Pero el polvo de estrellas había desaparecido.

—Alguien lo había encontrado primero.

—Sí, pero eso ya había ocurrido otras veces. Y normalmente, los que lo encuentran siguen allí cuando llegan nuestros agentes. De hecho, normalmente están flotando por las copas de los árboles, felices como pajarillos, y es bastante fácil para nuestros agentes quitarles el polvo de estrellas y ayudarlos a olvidarse de él... Bueno, es una técnica que yo no he aprendido aún. Pero cuando se usa, caen dormidos, y cuando se despiertan, lo han olvidado todo y no han sufrido ningún daño. Pero esa vez no había nadie allí, ni tampoco estaba el polvo de estrellas. Y eso es lo más extraño. Era una cantidad muy grande y muy potente, Peter. Se podía trasladar, pero requería habilidad y conocimientos para manejarlo, y un contenedor adecuado para colocarlo. Así que no fue la gente del lugar la que lo trasladó. Quienquiera que lo cogiera sabía lo que era y sabía cómo manejarlo.

—Los Otros.

—Sí. No sé cómo consiguieron llegar allí primero, y ahora tienen más polvo de estrellas del que han tenido desde hace siglos.

—Y vosotros..., los Cazadores de Estrellas..., ¿no sabéis lo que han hecho con él?

Molly se rió, pero sin alegría.

—Ah, sí, yo sé exactamente lo que han hecho con él.

—Pero ¿cómo..., quieres decir..., quieres decir el baúl que va en este barco?

—Sí —afirmó Molly—. Ese baúl.

—Pero ¿cómo..., quién...?

—Espera un poquito más. Ya casi estamos llegando. Los Cazadores de Estrellas siempre hemos tenido espías entre los Otros. Después de que se perdiera todo ese polvo de estrellas en Escocia, hicimos que nuestros espías investigasen y averiguaron rápidamente lo que había ocurrido. Lo habían metido en un baúl y lo habían llevado a un castillo en una ciudad pequeña llamada Fenkirk.

—¿Y los Cazadores de Estrellas no podían cogerlo de allí? —preguntó Peter—. Usando esas «técnicas», como las has llamado tú...

—Desgraciadamente, no. Por dos motivos. Uno es que esas técnicas no son efectivas contra gente que sabe cómo usar el poder del polvo de estrellas. Y el otro es que, además de los Otros, el castillo estaba muy bien protegido por soldados.

—¿Soldados?

—Soldados de la reina de Inglaterra.

—¿La reina? —exclamó Peter—. ¿Estás diciendo que la reina es uno de los Otros?

—No. Al menos, creemos que no. Los Cazadores de Estrellas tienen gente que conoce a la reina (mi padre es uno de ellos) y están bastante seguros de que ella no está aliada con los Otros. Pero, al parecer, alguien cercano a la reina sí lo está, y quienquiera que sea, hizo imposible que nuestros agentes pudieran acercarse al baúl. Al cabo de una semana en el castillo, fue trasladado con una fuerte escolta a Londres, donde nuestros espías supieron que iban a cargarlo en un barco llamado *Avispa*. Y eso era una señal malísima, muy mala.

—¿Por qué?

—Porque la *Avispa* se dirigía hacia Rundoon, gobernada por Su Alteza Real el rey Zarboff —y Molly levantó los tres dedos de en medio de su mano derecha— III.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Peter—. Él es uno de ellos, ¿no es así?

—Sí. Zarboff es de los Otros. Puede que sea el más malvado de todos. Los Cazadores de Estrellas no pueden permitir que sea precisamente él quien entre en posesión de ese baúl.

—Y por eso vas en este barco. Para evitarlo.

—No. Mi padre me ordenó zarpar en este barco precisamente porque creía que el baúl no estaba aquí. Por mi propia seguridad. Él navegaba en la *Avispa* porque nuestros espías decían que ahí era donde estaba el baúl. Está claro —añadió amargamente— que se equivocaban.

—¿Y qué pensaba hacer tu padre con la *Avispa*? —preguntó Peter—. O sea, ¿cómo iba a quitarles el baúl a los Otros, si era el único de los vuestros que iba en el barco?

—No pensaba hacerlo en la *Avispa*. Iba a hacerlo cuando llegásemos a Rundoon. Allí habría otros Cazadores de Estrellas esperando. Tenían un plan para apoderarse del baúl y capturar a Zarboff, que habría sido un problema. Era un plan bastante bueno, realmente, pero...

—...pero el baúl no está en la *Avispa*.

—No. Lo cambiaron. Ya lo sospeché el primer día, cuando vi cómo reaccionaba aquel marinero al tocarlo. Tendría que haber avisado a mi padre entonces, pero fui tonta y no lo hice. Y luego aquella noche, la noche que viste la rata volando, yo bajé a comprobarlo, y en cuanto entré en la bodega supe que aquél era el baúl. Lo noto, noto su inmenso poder como nunca lo había sentido antes. Así que intenté enviar un mensaje a mi padre a través de *Ammm*...

—¿Quién?

—La marsopa, *Ammm*. Pero no hablo muy bien el marsupiés, y supongo que me confundí y entonces *Ammm* volvió y me dijo..., me dijo...

Molly escondió la cara entre las manos, sollozando. Peter quería hacer algo, darle unas palmaditas en el hombro, quizá, pero le aterrorizaba que ella lo interpretase mal. De modo que se quedó allí de pie sin saber qué hacer y viendo cómo lloraba alrededor de un minuto. Al final Molly levantó la cara y lo miró con los ojos enrojecidos y las mejillas humedecidas por las lágrimas.

—Lo siento.

—No, no importa —murmuró Peter, sintiéndose como un idiota.

—De todos modos, *Ammm* dijo... o al menos creo que dijo —luchó para contener un sollozo— que el barco de mi padre lo habían hundido unos piratas.

—¡No, Molly!

Molly negó con la cabeza.

—Pero *Ammm* también me dijo, creo, que las demás marsopas rescataron a mi padre.

—Gracias a Dios.

—Sí. Pero *Ammm* me dijo algo más.

—¿Qué? —preguntó Peter.

—Dijo: «Hombre malo caza barco Molly».

—¿Hombre malo? ¿Qué hombre malo?

—Peter, ¿has oído hablar de un pirata llamado Mostacho Negro?

—Sí —afirmó Peter.

Había oído hablar de él a la tripulación, y había miedo en sus voces.

—Creo que viene tras la *Nunca Jamás*.

Peter sintió un escalofrío.

—¿A por este barco? Pero si sólo es un viejo... Espera..., ¿estás diciendo que sabe lo del baúl?

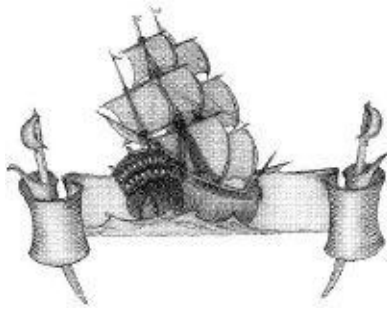
—Tiene que saberlo, Peter. Supongo que fue a por la *Avispa* por ese motivo. Lo engañaron igual que a mi padre. Pero ahora mi padre está perdido en el mar, no sé dónde, y Mostacho Negro viene a por el baúl. Se está acercando, Peter.

—Molly, si él se apodera de ese baúl...

—Ya lo sé. Ya lo sé, Peter. Tenemos que detenerlo.

Peter asintió. Ella tenía razón. Debían detenerlo.

«Pero... ¿cómo?»



CAPÍTULO 21

El avistamiento

Mostacho Negro hizo bocina con las manos y gritó entre la lluvia, hacia la cofa:

—¿Hay algo?

—¡Todavía no, capitán! —contestó el vigía desde lo alto del palo mayor.

—¡No existen muchas posibilidades de verla con este oleaje, capitán! —gritó el timonel por encima del rugido de la tormenta.

—¡Está ahí! —gritó a su vez Mostacho.

Limpió la lente de su catalejo con un trozo húmedo de su chaqueta, pero aun así, no tuvo suerte al mirar por el instrumento.

Uno por uno, los hombres de su tripulación iban volviendo a cubierta, después de cambiarse y ponerse los uniformes navales británicos. Mostacho sonrió al verlos: piratas asesinos vestidos de marineros de Su Majestad.

Justo entonces vio una marsopa a estribor. «Buena suerte», pensó.

—Qué extraño ver una marsopa en medio de una tormenta, ¿no te parece? —gritó Mostacho a su timonel.

—¿Dónde, capitán? —respondió también a gritos el timonel.

Mostacho se la señaló y el timonel se quedó boquiabierto.



—Decir extraño es quedarse corto —comentó—. La marsopa es un animal demasiado listo para dejarse atrapar por una tormenta. Nunca había visto una cosa igual.

—¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo!

Era Smee, que ya se había ataviado con un uniforme británico que apenas conseguía teparle la tripa. Había renunciado a intentar abrocharse los pantalones, y al levantar la bandera británica, la Union Jack, los pantalones se le cayeron hasta las rodillas, provocando las risas de la tripulación. Smee intentó subirse de nuevo los pantalones, pero al hacerlo casi pierde la bandera arrebatada por el viento ululante.

—¡Tráela aquí, pedazo de idiota! —aulló Mostacho.

La distracción había apartado su atención de la marsopa. Volvió a mirar, pero ésta había desaparecido. Notó un retortijón en el vientre, «era mi suerte», y luego apartó aquella idea de su mente.

Smee avanzó tambaleándose y entregó la Union Jack a Mostacho. Los pantalones se le volvieron a caer por el camino.

—¡Izadla bien alta! —ordenó Mostacho, tendiendo la bandera a un marinero—. Y tú, Smee, haz lo mismo con los pantalones...

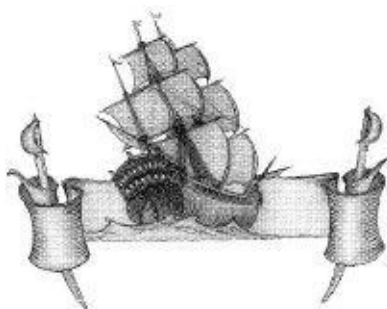
Y la tripulación volvió a estallar en risas, interrumpidas por un grito procedente de la cofa.

—¡Barco a la vista!

Con la lluvia metiéndosele en los ojos, Mostacho miró en la dirección del brazo del vigía, que señalaba a lo lejos. No veía el buque, todavía no, debido a la intensidad de la tormenta. Pero era la dirección correcta, tenía la sensación de que era así.

La Nunca Jamás...

Tenía que ser ella.



CAPÍTULO 22

Negrura en el horizonte

Peter no había pegado ojo en toda la noche. El tiempo había ido empeorando sin cesar. Las olas, cada vez mayores, hacían que la *Nunca Jamás* se moviera todo el tiempo de un modo mareante, y los gemidos y crujidos de las antiguas cuadernas del barco, que entonces resultaban todavía más audibles, dificultaban mucho el sueño.

Pero Peter no habría podido dormir nada de todos modos. Su mente todavía intentaba asimilar todo lo que Molly le había contado. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza... Estrellas que caían, centauros, un baúl con el poder de cambiar el mundo... Era un relato increíble.

«Pero no es un relato. Es verdad.»

Cuando volvió a su diminuto espacio para dormir, Peter pensó en contárselo todo a los otros chicos, o al menos a James. Pero había decidido que sería mejor no hacerlo por el momento. En primer lugar, dudaba de que le creyesen. Y además, no quería correr el riesgo de que uno de los chicos estropease los planes que pudiesen tramar Molly y él para el baúl.

Ésa era la cuestión: ¿qué iban a hacer con el baúl? Peter y Molly habían empezado a discutirlo la noche anterior cuando oyeron que la señora Bumbrake bajaba ruidosamente por la escalera. Peter apenas había conseguido escabullirse de la habitación y esconderse debajo de la escalera cuando la señora Bumbrake llegó al pasillo. Las últimas palabras que Molly le susurró, mientras cerraba la puerta, fueron: «Debemos actuar pronto. Búscame por la mañana».

«Debemos actuar pronto.» Sí, desde luego, si lo que Molly le había contado era cierto (y ahora la creía, sin lugar a dudas), debían hacer algo. Pero ¿el qué? ¿Qué podían hacer dos niños en un barco lleno de hombres?

Así que Peter no pegó ojo en toda la noche. Con la primera y débil claridad del día, salió del atestado agujero que ocupaban los chicos y se dirigió hacia la cubierta de proa. El cielo tenía un color gris oscuro y el viento rozaba la espuma de unas olas mucho mayores que las que Peter había visto jamás. Se había acostumbrado ya al oleaje constante del mar abierto, pero aquellas olas eran mucho más amenazadoras; algunas de ellas, al acercarse a la *Nunca Jamás*, parecían más altas que los propios mástiles. El miedo atenazó el pecho de Peter y no se sintió mejor cuando se volvió

hacia el horizonte de popa: por allí, el cielo estaba tan negro como la noche y se formaba una oscuridad enorme y arremolinada.

La cubierta de la *Nunca Jamás* no había estado nunca más ajetreada. Slank aullaba órdenes y la tripulación, que normalmente lo hacía todo a paso de tortuga, corría por todos lados, presurosa.

Peter miró a popa e inmediatamente vio a Alf, que trotaba hacia delante, con un barril en el hombro derecho. Al ver a Peter el hombre echó una mirada atrás para ver si Slank estaba mirando y rápidamente dejó el barril y se arrodilló junto al chico, como si se estuviese rascando un pie.

—Hola, amiguito —lo saludó—. Parece que saliste bien parado anoche. La señorita decidió no gritar, ¿eh?

—Sí. Ella no..., quiero decir que estaba... —No acabó la frase. Deseaba contarle más cosas a Alf, contarle cosas del baúl, puede que incluso pedirle ayuda...

—No, ahora no, amiguito —le cortó Alf—. No tenemos tiempo para hablar. Viene una gran tormenta. Slank nos hace trabajar duro, pero no hay ninguna posibilidad de que esta bañera escape a la tormenta. —Puso sus enormes manos en los hombros huesudos de Peter y miró al chico a los ojos—. Vamos a pasar un mal trago, amiguito. Cuando la tormenta llegue hasta aquí, procura agarrarte bien fuerte a algún sitio.

Peter miró hacia el horizonte. La negrura parecía estar mucho más cerca. Alf se puso de pie de nuevo y se subió el barril al hombro.

—Recuerda, amiguito —repitió—, agárrate bien fuerte. —Y se alejó.

Peter se dirigió a popa, sin ser visto en medio de la confusión de gritos y marineros atareados. Se quedó tranquilo al encontrar de inmediato a Molly, que estaba de pie en la cubierta de popa mirando hacia la tormenta que se aproximaba. La llamó en voz alta y ella se volvió. El corazón de Peter saltó cuando vio en los ojos de ella cuánto se alegraba de verlo.

—Peter. Viene una tormenta terrible. Es...

—Ya lo sé. Alf dice que nos va a atrapar pronto.

—Me temo que tiene razón —asintió ella, mirando de nuevo hacia el horizonte.

—¿Y el baúl? —preguntó entonces Peter.

Molly miró a su alrededor antes de responder, aunque con aquel viento no existía ninguna posibilidad de que alguien más los oyese.

—No creo que podamos hacer nada ahora mismo, pero en cuanto acabe la tormenta, tenemos que trasladarlo.

—¿Trasladarlo adónde? —exclamó Peter.

—No estoy segura. Pero tenemos que esconderlo en algún otro lugar del barco, de modo que cuando Mostacho Negro nos atrape, si es que nos atrapa, no lo pueda encontrar fácilmente. Quizá podamos engañarlo y hacerle creer que lo han arrojado por la borda, o que nunca estuvo en la *Nunca Jamás*.

—¿Y por qué no lo arrojamos nosotros mismos por la borda y ya está? Entonces

no lo cogería nunca.

—No, él no —replicó Molly—, pero entonces no podríamos controlar quién lo iba a encontrar. Sería terrible, Peter, no tienes ni idea de lo horrible que sería que cayese en las manos equivocadas. O en los tentáculos... —Miró hacia las aguas oscuras y tembló—. Si tenemos que arrojarlo por la borda porque no queda más remedio, si es la única forma de evitar que caiga en manos de Mostacho Negro..., entonces lo haremos. Pero por ahora debemos intentar conservarlo, mantenerlo a salvo y confiar en que podremos ganar tiempo suficiente hasta que mi padre nos alcance.

—¿Estás segura de que tu padre va a venir? —preguntó Peter, y al momento se arrepintió de haberlo dicho, al ver la preocupación en los ojos de Molly.

—Mi padre vendrá —aseguró ella—. Tiene que venir.

—Bien. Pues trasladaremos el baúl. Pero antes... —Y señaló hacia la tormenta que se aproximaba.

—Sí, es verdad. Primero tenemos que pasar la tormenta.

«Si es que lo conseguimos», pensó Peter.

—¡Molly Aster! ¿Qué está haciendo ahí fuera?

Peter y Molly se volvieron y vieron la formidable silueta de la señora Bumbrake con una mano en el pasamanos y la otra sujetando una sombrilla.

—¡Señora Bumbrake! Pues iba a...

—¿Y qué está haciendo él aquí? —gritó la señora Bumbrake, intentando señalar a Peter con la mano que llevaba la sombrilla, pero una ráfaga violenta de viento se apoderó de la sombrilla y se la llevó volando como si se tratara de un enorme murciélago trastornado.

Casi le dio a un marinero que se agachó a tiempo y acabó cayendo por la borda.

—¡Mi sombrilla! —chilló la señora Bumbrake—. ¿De qué os reís?

—De nada, señora Bumbrake —contestó Molly, esforzándose por ponerse seria.

—De nada, señora —aseguró Peter, con la mano encima de la boca.

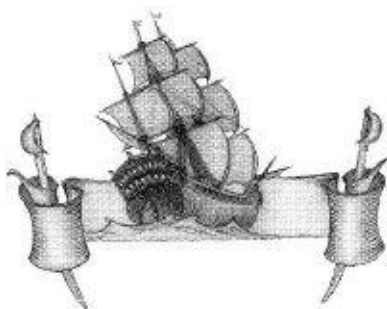
—¡No te burles de mí, golfillo! Tú no deberías estar aquí, y pienso decírselo al señor Slank. En cuanto a usted, jovencita, le he dicho cien veces que...

Pero la señora Bumbrake no tuvo oportunidad de decirle lo que fuese a Molly por enésima primera vez. Se vio interrumpida por un grito del vigía de la *Nunca Jamás*, replicado por un eco de gritos de los hombres en cubierta. Una multitud de marineros se unió a Molly, Peter y la señora Bumbrake en la popa; todos miraban y señalaban hacia la causa del grito del vigía: un barco que se acercaba, entre la *Nunca Jamás* y la tormenta. Los marineros parloteaban alborotados, especulando sobre su identidad y se quedaron silenciosos cuando apareció Slank en la cubierta de popa con un catalejo.

Peter se agazapó detrás de un marinero, pero la atención de Slank estaba concentrada en el barco que los seguía. Los hombres se quedaron completamente silenciosos mientras Slank se llevaba el catalejo al ojo y se ponía a mirar. El hombre gruñó, bajó el catalejo, negó con la cabeza, parpadeo y volvió a mirar por el catalejo.

Al final habló.

—Que me ahorquen —soltó—. Es la *Avispa*.



CAPÍTULO 23

En cualquier momento

Smee iba tirando, con una mano y luego con la otra, e izaba la Union Jack en lo alto del palo mayor de la *Jolly Roger*, mientras Mostacho Negro lo contemplaba con gesto aprobatorio. Los hombres de Mostacho ya llevaban puestos los uniformes británicos. Mostacho examinó su propio uniforme, un uniforme de capitán, y sintió que estaba muy atractivo.

El pirata miraba por el catalejo la *Nunca Jamás*. Su rápido buque había virado en la dirección del viento y se acercaba velozmente al casco del antiguo carguero.

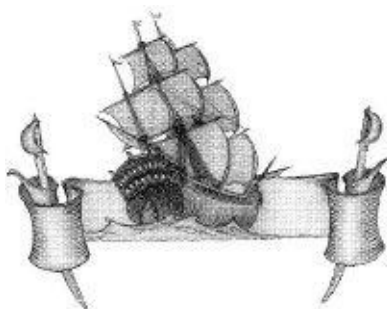
«En cualquier momento...»

—¿Preparados, hombres? —gritó, y le respondió un rugido, mientras sus hombres blandían las espadas en el aire.

—¡Esconded esas hojas! —los frenó Mostacho—. ¡Esperad mi orden!

Levantó de nuevo el catalejo. La *Nunca Jamás* ya estaba lo bastante cerca; podía ver cómo la tormenta la estaba maltratando. Mostacho sonrió.

«No tienen ni la más remota posibilidad...»



CAPÍTULO 24

Al agua

La buena noticia corrió veloz por la *Nunca Jamás*.

—¡Es la *Avispa*! ¡Viene la *Avispa*!

Se congregaron más marineros en la popa y se pusieron a contemplar a Slank, que se llevó de nuevo el catalejo al ojo.

—Ha cambiado de rumbo —señaló el primer oficial—. Vendrá de costado, a babor. Es el capitán Scott. Debe de haber vuelto para escapar de la tormenta. Ahora viene a quedarse con nosotros.

La tripulación estaba encantada. En lugar de enfrentarse a una tormenta monstruosa solos en una barcaza decrepita, se verían escoltados por el mejor barco de la armada de Su Majestad.

—¡A ver, ratas de sentina! —gritó Slank—. Vamos a mantenernos firmes hasta que la *Avispa* se coloque a nuestro costado y entonces...

—¡No!

Slank miró hacia abajo, sobresaltado, hacia el rostro asustado pero decidido de Molly Aster.

—¿Qué has dicho?

—No pueden dejar que ese barco se acerque a nosotros —ordenó la muchacha—. Ese barco está bajo el dominio de Mostacho Negro.

Al oír aquel temido nombre, un murmullo de nerviosismo se elevó entre la tripulación, pero se vio silenciado rápidamente por la risa de Slank.

—¿Mostacho Negro? Jovencita, con el debido respeto, Mostacho Negro capitanea un buque llamado *Diablo del Mar*. Esa de ahí —y señaló al buque que se aproximaba— es la *Avispa*. La conozco muy bien. Estuvimos en el puerto con ella. Y es ésa.

—Sí, sí —afirmó Molly—, pero es Mostacho Negro...

—¡Molly Aster! —La señora Bumbrake se abrió camino a codazos entre los marineros y agarró a Molly por el brazo—. Deje de decir tonterías ahora mismo.

—Déjeme —protestó Molly, soltándose el brazo.

—¡Pero bueno! —exclamó la señora Bumbrake—. Jovencita, cuando su padre...

—¡Ah, cállese ya! —exclamó Molly, sobresaltando de tal manera a la señora Bumbrake que logró que se quedara callada un momento. Volviéndose a Slank, Molly

cogió aire para calmarse y añadió—: Señor, tiene que creerme. Ésa es la *Avispa*, es verdad. Pero ha sido capturada por Mostacho Negro y ahora viene a apoderarse de este barco.

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó Slank—. ¿Te lo ha dicho una gaviota? —La frase provocó risitas entre la tripulación.

«Algo parecido», pensó Peter.

—Por favor —rogó Molly, con voz desesperada—, no puedo explicar cómo lo sé, pero lo sé. Ese barco está bajo las órdenes de Mostacho Negro.

La sonrisa de Slank vaciló un momento y luego resurgió.

—Jovencita, aunque ahí estuviese Mostacho Negro, que no es el caso, él sólo busca los mejores barcos. No perdería su tiempo con un viejo cascarón como éste, especialmente cuando se acerca una tormenta.

—Molly Aster —empezó otra vez la señora Bumbrake, que ya había recuperado el habla y volvía a sujetar del brazo a Molly—. ¡Deje de inmediato esas tonterías y venga conmigo...!

—Por favor —suplicó Molly a Slank, con los ojos llenos de lágrimas de frustración—. No puede permitir que ese barco nos alcance...

Slank se volvió y se llevó el catalejo a los ojos de nuevo, tomándose un momento para examinar el barco que venía hacia ellos. Apartó el catalejo y volvió a mirar a Molly, sonriendo.

—Jovencita, ese buque está tripulado por marineros de la armada británica. —Y le tendió el catalejo—. Puedes comprobarlo tú misma.

Molly cogió el catalejo y miró por él, y luego se lo devolvió al hombre.

—Es un truco. Tiene que serlo. ¡Por favor, escúcheme! No puede...

—¡Ya está bien, jovencita! —aulló la señora Bumbrake, adelantándose.

—Ya está bien —repitió Slank, visiblemente aliviado, y se volvió hacia los marineros que habían estado contemplando la escena—. ¡Se aproxima una tormenta! —gritó—. ¡Volved al trabajo, ratas de sentina!

—Y usted venga conmigo, jovencita —ordenó la señora Bumbrake, arrastrando a Molly hacia la escalera.

Mientras se llevaban a Molly, ella miró a Peter a los ojos y señaló hacia abajo. Estaba claro lo que quería decir: «Nos reuniremos abajo».

Peter asintió. Se escabulló entre los atareados marineros y encontró un lugar relativamente tranquilo junto al pasamanos de estribor, donde podía esperar una oportunidad para bajar. De vez en cuando echaba un vistazo al buque que se acercaba, que cada vez se hacía mayor, así como a la masa de enormes nubarrones que había tras él. No sabía cuál de las dos cosas lo ponía más nervioso, si Mostacho Negro o la tormenta.

«Supongo que vamos a vérnoslas con los dos», pensó.

Al cabo de unos pocos minutos vio su oportunidad y bajó sin que nadie se percatara por la escalerilla de popa. Dio unos golpecitos suaves en la puerta de Molly

y ella abrió de inmediato. Peter se sobresaltó momentáneamente al ver a la señora Bumbrake en su cama, roncando. Entonces lo entendió. «Molly la ha hecho dormir.»

—Date prisa —le apremió Molly, pasando junto a él y encaminándose hacia la escalerilla inferior.

Peter la siguió y ambos descendieron hacia la bodega, donde vieron que estaban de suerte: no había guardia. Evidentemente Slank había decidido que, por el momento, prepararse para la tormenta era más importante que proteger el baúl.

Su segundo golpe de suerte llegó cuando Molly tiró del candado. Éste salió fácilmente y se le quedó en la mano. No se habían percatado de su ardid. Entonces abrió la puerta de la bodega y entró, con Peter detrás. Al principio él no veía nada en la oscuridad, aunque Molly parecía saber exactamente adónde iba. Peter oyó los pasos de la muchacha y luego un sonido como de un roce.

—Ayúdame a quitar la lona —le pidió ella.

Levantando las manos ante él, Peter fue avanzando centímetro a centímetro hasta que sus rodillas tocaron con un objeto sólido. Se inclinó y palpó en la oscuridad la lona áspera que cubría el baúl.

—Hay una cuerda —le indicó Molly.

Los ojos de Peter intentaban acostumbrarse a la oscuridad. Vio la cuerda y ayudó a Molly a soltar la lona. Ésta cayó al suelo y el baúl quedó al descubierto y...

¡Uuuuh!

Peter dejó escapar un quejido, se tambaleó y retrocedió, cegado durante un instante por una luz dorada y brillante que inundó la bodega.

Cerró los ojos, pero aun así notaba la luz, una calidez potente, maravillosa, que fluía hacia su cuerpo y hacía que se sintiera bien, muy bien... Y más aún: oía campanillas, o algo parecido, que tocaban una música fantástica...

—¡Peter! ¡Peter!

Molly sacudía el brazo del chico. Peter abrió los ojos y vio la bodega a oscuras otra vez.

—¡La luz! —exclamó—. ¿Qué...?

—Hay grietas en el baúl —le explicó Molly—. No está bien hecho, creo que las grietas se hacen cada vez mayores. He vuelto a taparlo con la lona.

Los ojos de Peter se estaban acostumbrando a la oscuridad. Ya veía el baúl: la lona quedaba de nuevo por encima de él, torpemente metida por debajo de la cuerda. Pero el bulto entero, con lona incluida, resplandecía débilmente. Peter miró aquel brillo y se sintió algo aturdido, eufórico. La sensación era maravillosa.

La mano de Molly se posó de nuevo en su brazo.

—Peter —decía ella—, sé que es difícil para ti. Es difícil hasta para mí, y eso que yo ya estoy acostumbrada.

Peter hacía grandes esfuerzos para hablar.

—¿Cómo? —articuló, y su propia voz le pareció distante—. Quiero decir, ¿qué vamos a...?

—Ayúdame a levantar esto. Coge por esa punta.

Siguiendo las instrucciones de Molly, Peter se inclinó y, palpando por debajo de la lona, agarró un extremo del baúl. Inmediatamente volvió a oír la música y notó la calidez maravillosa que inundaba sus manos, sus brazos, todo su cuerpo. Se esforzó por mantener la mente concentrada en lo que estaba diciendo Molly.

—Muy bien —indicaba ella—. Levántalo.

Se incorporaron, y, para sorpresa de Peter, el baúl se alzó sobre ellos como si no pesara nada. Fascinado, Peter soltó su extremo del baúl, que se quedó flotando en el aire durante un momento, y luego empezó a bajar, lentamente, mucho más despacio que una pluma. Peter lo cogió de nuevo y lo elevó con un esfuerzo mínimo. Oyó de nuevo la música, las campanitas, y la calidez se expandió por todo su cuerpo. Se sintió tranquilo, relajado, y al mismo tiempo perfectamente consciente de lo que lo rodeaba, de Molly, de todo.

—Así —le señalaba Molly, sujetando su extremo del baúl mientras retrocedía hacia la puerta de la bodega, y Peter la seguía.

Movieron fácilmente el baúl hacia la escalera y Molly empezó a subir los escalones, sujetando su extremo del baúl con una sola mano. Desde abajo, Peter empujaba el bulto que apenas pesaba hacia arriba, con las puntas de los dedos.

Hicieron una pausa en la parte superior de la escalera. Peter fue consciente de nuevo de los gemidos y el balanceo del barco: casi había olvidado que la tormenta rugía ahí fuera.

—¿Dónde lo llevamos? —preguntó.

Molly señaló hacia arriba.

—Hacia la cubierta principal.

—¡Pero lo verán!

—Cuando lo hagan, ya estará en el mar.

—¿Lo vamos a tirar por la borda? —dijo Peter—. ¡Pero yo pensaba que lo íbamos a esconder!

—No hay tiempo —explicó Molly—. Mostacho Negro estará aquí en unos minutos.

—Pero ¿y si no es él? ¿Cómo sabemos que es él?

—Porque me lo ha dicho *Ammm* —contestó Molly—. Y porque no hay ningún otro motivo por el cual ese barco quisiera acercarse a nosotros ahora, en medio de esta tormenta. No se trata de un rescate, Peter, es un ataque. Y lo que quieren es este baúl.

—Pero... —balbuceó Peter—, pero... —Intentó pensar algún otro argumento, pero lo único que se le ocurría era: «Pero yo quiero seguir tocando el baúl».

Molly examinó su cara un momento.

—Ya lo sé —reconoció, muy bajito—. Ya lo sé. Yo también lo noto. Más que tú. Pero tenemos que hacerlo, Peter. Ahora.

Siguió avanzando, y Peter, suspirando, la siguió. Transportaron el baúl por la

escalera superior y de nuevo, con Molly delante, subieron los escalones. El viento rugía en ese momento allí fuera y, a través de la abertura, Peter vio que la lluvia caía ladeada como láminas densas y grises.

En la parte superior de la última escalera, Molly sacó la cabeza y miró a su alrededor. Volvió a meter la cabeza, con el pelo húmedo y completamente alborotado.

—Hay algunos hombres ahí. —La muchacha señaló hacia babor—. Creo que están gritando al otro buque. Está muy cerca. Cuando saquemos el baúl a cubierta, iremos por allí —y señaló hacia estribor— y lo arrojaremos al agua directamente. ¿De acuerdo?

Peter asintió.

—Peter, si alguien nos ve, si alguien intenta detenernos, debemos seguir, ¿lo comprendes? No podemos fallar.

—De acuerdo.

—Entonces, vamos —concluyó Molly y, agarrando el extremo del baúl, dio un paso hacia cubierta.

Peter la siguió y al cabo de un instante se encontró empapado por la lluvia que traía el viento. Tal y como Molly había dicho, un grupito de marineros se encontraba en el pasamanos de babor, gritando; en la oscuridad arremolinada que había tras ellos, Peter vio la silueta de un enorme barco negro, que se encontraba ya muy cerca. Peter lo reconoció como el barco que había visto el día que la *Nunca Jamás* zarpó del puerto, lo cual parecía haber ocurrido años atrás. La tripulación iba recogiendo velas, al parecer preparándose para colocarse borda con borda.

En la cubierta elevada de la negra popa del otro buque, Peter vio a un robusto timonel luchando por controlar la rueda del timón, mientras los dos barcos se acercaban entre sí. Junto a él, parcialmente oculto tras un mástil, se encontraba un hombre alto que llevaba un uniforme de oficial y que parecía el capitán. Peter se dio cuenta, porque aun entre la tormenta y la confusión Peter se daba cuenta de todo, de que el hombre alto parecía estar usando deliberadamente el mástil para ocultar su rostro. Miró a Molly y vio que ella también había detectado al hombre alto. La chica miró a los ojos a Peter.

—Es él. Vamos.

Caminando con sumo cuidado por la cubierta inclinada y húmeda, trasladaron el baúl hacia el pasamanos de estribor. Los gritos que se oían en el costado de babor eran más potentes y algunas de las exclamaciones se convirtieron en gritos de alarma cuando los dos barcos se acercaron. Molly y Peter llegaron al costado de estribor y Molly levantó el baúl por encima del pasamanos.

—¡Ahora! —ordenó, por encima del aullido del viento.

Peter se dispuso a empujar su lado y echar el baúl al mar. Pero cuando lo hizo, los cascos de las dos embarcaciones, que se agitaban en puntos distintos de dos olas diferentes, chocaron entre sí. Peter notó que le resbalaban los pies y cayó hacia atrás, dándose con el cogote en cubierta. Oyó un grito de Molly y vio que ella también se

había caído, casi encima de él. Intuía que el baúl había aterrizado suavemente en cubierta, a unos metros de la muchacha. Desde el costado de babor del barco Peter oyó voces y luego algunos alaridos.

El chico tenía la cabeza como un bombo, pero intentó ponerse de rodillas.

—¡Molly! —gritó—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —respondió ella, incorporándose—. ¡El baúl! ¡Peter, corre!

Intentando ponerse de pie, Molly y Peter se tambalearon en la inclinada cubierta en dirección al baúl. Molly lo alcanzó primero, se inclinó hacia él y...

—¡Deja eso!

Molly chilló cuando Slank, agarrándola por el pelo, la arrastró lejos del baúl. Peter corrió hacia delante, agarró el brazo de Slank y le clavó los dientes, haciéndole sangre. Entonces Slank chilló al intentar desprenderse de Peter y soltar a Molly... y todos cayeron con estrépito en la cubierta resbaladiza por la lluvia.

—¡Peter, el baúl! —gritaba Molly.

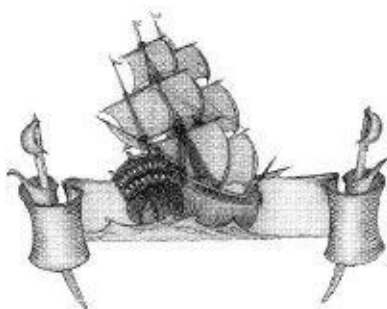
Peter rodó, se puso de pie, pasó los brazos alrededor del baúl y notó que podía levantarlo de la cubierta con facilidad. Se volvió hacia el pasamanos, que sólo quedaba a dos pasos de distancia...

—¡Cogedlo! —aulló Slank, mientras luchaba por ponerse en pie, y en aquel momento Peter notó una enorme mano que se posaba en su hombro, se vio arrastrado hacia atrás y arrojado contra la cubierta; el baúl se escapó de nuevo de sus manos.

Pese al dolor agudo y a lo aturdido que estaba, Peter escuchó más alaridos. Vio que ante él se inclinaba la gigantesca silueta del Pequeño Richard, que sujetaba a Molly, y el rostro retorcido y furibundo de Slank.

—¿Cómo te atreves? —chillaba—. ¿Cómo te atreves a morderme?

Peter veía que todo sucedía muy despacio, como si se tratase de un sueño..., la cara que se acercaba, los puños como martillos que lo agarraban violentamente de la camisa. Notó que lo levantaban muy alto en el aire, y por un momento vio el horror en el rostro de Molly cuando Slank lo arrojó con todas sus fuerzas por la borda de la *Nunca Jamás*, hacia el mar embravecido.



CAPÍTULO 25

Una mosca en la telaraña

El plan de Mostacho Negro se estaba desarrollando a la perfección. La tripulación de la *Nunca Jamás* no mostró señal de alarma cuando se aproximó a ellos el barco pirata disfrazado.

Mientras los piratas se acercaban, escucharon una conmoción (voces y luego chillidos) procedente de la cubierta de la *Nunca Jamás*. Pero fuera lo que fuese, no había provocado que el viejo carguero cambiase de rumbo.

Los dos buques se encontraban en aquel momento borda con borda, habían arriado las velas. Habían arrojado cabos para amarrar juntos ambos buques y habían colocado defensas para proteger los cascos, que golpeaban el uno con el otro, evitando así que chocasen.

Mostacho mantenía el rostro oculto detrás de un mástil, aunque sabía que su truco no serviría para engañar por mucho más tiempo a los marineros de la *Nunca Jamás*. «Van a darse cuenta de que toda mi tripulación va descalza.»

Mostacho tenía una pistola de pedernal de un solo tiro en la mano derecha, en el costado, oculta a la vista. Le gustaba la idea de dar un golpe sin derramar sangre, sin manchar una sola espada. La visión de los piratas solía causar un miedo tan atroz en los marineros de los mercantes que a menudo se rendían de inmediato.

Esperó, confiando en Smee para que le sirviera de ojos.

Smee dijo entre dientes:

—Ya están pegados a nosotros, capitán.

«Como una mosca en una telaraña.»

—¿Cuántos hay en cubierta?

—Una docena de tripulantes más o menos y unos pocos pasajeros, incluyendo algunos niños.

—¿Armados?

—¿Los niños?

—¡No, idiota! La tripulación.

—Algunos cuchillos —indicó Smee— y una pistola o dos.

—¿Y nuestra tripulación?

—Lista y deseando salir.

Los piratas se habían reunido a lo largo del pasamanos, con las espadas ocultas en los uniformes.

—Bien. Vamos, llama al capitán.

—¡Ah del barco! ¡La *Nunca Jamás*! —gritó Smee al otro buque—. ¿Quién está al mando ahí?

Sabía que aquello no sonaba demasiado bien, pero ya no había forma de echarse atrás.

—¡Soy yo! —respondió una voz profunda.

El propietario de la voz, un hombre robusto, fue hacia el pasamanos. Smee vio que le sangraba el brazo.

—¿Es el capitán, oficial? —preguntó Smee, con aire servil.

No se le daba bien todo aquel lenguaje de la marina.

—El capitán está... indispuerto —explicó el otro hombre—. Soy el primer oficial, Slank. —Sus ojos se clavaron en la silueta medio oculta de Mostacho Negro—. ¿Es el capitán Scott?

—No, yo soy... —balbuceó Smee—. O sea, sí, pero... quiero decir que...

—Eres un idiota —siseó Mostacho.

Sospechando de pronto, Slank examinó los rostros rudos y sin afeitar de los hombres que se alineaban en el pasamanos del oscuro barco; después bajó la vista y vio que iban con los pies descalzos.

—¡Cortad las amarras! —gritó Slank—. ¡Cortad las amarras!

Pero antes de que la tripulación pudiese hacer nada, Mostacho Negro ya había salido de detrás del mástil.

—¡Ahora! —rugió, y antes de que el sonido hubiese acabado de salir de sus labios, dos docenas de piratas habían sacado los sables y habían saltado a la cubierta de la *Nunca Jamás*, cuyos tripulantes quedaron paralizados de terror.

Moviéndose con calma, pausadamente, Mostacho siguió a sus hombres a bordo de la *Nunca Jamás*. Saltó junto a Slank y le apuntó con la pistola directamente a la cara.

—Señor Slank, ¿verdad? Mostacho Negro, a su servicio.

Algunos tripulantes de la *Nunca Jamás* lanzaron un gemido al oír aquel nombre. Por su parte, Slank miró fríamente a Mostacho Negro durante un momento, y luego, de un modo que Mostacho encontró algo raro, se volvió y miró por encima de su hombro hacia una jovencita que estaba de pie en el pasamanos más alejado, sollozando mientras un hombretón le sujetaba los brazos como para evitar que saltase por la borda.

Slank se volvió de nuevo a Mostacho, mirándolo otra vez a los ojos. Mostacho se sentía impresionado al ver el poco miedo que mostraba aquel hombre. «Debería tener un lugar en mi tripulación para un hombre como éste», pensó. Pero lo que dijo fue:

—Si quiere seguir respirando, señor Slank, será mejor que les diga a sus hombres que suelten las armas.

Sin apartar los ojos de Mostacho, Slank gritó a su tripulación:

—¡Soltad las armas!

Los aliviados marineros de la *Nunca Jamás*, que no tenían intención alguna de entrenchocar sus aceros con los piratas, dejaron caer rápidamente sus armas en cubierta.

—Muy bien —prosiguió Mostacho, acercándose a Slank y casi tocando con el cañón de su arma el espacio que había entre los ojos del hombre—. Vamos, no tenemos mucho tiempo con esta tormenta, de modo que se lo explicaré rápidamente. Usted tiene algo que yo quiero. ¿Dónde está, señor Slank?

Slank se tomó un momento para contestar. De nuevo, Mostacho se sintió impresionado por la calma de ese hombre frente a una pistola cargada.

—Tenemos algunas mujeres —explicó Slank—. Y mucho ron. Pero si cree que hay algún tesoro en esta vieja barcaza, me temo que se llevará una decepción.

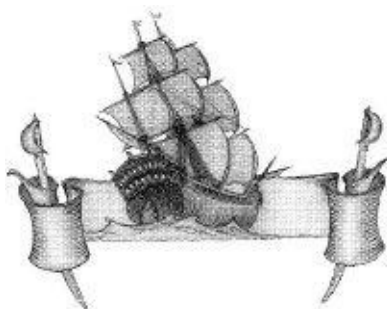
El dedo de Mostacho se tensó ligeramente en el gatillo, y luego se soltó. ¿Acaso Slank se estaba tirando un farol? ¿O era posible que no supiera lo que llevaba en su propio barco? Mostacho pensó un poco y decidió que, por el momento, Slank resultaba más útil vivo que muerto.

—Señor Slank, si no encuentro lo que he venido a buscar, lo lamentaré. Y ahora, hágase a un lado.

Mostacho se volvió a un grupo de piratas que se hallaban cerca de él, y elevando la voz por encima del viento gritó:

—¡Vosotros, venid conmigo! ¡Buscamos un baúl!





CAPÍTULO 26

En el mar

Peter no sabía nadar, de modo que se dio cuenta, ya cuando notaba que Slank lo levantaba y que arrojaba su cuerpo por encima de la borda de la *Nunca Jamás*, de que iba a morir.

Por supuesto que estaba aterrorizado, pero al mismo tiempo, mientras notaba que daba vueltas en el espacio, era muy consciente de su terror, como si fuese el de otra persona; también era muy consciente del dolor que sentía en la cabeza, de los chillidos angustiados de Molly desde la cubierta y del sonido del viento, y de todo lo que lo rodeaba.

«Parece como si todo ocurriera muy despacio.»

Pero no ocurría despacio, sino muy deprisa, y Peter también era consciente de ello. Lo que sucedía era que desde que había tocado el baúl podía pensar mucho más rápido que de costumbre en las cosas. Incluso podía pensar en lo rápido que pensaba en las cosas.

«Pero aun así voy a morir.»

Peter vio que iba a ir a parar a un seno entre dos olas.

«¿Debería contener el aliento?»

Notó que una de las olas estaba ligeramente más elevada que la otra y que había algas entre la espuma removida.

«Si contengo el aliento, me costará mucho más morir. Y eso ¿sería bueno o malo?»

Decidió contener el aliento e intentar retorcer el cuerpo para poder mirar hacia el barco mientras penetraba en el agua, por si alguien intentaba arrojarle un cabo.

«Aunque dudo que Slank me arroje un cabo.»

Contuvo el aliento y retorció el cuerpo al dar en el agua, de modo que miraba hacia arriba, hacia el barco, mientras sentía que su pierna izquierda se hundía en el mar.

«Está frío.»

Y luego su pierna derecha, y la cintura, y luego...

«¿Qué?»

Notó algo en la espalda, un dolor repentino, como si hubiese chocado con algo

afilado, y...

«¿Qué me está ocurriendo?»

Peter notó que su cuerpo se alzaba con la cresta de la ola, y luego, cuando la ola se retiraba, notó que se elevaba por encima de la ola, al aire, expuesto al viento.

«Yo... yo soy como la rata. Como Molly...»

Se retorció y vio que estaba unos metros por encima del agua, moviéndose por encima de las crestas de las olas, y el viento lo empujaba lejos de la *Nunca Jamás*. Oyó un sonido extraño debajo de él, miró hacia abajo y notó el familiar hocico redondeado.

«La marsopa. Me ha levantado por encima del mar.»

Parloteaba con él, pero él no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Peter estaba seguro de que era la marsopa grande, aquella con la que había hablado Molly.

«*Ammm*, así fue como la llamó ella.»

La marsopa empezó a nadar hacia la *Nunca Jamás*, que se alejaba, luego otra vez hacia Peter, luego de nuevo hacia el barco. Hubo más parloteo.

«Quiere que la siga.»

Peter probó a agitar los brazos; el viento se lo llevaba, pero vio que aquel movimiento de los brazos hacía girar su cuerpo, de modo que se encontró en posición horizontal, con la cabeza señalando hacia el barco. Agitó los brazos una vez más: nada.

Luego oyó que *Ammm* chillaba y se encontraba justo debajo de él. Peter miró hacia abajo y...

«¡Hala!»

Su cuerpo cayó de repente en picado contra el viento, ganando velocidad...

«¡Voy a caer al mar!»

Peter levantó la cabeza; al instante, su cuerpo se alzó y se colocó en posición vertical. Dejó de moverse hacia delante y se encontró de nuevo arrastrado por el viento. Oyó más chillidos procedentes de abajo.

Peter inclinó el cuerpo y se puso en posición horizontal de nuevo, y otra vez empezó a moverse hacia delante, en esta ocasión más despacio.

«*Ammm* me está enseñando a volar.»

Peter empezó a experimentar, moviendo la cabeza en distintos ángulos, desplazando el cuerpo, los hombros, los brazos, las piernas, y notando que los movimientos afectaban a su dirección y su velocidad, haciendo que subiese y bajase. El viento aullaba, la lluvia acribillaba su rostro, pero Peter se deslizaba entre la tormenta casi sin esfuerzo. Ya se encontraba muy por encima de las olas, a unos cincuenta metros, o quizá más. Cada vez se sentía más confiado, luego emocionado y luego casi feliz.

Y luego le asaltó la idea.

«El barco. ¿Dónde está el barco?»

Peter atisbó entre la tormenta, pero sólo veía oscuridad y enormes olas. No estaba

seguro de si había volado muy lejos; tampoco estaba seguro de la dirección que había tomado. La emoción había desaparecido y se había visto reemplazada por el retortijón frío del miedo en sus tripas.

«Estoy perdido.»

Y a continuación oyó, por encima del rugido del viento y de las olas, los sonidos agudos que llamaban desde algún punto de la oscuridad que tenía debajo. Con mucho cuidado, Peter se colocó en ángulo hacia abajo, entre la oscuridad, y fue descendiendo lentamente hacia las amenazadoras crestas de las olas, siguiendo los sonidos, hasta que finalmente vio el hocico gris de *Ammm*.

—¡Estoy aquí! —gritó Peter, con alivio en su voz—. ¡Aquí!

Ammm se alzó sobre la cola, se lanzó hacia delante, luego se alzó de nuevo, miró a Peter, se volvió y se sumergió otra vez. Al comprender que debía seguirla, Peter se inclinó hacia la fantasmal silueta de *Ammm* mientras la marsopa se sumergía rápidamente entre las olas, hasta que...

«Ahí está el barco.»

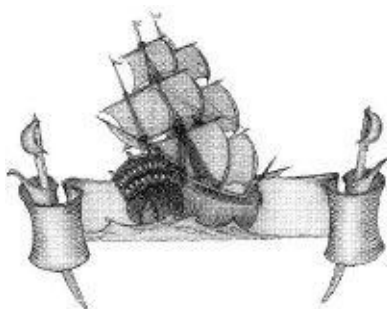
Dos barcos, de hecho. En medio de la oscuridad que le quedaba delante, Peter vio que la *Nunca Jamás* estaba unida al barco negro. «El barco pirata.» Peter se detuvo un poco y se dirigió hacia el costado de estribor de la *Nunca Jamás*, el costado desde el cual lo había arrojado Slank, lejos del barco pirata. Al acercarse oyó gritos y vio que las cubiertas estaban repletas de hombres desconocidos, que llevaban uniformes y espadas. Peter se deslizó cerca del casco, manteniendo la cabeza justo por debajo de la borda, e intentando pensar qué hacer.

Fue entonces cuando notó algo desconcertante: empezaba a hundirse en el agua. Sucedió de manera gradual, aunque con mucho esfuerzo era capaz de alzarse de nuevo. Pero estaba claro que le resultaba mucho más difícil mantenerse en lo alto.

«Tengo que volver al barco —pensó—. Y pronto.»

Entonces oyó la voz de Molly que gritaba desde la cubierta, muy cerca de donde se hallaba.

Y luego oyó los alaridos.



CAPÍTULO 27

El regreso

Mostacho Negro estaba furioso.

Él y sus hombres habían registrado la *Nunca Jamás* de arriba abajo en busca del baúl del tesoro. No habían tenido suerte en la bodega principal. Habían abierto con un hacha unos cuantos baúles que habían encontrado, pero sólo contenían ropa y artículos del hogar. También habían registrado los camarotes, y en uno de ellos encontraron algunas joyas, pero no había nada más de valor. En el camarote del capitán encontraron a un hombre confuso diciendo cosas incoherentes. Se produjo un momento de esperanza y emoción cuando hallaron una bodega en popa que aparentemente, en algún momento, había estado cerrada con un candado. Pero se hallaba vacía.

Volvieron pues a la cubierta principal. Mostacho, temblando de rabia, deseaba enviar a alguien a pasear por la tabla; eso normalmente lo calmaba enormemente. Pero pasear por la tabla, si se hacía bien, requería mucho tiempo y Mostacho no tenía tiempo que perder: por el aspecto de la tormenta que se aproximaba, sólo disponía de unos minutos para salir de aquel maldito cascarón y alejarse a toda prisa.

Así que, una vez más, colocó su pistola apoyada en la frente de Slank.

—Señor Slank —amenazó—, ya se me ha agotado la paciencia. ¿Dónde está el baúl?

Slank le devolvió la mirada. Pero Mostacho advirtió algo en sus ojos..., una vacilación, quizás. Apretó todavía más el dedo en el gatillo, haciendo un movimiento muy exagerado para que Slank pudiera verlo. Mostacho detectó un atisbo de miedo en los ojos de Slank. «Está a punto de ceder...»

—¡Capitán!

Era Smeel el que venía tambaleándose por la inclinada cubierta, con los pantalones del uniforme británico que tan mal le sentaban caídos hasta las rodillas.

—¡Ahora no, Smeel! —gritó Mostacho—. ¿No ves que estoy a punto de volarle los sesos a este hombre?

—Lo siento, capitán —se disculpó Smeel, subiéndose los pantalones prácticamente hasta el cuello—. Pero usted dijo que estaba buscando...

—¡He dicho que ahora no! —aulló Mostacho, volviendo su atención a Slank—.

Bien, señor Slank, voy a contar hasta tres, y si no me dice dónde está el baúl...

—¡Sí! —gritó Smee—. ¡Un baúl!

Mostacho se volvió hacia Smee.

—¿Has encontrado el baúl?

—¡Ahí, capitán! Junto al pasamanos de estribor! Tenía una lona puesta por encima y el viento se la ha llevado, y lo hemos visto.

Mostacho echó un vistazo a Slank y vio en los ojos del hombre que aquello era realmente lo que andaban buscando.

—Estaré con usted en un momento, señor Slank —comentó, y dio unas zancadas hacia el pasamanos de estribor.

Y allí lo vio: un viejo baúl con la madera áspera y llena de marcas, nada parecido en absoluto al elegante baúl negro que había encontrado en la *Avispa*, lleno de arena.

«Muy astuto —pensó—. Ponen el tesoro en un baúl viejo y lo dejan ahí fuera en la cubierta, donde a nadie se le ocurriría mirar.»

A unos pocos metros del baúl se encontraba un hombre grandote, vigilando con mucho recelo, y contemplado por un semicírculo de piratas con las espadas desenvainadas. El gigante sujetaba a una jovencita («muy linda por cierto», pensó Mostacho) por el brazo derecho, como si quisiera impedir que hiciese algo.

«¿Para impedir el qué? —se preguntó Mostacho—. ¿Y por qué me mirará la chica de esa manera?»

Pero no tenía tiempo para pensar en la muchacha, en esos momentos no, dado que el tesoro ya estaba a su alcance. Sus hombres lo habían dejado solo, al no atreverse a acercarse antes de que lo hiciera él.

Mostacho dio un paso adelante y miró el baúl, saboreando aquel momento. «El mayor tesoro que jamás viajó por mar...» ¡Y sería suyo!

Se inclinó hacia delante y tocó la tapa del baúl. Al hacerlo notó un cosquilleo extraño en la mano, y luego en el brazo... Extraño, pero no desagradable. Cogió el cerrojo que sujetaba la tapa del baúl y...

—¡No!

El grito procedía de la chica, que de algún modo había conseguido zafarse de las garras del gigante. La jovencita se abalanzó hacia Mostacho con los ojos verdes relampagueantes de ira. Antes de que Mostacho pudiese reaccionar, le había dado un golpe, apartándolo del baúl, y le arañaba la cara. El pirata tropezó y cayó de espaldas, gritando de furia y de dolor, y sus gritos se mezclaron con los rugidos del gigante, que se había abalanzado también hacia delante para agarrar a la huidiza muchacha, pero sólo consiguió que lo atacaran los piratas que lo habían estado vigilando.

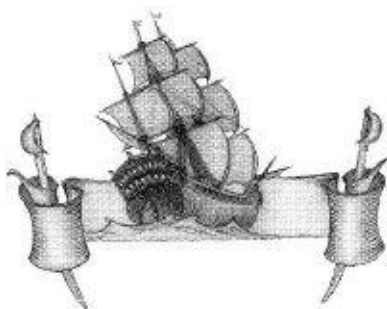
Quedaron un montón de cuerpos caídos esparcidos por la cubierta inclinada y resbaladiza por la lluvia: Mostacho estaba de espaldas, con la implacable jovencita arañándole todavía la cara; habían derribado al gigante en la cubierta, pero seguía luchando, golpeando con sus enormes brazos y piernas a sus atacantes y tirándolos al suelo como si fuesen bolos. Se acercaron más piratas corriendo al tumulto, y

resbalaron y cayeron al llegar.

Slank, que se había quedado momentáneamente sin vigilancia, también se dirigió hacia el pasamanos de estribor y fue de los primeros en ver algo tan asombroso que, por un instante, hizo que la lucha se detuviera, mientras todos los ojos se volvían a mirar, y no se oyó sonido alguno excepto el de la tormenta.

Era un chico. Aunque pareciese imposible, era el chico que Slank había arrojado por la borda. Volvía a estar a bordo del barco. Pero no subía trepando por el pasamanos, no: estaba «flotando», unos tres metros por encima de las cabezas de los hombres, y descendiendo hacia la cubierta.

El chico estaba volando.



CAPÍTULO 28

El turno de Molly

Molly fue la primera en reaccionar. Mientras los demás, piratas y no piratas por igual, se quedaban paralizados por un momento ante la asombrosa visión del muchacho volador, Molly se apartó de Mostacho Negro y se puso de pie, señalando el baúl y gritando:

—¡Peter! ¡Ahí!

Peter lo vio y descendió, aterrizando con fuerza en la cubierta, junto al baúl. Se tambaleó un poco y luego aseguró los pies y pasó los brazos en torno a la áspera madera.

—¡Detenedlo! —gritaban Slank y Mostacho casi al unísono, y media docena de piratas se arrojaron hacia Peter a través de la cubierta mojada por la lluvia.

Pero se hallaban demasiado lejos y Peter era demasiado rápido. Ya tenía el baúl en el pasamanos y, cuando el pirata que estaba más cerca lo alcanzó por fin, el joven le dio un empujón.

—¡No! —gritaron Slank y Mostacho, otra vez como un solo hombre, mientras el baúl pasaba por encima de la borda y...

... Y no se caía. Por el contrario, se quedaba quieto en el aire, junto al barco, y después, perezosamente, empujado por el viento, empezaba a flotar hacia delante y ligeramente hacia abajo...

—¡Id detrás! —gritaba Mostacho, mientras se ponía de pie y corría hacia la borda, pero de nuevo encontró a Molly bloqueándole el paso.

«¿Quién es esta niña infernal?»

Mostacho empujó a Molly a un lado y corrió hacia la borda, persiguiendo el baúl, tendió la mano para cogerlo y...

¡Bum!

Peter, que había dado un enorme salto que cubría seis metros de cubierta, golpeó a Mostacho desde atrás e hizo que cayera hacia delante, sobre el pasamanos. La mano del pirata golpeó el baúl, éste empezó a dar vueltas y el viento hizo que se moviese más deprisa y girase suavemente hacia delante y hacia abajo, abajo, a las olas que lo esperaban.

Con un alarido de furia, Mostacho se volvió y fue a atrapar a Peter, deseoso de

retorcer el cuello de aquel pequeño demonio. Pero Peter también fue muy rápido y al ver que se le acercaban las manos del pirata saltó hacia atrás. Su impulso lo llevó por encima del pasamanos y de la borda, fuera del barco. Se retorció en el aire, su cuerpo formó un ángulo hacia delante y...

¡Aaag!

Peter lo notó enseguida: ya no podía elevarse.

«Molly me dijo que se gasta.»

Estaba cayendo. No demasiado rápido, pero no había duda alguna: poco a poco iba cayendo al mar. Tuvo tiempo para mirar atrás, la cubierta de la *Nunca Jamás*, y a Mostacho Negro que voceaba, furioso; a los piratas, que aún luchaban para someter al gigante Pequeño Richard; a Slank, que contemplaba a Peter con una expresión que parecía de odio; y a Molly, asomada al pasamanos, con el pelo húmedo y revuelto, el vestido roto, que mantuvo la mirada fija en Peter hasta que supo que él la veía, y luego articuló unas palabras:

«Vuela —decía—. Vuela.»

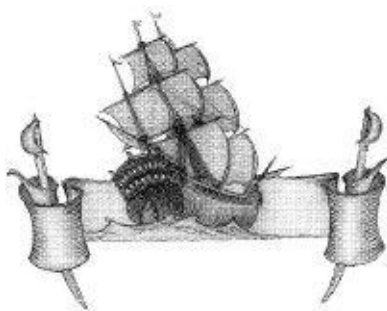
—¡No puedo! —gritó Peter, moviendo los brazos inútilmente—. ¡No puedo, Molly!

Y mientras gritaba aquellas palabras, sintió que sus pies tocaban la cresta de una ola. Ésta pasó, pero Peter miró hacia abajo y vio que pronto se encontraría en el mar. Examinó las olas, esperando desesperado ver el familiar hocico redondeado. Pero *Ammm* no estaba allí.

La cresta de otra ola. Ésta le dio en las rodillas y lo arrojó de lado. La siguiente ola se lo llevaría consigo.

Peter levantó la vista hacia la *Nunca Jamás*, esperando ver a Molly por última vez. Pero ella ya no estaba en el sitio donde se encontraba antes. Peter recorrió el barco con una mirada frenética. Entonces la vio: estaba en la proa. Había subido al pasamanos, y se balanceaba precariamente debido a las sacudidas que daba el barco. Detrás de ella, la señora Bumbrake chillaba, los hombres corrían a cogerla. Pero era demasiado tarde.

Molly saltó al mar.



CAPÍTULO 29

Abandonar el barco

Mostacho Negro estaba consumido por la furia. El tesoro había estado en sus manos, en sus mismísimas manos, y ahora se encontraba en el mar, lo había arrojado a él un muchacho. A Mostacho siempre le habían disgustado los niños y el hecho de que aquél pareciese volar le hacía todavía más desagradable a ojos del pirata. Mostacho había visto muchas cosas en su carrera de pirata, pero nunca había visto volar a nadie y, a pesar de la tremenda confusión que reinaba en la cubierta de la *Nunca Jamás*, barrida por las olas, aquello le fastidiaba mucho.

«Quizás en realidad no estuviese volando. Quizá fuese un truco, algo del viento.»

Fuera cual fuese la explicación para lo del chico, Mostacho estaba seguro de que tenía algo que ver con el baúl. Que entonces se encontraba en el mar. Ese hecho ponía tan furioso a Mostacho Negro que apenas podía pensar. Quería tranquilizar sus nervios asesinando a alguien, quizás a varias personas, y a ser posible que una de ellas fuese un niño. Pero sencillamente no había tiempo para ello. La *Nunca Jamás* cabeceaba y se bamboleaba con unas olas de seis o siete metros de altura. Cabalgaba sobre una ola gigantesca, luego se deslizaba hacia abajo, y luego otra ola la volvía a levantar de nuevo. Muros enormes de agua espumosa se estrellaban sobre ambas naves desde todas las direcciones. Mostacho sabía que tenía que soltar a la *Nunca Jamás* de la *Jolly Roger* antes de que los barcos chocasen entre sí y se hiciesen trizas.

—¡Volvamos a la *Jolly Roger*, chicos! —gritó por encima del rugido del viento.

Los piratas, ansiosos de escapar de la *Nunca Jamás*, empezaron a saltar de una cubierta a otra, agarrando a su paso todos los objetos de valor que pudieron, incluido un cerdo muy asustado.

—¡Capitán! —gritaba Smee—. ¿Y qué hay de los prisioneros?

—Nos llevaremos al gigante —contestó Mostacho haciendo un gesto hacia el Pequeño Richard, al que finalmente habían conseguido someter entre seis piratas y que estaba echado, golpeado y atado, en cubierta.

Un hombre como aquél podía resultarle muy útil, una vez que le hubiese enseñado a obedecer.

—Llevaos a la mujer también —ordenó Mostacho, señalando a la señora Bumbrake.

Mostacho tenía como norma aprisionar siempre a las mujeres, aunque aquélla era bastante gorda. Pero una mujer era una mujer, pensaba Mostacho. La mujer gorda sollozaba de manera incontrolada desde que la niña había saltado al mar. Mostacho también se preguntaba por qué una niña haría una cosa semejante.

«Tiene algo que ver con el baúl», pensó, y de pronto se acordó de algo.

—¡Lleaos también al señor Slank! —gritó.

Había notado lo ansioso que estaba Slank por proteger el baúl. Mientras lo empujaban hacia la *Jolly Roger*, Slank dirigió una fría mirada a Mostacho, y luego miró hacia el agua, donde había desaparecido el baúl.

«Sabe algo del baúl —pensó Mostacho—. Y voy a averiguar qué es.» Mostacho no se había rendido en la búsqueda del tesoro. En absoluto. De hecho, tras haberlo tenido al alcance de su mano, estaba más resuelto que nunca a apoderarse de él. El baúl era de madera y desde luego no era pesado, porque el chico lo había levantado fácilmente. Así que debía de flotar. Estaba en el mar, en algún lugar, por allí cerca. La tempestad pasaría. Y Mostacho daría con él.

—¿Y los demás, capitán? —gritó Smee, señalando al resto de la tripulación de la *Nunca Jamás* y a los pasajeros, un grupito de desdichados marineros empapados y desaliñados y varios niños pequeños.

Algunos chillaban, rogando que los llevaran a bordo de la *Jolly Roger*, ya que habían decidido que era mejor ser prisioneros en un buque lleno de malvados piratas que permanecer a bordo de la *Nunca Jamás*. Las olas potentes estallaban y anegaban la cubierta del viejo barco, arrancando trozos de madera. La *Nunca Jamás* estaba empezando a venirse abajo. No duraría mucho.

—¡Dejadlos morir! —aulló Mostacho, y se vio recompensado por la mirada de terror que apareció en el rostro de aquellos a quienes acababa de condenar. Especialmente la de los niños.

—¡Escollo a la vista! —gritó el vigía desde la cofa de la *Jolly Roger*.

El grito atrajo la atención de Mostacho. Si el vigía era capaz de ver un escollo con aquel tiempo, es que se encontraba muy cerca del navío.

—¡Cortad las amarras! —aulló Mostacho, y sus hombres cortaron los cabos que unían la *Jolly Roger* a la *Nunca Jamás* y a sus ocupantes que se deshacían en lamentos.

«Si la tormenta no acaba con ellos, lo harán los escollos», pensó feliz.

Mostacho se quedó mirando mientras la *Nunca Jamás* se alejaba y se veía atrapada por una ola, se elevaba hasta unas alturas imposibles y luego se deslizaba por el lado opuesto de una monstruosa montaña de agua marina. Mientras desaparecían de su vista, oyó los lamentos de los hombres mezclados con los agudos chillidos de los niños. Un momento después, fue la *Jolly Roger* la que se vio alzada. Cuando el buque se estabilizó, Mostacho se aclaró los ojos de la lluvia y vio que la *Nunca Jamás* se había desvanecido entre los chorros de agua y la oscuridad.

—¡Smee! —gritó Mostacho.

—Sí, capitán.

—Un escollo no aparece así por las buenas. Habrá una isla cerca, y quizás un puerto o una caleta donde podamos refugiarnos de este temporal. Dile al vigía que encuentre esa isla. Y dile a él y a toda la tripulación que daré diez piezas de oro y una botella de ponche al hombre que localice el baúl que cayó por la borda.

Smee abrió los ojos de par en par.

—¿Diez piezas de oro, capitán?

—No, veinte si localizan también al chico.

—¿El chico que volaba, capitán?

—¡No volaba, idiota! —rugió Mostacho—. Fue un truco del viento.

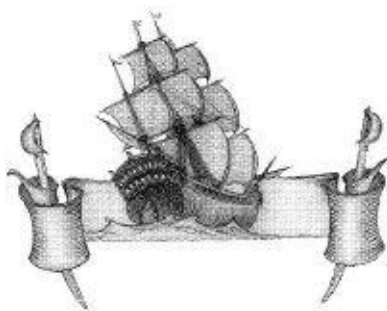
—Sí, capitán. Bueno, si no volaba, supongo que se habrá ahogado ya, con este mar.

—Deja de suponer —le cortó Mostacho—, y dale mis órdenes a la tripulación.

—Sí, capitán —asintió Smee, y se alejó tambaleante por la cubierta inclinada.

Mostacho se quedó mirando el mar embravecido. El baúl estaba ahí fuera, de eso estaba seguro, y de alguna manera supo que el chico también andaba por ahí.

«Los encontraré a los dos —pensó—. Y cuando los encuentre, ese chico paseará por la tabla. Veamos cuánto puede volar con una bala de cañón atravesándole el cuerpo.»



CAPÍTULO 30

Una mano amiga

La tercera ola dio a Peter en el pecho, y lo empujó hacia abajo con sus garras frías e implacables. Mientras su cabeza se hundía en el agua cogió aire, preguntándose si sería su última bocanada, pero el agua revuelta lo volvió a sacar un momento más, y cogió aire de nuevo. A continuación, el enorme peso de la ola lo hundió mucho más, y le hizo dar la vuelta, de modo que ya no sabía dónde estaba la superficie. Pasaron unos segundos, luego otros y, mientras su cuerpo seguía dando vueltas, el pecho empezó a arderle y a dolerle, y ese dolor se convirtió en agonía. Supo que pronto ya no podría aguantar más la respiración.

Y entonces notó que una mano lo sujetaba desde el aire.

Era Molly.

Notó que tiraban de él hacia arriba, pero antes de alcanzar la superficie sus pulmones desesperados se rindieron y sintió que la boca se le llenaba de agua salada. Durante un momento no supo lo que estaba ocurriendo y empezó a tener arcadas, a toser y expulsar agua de mar; sintió frío, pero también respiraba, lo que significaba que aún seguía vivo.

—Peter, ¿estás bien? —le gritaba Molly al oído.

Él quería decirle que estaba bien, pero no podía hablar, porque aún seguía echando agua.

—¡Peter! —gritaba Molly—, tienes que sujetarte a mí, ¿me entiendes? No puedo mantenernos arriba durante mucho tiempo.

Fue entonces cuando Peter se dio cuenta de que volaba de nuevo. En realidad la que volaba era Molly y de alguna manera sujetaba a Peter en lo alto, después de pasar el brazo derecho de Peter por encima de su hombro. Puede que estuvieran a unos siete metros por encima del mar en aquel momento y Peter veía que justo delante de ellos las olas enormes rompían con un estruendo ensordecedor en lo que parecían ser unas rocas puntiagudas.

Notaba que Molly luchaba por sujetarlo. Estaba forzando la voz.

—¡Pásame los brazos alrededor del cuello! —gritó ella—. Allí hay rocas. Puede haber una isla. Pero el polvo de estrellas se está acabando.

«Su relicario», pensó Peter. Molly había usado el relicario. Aunque todavía se

atragantaba con el agua de mar, consiguió pasar los brazos alrededor del cuello de la muchacha y cruzó las manos lo más fuerte que pudo. Notó que Molly se inclinaba hacia delante, y que los dos se deslizaban un poco hacia atrás, y luego avanzaban de nuevo. El estruendo de las olas en las rocas iba en aumento y ya resultaba ensordecedor. Intentando no pensar en lo que se encontraba debajo de ellos, Peter se concentró en agarrarse bien a Molly. Pero se le estaban cansando los brazos y las manos le resbalaban.

Molly lo notaba.

—¡No te sueltes! —le gritó.

Pero Peter no podía evitarlo, se soltaba.

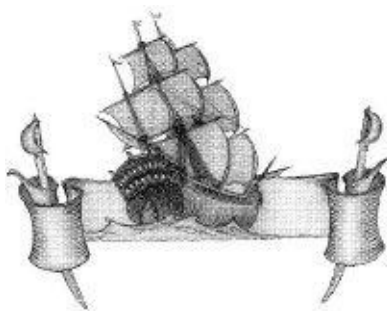
—¡Agárrate! —gritaba Molly—. ¡Sólo un poquito más!

Pero Peter no podía agarrarse. Notaba que los dedos fríos se separaban, y de repente se caía de nuevo. Oyó que Molly gritaba su nombre, pero antes de que lo acabase de pronunciar siquiera, Peter ya se había sumergido de nuevo en el frío mar. Consiguió abrirse camino hasta la superficie y sacar la cabeza un instante; después se vio arrojado violentamente hacia delante, dando vueltas como una hoja en una tempestad, una y otra vez, hasta que se dio un golpe contra algo, una vez, y otra, y otra más, y luego algo le arañó el rostro...



Era arena.

Notó que tocaba con los pies y se vio derribado de nuevo y revolcado por otra ola, y luego otra, y otra. Consiguió avanzar a cuatro patas, siguió avanzando hasta que por fin, de una vez por todas, escapó de las olas que intentaban apresarle. Todavía a cuatro patas, vomitó lo que parecía una cantidad increíble de agua salada. Cuando no pudo sacar nada más, intentó ponerse de pie, pero vio que estaba demasiado débil. Apoyó la cabeza en la arena y, mientras las olas atronaban tras él y el viento bramaba sobre su cabeza, Peter se quedó dormido.



CAPÍTULO 31

La laguna

No muy lejos del lugar donde Peter yacía inconsciente, se encontraba una laguna unida con el mar. Cuando hacía buen tiempo era un lugar precioso, un semicírculo casi perfecto de arena blanca e impoluta, que puede que tuviera un par de kilómetros de largo, rodeado por una cortina de palmeras altas y gráciles.

En el centro de aquella playa curvada había unas dos docenas de rocas, alisadas por el agua marina, algunas de las cuales eran grandes como un buque y formaban un montón descomunal que se extendía desde los árboles hasta el agua de un azul verdoso. Detrás de la playa, la isla se elevaba en un risco de muchos metros de altura, cubierto de espesa vegetación selvática y que formaba un muro curvo y verde que separaba la laguna del resto de la isla.

La laguna rebosaba vida: había tortugas, medusas, cangrejos y enormes bancos de peces de fantásticos colores. Por lo general, aquellas criaturas permanecían protegidas de las inclemencias del mar gracias a un arrecife de coral, que se extendía a lo largo de la boca de la laguna de un extremo al otro. Sólo tenía una pequeña abertura en el centro, a través de la cual entraba y salía la marea.

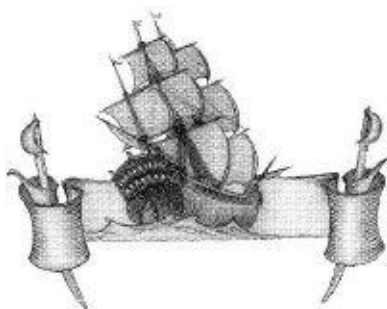
Pero el arrecife no podía detener las olas que había levantado aquel temporal. Cada pocos segundos, un enorme muro de agua traído por el viento se alzaba por encima del arrecife y rompía con estruendo, con lo que enviaba una ola de agua espumosa y removida hacia la playa. Luego volvía de nuevo al mar, dejando la playa barrida por el agua que retrocedía durante unos segundos, a la espera de la siguiente ola.

Pero una de las olas dejó algo más: el baúl. Curiosamente, llegó a la costa en el centro de la playa y quedó anclado en la arena, en la base de una de las enormes rocas. Las olas se habían ensañado con la vieja caja de madera: ya tenía varias grietas y una de ellas debía de medir más de medio centímetro de ancho. Cuando las olas rompían encima del baúl, el agua se colaba por las grietas y luego volvía a salir.

El agua que salía del baúl resplandecía, tenía un brillo suave y verdoso como el de las luciérnagas. El agua brillante se comportaba de un modo muy extraño: se quedaba junto al baúl, haciendo remolinos y dando vueltas a su alrededor, sin verse afectada por el frenético ir y venir de las olas rugientes que pasaban.

En un momento dado, cuando la tormenta empezó a amainar, un pez muy grande y delgado, con el cuerpo plateado y una aleta de color verde intenso, se deslizó junto al agua resplandeciente y luego se adentró en ella. Se quedó allí, inmóvil, y no se fue. Pronto se le unió otro pez parecido, y otro más, y todos se quedaron en el agua brillante, sin poder moverse o sin querer irse. Permanecieron allí durante horas, sin mover apenas las aletas, respirando con las branquias. A veces el agua cambiaba y se movía, y se volvía de un color, luego de otro, luego de muchos colores, como un arco iris submarino.

Y entonces los peces empezaron a cambiar.



CAPÍTULO 32

El naufragio de la *Nunca Jamás*

En la cubierta oscilante de la *Nunca Jamás*, acurrucado junto a los otros chicos, James contemplaba con desesperación a los piratas que saltaban al otro buque negro, llevándose a unos pocos prisioneros («los afortunados», pensó James). Luego los piratas se soltaron de la vieja bañera.

Cuando los barcos se separaron, la *Nunca Jamás* se vio arrastrada por una enorme ola y elevada en vilo hacia el cielo. James notó que la cubierta se inclinaba mucho. Entonces cayó, y oyó los gritos de los otros niños: Prentiss, Thomas y el más chillón de todos, Ted Tragón, mientras ellos también caían por la cubierta resbaladiza e inclinada.

Los hombres también chillaron cuando el barco llegó a la cima de aquella montaña de agua y empezó a bajar a toda velocidad por el otro lado, cada vez más rápido, inclinándose en un ángulo imposible. La *Nunca Jamás* se rompió en mil pedazos. Trozos enteros de la cubierta se desgarraron y soltaron, los mástiles se astillaron como si fuesen ramitas. Un hombre de la tripulación fue arrojado al mar entre alaridos; a continuación le tocó a otro, y luego a otro. James vio que se deslizaba, junto con los demás niños, hacia el pasamanos más hundido del barco, hacia el mar enfurecido, y todos ellos agitaban brazos y piernas desesperadamente, intentando agarrarse a algo. Pero tal y como pintaban las cosas, James comprendió que pronto no quedaría nada de aquel buque.

—¡Aquí, chico! —gritó una voz detrás de él—. ¡Por aquí!

James volvió la cabeza y vio a Alf, el marinero grandote, el amigo de Peter, que le tendía una enorme manaza. James se agarró fuertemente a él y notó que lo levantaban del pasamanos. El hombretón consiguió rescatar también a los demás chicos, levantándolos hacia él y evitando que se deslizaran y cayeran fuera del buque.

—¡Agarraos unos a otros, chicos! —chilló—. ¡Hay un esquife por aquí! —Y señaló con la cabeza hacia la popa, donde un destartalado esquife daba tumbos adelante y atrás en la cubierta, sujeto precariamente por una soga deshilachada.

—¡Vamos a cogerlo, chicos! —gritó Alf, desatando la soga—. ¡Os pasaré por encima de la borda!

Prentiss y Thomas treparon al esquife, pero Ted Tragón se apartó, vociferando:

—¡No pienso meterme en esa barquita!

—¡Corre! —aulló Alf—. ¡La siguiente ola nos echará contra los arrecifes!

—¡Sube! —le instó James también, agarrando la camisa de Ted Tragón y tirando de él, de modo que ambos cayeron de espaldas en el esquife.

La cabeza de James se golpeó contra la borda. Aturdido durante un instante, notó que Alf empujaba el esquife y luego oyó gritos y chillidos cuando otra enorme ola se alzó por encima del barco y rompió en cubierta. El esquife salió disparado por la borda y la ola arrojó a la *Nunca Jamás* hacia el arrecife, que destrozó al momento el viejo barco y lo convirtió en centenares, miles de pedacitos.

El esquife volcó en el preciso instante en que cayó al agua, pero de algún modo los cuatro chicos consiguieron sujetarse, salieron de debajo y se agarraron al fondo de la barquita. James buscó frenéticamente a Alf a su alrededor, pero sólo vio barriles y trozos de madera, fragmentos del buque que se agitaban en el mar revuelto.

Durante una hora, puede que dos, se agarraron a la borda del esquife mientras el mar lo arrojaba hacia un lado, luego hacia el otro, y una lluvia torrencial caía encima de ellos; los niños más pequeños lloraban y James intentaba consolarlos. Al fin la lluvia cesó y las olas fueron disminuyendo, aunque el mar todavía continuaba agitado. El cielo empezó a aclarar; primero se puso gris, luego de un azul intenso. Y el pequeño bote iba a la deriva, a la deriva...

Y entonces...

—¿Qué es eso? —preguntó Prentiss.

James miró hacia donde señalaba Prentiss y lo vio en el horizonte.

—Algo grande —dijo.

—Es una montaña —aseguró Prentiss.



—¡Tierra! —gritó Thomas.

—¿Habrà comida? —preguntó Ted Tragón.



—¡Empezad a mover los pies! —ordenó James.

Patalearon una y otra vez y la emoción apartó durante un momento la fatiga de sus miembros. Y siguieron dándole a los pies, pero al cabo de unos pocos minutos les abatió de nuevo el cansancio, al darse cuenta de que no estaban progresando demasiado. La montaña parecía tan lejana como antes..., quizá más. Los impulsos del mar, intensos y aleatorios, eran mucho más potentes que sus enclenques piernecillas.

—Nunca llegaremos —gimoteó Prentiss—. Vamos a ahogarnos aquí...

—¡No, no nos vamos a ahogar! —le regañó James, pero temía que Prentiss tuviese razón.

Él seguía moviendo los pies, pero los demás fueron dejándolo uno a uno. Estaban demasiado cansados para continuar. James veía que no había nada que hacer: la

montaña estaba en un ángulo distinto, el mar se los iba a llevar pasando de largo. James cerró los ojos intentando apartar las lágrimas y la desesperación de su rostro.

—¿Necesitáis ayuda, chicos?

Los chicos volvieron la cabeza tan rápido que casi se sueltan del esquife. Allí, detrás de ellos, agarrado a un barril, estaba Alf. Y sonreía.

—¿Qué decís si vamos a tierra, chicos? —preguntó.

—No podemos, señor —respondió James—. Lo hemos intentado, pero no podemos.

—El viejo Alf os echará una mano —dijo el hombretón, soltando el barril y acercándose a nado hacia la proa del esquife—. ¿Dónde está ese cabo...? Ah, sí, ahí.

Con manos expertas de marinero, Alf se ató rápidamente el cabo alrededor del pecho.

—Agarraos —les indicó, y empezó a nadar, con movimientos torpes pero fuertes, hacia la isla.

Los chicos notaron que el esquife se movía y que recobraban la esperanza.

Aún les costó una hora más. Alf tuvo que detenerse a descansar varias veces. Pero al final se acercaron lo bastante a la isla como para ver árboles y más adelante una playa, y al cabo de unos minutos más, Alf pudo ponerse de pie y los chicos lo aclamaron, llenos de gratitud (a Alf y al Todopoderoso, en ese orden), mientras él tiraba de la diminuta barquita a lo largo de una laguna, situada en un extremo de la playa.

James saltó a tierra, corrió hacia la arena y cayó de rodillas.

—¡Estamos a salvo! —gritó.

—Espero que estés en lo cierto —dijo Alf.

Los chicos miraron al hombre.

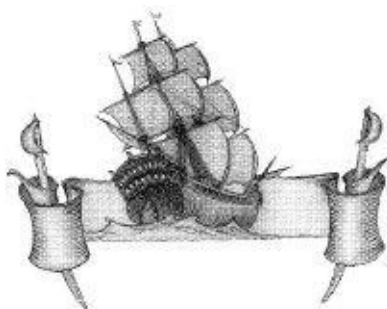
—¿Qué quieres decir? —se extrañó Prentiss—. ¿No estamos a salvo aquí?

—Eso depende.

—¿De qué depende? —preguntó James.

Mirando hacia la espesa selva, Alf contestó:

—Depende de quién más haya por aquí.



CAPÍTULO 33

¡Tierra a la vista!

La *Jolly Roger* cabeceaba y se balanceaba en el mar oscilante cuando salió el sol en un cielo sin nubes, ya pasada la tormenta. Una niebla furtiva se había instalado después de la tormenta. La *Jolly Roger* iba saliendo y entrando de ella, como si se escondiera detrás de una cortina.

Mostacho Negro, todavía vestido con el uniforme de capitán británico, salió a cubierta, seguido muy de cerca por Smee. Mostacho se frotó los ojos, intentando eliminar el cansancio, y dejó escapar un tremendo eructo. Luego se quedó inmóvil cuando un hueco entre la niebla le dejó contemplar claramente la zona de estribor. En aquel preciso momento llegó la voz del vigía desde la cofa:

—¡Tierra a la vista!

—¡Todos a cubierta! —aulló Mostacho, y la despeinada tripulación, que no había dormido después de aquella noche de nervios y movimiento por culpa de la tormenta, subió a cubierta tambaleándose, de uno en uno y de dos en dos.

Sonrieron ante la agradable visión de la isla montañosa, cuya exuberante vegetación parecía darles la bienvenida.

—¡Poneos al paio! —gritó Mostacho—. Izad la mayor y todo a estribor. ¡Dentro de una hora tendremos agua fresca y cocos!

Los marineros lanzaron vítores y se pusieron a trabajar llenos de entusiasmo, mientras Smee repetía las órdenes sin que fuera necesario.

La *Jolly Roger* se acercó rápidamente a la isla, rodeando una punta de tierra que se abría hacia lo que parecía una estupenda laguna para echar el ancla. Mostacho levantó su catalejo buscando rocas o arrecifes en aquella zona y no vio ninguno, y luego apuntó el catalejo hacia la playa.

¡Había una fila de huellas en la arena!

—Smee —dijo—, prepara un destacamento de reconocimiento de inmediato.



—¡Calla, a ver si así puedo oír algo!

Y Slank le dio una patada al Pequeño Richard, que roncaba con toda la fuerza de sus enormes pulmones.

El Pequeño Richard se sobresaltó y se despertó. Un hilo de baba le caía desde la mejilla hasta el suelo de la celda donde Slank y él estaban encerrados, en la bodega inferior de la *Jolly Roger*. La celda estaba en el calabozo del barco, pero también la habían utilizado para guardar ganado. De hecho, Slank y el Pequeño Richard la compartían con un cerdo y una vaca, ninguno de los cuales parecía demasiado contento con sus nuevos compañeros de celda. Los dos animales se acurrucaban junto a la puerta de la celda, enfrente de los dos hombres.

Debido al ganado, el calabozo ya apestaba cuando los dos hombres fueron arrojados en su interior, pero el hedor era todavía peor ahora, porque el Pequeño Richard se había mareado durante la tormenta.

—¿Qué pasa? —exclamó el Pequeño Richard, sentándose.

—Calla —le ordenó Slank—. Están gritando. —Apretó la oreja contra el techo bajo y lleno de humedad, se concentró y luego exclamó—: ¡Han avistado tierra!

—¿Tierra? —preguntó el Pequeño Richard—. Pero estamos a miles de leguas de ninguna parte.

—Tiene que ser una isla. Es el momento de huir de este barco.

—Pero ¿cómo? —quiso saber el Pequeño Richard, mirando los barrotes de hierro que los rodeaban—. No podemos doblarlos...

Lo habían intentado por la noche: cogieron un barrote entre los dos y tiraron con todas sus fuerzas. Pero a pesar de sus macizos músculos, el Pequeño Richard no podía rivalizar con aquellos barrotes de hierro.

—He tenido una idea —le explicó entonces Slank—. Dame tu cinturón.

—¿Mi cinturón?

—Dámelo y calla —soltó Slank, quitándose también el suyo.

Ató los dos cinturones, y luego, colocándose junto a la vaca, pasó los cinturones alrededor de los barrotes de hierro de la puerta de la celda. La vaca se movía nerviosa, intentando apartarse, pero Slank agarró la cuerda que el animal tenía alrededor del cuello y la ató a los cinturones.

—¿Lo ves ahora? —preguntó Slank.

—Lo único que veo es una vaca atada a la celda —le respondió el Pequeño Richard.

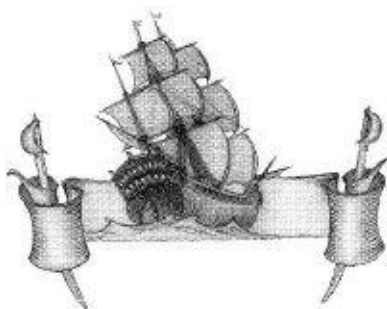
—A la puerta de la celda —le corrigió Slank—. Cuando la vaca se aparte, abrirá la puerta.

—Pero ¿cómo vamos a conseguir que se aparte?

—Tú vas a ordeñarla.

—¡Pero si yo no sé ordeñar una vaca! —protestó el Pequeño Richard.

—De eso se trata.



CAPÍTULO 34

Reunidos

Peter se despertó boca abajo, con la boca llena de arena y un pájaro encima de la cabeza. Cuando escupió la arena, el pájaro graznó y revoloteó en el aire, aterrizando unos metros más allá, en la playa, desilusionado por haber perdido un soporte tan cómodo en el espeso cabello pelirrojo de Peter.

Escupiendo arena todavía, Peter se puso de pie, algo tambaleante, y miró a su alrededor parpadeando, casi cegado por el resplandor del sol brillante en la arena blanca. La playa, curvándose suavemente en torno a una laguna de aguas profundas, se extendía varios cientos de metros en cada dirección. Ante él, quizás a unos cincuenta metros de distancia, se encontraba una hilera de palmeras, y más allá el terreno se alzaba bastante empinado, cubierto de espesa vegetación.

Miró al pájaro, que a su vez le devolvió la mirada.

—¿Puedes decirme dónde estoy? —preguntó Peter.

El pájaro no dijo nada.

—Ya me imaginaba que no —confirmó Peter.

Le picaba todo el cuerpo, estaba hambriento, le ardía la garganta por haber tragado agua salada. Empezó a caminar penosamente hacia los árboles. Su plan era subir a las colinas, buscar un arroyo; allí tenía que haber agua, imaginó, con toda esa vegetación.

Pero todavía estaba débil por su odisea marina, y cuando llegó a las palmeras decidió descansar un poco. Se sentó junto a un árbol y, con la espalda apoyada contra su rugosa corteza gris, cerró los ojos.

Los abrió al notar que una sombra le tapaba el rostro.

—Hola, Peter —le saludó Molly.

—¡Molly! —exclamó Peter, mientras luchaba por ponerse en pie—. ¡Eres tú!

Al momento Peter se dio cuenta de que lo que acababa de decir a Molly era una auténtica estupidez, pero ella pareció no darse cuenta.

—Sí. Soy yo. ¿Estás bien?

—Sí —afirmó Peter, sacudiéndose la arena de la ropa—. Estoy bien. Y yo... O sea, tú... Quiero decir que tú... —tartamudeó y acabó callando, con las mejillas enrojecidas.

—¿Qué ocurre, Peter?

—Quiero decir que muchas gracias, Molly. Por salvarme.

Molly dio un paso adelante y puso una mano en el brazo de Peter. Al chico le produjo un efecto maravilloso, y tuvo que bajar los ojos para que ella no viera lo mucho que le afectaba.

—Peter, soy yo quien debería darte las gracias. Me has ayudado cuando necesitaba ayuda desesperadamente. Has sacado el baúl del barco. Has arriesgado tu vida por mí. Lo mínimo que podía hacer era intentar evitar que te ahogases. Lo único que siento es haberte dejado caer...

—¡No ha sido culpa tuya! No podía sujetarme más...

—Al caer tú —siguió ella—, he empezado a descender, y afortunadamente el viento me ha traído a esta isla, no lejos de aquí. Desde entonces te he estado buscando, esperando que no te hubieras... Bueno, quiero decir que estaba muy preocupada, Peter, y cuando he visto que estabas aquí junto al árbol yo...

Entonces fue Molly la que bajó la mirada.

Después de un incómodo silencio, Peter preguntó:

—¿Has visto algún río? Tengo una sed espantosa.

—No, un río todavía no. Pero creo que sí que he encontrado agua.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí, en la playa, un poco más allá. —Molly señaló—. He visto un barril, parece uno de los barriles de agua de la *Nunca Jamás*.

—La *Nunca Jamás*... —pronunció Peter, recordando de repente—. ¿Crees que habrá...? James y los demás, ¿tú crees que...?

Molly adoptó una expresión bastante lúgubre.

—Pues no lo sé, Peter. Lo único que podemos hacer es esperar que estén bien. Pero por ahora tenemos que cuidarnos nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, para empezar, debemos recoger ese barril de agua de la playa, antes de que la marea se lo vuelva a llevar al mar. Lo necesitaremos si no encontramos otra fuente de agua. También necesitaremos comida, más tarde o más temprano. Y lo más importante de todo: tenemos que buscar el baúl.

—¿De verdad? ¿Crees que habrá acabado en esta isla?

—El barril ha venido a parar aquí, ¿no?

—Es cierto.

—Vamos a coger ese barril. Luego subiremos a la colina y echaremos un vistazo a ver qué más hay en esta isla.

El barril pesaba mucho y tuvieron que empujar con todas sus fuerzas para hacerlo rodar hasta la playa. Estaba sellado con un grueso tapón de corcho que Peter, con considerable esfuerzo, logró sacar de su agujero, golpeándolo con un trozo de coral muy aguzado.

El agua estaba caliente y algo salada, pero ambos bebieron con ganas. Entonces,

ante la insistencia de Molly, arrastraron el barril hasta una depresión del terreno y lo cubrieron con ramas de palmera caídas. Luego se alejaron del barril escondido, usando unas hojas para barrer y eliminar sus propias huellas.

—¿Por qué tenemos tanto cuidado? —preguntó Peter—. No hay nadie aquí aparte de nosotros.

—Así es ahora, pero puede venir alguien más, y no quiero que nos quiten el agua.

Cuando estuvo realmente satisfecha y convencida de que el barril quedaba totalmente oculto, Molly y Peter se adentraron en la isla. Pronto se encontraron subiendo por la empinada ladera de una montaña, cubierta de espesa vegetación: árboles, enredaderas, arbustos con enormes flores amarillas de olor dulzón. Los insectos zumbaban en torno a sus oídos; los pájaros gorjeaban y chillaban en el dosel de árboles que tenían por encima de sus cabezas. A veces, la vegetación era tan tupida que Peter no veía a Molly, que se encontraba sólo a unos metros por delante de él; a veces, Peter ni siquiera veía sus propios pies. Se preguntaba si habría serpientes, porque parecía que pudiera haberlas por allí, pero no expresó en voz alta esa idea, porque no quería que Molly, que avanzaba resueltamente delante de él, pensase que estaba asustado.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos de dura escalada, emergieron en una plataforma rocosa abierta desde la cual podían mirar hacia abajo y ver dónde habían estado. En ese momento se encontraban a varios cientos de metros, mirando hacia la laguna donde Peter había naufragado. Peter veía el boquete que habían formado en la arena al arrastrar el barril de agua por la playa.

A mano derecha, a lo lejos, un risco sobresalía del mar, separando la laguna de Peter de otra menos honda, con una amplia playa que...

¿Qué era eso?

—¡Molly! —exclamó Peter, señalando hacia la laguna más alejada—. ¡Mira!

Molly entrecerró los ojos y se hizo sombra con la mano.

—¡Es un barco! —afirmó ella—. Una barquita pequeña, y... gente. Veo tres..., cuatro..., cinco.

Peter se esforzó por ver en la distancia las formas oscuras que había en la playa blanca.

—Parece que hay cuatro siluetas más pequeñas y una más grande. ¡Ah, Molly! ¿Crees que serán James y los demás?

Molly examinó las siluetas un poco más a fondo.

—Sí, sí, decididamente, son ellos, y un tripulante... Creo que es tu amigo, el grandote.

—¡Alf! —gritó Peter, con el corazón lleno de júbilo. ¡También Alf había sobrevivido!—. Bajemos a reunirnos con ellos.

—Sí —dijo Molly, poniéndose seria de repente—. Y será mejor que nos demos prisa.

Peter, al notar un cambio en el tono de su voz, miró a Molly, y vio la alarma que

reflejaba su rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

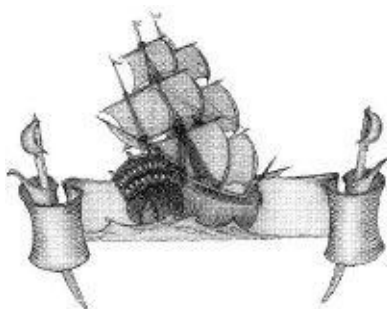
—Míralo tú mismo.

Y la muchacha señaló hacia la izquierda.

Peter miró y lo vio al instante: un buque que se dirigía derecho hacia la laguna donde él había naufragado.

Un buque negro en el que ondeaba la bandera pirata.





CAPÍTULO 35

En la selva

—Vamos, chicos —decía Alf, caminando con dificultad por la playa.

Detrás de él, en fila india y mirando nerviosamente hacia la hilera de palmeras que tenían delante, iban James, Prentiss, Thomas y Ted Tragón.

—Señor —le preguntó James—, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a buscar agua —contestó Alf.

—¿Y comida? —preguntó Ted Tragón.

—Primero agua —repuso Alf—. Podemos pasar días sin comida.

—¿Cóooooo? —gritó Ted Tragón.

—Baja la voz —le regañó Alf—. Podemos tener compañía en esta isla.

—¿Qué... qué tipo de compañía? —quiso saber Prentiss.

—Pues no lo sé. Pero algunas de estas islas están habitadas por salvajes.

La palabra resonó en el ambiente. «¡Salvajes!»

Thomas preguntó entonces:

—Señor, ¿los salvajes son malos?

—Bueno, todos no. Algunos son sólo... ¿Cómo se dice? Sí, primitivos. Como niños grandes.

—¿Y los demás? —quiso saber Prentiss.

—Bueno... He oído contar que algunos marineros naufragaron en islas como ésta, y vinieron los salvajes, los cogieron y los metieron en una olla grande.

—¿Po... por qué hicieron eso? —preguntó Prentiss.

Alf se detuvo y miró hacia atrás. Dijo:

—¿Por qué crees tú?

—O se... o sea que... ¿se los comieron?

—Como el turrón de Navidad —afirmó Alf, volviendo a avanzar hacia los árboles.

Los chicos iban muy callados, pensando en cosas desagradables, excepto Ted Tragón, que se debatía entre los pensamientos desagradables y el turrón.

Llegaron a las palmeras y exploraron un poco la zona. Es decir, Alf exploró la zona, mientras los chicos se mantenían lo más cerca posible de su corpulencia tranquilizadora. No encontraron nada interesante: ni agua, ni comida, ni huellas.

—Bueno —dijo finalmente Alf—. Pues tendremos que ir por allí.

Y señaló hacia el enorme muro de vegetación que cubría el montículo que se alzaba lejos de la playa. Los chicos miraron con aprensión la fachada impenetrable de la selva.

—Pero, señor... —protestó Thomas—. ¿Y si hay salvajes allí?

—Pues tendremos que arriesgarnos. Si no encontramos agua, moriremos, y los cangrejos nos comerán igual que los salvajes.

Empezó a avanzar, introduciendo su enorme corpachón entre una espesa masa de enredaderas. Éstas se cerraron tras él como una cortina verde y de repente desapareció de la vista. Su voz ahogada llegó hasta los chicos.

—¡Vamos, niños, venid!

Los niños se miraron entre sí y todos pensaron lo mismo: no querían meterse en la selva, pero tampoco querían separarse de Alf. James, haciendo una mueca, se metió por entre la cortina de enredaderas, seguido de mala gana, pero muy de cerca, por Prentiss, Thomas y Ted Tragón.

Cuando las enredaderas se cerraron tras ellos se encontraron en un mundo bastante distinto del de la playa bañada por el sol. El sol apenas penetraba en el espeso dosel que se hallaba por encima de sus cabezas, y su luz era débil, como un resplandor verdoso. La vegetación que los rodeaba era tan espesa que no veían más de unos metros en cualquier dirección, y a veces ni eso. No había camino alguno ni abertura, sólo la maleza salvaje, enredaderas y árboles, y al cabo de unos pocos pasos James ya no estaba seguro de la dirección por la que habían venido ni hacia dónde se dirigían.

Y lo que resultaba más alarmante era que tampoco veían a Alf.

—¿Señor? —le llamó James—. ¿Señor?

—¡Por aquí! —llegó la voz de Alf, aunque ahora más ahogada, más distante.

—Ya vamos, señor —dijo James, dirigiéndose hacia el lugar de donde creía que procedía la voz.

Detrás de él, Prentiss comentó:

—No veo nada.

—Yo tampoco —le respondió James.

Desde atrás, Ted Tragón añadió:

—Podría haber alguien aquí con nosotros y no lo veríamos. Podría haber leones.

—No seas tonto. No hay leones —replicó James.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque esto es una isla. Los leones no viven en las islas.

—Podría haber gorilas.

—¿Qué son gorilas? —preguntó Prentiss.

—No, gorilas —le corrigió Ted Tragón—. Unos animales de la selva muy peludos. Se cuelgan de los árboles y te agarran y te llevan a sus nidos.

—Los gorilas no tienen nidos —replicó James.

—Pues claro que tienen, hombre. ¿Cómo vivirían si no en los árboles?

A James no se le ocurrió ninguna buena respuesta para aquello. Echó un vistazo hacia arriba a la vegetación espesa, oscura y densa.

Prentiss captó aquella mirada y sus ojos también la siguieron.

—¿Por qué los gu... gorilas, por qué tienen que llevarte a su nido? —preguntó.

—No quieras saberlo —amenazó Ted Tragón, lo cual significaba, por supuesto, que estaba a punto de contárselo—. Te abren la cabeza como un coco. Y le dan de comer tus sesos a los bebés gorila.

Prentiss y Thomas lo miraron, horrorizados.

—¡No, no es verdad! —exclamó James.

—Sí, sí es verdad. Y luego te sacan los ojos y...

—¡Cállate! —le cortó James.

—Quiero volver a la playa —pidió Prentiss.

—Yo también —añadió Thomas.

—Pues no vamos a volver —protestó James—. Nos vamos a quedar con Alf.

Y en aquel momento todos los chicos tuvieron la misma idea: ¿y Alf dónde estaba?

—¿Señor? —llamó James—. ¡Señor!

No hubo respuesta.

—¡Señor! ¿Me oye, señor?

Nada.

Ahora ya todos gritaban lo más fuerte que podían, pero nadie les respondía excepto los zumbidos y ruidos de algunos insectos invisibles.

—Quiero volver a la playa —repitió Prentiss.

—Bueno, de acuerdo —accedió James—. Volveremos a la playa y entonces... esperaremos a Alf. Cuando vea que nos hemos perdido, volverá a buscarnos y nos encontrará.

—Si los gorilas no lo cogen —intervino Ted Tragón—. O nos cogen a nosotros.

—¡Que te calles! —gritó James—. Bueno, vamos...

James miró a su alrededor. En todas las direcciones veía más o menos a dos metros de distancia; en todas las direcciones, todo parecía exactamente igual.

¿Por dónde estaba la playa?

James miró a su alrededor un momento. Notaba el peso de los ojos de los otros chicos en él.

—Bueno, veamos —dijo, abriéndose paso entre la vegetación—. Por aquí.

La selva impenetrable hacía muy fatigoso el avance. El cansancio que James sentía en todos sus miembros se veía empeorado por la sensación, que a cada momento se le hacía más aguda en las tripas, de que había conseguido que se perdieran del todo. No sabía si iban en línea recta; a veces tenía la sensación de que pasaban por algún sitio donde ya habían estado antes, pero no había forma de estar seguro de ello en aquella selva absolutamente indistinguible. Detrás de él, oía a

Prentiss y Thomas llorar en voz baja y la fatigosa respiración de Ted Tragón que luchaba por mantener el paso.

«Ted Tragón está demasiado cansado incluso para hablar —pensó James—. Al menos, algo bueno sale de todo esto.»

Mientras caminaba, James gritaba todo el tiempo y llamaba a Alf, pero no obtenía respuesta alguna. Cada pocos minutos los chicos se detenían a descansar y James intentaba animar a los demás. Pero cada vez veía más desesperación en sus rostros, y el cansancio de Ted Tragón iba en aumento. Cada vez, James tenía que hablarles con más dureza para conseguir que siguieran moviéndose.

El muchacho luchaba por mantenerse tranquilo, pero mientras iban tropezando con las enredaderas, los miedos se multiplicaban en su mente: ¿y si todavía estaban perdidos cuando llegara la noche? Ya había oscurecido bastante, pero... tembló al pensar en verse rodeado por aquella selva en la oscuridad total.

—¡Alf! —gritó, por enésima vez, y por enésima vez no obtuvo respuesta alguna.

—Bueno, de acuerdo. —Se detuvo de nuevo—. Descansaremos aquí un poquito.

Se dio la vuelta a regañadientes, sin querer ver las caras desanimadas de los demás, y sintiendo la carga del mando. «Ojalá Peter estuviese aquí.»

Detrás de él, Prentiss y Thomas se sentaron en un denso macizo de helechos bajos en el suelo de la selva, con las cabezas gachas. Ted Tragón estaba...

¡Ted Tragón no estaba!

—¿Ted? —gritó James—. Ted, ¿me oyes? ¡Ted!

Nada.

—¿No iba Ted justo detrás de ti? —le preguntó James a Thomas, esforzándose por no demostrar el pánico que sentía en la voz.

—La última vez que he mirado sí que estaba.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Pues no lo sé. Hace unos minutos.

—¿Y no has oído nada?

—No —aseguró Thomas, sollozando—. ¿Y si lo ha cogido un gorila?

Y Prentiss al oírlo se echó a llorar también.

—¡Callaos los dos! —les gritó James—. A ver, escuchadme. No ha sido ningún gorila. Ted Tragón habrá tropezado y se ha caído, eso es todo. Tenemos que retroceder y encontrarlo.

—Yo no quiero retroceder —lloriqueó Prentiss—. Lo que quiero es salir de aquí.

—¡Y yo también! —exclamó Thomas—. No voy a volver allí donde hay gorilas.

—¡Que no hay gorilas! —protestó James.

—Pero eso tú no lo sabes. Ni siquiera sabes dónde estamos. Yo no vuelvo atrás.

—Ni yo tampoco —aseguró Prentiss.

—Muy bien. De acuerdo. Quedaos aquí. Yo vuelvo sólo unos pasos y echo un vistazo.

—¡No! ¡Te perderás! —gritó Prentiss.

—No, no me perderé. Tendré mucho cuidado. Sólo unos pocos pasos. Quedaos aquí. Y no os mováis, ¿entendido?

Prentiss y Thomas asintieron. James pasó junto a donde ellos estaban sentados y retrocedió hacia el lugar del que venían. Siguió las hojas y ramas rotas, caminando quizá durante un minuto. Luego hizo una pausa y gritó:

—¡Ted! ¡Ted! ¡Contéstame, Ted!

Nada.

James miró hacia atrás y llamó:

—¡Prentiss! ¡Thomas! ¿Podéis oírme?

—¡Sí!

Las dos voces sonaban algo ahogadas, pero no muy lejanas.

James decidió retroceder un poquito más. Sólo unos pasos. Avanzó un poco, y luego volvió a gritar:

—¡Ted! ¡Ted! ¡Soy James! ¿Me oyes? ¡Contéstame!

Nada.

Como no se atrevía a aventurarse más lejos de Prentiss y Thomas, James retrocedió. Avanzó unos metros y gritó:

—¡Prentiss! ¡Thomas!

Nada.

Se quedó helado.

—¡Prentiss! ¡Thomas! ¡No tiene gracia! ¡Respondedme!

Nada.

James ya iba corriendo, tropezando, gritando. En un minuto, alcanzó lo que consideró que era el lugar donde los había dejado.

Pero no había nadie allí.

«A lo mejor me he equivocado de sitio.»

Pero no, no se equivocaba de sitio. Veía las dos zonas algo aplastadas en los helechos donde se habían sentado Prentiss y Thomas. Era el lugar donde habían estado.

—¡Prentiss! ¡Thomas! ¡Respondedme!

¿Adónde habían ido?

Solo, sin intentar ocultar su miedo, James fue dando vueltas, gritando, mirando, gritando, mirando otra vez, pero únicamente veía la oscura y borrosa mancha de la selva. Al final, agotado, cayó de rodillas y luego de bruceas entre los espesos y suaves helechos.

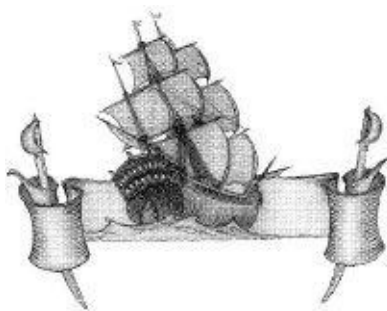
Enterró la cara entre las manos y se echó a llorar, con unos sollozos terribles, que rompían el corazón, hasta que no pudo más.

Y se quedó allí echado, con la cara entre las manos, intentando imaginar que podía pedir un deseo, de modo que al abrir los ojos, todo habría desaparecido: los piratas, el naufragio, y sobre todo aquella selva espantosa. Todo fuera. Todo, excepto sus amigos.

Pero cuando abrió los ojos la selva seguía ahí, rodeándolo con su silencio lúgubre y ominoso.

Y entonces, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, al levantar la cara de los helechos, vio que había algo más justo delante de él.

Dos pares de pies muy, muy grandes, descalzos y marrones.



CAPÍTULO 36

Acercándose

A Molly y Peter les resultaba muy duro avanzar; cuanto más bajaban por la pendiente de la montaña, más densa era la vegetación, hasta que casi les pareció que nadaban, en vez de caminar a través de ella. Con la visibilidad limitada a unos pocos metros por delante y sin medio alguno de orientarse, no estaban seguros de si todavía avanzaban en la dirección correcta. A medida que el declive de la montaña se hacía más suave, les costó distinguir cuál era el camino de bajada. Cada vez se detenían más veces, sin saber qué dirección tomar.

—¿Por qué no gritamos? —sugirió Peter—. No pueden estar lejos de nosotros.

—No, no debemos dar voces —respondió Molly—. Hay piratas cerca, y no sabemos si puede haber también otras personas.

—¿Qué otras personas?

—Pues no lo sé —confesó Molly—. Pero preferiría averiguarlo antes de que ellos nos encuentren a nosotros.

Y así, después de encontrar (o al menos, eso esperaban) el camino que los llevaba hacia abajo, siguieron adelante. De manera increíble, la selva se hacía cada vez más espesa, y a ratos Peter, que sólo iba dos pasos por detrás de Molly, ni siquiera la veía. Por eso, cuando pasaron a través de una cortina de vegetación especialmente densa, se dio de bruces con la espalda de ella.

—Uf, lo siento, yo...

—¡Sssh! —exclamó ella, poniéndole la mano en el brazo—. Escucha.

Peter escuchó. No oía nada. Susurró:

—¿Qué?

—He oído gritar a alguien. Por ahí.

Ella hizo un gesto más o menos hacia la dirección en la que iban.

—¿Qué gritaba?

—Pues no lo he entendido. Pero no era la voz de un hombre, sino la de un niño.

—¡Son ellos! ¡Ho...!

La mano de Molly apretada encima de su boca evitó que gritara.

—¡Sssh! —le insistió ella, sin quitar la mano.

—Pero ¿por qué? —susurró Peter.

Molly le explicó armándose de paciencia:

—Porque, tal y como decíamos hace un momento, hay piratas por ahí.

—Pero no están cerca de aquí.

—Eso no lo sabes.

A Peter no se le ocurrió una buena respuesta que darle, así que se limitó a adoptar un aire enfadado.

—Bueno —dijo entonces Molly—, vamos hacia el grito, pero en silencio. ¿De acuerdo?

Peter no dijo nada. No estaba seguro de que le gustase recibir órdenes de ella.

—Vamos allá —insistió Molly, avanzando de nuevo.

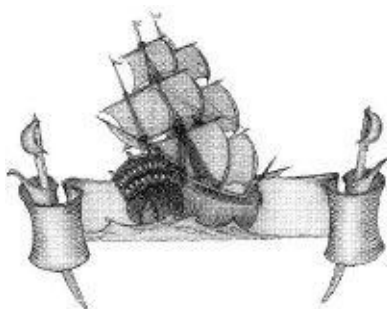
—Te preocupas demasiado.

Ella se detuvo, se volvió y se enfrentó a él, con el dedo índice apretado encima de sus labios. Y luego él también lo oyó: ruido de voces a lo lejos...

Pero hablaban en un idioma que Peter no había oído nunca antes. Eran como gruñidos y... chasquidos.

Quienesquiera que fuesen no eran piratas.

Pero Peter tampoco estaba seguro de que fuesen humanos.



CAPÍTULO 37

Pesado como un baúl

La imponente montaña de rocas y vegetación, sumergida en una suave neblina blanca, se alzaba ante los ojos de Mostacho como un altar.

—Qué bonita, ¿verdad? —exclamó Mostacho, en un momento de admiración, muy raro en él.

Saltó desde el bote a las olas, que se habían vuelto mucho más suaves, y avanzó hacia la playa con las botas mojadas y enfangadas. Detrás de él, Smee y una docena de los mejores hombres de Mostacho saltaron también, y arrastraron el bote hacia la arena blanca.

Mostacho, seguido por los demás, caminó hacia las huellas que había visto desde la cubierta de la *Jolly Roger*.

—Aquí están. ¡Smee! ¿Qué te parece esto?

Smee se acercó resoplando y examinó la arena.

—Huellas de pies.

—¡Ya sé que son huellas de pies! —exclamó Mostacho—. ¿Y entre las huellas de pies, Smee?

—Ah —dijo Smee, guiñando los ojos—. Como si hubiesen arrastrado algo.

—Muy bien, Smee. ¿Y cuánto te parece que pesa eso que arrastraban?

—Pues mucho.

—Sí, pesaba mucho —sonrió Mostacho, y su bigote negro se elevó por las puntas debido a la mueca—. Pesaba como un baúl.

—¡Un baúl! —exclamó Smee. Y luego, tras una pausa, añadió—: Capitán, ¿no estaba buscando un baúl?

—¡Pues claro que estoy buscando un baúl, cretino, sesos de gaviota! —aulló Mostacho—. ¡El baúl es el motivo por el que estamos en esta condenada isla! —Y luego, calmándose un poco, se volvió hacia los piratas y añadió—: Parece que tendremos que dar un paseíto por la selva...

—Pues parece un poco espesa, ¿no, capitán? —comentó uno de los piratas, indeciso—. Podría haber serpientes deseando mordernos en las piernas...

—Excelente observación. Y por eso tú irás el primero.

El pirata puso cara larga, pero no dijo nada más.

—Y ahora —continuó Mostacho, mirando a otro de los hombres, y señalando hacia las huellas—: ¿Cuántos calculas que hay?

El hombre se agachó, apoyándose en una rodilla, y estudió la arena.

—Pues la cosa está un poco confusa —dijo finalmente—. Podrían ser dos. Podrían ser cuatro. Y además —se volvió y señaló hacia las huellas de los piratas en la arena—, yo diría que no pesan ni la mitad que nosotros. Ninguno de ellos, capitán. Yo diría que son niños.

—¡Niños! —exclamó Mostacho, con el rostro ensombrecido—. Ese maldito chico.

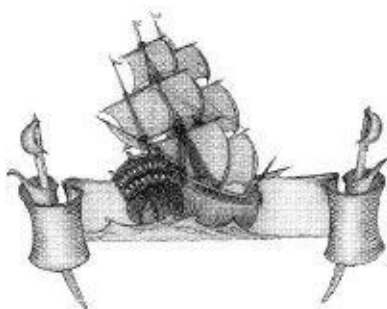
—Pero capitán —intervino Smees—, yo no sé cómo es posible... con esa tormenta...

—¡Es él! —aulló Mostacho—. Y la mocosa aquella. Los dos están en esta isla.

—Sí, capitán.

Mostacho señaló al hombre que había designado como cebo para las serpientes.

—Ya podéis ir moviéndoos —ordenó, señalando la selva que los esperaba—. Tenemos que encontrar un baúl. Y matar a un chico.



CAPÍTULO 38

La transformación

En la laguna, los peces permanecían quietos. Había nueve, todas hembras, y durante horas apenas se habían movido para realizar unos pequeños y eficientes movimientos con sus cuerpos que contrarrestasen las mareas y el flujo y reflujo de las olas, y así mantenerse sumergidas en el agua resplandeciente, de un verde dorado.

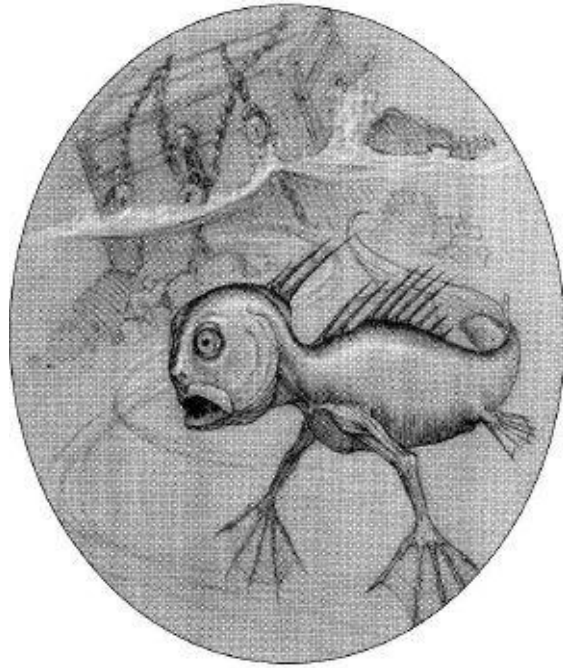
No se habían movido demasiado, pero sí que estaban cambiando. Y deprisa. Todavía tenían colas de pez, aunque se les habían vuelto más largas y más graciosas. El centro de su cuerpo se había estrechado y la piel había cambiado mucho. En lugar de ser verde y con ásperas escamas era blanca, carnosa y suave. La parte delantera carnosa iba aumentando cada vez más y aparecía una cabeza, separada del tronco por un cuello esbelto. Los ojos, que al principio estaban en los lados opuestos de la cabeza, se iban juntando. La boca se hacía más pequeña, y un bulto de carne empezaba a sobresalir encima de ésta; las orejas iban brotando a cada lado de la cabeza.

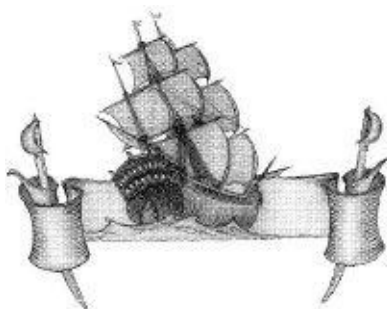
En el tronco, la aleta dorsal se encogía, absorbida por el cuerpo, mientras que las aletas pectorales se hacían más largas y sus puntas se iban separando y formando dedos.

Aquellas criaturas no eran humanas; sus rasgos seguían siendo toscos: la carne era asombrosamente blanca y los ojos, saltones, brillantes y casi fosforescentes.

No, esas criaturas no eran humanas. Pero tampoco eran peces. Y a cada momento sus cuerpos se parecían menos a los de los peces, y también sus cerebros. No sólo «pensaban» en los impulsos sencillos de la supervivencia (moverse, comer, luchar, huir), sino que sus pensamientos eran mucho más conscientes y complejos. Y sus pensamientos se centraban cada vez más en la causa de su maravillosa transformación.

Pensaban en el baúl.





CAPÍTULO 39

Huida

El Pequeño Richard estaba empapado de leche, y la vaca tampoco parecía demasiado contenta. Pero la puerta de hierro de la celda estaba abierta.

—Buen trabajo —le felicitó Slank.

—La próxima vez ordeñe usted la vaca —replicó el Pequeño Richard.

Slank salió el primero de la celda, silenciosamente. A unos pocos metros de distancia había otra celda y en ella se encontraba la señora Bumbrake, dormida como un tronco y roncando. Slank apenas la miró mientras conducía al Pequeño Richard por las bodegas del barco. Se adentraron por un pasillo estrecho, con cuyas paredes topaba el enorme corpachón del Pequeño Richard, y luego subieron por una escalerilla que los condujo hacia arriba, a la cocina de la *Jolly Roger*.

El cocinero del barco no los vio venir. Sólo se dio cuenta de su llegada cuando notó la enorme zarpa del Pequeño Richard que lo agarraba por el cuello y lo arrojaba de cualquier manera escaleras abajo, como un saco de harina.

Tras ocuparse de él, el Pequeño Richard, que siempre tenía hambre, agarró una rebanada de pan y se la metió entera en la boca. Mientras tanto, Slank buscaba armas y acabó cogiendo algunos cuchillos y tendiéndole al Pequeño Richard una enorme sartén de hierro.

Armados de ese modo, ambos volvieron a la escalerilla. Slank sabía que, como Mostacho se había bajado del barco, la tripulación estaría haciendo el vago. Lo más probable era que el único hombre despierto fuese el vigía.

—Ve derecho hacia la cofa —le susurró al Pequeño Richard—. Dale un golpe en la cabeza, pero sin hacer ruido.

El Pequeño Richard asintió con la cabeza. Asomaron las cabezas afuera y notaron el aire fresco y salado. Efectivamente, la tripulación estaba despatarrada de cualquier manera en la cubierta, dormitando al sol. Nada se movía, excepto un pollo escuálido.

El Pequeño Richard salió, pasó junto a Slank y, con asombroso sigilo a pesar de su tamaño, fue hacia el palo mayor y empezó a trepar. Al cabo de un minuto Slank oyó el *¡bum!* de la sartén. El vigía ya se estaba echando la siesta también.

Con un cuchillo de cocina, Slank cortó rápidamente varias tiras de lona de las velas y unos trozos de cuerda. Luego él y el Pequeño Richard se ocuparon del resto

de la tripulación, uno por uno: el hombretón tapaba la boca con la mano a uno de los piratas, sujetándolo firmemente, mientras Slank lo amordazaba con rapidez y lo ataba.

Cuando hubieron sometido a todos los piratas, el Pequeño Richard, que se sentía juguetón, los levantó a todos y los colgó en la botavara principal, como si fuesen una colada humana puesta a secar. Había una furia oscura en los ojos de los piratas, tremendamente humillados por haber sido hechos prisioneros sin luchar siquiera, en su propio barco, ¡y sólo por dos hombres!

Pero los piratas no podían hacer nada. Ya no podían ir a ninguna parte y Mostacho Negro ya no tenía respaldo alguno de su barco.

Mientras el Pequeño Richard colgaba la colada, Slank buscó cuatro pistolas y dos espadas. Luego, ante las miradas resentidas de los piratas, el Pequeño Richard bajó un bote él solo (normalmente ese trabajo lo hacían entre cuatro hombres), por encima de la borda a estribor, donde no podían verlos desde la isla.

El hombretón trepó encima del pasamanos y fue bajando por un cabo hasta el bote. Cuando Slank se disponía a hacer lo mismo, se volvió hacia los estupefactos piratas, les lanzó un besito y exclamó:

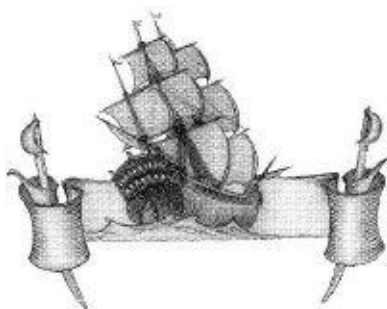
—¡Adiós, señoritas!

Volviéndose de espaldas a ellos, buscó debajo de su camisa, sacó un relicario de oro, y comprobó que la cadena estuviera intacta. Lo volvió a guardar, agarró el cabo y bajó al bote, donde Richard ya estaba sentado a los remos. Slank soltó amarras; el Pequeño Richard hundió los remos en el agua y dio un potente tirón hacia atrás, y el bote se lanzó hacia delante. Slank tocó con el dedo gordo la hoja de su espada y al momento apareció un hilillo de sangre en su pulgar.

Muy bien afilada.

Al rodear la popa de la *Jolly Roger*, la isla apareció ante sus ojos. La chalupa que Mostacho había usado para desembarcar estaba varada en la playa, pero no había ningún hombre a la vista.

—Llévanos directos hacia allí —ordenó Slank, con la mano en la empuñadura de la espada—. Tenemos una cita con Mostacho Negro.



CAPÍTULO 40

Capturados

James se quedó mirando, petrificado de terror, los pies que tenía ante su rostro. No eran como ningún otro pie que hubiese visto antes. Estaban bronceados por el sol, encallecidos y tenían unas uñas largas, amarillas y retorcidas. No eran los pies de Alf. Ni tampoco los de ningún pirata.

Salvajes.

Durante unos segundos que se le hicieron eternos, James mantuvo los ojos clavados en los pies, demasiado aterrorizado como para levantar la cabeza y mirar a sus propietarios. Su cuerpo estaba rígido debido al miedo, mientras esperaba que los salvajes le hicieran algo horrible: aplastarle la cabeza con unas porras, o apuñalarlo con unas lanzas, o...

... o darle unos golpecitos en el hombro.

James dio un respingo tremendo cuando los dedos lo tocaron. Oyó una risita por encima de él.

Se estaban riendo.

Lentamente, James levantó la cabeza y vio dos pares de robustas piernas marrones que conducían hacia dos sucios taparrabos hechos con una especie de fibras entretejidas. Luego, dos torsos musculosos y, finalmente, los rostros de sus captores.

Eran hombres jóvenes, de veintitantos años, uno ligeramente más alto que el otro. Sus rostros, enmarcados por un cabello negro como el azabache y largo hasta los hombros, eran bastante parecidos, de modo que los hombres podían ser hermanos: los dos tenían los pómulos altos, la nariz angulosa y grande, y los ojos oscuros y hundidos.

De hecho, sí que llevaban lanzas, unos palos de madera oscura con la punta de un rosa brillante, hechas al parecer con conchas. Pero llevaban las lanzas en posición vertical, y sus expresiones divertidas le indicaban a James que no planeaban apuñalarlo.

O al menos no de momento.

James pasó un rato mirando a los salvajes, y ellos lo miraron a él. A continuación, el más alto hizo un gesto con la mano que le quedaba libre hacia arriba, que James interpretó como que tenía que levantarse. Se levantó con las piernas temblorosas.

Inmediatamente, el hombre más bajo dio media vuelta y se adentró en la selva. El alto hizo un gesto a James para que siguiera a su compañero. James avanzó tropezando, intentando mantener el paso del hombre más bajo, que parecía moverse sin esfuerzo a través de la espesa vegetación. El hombre más alto seguía de cerca a James, y a veces lo pinchaba con un dedo cuando se quedaban demasiado atrasados.

Fueron andando en silencio, sin detenerse, durante casi quince minutos. James no entendía cómo sabían los salvajes adónde se estaban dirigiendo, pero estaba claro que lo sabían, porque de pronto llegaron a un enorme claro, de forma más o menos circular, que debía de tener unos sesenta metros de diámetro. En el centro del claro había un grupito de árboles enormes, muy distintos de todos los que había visto James. Sus robustas ramas, que se extendían hacia fuera horizontalmente, estaban apoyadas en unos brotes muy gruesos como raíces que se hundían en el suelo, formando un laberinto de columnas que rodeaban los macizos troncos principales del árbol.

James veía a algunas personas moviéndose por el sombreado interior de la fortaleza del árbol; al parecer, había docenas de ellos, todos con el pelo negro y la piel oscura como sus captores, hombres y mujeres, y algunos niños también. Hablaban en una lengua extraña que consistía sobre todo en sonidos guturales y una especie de chasquidos.

Al acercarse a los árboles, la atención de James se vio atraída por un lugar en el extremo más alejado del claro. Allí, media docena de hombres con venablos en las manos estaban reunidos en torno a un pequeño grupito de personas sentadas en el suelo.

Una persona grande y tres personas pequeñas...

Alf y los niños. Las rodillas de James se aflojaron de alivio. Empujado innecesariamente por el salvaje que iba tras él, corrió hacia sus compañeros, que se volvieron al notar que se acercaba. Vio la preocupación en el rostro de Alf y el miedo en los de Prentiss, Thomas y Ted Tragón. James, que de repente se daba cuenta de su cansancio, se dejó caer junto a Prentiss.

Los dos salvajes que lo habían capturado intercambiaron una rápida serie de sonidos con los demás del círculo. Luego se quedaron silenciosos, contemplando a los cautivos, inexpresivos.

Alf levantó la vista y vio a los hombres, y luego se volvió hacia James.

—¿Estás bien, chico? —susurró.

—Sí, señor —afirmó James. Se volvió hacia los otros niños—: ¿Todos bien?

—Tengo mi... miedo —respondió Prentiss, con voz temblorosa—. Cuando fuiste a buscar a Ted, a... aparecieron de repente y e... ellos...

Se detuvo y sus hombros empezaron a temblar por los sollozos. James rodeó a Prentiss con su brazo y le dijo:

—Tranquilo. Todo irá bien.

—Sí, sí, muy bien —se burló Ted Tragón—. La mar de bien nos va a ir.

James le dedicó a Ted Tragón una mirada para que se callara, pero Ted no había acabado todavía.

—Tú nos has metido en todo este lío —continuó—. Tú dijiste que debíamos meternos en esa asquerosa selva. Y ahora mira dónde estamos. Capturados por unos salvajes. Gracias a ti, nos van a matar y nos van a comer.

En ese momento, tanto Prentiss como Thomas lloraban.

—Ted —le amenazó James, en voz baja, pero furiosa—, si sigues hablando, te mataré yo mismo, ¿entendido? No sabemos lo que quieren hacer. De momento, no nos han hecho daño a ninguno. Puede que sean amistosos. ¿Verdad, Alf?

Los chicos miraron a Alf.

—Eeh... sí, claro —replicó éste, aunque su respuesta no resultaba demasiado creíble—. Sí, podrían ser muy amistosos.

—Y entonces, ¿por qué nos han capturado? —susurró Prentiss—. ¿Por qué nos están vigilando así? ¿Qué nos van a hacer?

—No lo sé —confesó Alf—. Pero yo voy a hablar con ellos.

—Pero ¿cómo? —exclamó James—. Sólo hacen... ruidos.

—Ya lo sé. Pero he oído contar muchas veces cómo hay que hablar con un salvaje. El truco está en que todo sea sencillo.

—¿Qué quiere decir? —quiso saber James.

—Mira —dijo Alf.

Se puso de pie lentamente. Los salvajes se movieron un poco, acercándose a él, pero no lo detuvieron. Alf miró al salvaje que tenía más cerca, un hombre mayor, quizá de unos cuarenta y tantos años. Con solemnidad, Alf levantó la mano derecha con la palma hacia fuera.

—Jau —soltó.

El salvaje estudió a Alf un momento, luego se volvió y gruñó y chasqueó algo a sus compañeros, que se rieron. Luego el salvaje se volvió hacia Alf y, cambiándose la lanza a la mano izquierda, levantó la derecha y pronunció:

—Jau.

Alf se quedó sorprendido.

—¿Y ahora qué? —susurró James.

—Pues no lo sé —confesó Alf.

En realidad no había planeado nada. Su mente trabajaba frenéticamente, pero no se le ocurría nada. Al final, decidió insistir en lo que había funcionado hasta el momento. Levantó de nuevo la mano.

—Jau —volvió a decir.

Aquello provocó más gruñidos y chasquidos por parte del salvaje mayor a sus compañeros, que le respondieron con más risas. Entonces, el salvaje se volvió de nuevo hacia Alf, levantó la mano de nuevo y pronunció otro solemne «Jau».

Alf pensó en su próximo movimiento. Por una parte, los salvajes parecían responder razonablemente bien al «Jau». Por otra, en realidad no estaban avanzando

mucho.

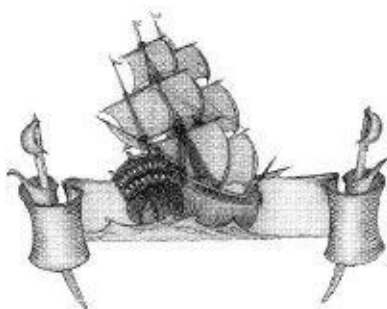
«Al menos no nos van a comer por ahora», pensó.

Los segundos iban pasando, diez, luego veinte, mientras Alf miraba al salvaje mayor y éste miraba a Alf. Al final, por puro nerviosismo, y sin que se le ocurriera qué más hacer, levantó de nuevo la mano derecha. Pero esta vez, justo cuando Alf empezaba a hablar, el salvaje cambió su lanza de la posición vertical a la horizontal, apuntando al pecho de Alf. Alf se detuvo a medio pronunciar su «Jau», mirando la aguda punta rosada que estaba sólo a unos centímetros de su corazón.

Y entonces el salvaje habló.

Tocando con su lanza el pecho de Alf, dijo:

—¿Podemos avanzar un poco en esta conversación, amigo? Ya me estoy cansando de tanto «jau».



CAPÍTULO 41

Ya se nos ocurrirá algo

Peter apenas respiraba. Iba justo detrás de Molly y los dos se movían despacio, muy despacio, a través de un espeso matorral, colocando cada pie con extraordinario cuidado para no tropezar en una rama caída y delatarse.

Estaban muy cerca de las voces, que procedían de un claro que tenían justo delante. Resonaban sobre todo extraños gruñidos y chasquidos, pero un par de veces oyeron una voz distinta, baja, y en ambas ocasiones Molly se había vuelto y había murmurado el nombre de Alf.

Entonces Molly se detuvo. Había llegado al borde del matorral y apartó unas enredaderas a un lado, formando una rendija por la que poder observar. Peter se acercó, mirando por encima del hombro de Molly, con mucho cuidado de no tocarla, pero también era muy consciente de lo mucho que le gustaba cómo olía el cuello de la muchacha.

Al separar las enredaderas, la atención de Peter se desvió del cuello de Molly al claro, dominado por un enorme árbol, o más bien por un grupo de árboles situados en el centro, sustentados por unos extraños tallos verticales, que bajaban como postes de las ramas. Moviéndose entre esos postes se encontraban unas personas de piel morena y cabello negro. Los hombres vestían sólo taparrabos y las mujeres unos vestidos sueltos algo más recatados. Los niños pequeños iban desnudos, felices y contentos.

—Peter —susurró Molly, señalando hacia la derecha—, mira...

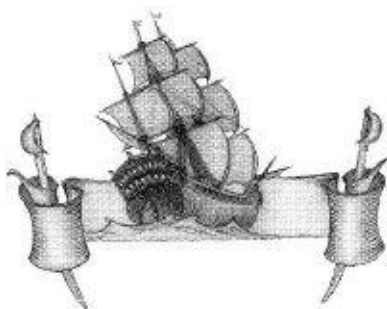
Peter miró y su corazón dio un vuelco. Allí, quizás a unos quince metros de distancia, media docena de hombres armados con unas lanzas rodeaban a sus compañeros: James, Prentiss, Thomas y Ted Tragón. Alf también estaba allí, pero el hombretón se encontraba de pie, con la mano derecha en alto, hablando con el hombre que parecía el mayor del grupo. Nada de lo que decía parecía ser lo correcto, porque entonces el salvaje apuntó directamente con la lanza al pecho de Alf.

—¡Va a matar a Alf! —susurró Peter—. ¡Tenemos que detenerlo!

—¿Cómo? —exclamó Molly.

—Pues no lo sé. —Y Peter se desplazó hacia la derecha, acercándose mucho más al claro—. Ya se nos ocurrirá algo.

«Será mejor que se nos ocurra algo, sí.»



CAPÍTULO 42

Está aquí

El Pequeño Richard se metió entre las olas sin salpicar, una tarea muy difícil para un hombre de su tamaño, y arrastró el bote a la costa junto a la chalupa de Mostacho.

Slank, con una espada y dos pistolas metidas en el cinto, esperó a que el barco llegase a la arena y luego saltó hacia el agua poco profunda. Empezó a caminar por la arena, puso una rodilla en tierra y estudió las huellas que vio en ella.

—Dos..., quizá cuatro niños. Mostacho Negro y sus hombres tras ellos. —Señaló las marcas profundas en la arena—. Alguien arrastraba algo muy pesado.

—¿El tesoro? —preguntó el Pequeño Richard.

—El tesoro no es pesado —le corrigió Slank—. Y flotaba, no lo olvides.

—Pero si no es el tesoro...

—Restos de la *Nunca Jamás*, supongo. No sé por qué los arrastrarían por la playa.

Miró hacia la selva y el Pequeño Richard siguió su mirada.

—No iremos a meternos ahí, ¿verdad?

—¿Cómo, me dirás que un gorila enorme como tú... tiene miedo? —preguntó Slank.

—Odio las arañas —reconoció el Pequeño Richard, avergonzado—. Las odio.

—Supongo que por ahí habrá unas arañas tan grandes como tu puño —se burló Slank—. Arañas peludas. Arañas que necesitan que las afeiten.

El Pequeño Richard se echó a temblar y luego vio algo en la arena.

—¡Mire, mire ahí!

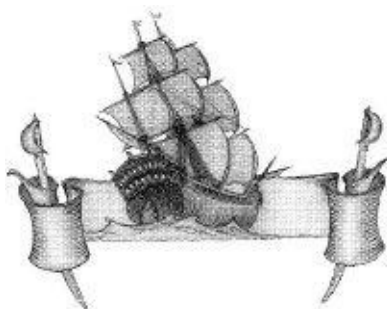
Slank fue a ver lo que señalaba Richard. Era una hendidura en la arena húmeda con unas bandas paralelas que corrían de derecha a izquierda. Entre las bandas se había formado un dibujo como de vetas de madera.

—Un barril de agua —dijo Slank—. Quien lo arrastraba se paró aquí a descansar. El señor Mostacho Negro puede ser un pirata muy temible, pero no es muy bueno siguiendo huellas, ¿verdad? Está persiguiendo un barril de agua —ladró Slank, riendo— Y más aún —continuó—, el muy idiota ha dejado su chalupa sin vigilancia. La remolcaremos dando la vuelta por ahí —y señaló una barra de arena que se veía en la distancia—, de modo que cuando el señor Mostacho vuelva de su persecución del

barril de agua, descubrirá que tendrá que pegarse unas cuantas brazadas para alcanzar la *Avispa*. Mientras, nosotros localizaremos el tesoro.

—¿Y cómo sabe que se encuentra aquí? —preguntó el Pequeño Richard—. ¿Cómo sabe que la tormenta no se lo ha llevado lejos?

—Ah, no, está aquí, seguro —dijo Slank, y se tocó la cadena que llevaba al cuello—. Lo noto. Está aquí y va a ser mío.



CAPÍTULO 43

Forasteros

Alf se quedó mirando al salvaje con la boca abierta durante varios segundos, antes de poder pronunciar una sola palabra.

—Usted... habla inglés —murmuró.

—Sí —afirmó el salvaje—. Y parece que tú también.

El salvaje gruñó y chasqueó diciendo algo a los otros, que lanzaron una risita.

—Pe... pero... ¿cómo?

—Ah, el inglés es fácil —explicó el salvaje—. Si quieres un idioma difícil, prueba con esto. —Y emitió una secuencia rarísima de gruñidos, chasquidos y ruidos, culminando con un silbido en tono bajo. Aquello provocó otra risotada.

—Sí —admitió Alf—, pero lo que quiero decir es que ¿cómo aprendió inglés?

—Pues supongo que igual que tú. Oyendo hablar a los ingleses. Pasé trece años en barcos de la marina británica.

—¿Era marinero?

—Creo que la palabra más adecuada era «esclavo» —replicó el salvaje—, aunque el término que usaba la marina era «recluta forzoso». Hace veinte años desembarcaron aquí y me cogieron. A mí y a mis dos hermanos.

El tono del salvaje seguía siendo familiar, pero sus ojos se habían vuelto muy fríos.

—Mis hermanos respondieron peor que yo al cautiverio. Ambos murieron al cabo de un año. Pero yo era más... adaptable, y se me daban muy bien los idiomas. Trece años pasé en compañía de ingleses, o sea, sirviendo a los ingleses. Trece años, hasta que la bondad del destino y un naufragio me trajeron de vuelta a casa, a Molusco.

—¿Molusco?

—Es el nombre que damos nosotros a esta isla, nuestro hogar. En realidad, nuestra palabra es... —Y el salvaje pronunció un sonido muy extraño, desde lo más hondo de su garganta—. Nos llamamos a nosotros mismos «Pueblo del Molusco». Tengo el honor de ser el líder. Mi nombre, o la versión inglesa de mi nombre, es Langostino Luchador.

—¿Langostino... Luchador? —repitió Alf.

—¿Acaso te divierte mi nombre, inglés?

—No —respondió Alf, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Y tu nombre cuál es, si me permites?

—Alf.

—Alf —repitió Langostino Luchador.

Les dijo algo a los demás molusqueños que incluía el nombre de «Alf». Todos se echaron a reír a carcajadas. Langostino Luchador se volvió hacia Alf.

—En nuestra lengua —explicó—, Alf significa «culo de calamar».

—Ah.

—Bueno, Alf —continuó Langostino Luchador, provocando una risita de los hombres—, estos chicos —y señaló a James, Prentiss, Thomas y Ted Tragón— ¿son hijos tuyos?

—Oh, no. Son huérfanos, iban en el barco.

—Ah, ya. ¿Y dónde está tu barco ahora?

—En el fondo del mar, supongo. La tormenta lo rompió en pedazos. Apenas conseguimos salir con vida.

—Qué pena. ¿Y hay otros supervivientes?

—Pues no lo sé —dijo Alf, moviendo la cabeza—. Lo pasamos muy mal ahí fuera. Ha sido un verdadero milagro que encontrásemos esta isla.

—Ah, no, te sorprenderías. Tenemos visitas cada año, más o menos. Algunos llegan después de alguna desgracia, como en vuestro caso; otros llegan con algún objetivo. Tiempo atrás, los molusqueños daban la bienvenida a estos visitantes. Pero hemos aprendido la lección.

—¿Qué... qué quiere decir? —farfulló Alf.

—Quiero decir que hemos aprendido que las cosas parecen ir mucho mejor en Molusco cuando sus únicos habitantes son los molusqueños.

Hubo unos momentos de silencio, roto al fin por James.

—Señor, por favor.

—¿Sí, chico?

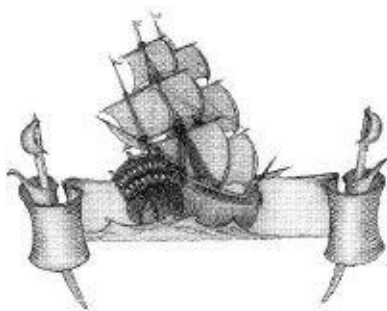
—¿Qué les ha ocurrido a los otros... ejem... visitantes? ¿Siguen viviendo aquí?

Langostino Luchador miró a James un momento, con sus ojos negros impasibles.

—No —contestó finalmente—. Ya no viven aquí.

—Así que... cuando llegan visitantes ¿los dejan... ir?

—Yo no he dicho eso —replicó Langostino Luchador.



CAPÍTULO 44

Caminos que se separan

Peter se detuvo, dejando la mano en el aire. Molly se quedó quieta, medio metro por detrás de él. Se habían ido desplazando a lo largo del borde del claro, siguiendo el sonido de las voces. Sobre todo habían oído dos: la de Alf y la de otro hombre. Ambos hablaban en inglés, lo cual sorprendió mucho a Peter, porque los únicos hombres que había por allí, aparte de Alf, eran los salvajes.

En aquel momento, al acercarse a las voces, separados del claro por tan sólo unos pocos metros de espesa vegetación, Peter se dio la vuelta y se inclinó al lado de Molly, susurrando en voz muy baja:

—¿Cuánto polvillo de ése te queda en el relicario?

—No lo sé —replicó ella, susurrando también—. ¿Por qué? ¿Qué estás pensando?

—Voy a salir ahí y empezaré a gritar. Haré que los salvajes me persigan hacia la selva. Entonces tú puedes ir corriendo hacia los chicos y Alf, y sacarlos volando. Nos encontraremos en la playa.

Molly negó con la cabeza.

—No, Peter. No sé si tendré suficiente polvo de estrellas para eso. Además, es muy probable que nos cojan a los dos antes de que demos dos pasos.

—Entonces, ¿qué plan tienes?

—Primero encontramos el baúl y una vez que tengamos más polvo de estrellas...

—No —la interrumpió Peter—. Podrían estar... muertos para entonces. No sabemos dónde está el baúl. Ni siquiera sabemos si está en esta isla.

Molly se puso de pie, cogió el relicario con una mano y afirmó:

—No está lejos. Lo noto. Debemos encontrarlo. Es nuestra única esperanza para ayudar a los chicos.

—A ti no te importan mis compañeros. Lo único que quieres es tu baúl.

—Eso no es cierto. Claro que me preocupo por ellos. Pero es verdad, el baúl es más importante que ninguno de nosotros..., que todos nosotros juntos. Y ahora mismo es nuestra única esperanza de ayudar a los chicos y ayudarnos a nosotros mismos. Por favor, Peter...

Peter negó con la cabeza.

—No pienso abandonar a mis compañeros. No puedo hacerlo.

—De acuerdo —concedió Molly—. De acuerdo. Ya encontraré el baúl yo sola.

—¿En serio? ¿No piensas ayudarme?

—¿Ayudar a que te maten? No, no lo haré.

Peter se echó atrás. Adoptó una expresión herida y furiosa.

—Muy bien. Entonces, que tengas suerte y encuentres el baúl... sin mí.

Sin esperar la respuesta de ella, se volvió y se acercó aún más al claro. Al llegar al borde, se detuvo y miró hacia atrás.

Molly había desaparecido.

«Pues muy bien.»

Echado de bruces, Peter avanzaba centímetro a centímetro hasta que pudo atisbar el claro. Había salvajes de pie, situados a unos pocos metros delante de él; más allá vio a sus compañeros. Alf estaba de pie entre ellos. Aunque lo había oído hablar mientras iba reptando hacia delante, en aquel momento sólo había silencio y la mirada llena de miedo en el rostro de Alf.

Peter fue palpando el suelo a su alrededor. Cerró la mano en torno a una piedra y la sacó del suelo húmedo y blando. Su plan actual (y era el mejor que había encontrado, dadas las circunstancias) era crear una distracción. Arrojaría la piedra a los salvajes, gritaría y luego se retiraría hacia la selva, esperando que lo persiguieran. De ese modo Alf y los chicos tendrían ocasión de huir.

Sujetando la piedra en la mano, Peter se puso de pie lentamente.

«Ahí va.»

Apuntó bien al salvaje mayor, que parecía el líder del grupo. Echó atrás el brazo..., calculó la distancia... y luego lanzó la piedra hacia delante, con fuerza.

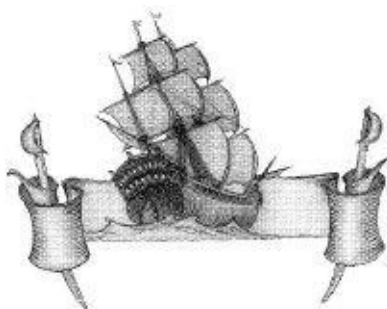
No ocurrió nada. Su mano estaba vacía.

«¿Dónde está la piedra?»

Peter se dio la vuelta y dio un respingo. Detrás de él, casi encima, tenía a un salvaje enorme, sujetando la piedra junto a su cara y con una amplia sonrisa en el rostro.

Desde el claro, el salvaje de más edad dijo:

—Ah, ya veo que Almeja Feroz ha encontrado a otro visitante. Bienvenido, chico. Ven a unirse a tus amigos. Estaba a punto de explicarles nuestra política sobre los extranjeros en esta isla.



CAPÍTULO 45

Los observadores

Mostacho Negro y Smee fueron subiendo con gran esfuerzo hasta la cima de un risco muy empinado, y al salir de la selva encontraron un musgo acolchado y verde, muy resbaladizo, tendido como una alfombra sobre una roca volcánica negra y retorcida.

Se habían perdido. Habían seguido las huellas de la playa hasta la selva y casi inmediatamente después se habían visto confusos y frustrados por la vegetación sofocante. Durante la hora anterior se habían dedicado a dar vueltas casi al azar, hasta que finalmente Mostacho había decidido subir al risco para tratar de orientarse. Se había llevado a Smee con él, dejando al resto de su destacamento en la base de la montaña, con órdenes estrictas de permanecer alerta, aunque Mostacho estaba seguro de que se quedarían dormidos a los pocos minutos de haberse ido.

Mirando hacia la amenazadora alfombra de verdor que tenían debajo, Mostacho tendió la mano derecha, con la palma hacia arriba. Smee la examinó durante un momento, y luego, pensando que estaban celebrando el éxito de su ascensión, tendió su propia mano y estrechó la de Mostacho.

—¡No quiero estrecharte la maldita mano, idiota! —aulló Mostacho, sobresaltando a un ave de un color verde brillante que echó a volar desde los árboles que tenían justo debajo—. ¡Quiero el maldito catalejo!

Smee se sacó rápidamente el catalejo de latón de la cintura y se lo tendió a Mostacho, que se lo llevó al ojo y comenzó un examen lento y exhaustivo de la isla que se extendía a sus pies, de izquierda a derecha. A dos tercios del camino, detuvo el catalejo.

—¡Ajá! —exclamó.

—Salud —dijo Smee.

—¡No, idiota, mira por aquí! En el borde del claro. ¿Lo ves?

Smee miró hacia abajo pero no vio nada en el borde del claro. Ni siquiera veía el claro.

—Es un poblado —indicó Mostacho, mirando todavía por el catalejo.

—¿Un poblado?

—Salvajes.

—¿Salvajes? ¿De esos que... que...?

—... que se comen a la gente, sí —afirmó Mostacho—. Al parecer son caníbales.

—Entonces nos iremos ahora mismo de esta isla, ¿verdad, capitán? Volvemos al barco, izamos las velas y...

—No, Smee —le cortó Mostacho, con una enorme sonrisa.

—¿No? Pero capitán, son caníbales...

—... y tienen a los chicos.

—¿Los chicos de la *Nunca Jamás*? ¿Vivos?

—No, masticados hasta el hueso —soltó Mostacho, intentando agarrar a Smee, que saltó hacia atrás—. ¡Pues claro que están vivos! Están todos los chicos, incluyendo a ese maldito diablillo que robó el baúl cuando ya lo tenía en mi poder. Y hay un marinero con ellos, uno de la *Nunca Jamás*. Parece que está hablando con un salvaje mayor con el pelo blanco.

—¿Hablando? ¿Con un salvaje?

—A mí también me extraña. Esto no me gusta, Smee. No me gusta ni un pelo. Me pregunto si esos chicos tendrán todavía el baúl, y si usarán el tesoro (¡mi tesoro, Smee!) para negociar con los salvajes.

Mostacho le tendió el catalejo a Smee, y se quedó de pie un momento, mirando hacia el claro y pensando.

—Smee —ordenó al final—, reúne a los hombres.

Con el catalejo pegado a su propio ojo, Smee trató de disuadirlo:

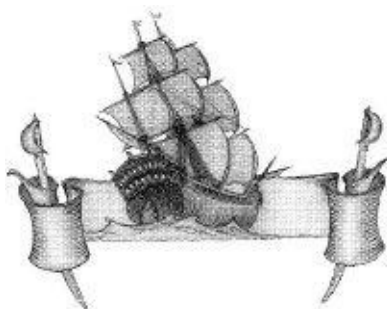
—Pero los calíbanes tienen lanzas, capitán. Muchas lanzas. Y son muchos calíbanes, además...



—¡Se dice «caníbales», idiota! —le riñó Mostacho—. Y ahora cállate y haz lo que te he dicho. Esos chicos de ahí abajo... Fíjate en lo que te digo, esos chicos todavía andan mezclados en el asunto del baúl, mi baúl. Y si los chicos traman algo con los salvajes, yo me propongo averiguar qué es. Vamos a bajar de aquí, muy calladitos, para ver de qué se trata. Reúne a los hombres ya.

Mientras Smee, gruñendo, descendía por la ladera de la montaña, Mostacho volvió la vista hacia el claro y musitó para sí mismo:

—Y en lo que se refiere a cortar, pronto aprenderán que las lanzas no pueden hacer nada contra el acero pirata.



CAPÍTULO 46

Algo por ahí

Peter, empujado por el hombretón que estaba detrás de él, entró a trompicones en el claro. El hombre grandote gruñó algo a Langostino Luchador, éste asintió y luego dijo a Peter:

—Almeja Feroz cree que te ha oído susurrar. ¿Había alguien contigo, chico?

—No —respondió Peter con rapidez. Y luego frunciendo el ceño, añadió—: Habla inglés.

Langostino Luchador suspiró.

—Me estoy cansando de que la gente me diga eso. *Préfèrez-vous que je parle françois?*

—¿Cómo?

—¡Bah, es igual!

Langostino Luchador dijo algo con gruñidos y chasquidos y Almeja Feroz desapareció rápidamente en la selva, seguido por otros dos molusqueños.

—Si hay otros, los encontraremos.

Peter pensó en Molly, sola en la selva, perseguida por aquellos hombres.

«Quizá tendría que haber ido con ella.»

Negó con la cabeza, dirigiendo su atención hacia Alf y los chicos, que parecían cansados y asustados, pero aliviados también de verlo.

—¿Estás bien, chico? —le preguntó Alf—. Cuando te caíste por la borda, me quedé muy preocupado...

—Estoy bien. ¿Y tú?

Alf, señalando hacia los molusqueños, se encogió de hombros como diciendo: ¿quién sabe?

—Estamos bien —aseguró James.

—Sí, sí, la mar de bien —susurró Ted Tragón—, si no fuera porque nos han capturado unos salvajes...

—¿Salvajes? —preguntó Langostino Luchador. Dio un paso hacia Ted Tragón, que estaba sentado—. ¿Tú crees que nosotros somos salvajes, chico?

Ted Tragón, lloriqueando, retrocedió arrastrándose de culo medio metro.

—Nosotros no somos salvajes —continuó Langostino Luchador—. Lo sé muy

bien. Yo he visto el verdadero salvajismo. Lo vi a menudo cuando era... «huésped» de la armada británica. Lo experimenté muchas veces, en el lado equivocado del látigo. Sí, muchacho, yo sé lo que es el salvajismo, y aquí no lo vas a encontrar. Excepto cuando tenemos forasteros.

—Señor, por favor —le suplicó Alf—, nosotros tampoco somos salvajes. Yo sólo soy un viejo lobo de mar, que tampoco tiene un gran cariño por la armada británica. Y éstos son sólo niños.

—¡Ya! —exclamó Langostino Luchador—. Niños ingleses. Que crecerán y se convertirán en hombres ingleses.

Alf quiso responder, pero Langostino Luchador se volvió y empezó a caminar hacia la masa de árboles que había en el centro del claro. Los molusqueños que antes rodeaban a Alf y a los chicos dieron unos pasos al frente, obligaron a levantarse a empujones a los niños que estaban sentados y empezaron a dirigir al grupo detrás de Langostino Luchador.

A medida que se dirigían hacia los árboles, más y más molusqueños salían del laberinto de ramas verticales para verlos llegar. Cuando por fin se encontraron ante los árboles, la multitud se había incrementado y ya alcanzaba al menos el centenar de hombres, mujeres y niños, que miraban a Alf y los demás mientras caminaban en un grupito apiñado y nervioso.

Peter susurró a Alf:

—¿Qué crees que nos van a hacer?

—No nos pasará nada, chico —contestó Alf, aunque sus ojos traicionaban sus recelos.

—Son salvajes —insistió Ted Tragón—. Viven en un árbol. Nos quieren comer. Mira.

Ante su vista, justo al otro lado del recinto del árbol, apareció una columna de humo que se elevaba perezosamente de una gran hoguera.

Prentiss y Thomas se agarraron a Peter, sollozando.

—No pasa nada —trató de calmarles Peter, pasando los brazos por encima de los niños más pequeños, uno a cada lado—. Nadie nos va a comer.

«Eso espero...»

Ya se encontraban en el borde de los árboles. Peter intentó atisbar en el laberinto de ramas, pero mirara por la abertura que mirase, sólo veía unos pocos metros por delante, y luego el camino se torcía y se ocultaba a la vista en el sombrío interior.

Iban caminando alrededor de aquella extraña fortaleza de árboles hasta que llegaron a una parte donde las ramas exteriores se habían reforzado con troncos horizontales, unidos a los palos con una cuerda gruesa hecha de enredaderas trenzadas. Aquellos troncos formaban un muro que debía de tener unos tres metros de alto y doce de ancho. Peter veía que la pared se curvaba hacia el interior por cada lado, y luego continuaba en la fortaleza.

«Como una jaula», pensó.

Langostino Luchador se detuvo junto a esa pared, y la pequeña procesión se detuvo también. Entonces los demás molusqueños se reunieron en semicírculo, mirando a Alf y a los niños, que se enfrentaban a la tribu de espaldas a los troncos.

Langostino Luchador empezó a hablar a la multitud en molusqueño y la tribu escuchó en silencio, sin moverse. Su discurso se prolongó cinco minutos, luego diez. Cuando finalmente se calló, habló uno de los otros molusqueños, y luego varias mujeres. A continuación, Langostino Luchador volvió a hablar un buen rato, y luego lo hicieron otros. Parecía algún tipo de debate... serio, pero no acalorado.

Peter observó que la brillante luz tropical se había ido desvaneciendo poco a poco. Pronto la oscuridad y la noche inundarían la selva. Se preguntaba qué tal le iría a Molly por allí. «Espero que esté bien.» Se dio cuenta de que, aparte de estar asustado, también estaba cansado y hambriento. Había sido un día muy largo y sin comer nada. Se echó hacia atrás, apoyándose en la pared de troncos.

De pronto, dio un salto hacia delante. Algo se movía detrás de él, en el interior del muro. Lo había notado. Se volvió a ver lo que era, pero había poco espacio entre los troncos y lo único que logró ver en las rendijas que había entre ellos fue la oscuridad.

Pero había algo allí dentro.

Mirando hacia la pared, Peter se dio cuenta de que los molusqueños habían dejado de hablar. Se volvió y vio que la tribu miraba de nuevo silenciosa a los prisioneros. Langostino Luchador se adelantó.

—Ingleses —comenzó—, ya hemos tomado una decisión. Ha sido más difícil de lo habitual, porque la mayoría sois niños. Pero tenemos una ley para los forasteros. Hemos aprendido que esa ley es la única forma que tenemos de asegurar la supervivencia del pueblo de Molusco. En el pasado hicimos algunas excepciones y siempre lo lamentamos. Por tanto, hemos decidido que no habrá excepciones ni siquiera para los niños. La ley se debe aplicar a todos vosotros por igual. Lo siento.

Langostino Luchador gruñó y chasqueó algo. Una docena de hombres adultos molusqueños se adelantaron. Los chicos se encogieron apretándose contra la pared de troncos y agazapándose detrás de Alf.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alf—. ¿Qué ley? ¿Qué nos van a hacer?

Langostino Luchador no contestó. Los hombres siguieron avanzando. Detrás de ellos, una columna de humo de la hoguera se elevaba diagonalmente en el cielo de un azul intenso. James, Prentiss y Thomas se agarraban a Peter, que apenas podía respirar.

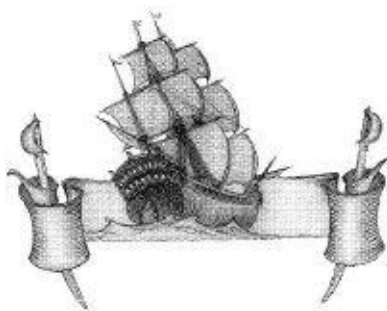
—¡No! —gritó Ted Tragón—. ¡No me coman, por favor!

En la cara de Langostino Luchador apareció una gran sonrisa.

—¿Comerte? No, no te vamos a comer.

Peter suspiró y luego se quedó helado cuando Langostino Luchador volvió a hablar.

—Vamos a darte como alimento a Míster Sonrisas.



CAPÍTULO 47

Una isla mágica

Slank y el Pequeño Richard, después de esconder el bote y la chalupa de los piratas, echaron a andar por la playa. Slank iba delante; el Pequeño Richard caminaba unos pasos detrás de él, armado con una pistola de pedernal que esperaba que resultase efectiva contra las arañas.

—Señor —preguntó—, ¿adónde vamos?

—A dar la vuelta alrededor de esa punta —dijo Slank, señalando con un gesto un saliente de roca que había delante de ellos.

—¿Así que no nos vamos a meter en la selva?

—No, ahora no —repuso Slank—. Mostacho se ha metido por ahí y no quiero que nos tropecemos con él todavía. No hasta que encontremos lo que andamos buscando. Daremos la vuelta por esa punta y luego nos dirigiremos tierra adentro.

—Ah —exclamó el Pequeño Richard, desilusionado.

Caminando por la arena endurecida a orillas del agua, llegaron rápidamente a la punta rocosa, que era un conjunto de rocas de lava. Se abrieron camino entre ellas hasta que Slank, que iba en cabeza, miró por encima de una roca maciza desgastada por la intemperie y contempló una laguna espectacular, y vio que sus aguas azules resplandecían y brillaban como diamantes con el sol de la tarde.

En el centro de la curva de aquella laguna caía una cascada que procedía de una de las dos cavernas que había en la ladera de la montaña, y rompía abajo, en un grupo de rocas gigantescas. A unos metros de distancia en el mar se encontraba un pequeño grupo de rocas negras y pulidas, como una isla en miniatura. La roca más próxima se alzaba hasta quedar plana, como el asiento de una silla.

Alguien, o algo, estaba sentado en aquella silla.

Slank parpadeó y aguzó la vista para percibirlo con mayor claridad.

—No puede ser... —murmuró.

—¿Qué es, señor Slank? —le preguntó el Pequeño Richard.

—Pues... es una mujer. Pero tiene...

—¿Una mujer?

El Pequeño Richard, a quien le gustaban las mujeres tanto como odiaba a las arañas, trepó hacia delante, golpeando sin querer a Slank al pasar e intentar

encaramarse a una de las rocas para ver.

—Pero, señor, no veo ninguna mujer.

Slank sacó la cabeza: la roca estaba vacía.

—Estaba ahí. Estaba justo ahí.

El Pequeño Richard miró a Slank, poco convencido.

—¡Te digo que la he visto! —exclamó Slank—. Tenía el pelo dorado. Y... y una...

—¿Una qué, señor Slank?

—Una cola —dijo al fin Slank—. En lugar de piernas tenía una cola larga y verde.

—¿Una cola? —repitió el Pequeño Richard—. ¿Esa mujer que no está ahora tenía una cola?

—Sí.

—¿Entonces está usted diciendo, señor, que ha visto una sirena...?

—¡No he dicho tal cosa! He visto una mujer con una..., con una...

—...una cola —acabó el Pequeño Richard.

—Sí, una cola —repitió Slank, aunque ya estaba empezando a dudar de sí mismo.

—Bueno, bueno —murmuró el Pequeño Richard—. Quizá lo que necesita ahora, señor, es un poco de descanso.

—La he visto —protestó Slank.

—¡Claro, claro que la ha visto! Claro que sí. Y ahora, lo que necesita es sentarse un poquito aquí a la sombra y luego...

—¡Mira! —exclamó Slank, agarrando el brazo del hombretón.

El Pequeño Richard miró y en la roca, goteando agua de mar, vio dos sirenas. Una con el pelo dorado, otra con el pelo negro, ambas indescritiblemente hermosas.

El Pequeño Richard trató de hablar, pero se le cerró la garganta y se le enrojecieron las mejillas. Al final consiguió escupir: «¡Dos!».

—Ya te lo he dicho —insistió Slank.

—Pero ¿qué especie de isla es ésta? —preguntó el Pequeño Richard, mirando las sirenas con los ojos como platos—. Es una isla mágica, claro, eso es.

—Sí —afirmó Slank, más para sí mismo que para el Pequeño Richard—. Aquí hay magia, es verdad.

Se metió la mano bajo la camisa, y durante un momento sujetó el relicario dorado que llevaba. Luego se agachó detrás de la roca, agarrando el enorme hombro del Pequeño Richard y empujándolo hacia abajo.

—Escóndete —susurró.

De mala gana, el Pequeño Richard apartó los ojos de las mujeres-pep y se agachó junto a Slank.

—Pero es que son tan bellas, señor...

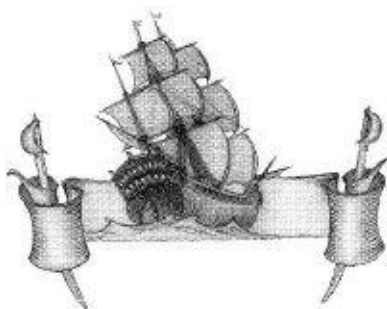
—Muy pronto las verás mejor. Vamos a ir hacia ahí.

—¿Ah, sí? —exclamó el Pequeño Richard, encantado.

—Sí, eso es. Pero poquito a poco. No vamos a dejar que nos vean hasta que estemos bien cerca, para que no puedan salir huyendo. Esas criaturas tienen lo que andamos buscando, y me propongo quitárselo.

—Pero no les haremos ningún daño, ¿verdad, señor?

—Sólo si nos vemos obligados. Sólo si se empeñan en quedárselo.



CAPÍTULO 48

La ley

Durante un momento, ni Alf ni los chicos fueron capaces de hablar, y se quedaron mirando a Langostino Luchador, paralizados de terror.

Peter rompió el silencio.

—Por favor, señor. ¿Quién es Míster Sonrisas?

Mientras hablaba, volvió a notar que algo se movía en el interior de la estructura de troncos. La tierra debajo de sus pies pareció temblar... Allí había algo muy, muy grande.

—Míster Sonrisas —explicó Langostino Luchador— es un nativo de la isla Molusco. Durante muchos años fue un pacífico vecino de los molusqueños: él seguía su camino y nosotros el nuestro. Pero hace algunos años llegaron unos forasteros a nuestra isla, unos marineros. Eran ingleses. Como vosotros. Pensaban que sería un buen deporte cazar a Míster Sonrisas.

Algo se removía dentro del recinto y las paredes temblaron. Los chicos se apretaron unos contra otros, sentándose en el suelo. Incluso Alf se retiró unos metros.

—Les rogamos a esos hombres que no hiciesen daño a nuestro vecino, pero por supuesto, no nos escucharon. Nosotros éramos «salvajes», no hay que olvidarlo. Y los ingleses son «civilizados».

Langostino Luchador sonrió y no precisamente con una bonita sonrisa.

—Eran buenos cazadores, aquellos ingleses —continuó—. Capturaron a Míster Sonrisas y consiguieron atraparlo con unos ganchos, y luego arrastrarlo hasta la playa y atarlo a un árbol con unas cuerdas. Luego se divertieron con él. Bebieron ron y lo provocaron y lo azuzaron para ver qué hacía, y lo usaron para divertirse. Les rogamos que parasen, pero los ingleses no escuchan lo que les dicen los salvajes.

»Al final, un muchacho molusqueño no pudo soportar seguir oyendo los aullidos de dolor de Míster Sonrisas. Aquella noche, cuando los marineros ingleses se quedaron dormidos, el chico se acercó sigilosamente hasta ellos e intentó liberar a Míster Sonrisas. Un inglés se despertó y vio al chico. Le disparó en la pierna. El chico cayó, gritando. Algunos de los nuestros vieron lo que pasó. El chico estaba tendido en el suelo, sangrando y gritando. Y el inglés no hizo nada. Míster Sonrisas se encontraba sólo a unos metros de distancia. Para entonces, Míster Sonrisas tenía

mucha hambre...

Langostino Luchador miró al suelo, luego al recinto, y luego de nuevo a Peter.

—Ese muchacho era mi hijo —explicó.

—Pero, señor. Eso no fue...

—Entonces nosotros atacamos a los ingleses —prosiguió Langostino Luchador, ignorando a Peter—. Se sorprendieron al ver que lo hacíamos, y se sorprendieron mucho más cuando los derrotamos. Al final lloraban como bebés y nos suplicaban misericordia. Les dijimos que tendrían que pedirle misericordia a Míster Sonrisas. Pero él no la tuvo con ellos.

Se escuchó otro movimiento desde el interior de los troncos.

—Entonces liberamos a Míster Sonrisas, porque nada de lo que había ocurrido era culpa suya. Pero ellos lo habían echado a perder, ¿sabéis? Les había cogido el gusto a los humanos. En lugar de volver a la selva se quedó junto a nuestro pueblo, vigilándonos, oliéndonos, buscándonos. Acechando y esperando. No teníamos otra elección que capturarlo y matarlo.

—Pero sigue vivo —comentó Peter.

—Sí. Quiso el destino que llegase otro barco el día que íbamos a hacerlo. Así que en lugar de destruir a Míster Sonrisas, lo pusimos a trabajar. Ahora es nuestra ley, para que la isla siga siendo nuestra. Para los molusqueños y no para los extraños.

—Pero señor, ¡esos eran piratas! —protestó Peter—. Nosotros estamos en esta isla porque también nos atacaron los piratas. Sentimos por ellos lo mismo que ustedes.

—El chico tiene razón —afirmó entonces Alf—. Nosotros no queremos hacerles ningún daño.

—Sí, sí, eso es lo que decís ahora. Los forasteros siempre decís lo mismo, y a veces incluso es posible que os lo creáis. Pero ya hemos aprendido que los forasteros siempre nos traen problemas, sean piratas o no. Habéis abusado de nuestra hospitalidad, nos habéis traído enfermedades, nos habéis tomado como esclavos, nos habéis matado como animales...

—¡Pero no fuimos nosotros! —exclamó Peter—. ¡Nosotros no hemos hecho ninguna de esas cosas!

—No, no lo habéis hecho... todavía —repuso Langostino Luchador—. Y Míster Sonrisas procurará que nunca lo hagáis. Es nuestra ley.

Se volvió y gruñó algo. Al instante aparecieron dos hombres con una escalerilla de bambú atado. La apoyaron contra el muro de troncos. Se oyó un largo aullido procedente del interior. Ted Tragón gimoteó. Prentiss y Thomas se agarraron el uno al otro, sollozando. James agarró el brazo de Peter.

—¡Pero señor! —Ahora era Alf quien hablaba—. No puede ser que quiera... ¡Son sólo niños!

—No hay excepciones —lo atajó Langostino Luchador—. Es la ley.

Gruñó algo más. Cuatro hombres con lanzas se acercaron a Alf.

—¡Espere! ¡Hay un baúl! —saltó Peter, intercambiando una rápida mirada con Alf—. Tiene poderes... Es... es mágico, y creemos que se encuentra en esta isla. Podemos ayudarlo a encontrarlo, señor, y mostrarle cómo usar ese poder...

Langostino Luchador negó con la cabeza, disgustado.

—Ahora llegan las mentiras. Todos intentan mentir, también. Mentir a los salvajes, como si fuésemos niños a los que se engaña fácilmente. Toma, para tu magia.

Y escupió en el suelo.

—¡Pero esa magia es real! —exclamó Alf—. La he visto con mis propios ojos. Lo que dice el chico es verdad.

Langostino Luchador miró alternativamente a Alf y a Peter, durante un momento. Peter pensaba que Alf quizá lo hubiese convencido. Pero entonces Langostino Luchador volvió a gruñir a los cuatro hombres, que empujaron a Alf con rudeza hacia la escalerilla, obligándolo a subir.

—¡No! —gritó Alf, señalando hacia los troncos—. ¡No pienso meterme ahí!

—Entonces estos hombres te clavarán las lanzas y arrojarán tu cuerpo por encima del muro —le reveló Langostino Luchador—. De una manera u otra, entrarás ahí dentro.

Mientras hablaba, uno de los hombres apretaba una punta de lanza contra el pecho de Alf. El hombretón se inclinó al notar la concha afilada como una hoja de afeitar que penetraba en su camisa y le pinchaba el pecho.

—Bueno, bueno. Iré sin resistirme. Pero sólo yo. Por favor. Los niños no. Son sólo niños...

—Los niños sí —insistió Langostino Luchador—. Como mi hijo.

Se pusieron a empujar a Alf desde atrás, mientras le pinchaban las piernas y le hacían sangre, y el hombretón se encaramó a lo alto del muro. Miró al otro lado, y luego a Peter de nuevo, con la cara blanca como el papel.

—¿Alf? —preguntó Peter.

Alf empezó a decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, lo empujaron por encima del muro y desapareció.

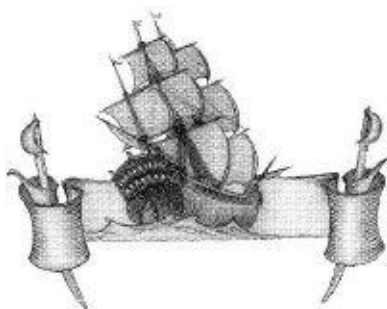
A continuación fueron los chicos. Uno por uno, primero Ted Tragón, luego James, Prentiss y Thomas, todos llorando, fueron conducidos a punta de lanza por la escalerilla y por encima del muro.

Peter fue el último. Trepó sin que tuvieran que pincharlo. En lo más alto, miró hacia atrás, a Langostino Luchador, y dijo:

—Esto es un error. Nosotros no hemos hecho nada.

—Sí que lo habéis hecho —afirmó Langostino Luchador—. Habéis venido a esta isla. —Hizo una pausa y añadió—: Eres un chico muy valiente. —Miró al cielo y luego de nuevo a Peter—. Quizá Míster Sonrisas se apiade de ti.

Y luego hizo una seña a sus hombres. Pero antes de que pudiesen hacer nada, Peter saltó por encima del muro y fue a unirse a sus compañeros. Y a Míster Sonrisas.



CAPÍTULO 49

Dentro de la cueva

—¡Quieto! —susurró Slank.

Slank y el Pequeño Richard intentaban abrirse paso, sudando, a través de la selva ya oscurecida pero todavía caliente. Permanecieron ocultos mientras seguían la amplia curva de la laguna y se dirigían hacia la oscura boca de la cueva.

De vez en cuando miraban con mucho cuidado a través de la vegetación, hacia las dos sirenas de cola verde. El Pequeño Richard contemplaba aquellas criaturas casi hipnotizado. Cuanto más se acercaban, más bellas le parecían.

Al cabo de veinte minutos habían llegado, por detrás de los árboles, a un punto que quedaba directamente encima de la playa de las rocas donde descansaban las sirenas, echadas e inmóviles de cara al mar. Ajenas, al parecer, a la aproximación de los dos hombres.

—Muy bien —susurró Slank—, nos acercaremos todo lo posible, pero sin asustarlas. ¿Entendido?

—Sí —afirmó el Pequeño Richard, emocionado ante la perspectiva de acercarse, especialmente a la sirena rubia.

—De acuerdo —dijo Slank—, vamos allá.

Y salió de los árboles seguido por el Pequeño Richard. Los dos hombres caminaron hacia la playa hasta que las suaves olas de la laguna les lamieron las botas. Debían de estar a unos siete metros de la roca en la que se encontraban las sirenas.

—¡Hola, señoritas! —saludó Slank, cordialmente.

Las sirenas se dieron la vuelta con el cuerpo rígido. Miraron a los dos hombres con rostros inexpresivos, dominados por unos ojos redondos y enormes del color azul del mar.

«Qué ojos más bonitos —pensó el Pequeño Richard—. Pero no son humanos.»

—Me llamo Slank —continuó éste—. Creo que han encontrado algo que yo ando buscando.

Las sirenas no hablaron ni se movieron. Durante veinte segundos no se oyó otro sonido que el suave susurro de las olas.

—No queremos hacerles ningún daño —siguió Slank.

Para tranquilizarlas, el Pequeño Richard separó los labios y mostró una amplia

sonrisa. En total tenía nueve dientes y medio, del color de la corteza de árbol.

En cuanto abrió la boca, los ojos de las sirenas, que ya eran grandes, se abrieron más aún. Antes de que Slank pudiera decir una palabra más, las criaturas habían sacudido la cola, se deslizaron de la roca y se sumergieron en la laguna.

—¡Esperad! —gritó Slank, pero ya habían desaparecido.

Los ojos de los hombres siguieron las siluetas largas y graciosas que se deslizaban por debajo del agua a una velocidad increíble, hasta una abertura oscura en el grupo de rocas cercanas del tamaño de un barco. Las sirenas volvieron a aparecer allí, miraron a los hombres durante un momento y luego se volvieron a sumergir. Sus cuerpos se introdujeron en una abertura oscura entre dos rocas enormes y desaparecieron.

—¡Tú, idiota! —exclamó Slank, volviéndose y lanzando un puño que fue a parar al tronco macizo del Pequeño Richard, pero cuyo efecto fue que Slank se lastimara la mano—. ¿Qué has hecho?

—¡Nada, lo juro! ¡Sólo he sonreído, lo juro!

—Pues no lo vuelvas a hacer —le ordenó Slank—. Las has asustado, y ahora tenemos que ir tras ellas.

Hizo un gesto hacia la oscura abertura que había entre las rocas.

—¿Ah, sí? —preguntó el Pequeño Richard, que además de a las arañas también tenía miedo a la oscuridad.

—Pues sí —afirmó Slank, vadeando en la laguna hacia las grandes rocas.

El Pequeño Richard lo siguió a regañadientes. Cuando el agua ya le llegaba a la cintura, Slank se sacó las dos pistolas del cinto y las sujetó en alto para evitar que se mojaran.

Cuando llegaron a la abertura de la cueva, el agua le llegaba a Slank al pecho, y al Pequeño Richard a la cintura. Los dos hombres hicieron una pausa y miraron hacia la cueva. Con la escasa luz del atardecer, sólo podían ver a una corta distancia: a cada lado, el agua golpeaba contra unas rocas más pequeñas, y por encima se alzaba un enorme techo en curva, como la bóveda de una catedral, formado por rocas enormes que se apoyaban unas en las otras. Por delante sólo se veía una oscuridad total.

—Esto no me gusta nada —comentó el Pequeño Richard.

—Te he visto azotar a seis hombres a la vez en una pelea —le recordó Slank—. ¿Cómo puedes tener miedo de unas mujeres?

—Éstas no son mujeres normales. Y además, está oscuro.

—Me da lo mismo —le ignoró Slank, sujetando las pistolas bien alto mientras vadeaba en la oscuridad—, vamos a seguir.

Continuaron avanzando y los sonidos de su chapoteo hacían eco en la oscuridad, en el espacio cavernoso. Pronto se encontraron en la oscuridad más profunda y apenas fueron capaces de ver las paredes de la cueva ni más allá de la superficie del agua.

—¡Eh! —gritó el Pequeño Richard, y su voz resonó entre los muros.

Slank se dio la vuelta, con las pistolas empuñadas.

—¿Qué? —gritó.

—He notado algo. Me ha tocado la pierna.

—Es tu imaginación que te juega malas pasadas. Deja de portarte como un bebé.

—Pero la oscuridad del agua le preocupaba.

Siguieron avanzando y la entrada de la cueva ya casi se encontraba fuera de la vista. Sus ojos se esforzaban por captar la escasa luminosidad que se filtraba a través de las aberturas de las enormes rocas que tenían sobre sus cabezas.

¿Qué era eso?

Entonces fue Slank quien notó algo que le tocaba. Dio una patada con la pierna derecha, pero no notó nada. Sin embargo, lo vio: algo estaba enturbiando el agua a su alrededor.

El Pequeño Richard también lo vio.

—Están ahí —dijo el hombretón, acercándose más.

—Pongámonos espalda con espalda —propuso Slank—. Prepara la espada.

Se juntaron, mirando ambos hacia fuera. El movimiento a su alrededor se iba haciendo cada vez más pronunciado. Sonó un chapoteo y vieron la punta de una cola. Y luego varias más, desde distintas direcciones.

«Hay más de dos», pensó Slank.

Y entonces apareció una cabeza de mujer, con el cabello tendido y dando vueltas, a unos metros de distancia. Luego otra cabeza, y otra más, y otra.

Había muchas, muchas más de dos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó el Pequeño Richard, detrás de Slank—. ¿Qué quieren?

—Pues no lo sé —contestó Slank, intentando desechar la idea de «nos han atraído hacia aquí. Es una trampa».

En aquel momento, en la oscuridad, podían distinguir seis, quizá siete cabezas que daban vueltas, moviéndose a gran velocidad, todavía a unos metros de distancia de ellos, pero Slank ya veía que el círculo se iba estrechando. Centímetro a centímetro, se iban acercando más y más... y entonces se detuvieron.

Una de ellas (los dos hombres se fijaron en que era la rubia a la que habían visto antes) estaba justo delante del Pequeño Richard, a su alcance... aunque él no quería tocarla.

Lo miró a la cara, sin expresión alguna, y sus ojos parecieron brillar.

Entonces sonrió.

El Pequeño Richard dio un respingo. La boca de aquel ser era horrible: la parte superior estaba atestada de dientes irregulares y puntiagudos, más de tiburón que de ser humano, y la hilera inferior era una placa de hueso dura y lisa, más de pez que de ser humano.

El Pequeño Richard levantó el brazo derecho y con él la espada. Su gesto era puramente defensivo, pero en cuanto se movió, otra sirena (Slank vio que se trataba

de la morena que habían visto fuera) siseó y se lanzó hacia delante, como una serpiente, abriendo su espantosa boca y agarrando su antebrazo derecho con sus dientes como agujas afiladas.

Slank se volvió para disparar pero el Pequeño Richard, aullando de dolor, fue más rápido y dejó caer el puño izquierdo, macizo y enorme, sobre la cabeza de la sirena. La criatura emitió un chillido espantoso, que helaba la sangre, y se escabulló en el agua oscura.

La cueva se llenó de siseos al aparecer las demás sirenas, que se movían frenéticamente. El Pequeño Richard aulló de dolor cuando otros dientes se hundieron en su muslo izquierdo; llevó la mano hacia abajo, desesperado, intentando golpear y apartar de él a aquel ser. El agua que rodeaba a los dos hombres espumaba y hervía. Slank movía sus pistolas a un lado y a otro pero no encontraba nada a lo que apuntar; las sirenas se deslizaban con demasiada rapidez y, sobre todo, por debajo del agua.

Y luego desaparecieron.

Durante un momento no se oyó en la cueva otro sonido más que el de la respiración de Slank y los quejidos del Pequeño Richard, que notaba el dolor de sus heridas, sobre todo el mordisco en la pierna.

Luego las criaturas volvieron a la superficie, a unos seis metros de distancia de los dos hombres. Había cinco o seis de ellas. Una, aquella a la cual había golpeado el Pequeño Richard, estaba herida, quizás inconsciente. Las otras cinco la sujetaban y emitían unos sonidos leves y extraños. Se iban apartando lentamente, hacia una repisa situada en el muro de la cueva. Cuando dieron la vuelta a su alrededor, Slank vio que miraban hacia los hombres, y vio que la furia asomaba a sus brillantes ojos azules, y vio...

Un momento...

Había algo muy raro...

¿Por qué lo veía todo con tanta claridad?

Slank parpadeó un momento y se dio cuenta de lo que era: una luz procedente de algún lugar al otro lado de aquel repecho, desde lo más profundo de la cueva.

Allí había algo que emitía luz.

—Vamos —le dijo al Pequeño Richard, moviéndose hacia el lugar donde habían desaparecido las sirenas.

—¿Cómo? —se sorprendió el Pequeño Richard, con una mueca de dolor—. ¿Quiere seguir a esos seres diabólicos...?

—Sí —afirmó Slank muy emocionado.

El Pequeño Richard, que no quería ir pero tenía miedo de quedarse solo en el agua oscura, lo siguió. Llegaron al repecho en la pared de la cueva, y Slank, sujetando las pistolas ante él, fue avanzando poco a poco hasta que vio lo que había al otro lado.

—Vaya, vaya —murmuró.

El Pequeño Richard se inclinó para ver y dio un respingo.

Frente a ellos se encontraba una pequeña cueva, en la parte trasera de la cual había un saliente de piedra, de unos nueve metros de ancho. Echada en el saliente, a la derecha, estaba la sirena herida, a la que todavía atendían las cinco que la habían llevado hasta allí. Agrupadas en el saliente y en el agua que había delante vio muchas más sirenas (Slank calculó que eran dos docenas). Detrás de ellas, en un montón de rocas que había en el centro del saliente, se encontraba la fuente de la luz que llenaba la cueva.

Era el baúl. Estaba rajado y torcido, pero la luz fluía de sus muchas grietas.

—Es mío —farfulló Slank.

Las criaturas, que mantenían sus ojos brillantes y azules fijos en los hombres, se dirigieron lentamente hacia el centro de la cueva, reuniéndose frente al baúl.

—No creo que quieran dárnoslo —opinó el Pequeño Richard—. Lo están protegiendo.

—Sí, quieren quedárselo —concedió Slank—, pero no pienso dejárselo. —Y se volvió hacia el Pequeño Richard—: Ve y cógelo.

—¿Yo? Pero...

—¡Ve y cógelo! —aulló Slank, levantando una avalancha de siseos entre las sirenas—. Si van a por ti, les dispararé —continuó, con una voz más calmada.

Pero el Pequeño Richard todavía dudaba.

—¡Si no vas hacia allí ahora mismo, te dispararé a ti! —exclamó Slank.

El Pequeño Richard lo miró un momento y vio que estaba decidido a hacerlo. Se volvió, cogió aliento y empezó a vadear hacia las sirenas.

Las criaturas empezaron a moverse nerviosamente de un lado a otro y el siseo aumentó. El Pequeño Richard miró por encima de su hombro a Slank, suplicante, pero vio que lo apuntaba el cañón de una pistola. Se volvió y dio otro paso hacia las criaturas, que estaban muy agitadas y siseaban y abrían la boca, mostrando sus dientes terroríficos.

Ocurrió en menos de un segundo. Una de las sirenas saltó del grupo, con la boca abierta, directa hacia el Pequeño Richard. Él levantó las manos y en la cueva resonó el súbito estruendo de un disparo de pistola, magnificado por las paredes de piedra. Por increíble que parezca, Slank dio en el blanco, aunque la criatura se movía con enorme rapidez. La bala de la pistola le acertó en el cuello y la sirena cayó hacia atrás con un sonido gorgoteante mientras le empezaba a brotar sangre de la herida.

La cueva se llenó de chillidos y alaridos inhumanos. Otra criatura, y luego una tercera, se arrojaron hacia el Pequeño Richard y Slank volvió a disparar. Esta vez falló, pero el sonido de otro disparo y el rebote de la bala en la piedra resultaron demasiado aterradores para las sirenas. Se retiraron con tanta rapidez como habían atacado. Agarrando a sus dos sirenas heridas, las criaturas agitaron sus potentes colas y se sumergieron, dejando el campo libre a los hombres y a sus terribles armas, para dirigirse hacia la salida de la caverna.

Slank, que todavía empuñaba sus pistolas, vio que se marchaban. El Pequeño

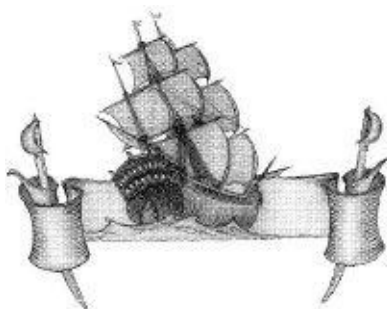
Richard, que apenas podía creer que no le hubiese pasado nada, se quitó las manos de la cara y exhaló muy despacio.

—Ésas eran peores que las arañas —comentó.

—Menos mal —añadió Slank— que no saben que sólo hay un tiro por pistola.

Luego se volvió lentamente, saboreando el momento, hacia el baúl resplandeciente y sin vigilancia alguna.

—Y ahora —dijo—, ya eres mío.



CAPÍTULO 50

Ojos en la oscuridad

Peter bajó trastabillando por un empinado talud de tierra apisonada que formaba el muro interior de la estructura de troncos de los molusqueños. No veía adónde se dirigía, porque las densas ramas de árbol que tenía por encima de la cabeza tapaban la mayor parte de la luz del atardecer.

Al cabo de unos metros, el muro se hizo más inclinado aún, casi vertical, y Peter perdió pie y cayó...

—¡Uuuh!

Peter había tropezado con un cuerpo tirado en el suelo de tierra.

—¡Lo siento! —exclamó.

—Quítate de encima de mí —protestó Ted Tragón.

—Y los demás, ¿dónde están? —le preguntó Peter, poniéndose en pie.

—¡Aquí, chico! —gritó Alf con su voz profunda, lo cual tranquilizó mucho a Peter—. Por aquí.

Cuando los ojos de Peter se acostumbraron a la oscuridad, vio el enorme bulto de Alf y las tres siluetas más pequeñas de James, Thomas y Prentiss, todos apilados junto a él. Estaban en un rincón del lugar, pero no podía distinguir lo grande que era. Sólo se veían dos paredes que desaparecían en la oscuridad.

Peter dio un paso hacia Alf y su pie golpeó contra algo duro que sonaba a hueco. Aquello resbaló unos metros hacia delante. James se agachó, lo recogió y luego lo dejó caer, gritando.

Era una calavera.

—No pasa nada, chico —trató de tranquilizarlo Alf, abrazando al muchacho lloriqueante—. No pasa nada.

—No, eso no es verdad —protestó Prentiss.

Estaba señalando algo, un montón de cosas. Peter lo examinó. Huesos. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que el suelo estaba cubierto de ellos. Huesos y calaveras. Docenas de calaveras.

Y luego lo oyeron, procedente de algún punto en la oscuridad: otro gruñido.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Peter.

Dio media vuelta e intentó escalar el muro, pero era demasiado empinado para

trepar y tampoco podía asegurar los pies o las manos en aquella superficie lisa.

—Aquí, chico —le llamó Alf, levantando a Peter encima de sus hombros.

Pero hasta donde Peter podía alcanzar, el muro era duro, liso y empinado.

—¡No se puede! —exclamó al final, y Alf lo dejó en el suelo.

Se oyó otro gruñido, más cerca aún.

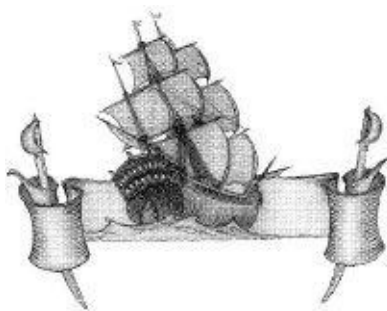
Los chicos se apartaron del lugar de donde procedía el sonido y se fueron hacia el rincón. Alf y Peter se colocaron delante de ellos y todos atisbaron en la oscuridad, mirando y escuchando.

Y se oyó otro gruñido todavía más fuerte. Y un sonido de arañazos, como de garras. Y el rumor de un peso macizo que se movía y se arrastraba por el duro suelo de tierra. Acercándose cada vez más.

James volvió a gritar y entonces todos vieron lo que él había divisado en la distancia, en la oscuridad, dirigiéndose hacia ellos: dos óvalos rojos, brillantes como carbones ardientes, cada uno de ellos con una agresiva ranura negra vertical.

«Son unos ojos —pensó Peter—. Pero están demasiado separados, es imposible.»

Otro gruñido. Los brillantes ojos se movieron.



CAPÍTULO 51

«¡Pájaro!»

Langostino Luchador y el resto de los molusqueños se quedaron de pie en el exterior de la jaula, en silencio, esperando. Esperando a que empezasen los gritos, temiéndolos, sabiendo que una vez que empezasen, pasaría mucho tiempo (horas, a veces) antes de que cesasen finalmente.

A los molusqueños no les gustaba hacer cumplir la ley. Pero Langostino Luchador era su líder, el único que había vivido con los extranjeros, y les había contado que aquella era la única forma, por muy difícil que resultase (sobre todo en el caso de los niños), de protegerse a sí mismos y de proteger su isla.

Como siempre, Langostino Luchador permanecía junto al cercado, mirando, absolutamente quieto. Los otros se habían agrupado a su alrededor formando más o menos un semicírculo, de cara a los troncos, imaginando lo que estaba ocurriendo en el interior y esperando, esperando...

Como estaban de cara a los troncos, no detectaron de inmediato el movimiento que se producía arriba, en los árboles, justo en el exterior del claro. Fue una niña muy pequeña, de tres años, la primera que lo vio y alertó a su madre; su voz diminuta articuló los sonidos en forma de gruñidos y chasquidos que significaban «pájaro».

—¡Pájaro! ¡Pájaro! —gritó la niña.

—Calla —le dijo la madre.

—¡Pájaro! —repetía la niña—. ¡Grande! ¡Ahí!

Y entonces la madre levantó la vista y lo vio; su grito de sorpresa y alarma hizo que el resto de los molusqueños mirasen también hacia arriba y gritasen cuando aquella cosa bajó en picado a través de las ramas más elevadas, en el borde del claro, acercándose a ellos. Era mucho mayor que ningún pájaro que hubiesen visto antes y tenía una forma difícil de adivinar en la oscuridad casi absoluta.

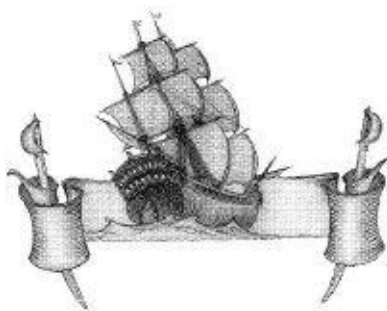
La tribu entera gritaba y señalaba hacia arriba. De pronto, aquella cosa surgió de los árboles en dirección al claro y se abalanzó hacia los molusqueños. Unos gritaron, otros se agacharon, algunos echaron a correr. Unos pocos hombres arrojaron lanzas hacia la cosa. Pero se movía con demasiada rapidez y al cabo de un instante pasó por encima del muro y se metió en la jaula, fuera de la vista del grupo.

Langostino Luchador, de pie y muy calmado en medio del caos en que se sumió

su gente, contempló a aquella cosa pasar volando por encima de su cabeza. Durante un instante, mientras desaparecía, pensó que se parecía a...

«Pero eso es imposible.»

Y entonces le vino a la mente algo que había dicho el chico: «Es mágico y creemos que se encuentra en esta isla».



CAPÍTULO 52

Míster Sonrisas

Los ojos brillantes se acercaban.

—¡Poneos detrás de mí, chicos! —gritó Alf, agachado, preparado para luchar... pero ¿contra qué?, de eso no estaba seguro.

Sin hacerle caso a Alf, Peter se dejó caer a cuatro patas y buscó un arma en la oscuridad. Agarró un hueso bastante pesado («debe de ser una pierna», pensó) y luego cogió otro igual, que le tendió a Alf.

El bicho había incrementado enormemente su velocidad. La jaula resonaba con el sonido de las garras que arañaban el suelo y un peso enorme que se arrastraba y se acercaba más y más... Y entonces Peter pudo distinguir la enorme cabeza plana. Y los ojos brillantes desaparecieron de la vista, ya que la cosa abrió la boca más gigantesca que Peter había visto jamás, llena, tanto en su parte superior como en la inferior, de unos dientes afilados y grandes como dagas. Tenía la boca abierta y enorme como una caverna y podría haberlo devorado entero sin ningún problema. En la jaula resonó un rugido monstruoso que helaba la sangre. Y, entonces, la tremenda boca se cerró de golpe con un chasquido que fue como un disparo de escopeta y aquel monstruo saltó hacia delante, en busca de su presa.

—¡Nooo! —aulló Alf, saltando también hacia delante para enfrentarse al animal y descargando con ambas manos el hueso en el hocico que lo embestía, justo a tiempo.

El hueso se rompió en dos y la criatura se detuvo un momento, como si estuviera sorprendida. Luego volvió a cerrar la boca de golpe y se arrojó hacia Alf, que se retiró a un lado, intentando apartar a aquel animal de los chicos. Su truco funcionó: la bestia se volvió hacia él, haciendo girar su corpachón inmenso y su cola (una cola que, según veía Peter, era del mismo tamaño que una chalupa) dio un golpetazo en el muro y envió por los aires a Peter y a los demás chicos.

—¡Ven aquí, demonio! —gritaba Alf—. ¡Ven y lucha como un hombre!

Caminaba hacia atrás, intentando mantener los ojos clavados en el monstruo, al mismo tiempo que buscaba a su alrededor otra arma. Peter se echó a sus pies y lo siguió de cerca, procurando en todo momento mantenerse fuera del alcance de aquella cola terrible. Su plan era arrojarle el otro hueso a Alf. Mientras la cola se meneaba a un lado y a otro, Peter iba saltando por encima, como si fuese una comba.

—¡Alf! —gritó.

—¡Apártate, chico! —aulló Alf—. ¡Quédate... aaah!

Alf había caído. Tropezó con una calavera y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Gimió y rodó a un lado, pero no podía levantarse. El monstruo abrió de nuevo la boca: si daba un paso más, se iba a comer a Alf.

—¡Nooo! —gritó Peter, saltando hacia delante y esquivando de nuevo la cola que se agitaba. Con su porra de hueso golpeó la dura y escamosa espalda de la bestia—. ¡No, no, no! —gritaba mientras lo golpeaba.

El monstruo se retorció y chasqueaba las mandíbulas, moviéndose mucho más rápido de lo que esperaba Peter. El muchacho apartó sus manos justo a tiempo, pero el hueso quedó engastado y al instante las tremendas mandíbulas del monstruo lo masticaron y lo rompieron en mil pedazos.

Entonces le tocó a Peter retroceder, mientras la bestia se volvía en su dirección y se preparaba para arremeter contra él... Se iba acercando..., se iba acercando... Sus ojos brillantes resultaban extrañamente imparciales; tan sólo se trataba de un animal hambriento a punto de hacer su trabajo. Mientras Peter retrocedía, se agachó y palpó alrededor de sus pies buscando otro hueso, algo... No tocaba otra cosa que el duro suelo. Retrocedió un poco más. Dio con algo duro.

El muro.

Estaba atrapado en el rincón. El monstruo hizo una pausa, como si supiera que Peter no tenía escapatoria. Se detuvo y fue abriendo su enorme boca muy despacio. Para entonces estaba tan cerca que Peter notó el olor de su aliento, fétido y rancio. Si levantaba la mano, casi podía tocar los dientes como dagas, que estaban a punto de hundirse en su carne.

Peter cerró los ojos, alzó las manos en un inútil gesto de protección y al hacerlo...

Una voz gritó:

—¡Peter!

¡Molly!

Abrió los ojos y la vio flotando por encima de él y agitando algo.

—¡Aquí! —gritó, arrojándole aquella cosa.

Él la cogió. Era el relicario. Trasteó frenéticamente, pero no encontraba el cierre.

—¡No se abre! —gritó.

El animal se acercaba más, con las mandíbulas abiertas de par en par.

—¡Hay un botoncito en un lado! —gritó Molly.

Aún estaba más cerca.

Las manos le temblaban.

Peter encontró por fin el botón y el cierre se abrió. Al instante sus manos desaparecieron en el interior de una esfera resplandeciente.

—¡Toca la parte interior! —gritó Molly.

Peter metió el dedo en el corazón de aquella esfera y al instante notó que su cuerpo empezaba a elevarse y sus pies abandonaban el suelo...



Demasiado tarde.

Vio al momento que las mandíbulas se cerraban y que lo atrapaban.

Demasiado tarde.

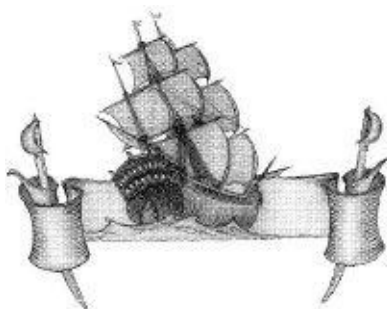
De manera instintiva, Peter golpeó las mandíbulas que se cerraban. Su mano derecha, todavía con el relicario asido, aterrizó en la mismísima punta del hocico del monstruo, que se vio bañado por la esfera.

Las mandíbulas se detuvieron, medio abiertas, medio cerradas.

El monstruo emitió un ruido raro: no un rugido esta vez, sino más bien un quejido, o un suspiro incluso.

Y luego despacio, muy despacio, el monstruo empezó a elevarse del suelo de la jaula, con el cuerpo absolutamente quieto; a la luz del relicario, Peter, que también se iba elevando poco a poco, pudo ver por fin cuál era su verdadero tamaño. «Debe de medir siete metros de largo —pensó—. O puede que incluso diez. Y debe de pesar una tonelada.»

Pero el monstruo se elevó como una pluma; se elevó con la misma facilidad que una brizna de ceniza volando en una nubecilla de humo, arriba, arriba y luego por encima del grueso muro de troncos. Y a continuación, con una sacudida de la cola, se fue desplazando, suspirando todavía, hacia la noche selvática.



CAPÍTULO 53

El poder

Mostacho Negro, con Smees y el resto de su destacamento de reconocimiento agachado tras él, atisbaba entre la densa jungla hacia el campamento de los salvajes.

A Mostacho le parecía que todos estaban rezando, mirando un muro gigantesco hecho de madera y barro. Estaban de pie frente al muro, hombres, mujeres y niños.

A Mostacho le interesaba muchísimo lo que había al otro lado del muro. Sólo unos momentos antes había visto al chico (sí, aquel chico que era la causa de todos los problemas de Mostacho) trepar por una escalerilla de bambú, decir algo al extraño salvaje del pelo blanco que había debajo y luego desaparecer por encima del muro.

«Donde está ese chico, siempre anda cerca el baúl.» Mostacho estaba seguro de ello. Estaba ansioso por conducir a sus hombres al otro lado de aquel muro, pero no sabía muy bien cómo reaccionarían los salvajes. Y por tanto, esperaba, miraba y escuchaba.

—¡No!

El grito de un hombre adulto llegó procedente del otro lado del muro. El hombre parecía aterrorizado. A su grito siguió un sonido bajo, extrañísimo, un chasquido como... ¿de un hueso al romperse? Mostacho se preguntaba quién podría romper así un hueso.

Justo en aquel momento, una niñita salvaje se volvió hacia donde él estaba, señaló y empezó a chillar. Mostacho escondió la cabeza, pensando al principio que lo habían descubierto. Pero luego oyó un roce entre las ramas que tenía encima. Miró hacia arriba y dio un respingo.

Una chica volando. Justo por encima de él. Volando como un pájaro.

¡La misma chica que estaba en el barco! De eso estaba seguro.

—Señor —dijo Smees, señalando—, ahí hay una... mmm...

—Ya la veo, idiota —susurró Mostacho, poniendo la mano encima de la boca de Smees.

La chica atravesó rápidamente el claro y, mientras los nativos gritaban y la señalaban, alarmados, desapareció por encima del muro.

Mostacho estaba muy preocupado. Todos aquellos vuelos, ahora estaba seguro de ello, tenían que ver con el tesoro que él iba buscando. El chico volador había caído

por la borda y ahora aparecía aquella chica voladora. Decidió que, con salvajes o sin ellos, había llegado el momento de averiguar qué había al otro lado de aquel muro.

Hizo una señal a sus hombres. Todos se levantaron, con las espadas y las pistolas empuñadas. Frente al claro, Mostacho levantó la mano, a punto de dar la señal de ataque.

Y entonces su brazo cayó, flácido, y se quedó mirando, asombrado. Sus hombres siguieron su mirada. Varios gritaron, alarmados, pero no había peligro de que los oyeran los salvajes, pues aquéllos también estaban bastante alterados. Muchos gritaban y corrían frenéticamente para alejarse de la gigantesca criatura que emergía desde detrás del muro.

«Un cocodrilo —pensó Mostacho, al ver aquella cosa flotando visible por completo—. Un cocodrilo volador.»

Mostacho había visto cocodrilos antes, había visto docenas de cocodrilos. Pero nunca uno tan grande. Nunca uno ni la mitad de grande que aquel monstruo. Se quedó de pie, inmóvil, mientras el cocodrilo se iba alejando, suspendido a diez metros en el aire, moviendo la cola perezosamente de un lado a otro y las patas como si nadase. Pasó casi por encima de ellos y luego continuó más allá, por encima de los árboles de la selva.

Mostacho lo vio desaparecer y luego miró a sus hombres, que a su vez lo miraban con unas expresiones que oscilaban desde la preocupación hasta el terror más absoluto.

—Pues sí, chicos —resumió—. Es un cocodrilo. Ya habéis visto cocodrilos antes.

—Volando no, no los hemos visto nunca volando —comentó uno de los hombres—. Ni una chica voladora tampoco.

Era una muestra de insolencia inaudita, pero Mostacho vio que el hombre hablaba por todos los demás. Temiendo un motín, se esforzó por hablar con la voz muy calmada y le preguntó al hombre:

—¿Cómo te llamas, marinero?

—Simons —contestó el otro.

—Simons —repitió Mostacho con paciencia, tomando mentalmente nota de matar a Simons cuando ya no lo necesitase—, admito que no es habitual ver un cocodrilo volador. Ni tampoco una chica voladora. Pero ya sé a qué viene todo esto. Tiene que ver con el tesoro que vamos buscando, ¿sabes? Tiene unos poderes enormes, el poder de hacer volar a la gente y más cosas. El poder es mejor que el oro, chicos. Mucho mejor que el oro. Con el poder que te da ese tesoro, puedes tener todo el oro que te apetezca. Y eso es lo que vamos buscando, marineros, y una vez que tengamos ese baúl, todos podremos compartirlo.

«Y si os creéis todo esto es que sois tan idiotas como parecéis», añadió para sí.

Vio que los hombres se mostraban interesados, porque su mente había vuelto al tesoro y habían establecido la correspondencia entre éste y las cosas que habían visto. Aprovechó esa ventaja.

—Mirad —continuó—, ese cocodrilo viejo ya se ha ido. Y la mayoría de los salvajes han huido a la selva, excepto ese viejo de ahí. Nada se interpone entre nosotros y ese muro, excepto unos críos. Y tengo la sensación de que el tesoro está muy cerca de ellos, en alguna parte. Está justo ahí, marineros. Al alcance de nuestras manos.

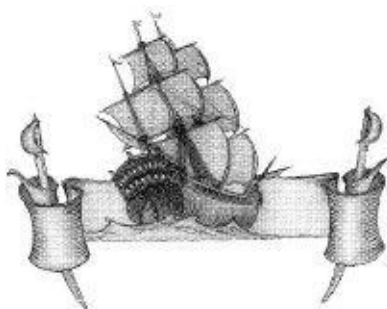
Los hombres asentían. Ya había logrado ganárselos.

—Bueno, entonces —concluyó Mostacho—, coged las espadas y...

Se detuvo al ver que la expresión de las caras de los hombres cambiaba de repente, mientras sus miradas se posaban en algo que tenía detrás.

Se dio la vuelta, miró y lanzó una maldición.

Los niños, cogidos de las manos, volaban lentamente por el cielo selvático.



CAPÍTULO 54

El plan de Slank

—A babor —ordenó Slank—. ¡No, babor está a la izquierda, idiota! ¡Por ahí!

El Pequeño Richard (a quien, a pesar de llevar años navegando, nunca acababa de metérsele en la cabeza dónde estaba babor y dónde estribor) corrigió el rumbo.

El hombretón remaba en el bote y Slank iba en la popa. Remolcaban la chalupa de Mostacho Negro, en la cual iba el viejo baúl de madera.

Siguiendo las órdenes de Slank, el Pequeño Richard había sacado el baúl de la cueva. Al principio no quería, porque temía que los siguieran las sirenas y todavía le dolían mucho los dos bocados que le habían dado. Pero cuando tocó el baúl su humor cambió casi al instante: una sensación de bienestar, de alegría incluso, inundó su maltratado cuerpo. Y había más...

—¿Ha oído eso? —le dijo a Slank, mientras se cargaba el baúl, que casi no pesaba nada, en la espalda.

—¿Oír qué? —preguntó Slank.

—Campanas. ¿No las oye?

—No —respondió Slank, mirando suspicaz al Pequeño Richard.

Pero al salir de la cueva el Pequeño Richard seguía oyendo las campanas y, cuando llegaron a la entrada, notó algo más: el dolor de sus heridas había desaparecido. Se miró el brazo y gruñó, sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó Slank.

—Mire.

El Pequeño Richard le señaló el brazo.

Slank miró. La herida había desaparecido. Donde unos minutos antes había carne desgarrada y manaba sangre, ahora sólo se veía la piel lisa.

—¡Y la pierna también! —exclamó el Pequeño Richard, tocándose la parte trasera del muslo.

—Deja el baúl —ordenó Slank, imperioso.

—Pero...

—Que lo dejes ahora mismo.

El Pequeño Richard avanzó por la playa y dejó el baúl en la arena. Al dejarlo, el sonido de las campanas se fue desvaneciendo hasta desaparecer. Adelantó la mano

hacia el baúl de nuevo...

—¡Déjalo! —gritó Slank.

A regañadientes, el Pequeño Richard retiró la mano.

—Me quedaré aquí con el baúl —dijo Slank—. Tú ve a coger los botes. Trae el bote hasta aquí remando y remolca la chalupa de los piratas también.

—¿Por qué no llevamos el baúl hasta los botes y ya está? —quiso saber el Pequeño Richard—. No me importa llevarlo.

«Porque no quiero que lo toques más», pensó Slank, pero sólo dijo:

—¡Ve ahora mismo a buscar los botes!

Cuando el Pequeño Richard volvió con los botes, Slank cargó el baúl en la chalupa que iba a remolque, y luego se subió al bote y ordenó al Pequeño Richard que remase y los condujese de vuelta al barco pirata.

Slank estaba muy, muy satisfecho de la forma en que habían ido las cosas. En primer lugar, y lo más importante de todo, tenía el baúl. ¡Tenía el baúl!

También tenía la chalupa, lo cual significaba que Mostacho Negro quedaba varado en la isla. Slank sonrió.

«Ese pirata idiota. En realidad no sabía qué era lo que iba buscando. Ni tampoco con quién se enfrentaba.»

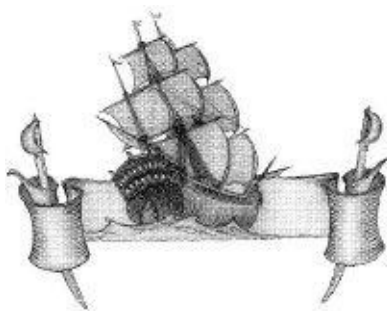
Para entonces, el plan de Slank era volver al barco pirata y hacer que el Pequeño Richard arrojase por la borda a la mayor parte de la tripulación, atada, y quedarse sólo con los hombres justos (solamente necesitaba dos o tres) para maniobrar el buque, a punta de pistola. Y cuando consiguiera llegar a su destino, se libraría también de todos ellos. Y por supuesto, del idiota del Pequeño Richard, que ya sabía demasiado.

Sí, las cosas tenían muy, muy buena pinta, pensaba Slank. Incluso la noche era bonita. El sol ya se había ocultado del todo y había salido la luna llena, que se cernía sobre la laguna, enormemente grande en aquel cielo sin nubes, como si la hubiesen dibujado cerca de la tierra para dar un aspecto más bello a aquella isla extraña. La luz que emitía era tan intensa que incluso arrojaba sombras, tan intensa que Slank veía con toda facilidad la playa desierta y las palmeras que había más allá, y la oscura masa de las montañas.

Era tan intensa que, si Slank hubiese mirado hacia el agua que quedaba detrás de la chalupa, habría visto algo más.

Un rastro de burbujas que los seguía.

Y se acercaba más y más...



CAPÍTULO 55

Por los pelos

—¡Agárrate! —gritó Peter.

—¡Tengo miedo! —gritaba Prentiss, mirando hacia abajo, mientras pasaban por encima del muro—. ¡No me quiero caer!

—No te caerás —le aseguró Peter—. ¡Estás volando!

Y era verdad, todos volaban. Molly era la primera, seguida por Peter, que sujetaba la mano de Prentiss, que sujetaba la mano de James, que sujetaba la mano de Thomas, que sujetaba la mano de Ted Tragón, que sujetaba la enorme manaza de Alf, a quien no le gustaban nada las alturas y llevaba los ojos firmemente cerrados.

Momentos antes, justo después de que Míster Sonrisas saliese flotando de su jaula, Peter, instigado por Molly, que se sostenía en el aire, había hecho que todos los demás tocasen la esfera brillante que tenía en las manos. Luego volvió a cerrar el relicario y les ordenó que se cogieran de las manos mientras empezaban a elevarse.

Peter, que era el único de los chicos que tenía experiencia de vuelo, siguió a Molly, remolcando suavemente a todos los demás por encima del muro.

Cuando lo atravesaron, miró al fin hacia abajo, nervioso y preocupado por si los molusqueños usaban sus lanzas para abatirlos. Pero la sorprendente aparición de Míster Sonrisas volando había sembrado la confusión en la tribu. El único que quedaba junto al muro era el mayor, Langostino Luchador. Estaba de pie, mirando, inexpresivo, mientras Molly, y luego Peter y los demás, flotaban ante sus ojos en el cielo iluminado por la luna.

La mirada de Peter se encontró con la del hombre.

—¡Ya se lo dije! —exclamó Peter—. Hay magia.

Langostino Luchador no articuló palabra, sólo le devolvió la mirada a Peter.

Sus ojos siguieron clavados en él durante un momento más y luego la atención de Peter se vio atraída por un grito de Molly.

—¡Peter! —exclamó ella—. ¡Debemos volver a la playa antes de que se gaste la magia! ¡Por aquí!

Y se volvió y bajó hacia la selva oscura.

—De acuerdo. —Peter se dirigió a Alf y a los chicos—. Vamos a seguir a Molly. Tenéis que inclinaros hacia delante, así.

Se inclinó y tiró con mayor fuerza de los demás.

—No, yo no —se negó Ted Tragón, mirando hacia abajo, nervioso—. Yo no lo sabré hacer.

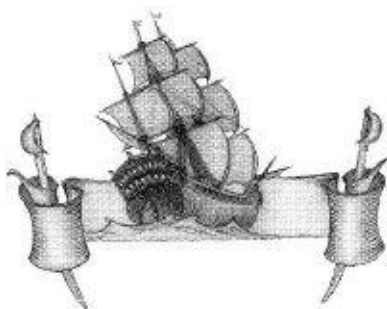
Alf también permanecía rígido y vertical, petrificado por el miedo. Prentiss y Thomas estaban todavía demasiado anonadados para responder. Pero James (¡el bueno de James!) sí que se inclinaba. Con su ayuda, Peter pudo hacer que se desplazase todo el grupito, al principio lentamente y luego tomando cada vez más velocidad, a través del claro y por encima de las copas de los árboles.

Los ojos de Peter miraban hacia delante, por encima de los árboles iluminados por la luna, tratando de adivinar la forma distante de Molly.

Absorto en ella, Peter no notó que, mientras dejaban el claro, pasaban justo por encima de Mostacho Negro y su tripulación pirata. Ni vio a Mostacho levantar una pistola y apuntar justo a su corazón.

Habría sido un tiro muy fácil y Mostacho incluso estuvo a punto de apretar el gatillo. Pero por mucho que quisiera matar al chico, prefería, y sobre todo después de haber visto sus poderes, apoderarse del baúl, y estaba seguro de que el chico lo conduciría hasta él.

A sólo unos metros de distancia, Langostino Luchador pensaba exactamente lo mismo.



CAPÍTULO 56

Volcados

La primera vez que el bote dio una sacudida, Slank supuso que sería una ola, aunque si hubiese mirado a su alrededor se habría dado cuenta de que en la laguna reinaba una calma chicha y su superficie lisa se volvía de plata a medida que la luna resplandeciente se elevaba por el este.

Pero Slank no prestaba atención al agua; sus ojos estaban fijos en el baúl que descansaba en la chalupa remolcada por el bote.

Cuando el bote volvió a dar otra sacudida, Slank le echó la culpa a la forma de remar del Pequeño Richard.

—¡Deja de hacer eso! —protestó Slank.

—Si dejase de mover su peso, señor —le advirtió el Pequeño Richard—, podríamos avanzar más hacia el barco.

—No me estoy moviendo en absoluto. Es tu...

Pero antes de que pudiese acabar, la chalupa se balanceó violentamente, casi hasta llenarse de agua, y el baúl se deslizó de costado. Alarmado, Slank se puso de pie y casi hizo volcar el bote. Se habría caído por la borda si el Pequeño Richard no se hubiese vuelto y lo hubiese agarrado. Slank fue a coger el cabo y trató de tirar de la chalupa y del baúl hacia él, pero no se movió.

—¡Échame una mano, vamos! —gritó al Pequeño Richard.

El hombretón se deslizó junto a Slank y se inclinó por encima del travesaño del bote, que, a causa del peso de los dos hombres, estaba casi sumergido del todo. Los hombres saltaron de repente hacia atrás cuando una boca abierta y espantosa, llena de dientes afilados, salió siseando del agua.

—¡Son las sirenas! —espetó el Pequeño Richard, mientras Slank y él se echaban atrás en el cabeceante bote.

La criatura se lanzó hacia ellos y sus dientes se hundieron en el travesaño; entonces retorció brutalmente la cabeza y arrancó un trozo de madera en forma de media luna, y a través del agujero que dejó empezó a entrar el agua. Cuando desapareció, otra sirena atacó por estribor y luego otra por babor, y las dos balancearon el bote en un juego mortal de balancín. Slank se levantó intentando apartarse de la sirena que tenía más cerca y se vio fuertemente golpeado por detrás

por la potente cola de la otra, saliendo disparado por encima de la borda; su grito de auxilio se cortó de raíz cuando se sumergió bajo la superficie de la laguna.

La súbita desaparición de Slank dejó el bote desequilibrado y antes de que el Pequeño Richard pudiera corregirlo, las sirenas lo volcaron y arrojaron al hombretón también al agua.

Los dos hombres chapotearon en la superficie, luchando por mantenerse a flote con sus pesadas ropas y con el lastre de las espadas y las pistolas, de las que se deshicieron con celeridad dejando que se hundieran hasta el fondo.

El agua burbujeaba amenazadora a su alrededor. El pequeño Richard chilló cuando lo mordieron en la pierna derecha y luego en la izquierda.

Slank, que chapoteaba frenéticamente, consiguió llegar hasta la chalupa. Al agarrarse a la borda, notó el dolor lacerante de unos dientes que se le hundían en el muslo. Soltó la chalupa para golpear a su atacante y al hacerlo la chalupa se volcó y el baúl cayó a la laguna, donde...

... siguió flotando.

Slank se arrojó a cogerlo, pero falló. Se estaba moviendo. Colocado justo encima de la superficie del agua, con apenas un centímetro sumergido, el baúl dio una vuelta hacia la izquierda, luego se detuvo, luego a la derecha y finalmente se alejó con rapidez de vuelta hacia la isla, dejando una estela en forma de uve como una larga flecha en la laguna plateada. En medio de la uve surgían líneas paralelas de burbujas.

El Pequeño Richard salió a la superficie escupiendo, sangrando y lanzando maldiciones.

—¡Aquí! —le llamó Slank y el Pequeño Richard nadó hacia él.

Los dos se agarraron a la borda de la chalupa, que se encontraba boca abajo en el agua.

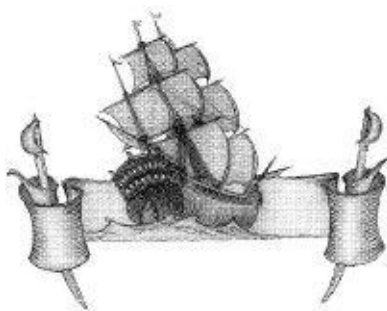
Slank sacó la cabeza y miró a través de la laguna. La flecha en el agua, encabezada por el baúl que se iba haciendo cada vez más pequeño, se dirigía hacia el lugar de donde habían venido, de vuelta hacia la cueva de las sirenas.

—¿Os creéis que habéis ganado? —murmuró Slank—. Pues ya lo veremos, señoritas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el Pequeño Richard.

Como respuesta, Slank sacó su relicario y preguntó a su vez:

—¿Qué tal se te dan las alturas?



CAPÍTULO 57

Un viejo amigo

Peter y los demás acababan de llegar a la playa. El polvo de estrellas empezó a agotarse mientras estaban todavía por encima de la selva; durante unos momentos, Peter pensó que acabarían cayendo en la espesa y oscura vegetación que se encontraba debajo de las copas de los árboles, iluminadas por la luna. No le gustaba nada la idea de verse allí perdido en medio de la noche.

Pero con la ayuda de James, Peter consiguió arrastrar al pequeño grupito de voladores cogidos de las manos en un último vuelo y esta vez, al llegar a la cima de su curva ascendente, oyó a Molly delante que gritaba y señalaba. Entonces vio aliviado la blanca forma de la playa, que parecía de nieve bajo la brillante luz de la luna.

—¡Agarraos bien! —gritó—. Vamos a bajar ahí.

Pasaron justo por encima del último grupo de palmeras (de hecho, los pies de Alf rozaron la más alta y lanzaron un coco dando vueltas por la arena) y aterrizaron estrepitosamente en la arena, cayendo y rodando a unos cuantos metros de distancia del lugar donde los esperaba Molly. Se encontraban en el borde de una cala arenosa, protegida a ambos lados por unas colinas rocosas y empinadas.

Durante un momento, Alf, James, Prentiss, Thomas y Ted Tragón se quedaron sin hablar, sacudiéndose la arena y asimilando aquel vuelo increíble y el alivio de estar de nuevo en tierra. Luego empezaron las preguntas.

—¿Cómo hemos hecho eso? —preguntaba Prentiss—. ¿Cómo hemos podido...?

—¡Y el cocodrilo! —interrumpió Thomas—. ¿Cómo...?

—¡Tengo mucha hambre! —exclamó Ted Tragón—. ¿No hay nada...?

—¡Y esa cosa! —exclamó James—. ¡Esa cosa que tocamos! ¿Qué era eso? Noté una sensación tan...

—Era la magia del baúl, ¿verdad, chico? —dijo Alf—. Seguramente...

—¿Podemos volar de nuevo? —preguntaba James.

—¡Sí! —exclamaron Prentiss y Thomas a la vez—. Queremos...

—Bueno, bueno —intervino Peter—. Intentaré explicároslo, aunque es un poco... extraño. Pero primero tenemos que... ejem... Escuchad, esperad aquí un momento.

Peter se dirigió al lugar donde estaba Molly de pie, mirándolo, sin expresión

alguna, mientras él se le acercaba.

—Has vuelto —le dijo él— a rescatarme. —Y se sonrojó—. O sea, a rescatarnos.

—Sí.

—Gracias.

Molly no respondió.

—Pero habías dicho que no podías —continuó Peter—. Decías que tenías que ir a por el baúl. Decías que era lo más importante.

—Y lo es. Tendría que haberte dejado allí. Ahora no sé cuánto polvo de estrellas me queda en ese relicario y es de noche; los piratas están en la isla y temo que ya hayan cogido el baúl. Se está moviendo, Peter, lo noto. Alguien lo ha encontrado y quienquiera que sea no desea que nosotros lo cojamos. Y ahora esos nativos nos persiguen y ese cocodrilo anda suelto por ahí y... y tengo mucho miedo de que todo esto sea en vano.

Peter vio que estaba llorando. Quiso abrazarla, pero no podía, no con Alf y los demás mirando. Se limitó a darle unas palmaditas en el hombro.

—Todo irá bien —le aseguró—. Encontraremos el baúl.

Molly forzó una triste sonrisa.

—Te lo agradezco, Peter. Yo sé que quieres ayudarme. Pero en este momento, sinceramente, no sé qué hacer.

—Dices que notas el baúl.

—Sí.

—¿Sabes en qué dirección está?

—No, sólo sé que se está moviendo.

—Bueno, pues si es así, alguien lo está desplazando y quizá podamos verlo. Por la mañana, subiremos de nuevo a la montaña y echaremos un vistazo.

Molly asintió.

—Supongo que es un plan tan bueno como cualquier otro.

—Mientras tanto —sugirió Peter—, necesitamos dormir un poco. Si podemos. Uno de nosotros hará guardia por si aparece alguien. O algún animal.

Y tembló pensando en Míster Sonrisas.

—Sí, muy bien —accedió Molly, que había recuperado un poco los ánimos ahora que ya tenían un plan.

—Y yo tengo que devolverte esto —añadió Peter, buscando el relicario que llevaba alrededor del cuello—, porque a lo mejor...

—¿Has oído eso? —le interrumpió Molly, poniendo una mano en el brazo de Peter.

—¿El qué? Yo no...

—Sssh —siseó Molly.

Levantó la cabeza, escuchó y luego sonrió.

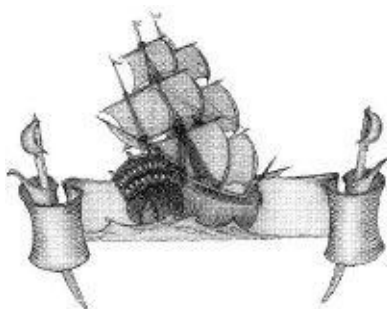
—¡Es ella! —gritó, volviendo la cabeza por encima del hombro, porque ya corría hacia el agua.

—¿Quién? —exclamó Peter, corriendo para intentar alcanzarla.

Pero ella miraba muy concentrada hacia delante y los sonidos que emitía no iban destinados a él.

Y entonces Peter vio una silueta familiar: un hocico romo y sonriente, que sobresalía de las olas a la luz de la luna, a unos diez metros mar adentro, chasqueando y parlotando.

—¡Ammm! —gritó Peter.



CAPÍTULO 58

Encrucijada

Debajo de un espeso dosel de árboles repletos de monos aulladores y otros sonidos de la selva, Mostacho Negro conducía a su banda de piratas siguiendo un sendero que serpenteaba en la misma dirección, a grandes rasgos, y que habían tomado los niños voladores... y Míster Sonrisas.

Smee, que se sobresaltaba al oír cualquier sonido, preguntó:

—Capitán, ¿y si ese lagarto volador enoorme ha aterrizado en algún lugar justo por ahí delante?

—No era ningún lagarto —le corrigió Mostacho, por encima del hombro—. Era un cocodrilo.

—Lo que sea, capitán, quizás esté por ahí delante. A lo mejor deberíamos...

Se detuvo, porque Mostacho se había vuelto hacia él con el ceño fruncido.

—¿Deberíamos qué, Smee?

—Bu... bueno, capitán —tartamudeó Smee—, con ese... esa cosa volando por ahí y esos niños también volando, pues, es que todo es muy raro en esta isla, capitán, y como es de noche y todo eso, yo pensaba, o sea, nosotros pensábamos, yo y los demás hombres, pensábamos que a lo mejor si esperábamos a que se hiciera de día pues podríamos...

—¿Pensabais? —le interrumpió Mostacho—. ¿Vosotros pensabais?

Fulminó a Smee con la mirada y luego a los hombres que estaban detrás de él, nerviosos.

—S... sí —prosiguió Smee—, o... o sea, nosotros...

—¡Vosotros no pensáis! —aulló Mostacho, provocando que Smee y los demás saltaran como un montón de marionetas unidas al mismo hilo—. Yo soy el que piensa, ¡yo!, ¿entendido?

—Sí, mi capitán —llegó la respuesta a coro.

—Muy bien —exclamó Mostacho, y siguió caminando.

De hecho, aunque nunca dejaría que sus hombres lo sospecharan, Mostacho se sentía bastante intranquilo por el hecho de avanzar en la misma dirección que el cocodrilo. No le gustaban nada los cocodrilos, ya que había alimentado a aquellas bestias con hombres en numerosas ocasiones y había visto muy de cerca los terribles

efectos que podían tener sus mandíbulas. Y un cocodrilo de aquel tamaño tan monstruoso, volando además...

No, a Mostacho no le hacía ninguna maldita gracia toparse con aquel bicho. Pero tenía que encontrar a esos niños. A los niños voladores. Ahora ya no tenía ninguna duda al respecto: podían volar. Y Mostacho creía saber cuál era la fuente de ese poder.

Por encima de sus cabezas, la espesa vegetación se abrió un poco y luego un poco más; la luna llena tropical lanzó sus rayos, casi tan brillante como el sol inglés, iluminando un claro donde se cruzaban dos caminos. Una encrucijada en la selva.



Mostacho examinó con cuidado los dos caminos.

—¡Crenshaw! ¡Bates! —llamó. Dos hombres se adelantaron a regañadientes—. Vosotros dos sois voluntarios para el destacamento de exploración. Crenshaw, tú irás por el camino del sur. Bates, tú hacia el este. Escuchad y observad, pero que no os oigan ni os vean. ¿Ha quedado bien claro?

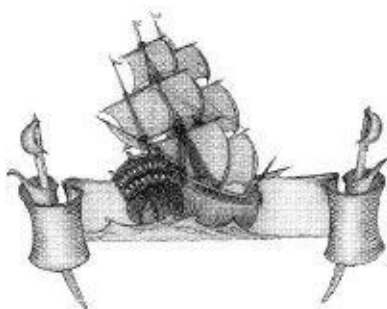
—Sí...

—Sí, capitán.

—Buscamos a los niños, o el tesoro, o a ambos. Me avisaréis en cuanto encontréis algo de interés. Tenéis de tiempo hasta que la luna esté justo por encima de nuestras cabezas. Entonces nosotros tomaremos el camino del sur..., es decir, hacia ti, Crenshaw. ¿Ha quedado todo claro? —No esperó sus respuestas—. ¡Id!

Cuando los dos exploradores partieron al trote en distintas direcciones, muy poco entusiasmados, hacia la oscura selva, Mostacho y sus hombres se acomodaron en aquel claro iluminado por la luna. Nadie hablaba, pero todos los hombres, incluido Mostacho, pensaban lo mismo:

«Menos mal que no soy yo el que está por ahí solo.»



CAPÍTULO 59

Mensaje de *Ammm*

Peter corrió a la orilla en dirección a Molly, que ya se había metido hasta la cintura en la cala iluminada por la luna. Chillaba y gorjeaba mientras vadeaba en el agua hacia el hocico elevado y sonriente de *Ammm*.

James, que trotaba junto a Peter, preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Qué está haciendo?

—Está hablando con la marsopa —le explicó Peter—. Se llama *Ammm*.

—¿Los peces hablan? —preguntó James.

—Éste sí.

—¿Y qué dice? —insistió James, al llegar a la orilla del agua.

—Pues no lo sé. No hablo marsupiés. Pero Molly sí. Ella nos lo dirá.

En ese momento se encontraban de pie junto a Molly y *Ammm* estaba a varios metros de ellos, escuchando muy educadamente. Molly, desesperada por oír noticias de su padre, se esforzó por recordar las formalidades iniciales obligatorias del marsupiés.

—Hola —dijo la muchacha.

—Hola —respondió *Ammm*.

—Molly dientes verdes —continuó la chica.

—Sí —accedió *Ammm*—, Molly dientes verdes.

—Molly feliz ver *Ammm* —dijo ella.

El lenguaje marsupiés tenía 237 palabras que significaban «feliz» y Molly había elegido una que precisamente quería decir la felicidad que uno sentía cuando un alga marina le hacía cosquillas en la barriga. *Ammm* dudaba de que Molly sintiera esa felicidad en particular, pero para ser educada utilizó la misma palabra para contestarle.

—*Ammm* feliz ver Molly.

Cuando las formalidades terminaron, Molly tomó aliento y frunció el ceño para concentrarse, ya que no quería cometer ningún error al hacer la pregunta más importante:

—¿Padre Molly venir?

Ammm hizo una pausa de varios segundos, durante los cuales Molly contuvo la

respiración. A continuación *Ammm* contestó:

—Sí. Padre Molly venir.

Molly soltó el aire y dijo en inglés:

—Gracias a Dios.

—¿Qué? —preguntó Peter.

—Dice que mi padre va a venir.

—¿Cuándo?

—No lo sé —respondió Molly, y se dirigió a la marsopa—: ¿Cuándo venir padre Molly?

—Día —dijo *Ammm*.

Molly frunció el ceño:

—¿Qué día?

Ammm dudó, como si la pregunta la hubiera confundido, y repitió:

—Día.

—Día —murmuró Molly.

—Día —asintió *Ammm*.

—¿Qué está diciendo? —intervino Peter.

—No estoy segura. Creo que dice «día», pero mi marsupiés no es muy bueno y es poco preciso en lo que se refiere al tiempo. Si dice día, puede querer decir que mi padre viene mañana, pero también podría estar diciendo que serán más días.

—Espero que sea mañana —dijo Peter.

—Sí, pero aun así puede que sea demasiado tarde si los piratas tienen el baúl. Tenemos que...

Se vio interrumpida por más chillidos procedentes de *Ammm*.

Molly escuchó, esforzándose por seguir los sonidos. Lo único que entendió fue «hombre malo».

—Otra vez, por favor —le pidió.

Ammm volvió a hablar, más pausadamente. Molly entendió «hombre malo» otra vez y también «luz».

La chica reflexionó sobre lo que acababa de oír. «Luz. ¿Qué querrá decir con...?»

—¡Oh, no! —exclamó.

—¿Qué? —le preguntó Peter.

—Creo que lo que dice es que los piratas tienen el baúl —le explicó Molly.

—¿Y sabe dónde están?

—¿Dónde hombre malo? —le preguntó Molly a *Ammm*—. ¿Dónde luz?

—Molly venir —repuso *Ammm*. Recorrió unos pocos metros a la izquierda, hacia la punta rocosa erosionada por las olas que se encontraba en el extremo izquierdo de la cala, y a continuación repitió—: Molly venir.

—Quiere que la sigamos —explicó Molly, y le dijo a *Ammm*—: Molly venir.

Ammm dio un giro y se sumergió en el agua; unos segundos más tarde volvió a salir a unos veinte metros de la playa en dirección a la punta de tierra, chillando:

«¡Venir!». Peter y James trotaron en diagonal hacia la playa y luego fueron siguiendo en paralelo el recorrido de la marsopa, que no dejaba de salir del agua para asegurarse de que iban con ella. Alf y los otros chicos, que estaban totalmente perplejos, los seguían mucho más rezagados.

—¿Qué estamos haciendo, muchacho? —jadeó Alf.

—Seguir a la marsopa.

—¿Por qué? —aulló Ted Tragón, que cerraba la marcha.

—¡Es una marsopa habladora! —gritó James—. ¡Nos lleva al tesoro!

—¿Es una qué? —preguntaron Alf y Ted Tragón al unísono.

—Es verdad —reconoció Peter, por encima del hombro.

—Pero ¿quién tiene el tesoro? Son los piratas, ¿no es así, chico? —le preguntó Alf.

—Sí, creemos que sí. Y nosotros..., es decir, Molly tiene que quitarles el baúl.

—¡Estupendo! ¿Por qué no lo has dicho antes? ¡No me lo perdería por nada! —exclamó Alf.

—¡Ni yo! —añadió James.

Thomas y Prentiss no decían nada, pero como no querían quedarse solos en aquella isla cada vez más extraña, trotaban con el resto del grupo, al igual que Ted Tragón, que jadeaba y se quejaba todo el rato.

Recorrieron unos cien metros, hasta el punto donde la playa se curvaba abruptamente a la derecha, a lo largo de un montículo de lava cada vez más empinado. Al final se encontraba el cabo, en el cual las enormes olas del océano, después de haber viajado libremente a través de miles de kilómetros de mar abierto, chocaban estruendosamente contra gigantescas formaciones de lava y enviaban chorros de agua a lo alto. *Ammm* continuó siguiendo la costa, dirigiéndose hacia el extremo del cabo.

En la costa, el grupito de humanos la seguía, pero cuando la arena endurecida dio paso a la cortante y traicionera lava plagada de agujeros, caminar se hizo prácticamente imposible y la marcha aminoró. Peter se detuvo un momento y estudió la pendiente.

—Mira —le dijo a Molly—, *Ammm* tiene que nadar alrededor de ese cabo. No puede ir por tierra. Pero nosotros sí. Nos resultaría mucho más rápido subir por esta colina y reunirnos con ella en el agua del otro lado.

Molly contempló la colina y negó con la cabeza.

—No sabemos qué hay al otro lado de la colina. Podría haber otra cala, pero también podría haber más isla. Podríamos meternos otra vez en la selva y perdernos. Además, es posible que *Ammm* nos conduzca precisamente al extremo del cabo.

—Pero no podemos seguirla por estas rocas.

Peter hizo un gesto hacia los demás, que se abrían camino por la lava oscura paso a paso, con penosa lentitud. *Ammm* ya se encontraba mucho más adelante; era una manchita intermitente de luz gris en el agua oscura y agitada.

—Tengo que intentar quedarme con ella —insistió Molly—. No me atrevo a perderla de vista.

—De acuerdo —convino Peter—. Yo subiré por esta colina a ver qué encuentro. Sea agua o tierra, volveré y te lo diré.

Molly no parecía convencida.

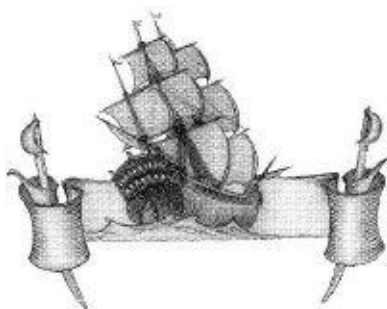
—Volverás, ¿verdad?

—Te encontraré —contestó él.

Sus miradas se cruzaron un instante.

—De acuerdo —aceptó Molly.

Y tras decir eso, Peter se marchó, dispuesto a subir por la ladera empinada y rocosa, y dejó a los demás esforzándose por seguir a *Ammm*, adondequiera que los llevara.



CAPÍTULO 60

Demasiado rápido para ser una nube, demasiado grande para ser un pájaro

Sobresaliendo apenas en la superficie, el baúl se deslizó hacia la cascada en la entrada de la laguna. El agua salobre se volvió más clara, de modo que desde arriba podían verse colas largas, verdes y potentes empujando el baúl mientras las sirenas devolvían triunfales el tesoro a su guarida.

Al sentirse seguras, sacaron las cabezas del agua. La que las dirigía (las otras la llamaban, en su extraña lengua gutural, Maestra) se volvió y sonrió a su grupo. Tenía el cabello rubio, espeso y largo. Los dientes, blancos y regulares; se habían vuelto humanas: la exposición al baúl había completado la transformación del pez en sirena. Las otras le devolvieron la sonrisa. Todas tenían ya dientes humanos.

Estaban tan eufóricas por su triunfo, tan absortas en su tesoro (su Creador) que sólo una de ellas, una joven sirena de la parte de atrás, se percató de que una cosa había atravesado la luna, demasiado rápida para ser una nube, y demasiado grande para ser un pájaro. Lanzó un gruñido de reclamo y sacudió dos veces la cola en la superficie del agua.

Las otras sirenas respondieron al instante y se sumergieron aterradas. Todas menos Maestra, que no quería dejar al Creador. Lo envolvió con los brazos en actitud desafiante y miró hacia arriba, hacia la silueta oscurecida que descendía en picado hacia ella.

Lo reconoció enseguida y le gruñó.



—¡Inclínate hacia delante! —gritó Slank desde la proa del bote volador.

Aún no había logrado dominarlo y lo llevaba sin firmeza ni precisión. A la luz brillante de la luna veía claramente su objetivo, que quedaba debajo de él, y a la sirena rubia que lo desafiaba. En la popa, el Pequeño Richard, que se aferraba a ambos lados presa del pánico, inclinaba ligeramente su peso hacia delante mientras el bote descendía. Slank se inclinó a babor y alineó la proa con su objetivo.

—Vamos, vamos...

El bote se precipitó hacia abajo. La sirena no se movió.

«Es valiente, eso hay que reconocerlo...»

Cuando el bote estaba a punto de alcanzar el agua, Slank se inclinó hacia atrás. La proa se elevó un poco y evitó chocar directamente con el baúl, pero golpeó a la atrevida sirena. Slank notó el golpe sordo en los pies.

«Una menos de la que preocuparme.»

El bote cayó en la laguna y su proa puntiaguda creó olas a ambos lados. Slank y el Pequeño Richard cayeron al fondo del bote, que se agitó violentamente un instante, pero no volcó.

—¡El baúl! —gritó Slank, luchando por ponerse en pie.

—¡Ahí! —señaló el Pequeño Richard.

El baúl asomaba en el agua, a popa. Slank pensó en zambullirse para recuperarlo, pero enseguida cambió de idea.

Sirenas...

Había una docena o más, entre el bote y el baúl, nadando y emergiendo a la superficie frenéticamente, al parecer en busca de algo. Slank tardó un momento, pero enseguida se dio cuenta: «Están buscando a la que he golpeado».

Slank giró sobre sí mismo, se inclinó hacia la proa y miró hacia el agua.

«Ahí está.»

El cuerpo de la sirena estaba enganchado bajo la proa y flotaba inmóvil. Slank la agarró del brazo y la metió en el bote. Tenía la cara cubierta de sangre. Respiraba, pero a duras penas.

De repente se oyó un lamento procedente del agua y a continuación otros más. Las sirenas habían visto a su hermana herida y rodeaban el bote, gruñéndoles.

—¡Vuelve a arrojarla! —gritó el Pequeño Richard—. ¡Nos van a hacer volcar otra vez!

—¡No! —protestó Slank, esgrimiendo su cuchillo—. ¡Nos servirá para hacer un cambio!

Así que agarró a la sirena inconsciente y la subió al bote, sujetando el cuchillo contra su cuello. Las sirenas gimieron y se lamentaron horrorizadas.

—¡Escuchad! —les gritó Slank—. Os la daré... —hizo un gesto como de arrojarla por la borda—, si me dais eso —señaló hacia el baúl—. ¿Entendido?

Las sirenas no parecían entender nada. Por el contrario, en respuesta a una señal que ninguno de los dos hombres había visto ni oído, agitaron la cola y desaparecieron, dejando sólo un rastro de ondas.

Pasaron cinco segundos. Luego diez.

—Esto no me gusta —comentó el Pequeño Richard.

—Saca el látigo —le ordenó Slank, soltando a la sirena inconsciente en la proa.

El Pequeño Richard desenroscó el látigo que se había enroscado en la cintura.

—Ya vienen —indicó.

Los dos hombres se agacharon, observando el agua. De repente, las oscuras

figuras móviles aparecieron ante ellos a través del agua iluminada por la luna.

—¡Ahí vienen! —gritó Slank.

Las colas de las sirenas golpearon el bote y lo zarandearon con violencia. Slank trató de acuchillarlas a ciegas en el agua. El Pequeño Richard hizo restallar el látigo una vez, luego dos, pero a él también le costaba apuntar a las criaturas que se movían con extrema rapidez. El bote volvió a moverse; Slank intentó de nuevo acuchillar el agua y en aquella ocasión hizo que varias de las criaturas se retiraran.

Pero sólo un instante. Las sirenas volvieron a la carga y luego otra vez. Slank y el Pequeño Richard atacaban desesperados desde el bote, gruñían, gritaban, intentaban mantenerlas apartadas y hacían lo posible por que el bote que no paraba de dar vueltas se mantuviera a flote. De vez en cuando el cuchillo cortaba, o el látigo rozaba, y cada vez se oía un grito. El agua que rodeaba el bote se enturbió por la sangre. Pero las sirenas no dejaban de acercarse y formaban espuma alrededor del bote inestable.

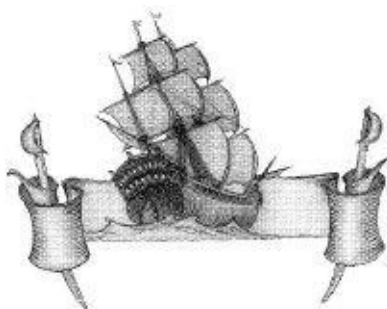
—¡Allí! —aulló Slank, señalando a las sirenas que se encontraban reunidas para atacar en la popa.

Su objetivo era hundir el travesaño de popa con su peso y meterlo bajo el agua. Un latigazo del Pequeño Richard hizo que se apartaran; la proa cabeceó violentamente y Slank se cayó. Al levantarse, miró detrás de él y vio que la sirena herida había...

Desaparecido.

O había resbalado o había vuelto a caer al agua. Las otras sirenas, que seguían peleándose con el Pequeño Richard en la popa, no parecían haberse dado cuenta. Slank trató de encontrarla en el agua enturbiada por la sangre alrededor de la proa, pero no vio ni rastro de ella.

Mientras Slank buscaba en el agua a proa y el Pequeño Richard se enfrentaba a las sirenas en la popa, el baúl, momentáneamente olvidado por todos ellos, se alejaba más y más del bote, en medio de la noche.



CAPÍTULO 61

Crenshaw vuelve

Mostacho Negro levantó una mano, con lo que Smee y los demás se detuvieron, y los hizo apartarse del camino de la selva. Mostacho también se apartó y se escondió entre las hojas enormes de una planta.

El trote de alguien que corría se oía cada vez más cerca. ¿Un nativo? Mostacho se agachó y colocó su espada en el camino. Cuando oyó que se aproximaba, Mostacho levantó la espada unos centímetros y el corredor, con un grito de dolor, cayó de bruces al suelo.

—Crenshaw —dijo Mostacho, saliendo a su encuentro.

—¡Capitán! —exclamó Crenshaw, sin aliento.

Se puso en pie rápidamente, pero dolorido.

—Bueno, ¿qué hay? —le preguntó Mostacho.

Crenshaw trató de responder:

—He visto...

—¿El lagarto? —le interrumpió Smee.

—Cállate, Smee —le ordenó Mostacho—. ¿Crenshaw?

—El bote, capitán —continuó Crenshaw, resollando todavía.

—¿El bote? —Mostacho estaba perplejo—. ¿Nuestro bote?

El recordaba haber dejado el bote a buen recaudo en la isla.

—Sí, señor. Acabo de verlo.

—¿Dónde?

—Estaba... volando, capitán.

—¿Estaba qué?

—Volando, capitán. En el aire. Como un pájaro. Pero no era un pájaro. Era el bote, tan seguro como que estoy aquí de pie.

Los otros piratas se congregaron entonces a su alrededor y se pusieron a hablar de aquella isla extraña y funesta en la que volaban cosas que se suponía que no tenían que volar.

—¡Cerrad el pico! —ordenó Mostacho—. Crenshaw, ¿dónde has visto ese bote volador?

—Siguiendo este camino por donde me mandó. Conduce a una playa..., a una

laguna, señor. Llego allí y veo el barco que pasa justo por delante de la luna, como si nada. Y había hombres dentro.

Se oyeron más murmullos de la tripulación.

—¡He dicho que cerréis el pico! —repitió Mostacho. Y le preguntó a Crenshaw —: ¿Cuántos hombres? ¿Qué hombres?

—Creo que dos. Uno de ellos era grande como un oso. Y cruzaron la luna, volando. Era rápido como un pájaro. Pero no era un pájaro. Era un...

—Sí, sí, un bote volador. —Mostacho terminó la frase y miró a Crenshaw con curiosidad—. ¿Y adónde iba este bote?

—No sabría decírselo con seguridad, capitán. Había árboles y vegetación en mi camino. Fue de este lado a este otro —explicó, señalando de derecha a izquierda—. Pasó por delante de la luna y luego bajó.

—¿Bajó?

—Sí, capitán. Creo que hacia el agua.

—¿Y el baúl? ¿El tesoro?

—No he visto nada de todo eso. Sólo el bote volador. El bote ha desaparecido y entonces yo he venido zumbando para contárselo; luego usted me ha hecho caer y me ha preguntado qué había visto y entonces yo...

—¡Esta parte ya me la sé, pedazo de idiota!

—Sí, señor.

Mostacho analizó la situación. El baúl no podía estar muy lejos, seguro. Cuando empezaban a volar cosas que no tenían que volar, el baúl tenía que estar cerca. Pero ¿quiénes eran esos dos hombres y qué estaban haciendo en su bote?

—De acuerdo, chicos —dijo finalmente Mostacho—. Nos vamos a paso ligero a la laguna. Crenshaw, tú nos guías y nos enseñas dónde has visto el bote volador. ¡Moveos!

Trotando con una cojera pronunciada, Crenshaw volvió al camino, seguido de Mostacho y, con mayor reticencia, de Sme y los demás. Al cabo de pocos minutos el camino se volvió más ancho. Había jirones de niebla baja que destacaban a la luz de la luna, como bolitas de algodón gris. Crenshaw se había olvidado de mencionar la niebla que se arremolinaba.

Mostacho olió la laguna antes de verla: olía a lluvia reciente. Del lado izquierdo, a lo lejos, llegaba el sonido del flujo del agua: una corriente, una cascada que vertía sus aguas en la laguna. Y después, por encima de los sonidos del agua, oyó sonidos claramente humanos, gruñidos, gritos, salpicaduras, el restallido de un látigo. Eran sonidos con los que un pirata estaba familiarizado: sonidos de lucha.

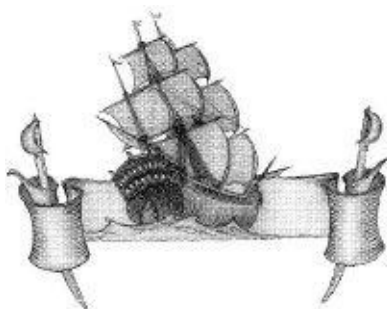
El camino conducía a una pequeña duna de arena. Mostacho detuvo en seco a sus hombres. La pelea parecía haberse desatado en el agua justo al otro lado. «No hay motivo para unirse a una pelea hasta saber de qué parte estás.»

Otro restallido del látigo y luego un grito..., un grito de mujer.

Los hombres se detuvieron y miraron a Mostacho.

—Os diré lo que vamos a hacer —les susurró—. Sean quienes sean los que están ahí, dejaremos que se maten los unos a los otros. Cuando hayan terminado y acabe la pelea, nos encargaremos de los que hayan quedado con vida. Preparad vuestras armas. —Y pensaba: «Botes voladores y peleas... Seguro que el tesoro está en el fondo de todo este asunto».

A continuación sacó su espada y empezó a deslizarse por un lado de la duna.



CAPÍTULO 62

La decisión de Peter

A Peter le sangraban las manos por los cortes que le había producido la lava escarpada al tratar de abrirse camino por la ladera. Al aproximarse a la cima, la cuesta se volvió muy empinada, casi vertical, por lo que Peter comenzó a preguntarse si su plan había sido una buena idea. De vez en cuando se volvía a mirar hacia abajo, pero ya no veía a Molly ni a los otros; se preguntaba si podría volver a encontrarlos.

Finalmente llegó a la cima y enseguida vio que sus sospechas eran acertadas: la colina era de hecho un estrecho pedazo de tierra que separaba la cala de una laguna amplia y curva.

La cuesta del otro lado de la colina era tan empinada como la que acababa de escalar y conducía a otra playa. La recorrió con la mirada, empezando por el extremo de la derecha, y no vio nada que le llamara la atención hasta que detectó unas enormes formaciones rocosas en el centro de la curva de la laguna, cerca de la playa. Se concentró en ellas y forzó la vista para ver si podía captar algún detalle a la luz de la luna.

Un segundo más tarde lo vio: era una forma estrecha y oscura en el agua plateada.
Un bote.

Peter entornó la vista. Había gente en el barco y mucho alboroto a su alrededor. Eran piratas, estaba seguro de ello. ¿Quiénes si no?

«Y apuesto a que tienen el baúl.»

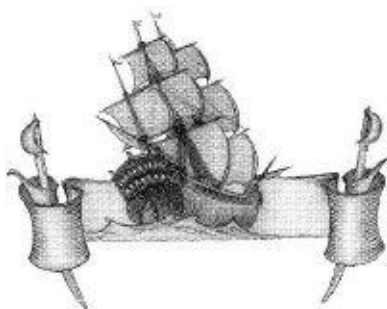
Peter examinó la situación. Estaba seguro de que *Ammm*, obligada a tomar la ruta por el agua, estaba conduciendo a Molly alrededor de la punta hasta aquel bote. El muchacho decidió que no tenía sentido volver a bajar por el camino que había subido, por la lava escabrosa, e intentar alcanzar a Molly. Estaba claro que debía descender a la nueva playa y esperar a los demás allí.

Así que bajó; le pareció que la bajada era mucho más rápida que la subida. Se quedó en la playa cinco minutos, luego cinco minutos más y luego cinco más, tratando de atisbar la playa que le quedaba a la derecha y esperando impaciente a que Molly y los demás aparecieran ante él, ya que recordaba lo lento que avanzaban cuando los dejó.

Finalmente le pudo la impaciencia.

«Sólo voy a bajar a echar un vistazo», pensó.

Y se puso en marcha, manteniéndose apartado de la luz de la luna, caminando bajo las altas palmeras que bordeaban la playa, y se dirigió hacia las rocas grandes y el bote.



CAPÍTULO 63

Se ha vuelto a esfumar

Cuatro uves nítidas emergieron del agua iluminada por la luna, todas dirigidas al lado de babor del bote.

—¡De costado! —gritó Slank.

Pero era demasiado tarde.

Las sirenas calcularon perfectamente el ataque y levantaron el lado de babor justo cuando el Pequeño Richard se apoyaba en el lado equivocado. Éste cayó, agitándose, y su descomunal peso hizo volcar el bote, catapultando a Slank por los aires y luego haciéndolo caer en la laguna.

Slank se asomó a la superficie, clavando el cuchillo en el agua como un loco y sacudiendo las piernas, esperando notar en cualquier momento los dientes de una sirena que se le clavaban en la carne. Pero, por el contrario, notó... notó que tocaba el fondo. Durante la pelea, la corriente había arrastrado el bote y se encontraba a sólo diez metros de la orilla; Slank podía mantenerse de pie sin problemas.

El Pequeño Richard también estaba de pie, mirando nervioso en dirección al agua, con el látigo a punto.

—¿Adónde han ido? —preguntó.

Slank miró a su alrededor. No veía ni rastro de colas ni salpicaduras, sólo la superficie de la laguna, por aquel entonces ya calmada, que reflejaba la luna.

—¿Dónde está el baúl? —preguntó.

Los dos hombres daban vueltas en círculos.

Desaparecido. Otra vez.

Slank lanzó una maldición al cielo y a continuación respiró hondo.

—Bueno, vamos a llevar el bote a la orilla.

Cogieron el bote inundado, lo acercaron a la playa, sacaron el agua y lo arrastraron hasta la arena.

—No lo entiendo —comentó el Pequeño Richard jadeando, cuando hubieron acabado—. ¡Nos perseguían como furias y de repente van y desaparecen!

Slank ya había pensado en eso.

—Intentaban rescatar a la que tenía en el bote —explicó—. Por eso nos volcaron. Pero cuando vieron que no estaba allí, fueron a buscarla. Es la única explicación.

—Pero ¿dónde está?

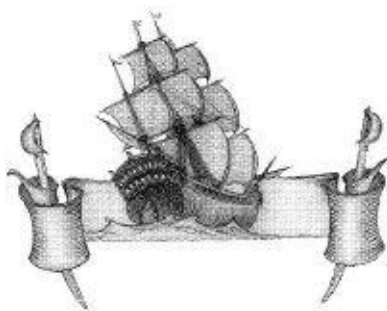
—No lo sé ni me importa. Lo que me importa es el baúl y creo que si nosotros no vimos cómo se lo llevaba la corriente, esos demonios quizá tampoco lo vieron.

En ese momento Slank estaba examinando la laguna a fondo, con las manos en las caderas. A la izquierda caía una cascada de agua dulce que se arremolinaba en una charca profunda junto a la isla de rocas. Al observar el movimiento de la espuma, Slank detectó una ligera corriente que se desplazaba hacia la derecha, por la curva de la playa.

—¡Vamos! —gritó, poniéndose en marcha.

—Y ahora ¿adónde vamos? —preguntó el Pequeño Richard sin demasiado entusiasmo, avanzando pesadamente detrás de él.

—Si el baúl llega a la orilla —respondió Slank—, lo hará por este lado.



CAPÍTULO 64

«Seguro que sí»

Peter se mantenía pegado a las sombras que proyectaba la luna bajo las palmeras mientras caminaba por la playa en dirección al bote. Al acercarse escuchó gritos furiosos y chasquidos, así como otros sonidos extraños; y vio figuras alrededor del bote y en su interior, inmersas en una actividad frenética, al parecer peleándose.

«¿Con quién se pelean los piratas?»

Se detuvo y miró hacia atrás, hacia la punta rocosa. No había ni rastro de *Ammm* ni de Molly.

«Están tardando demasiado.»

Peter dudó. Por un lado, no se atrevía a acercarse demasiado a la pelea y arriesgarse a que lo capturaran; por otro, sentía curiosidad por saber contra quién luchaban los piratas y dónde estaba el baúl. Decidió arriesgarse y acercarse un poquito más.

Apenas había recorrido seiscientos metros cuando oyó un gemido procedente de su derecha, hacia la orilla del agua. Se detuvo y lo volvió a oír, esta vez más fuerte. Miró en dirección a las figuras que gritaban y a continuación agachó la cabeza y salió disparado por la playa en dirección al agua.

La vio enseguida: una chica echada boca abajo en el agua poco profunda, con el pelo largo y rubio desparramado hacia delante, tocando la arena. Parecía hacer esfuerzos por arrastrarse. Movía los brazos casi sin fuerzas y sus manos trataban de aferrarse a la arena mojada.

Peter corrió hacia la chica y cayó de rodillas en el agua. La cogió por los hombros y le dio la vuelta; enseguida se percató de varias cosas. La primera, que era sorprendentemente hermosa y tenía unos ojos verdes increíblemente grandes y brillantes. La segunda, que no parecía llevar nada de ropa y lo único que la cubría era la exuberante cascada de cabello.

Normalmente, la segunda cosa habría captado toda la atención de Peter, pero le distraía una tercera cosa: la sangre que brotaba de un corte profundo que tenía en la frente.

Peter sostenía la cabeza de la chica en sus manos y miraba frenéticamente a su alrededor buscando algo para tapan la herida.

«Mi camisa», pensó.

Decidió sacar a la chica del agua un poco más, para que pudiera apoyar la cabeza en la playa mientras él se quitaba la camisa. Metió las manos por debajo de los brazos de ella y tiró hacia atrás. Entonces Peter se dio cuenta de una cuarta cosa, todavía más sorprendente.

¡Tenía cola!

—¡Aaaah! —gritó Peter y del salto que dio soltó la cabeza de la chica, o del pez, o de lo que fuera, que gemía lastimeramente y se retorció de dolor.

Peter se la quedó mirando. Le chorreaba agua de todo el cuerpo.

—¿Qui... quién eres? —preguntó.

La sirena no contestó, pero parpadeó y miró a Peter como si lo viera por primera vez.

¡Menudos ojos!

Ésta respiró profundamente y de repente adoptó una expresión de espanto.

—Calma, calma —la tranquilizó Peter, arrodillándose otra vez—. No te voy a hacer daño.

La sirena seguía recelosa, pero volvió a cerrar sus enormes ojos. Peter vio que se debilitaba muy rápido a medida que su sangre, espesa a la luz de la luna, seguía inundando la arena.

—Te voy a poner una venda —le explicó el muchacho, quitándose la camisa—. Te irá bien.

Pero ella no parecía escucharlo. Se le había desplomado la cabeza a un lado y la vida parecía estar desapareciendo de su rostro. Peter sabía que era demasiado tarde para que la venda pudiera serle útil, pero como no sabía qué otra cosa hacer, empezó a quitarse la camisa por encima de la cabeza, pero se le enredó con...

El relicario.

Peter se lo sacó del cuello y lo miró. Se lo iba a devolver a Molly, pero entonces apareció *Ammm* y con los nervios se le había olvidado. No tenía ni idea de cuánto polvo de estrellas quedaba en él, si es que quedaba algo. Si había, seguro que no era mucho.

«¿Debería guardarlo? Puede que lo necesite contra los piratas. Molly puede necesitarlo...»

La sirena volvió a gemir. Era un sonido débil. Un sonido mortecino. Peter la miró a la cara, luego miró el relicario y luego hacia la playa todavía vacía en dirección a la punta rocosa.

—Lo siento, Molly —susurró, y abrió el relicario.

De inmediato, una esfera de luz dorada lo cegó; primero sus manos y luego el resto de su cuerpo experimentaron la ya conocida sensación de calidez y ese sentimiento de bienestar. Peter quería disfrutar de esa sensación, pero se contuvo, dio la vuelta al relicario y vertió su contenido en la frente herida de la sirena. La sensación de calidez se evaporó enseguida del muchacho. El brillo se extendió por el

cuerpo de la chica y luego desapareció, como el agua absorbida por una esponja.

«Está funcionando...»

Un momento más tarde, el brillo había desaparecido.

Peter recogió el relicario; seguía abierto, pero ahora era un metal sin vida. Lo cerró de golpe y volvió a ponérselo alrededor del cuello. Entonces se dio cuenta del silencio que lo rodeaba: el ruido de las salpicaduras y los gritos de la playa habían cesado. Se dispuso a levantarse para echar un vistazo cuando notó que una mano le agarraba el antebrazo.

Sobresaltado, se volvió y vio que la sirena se estaba incorporando, con los ojos abiertos y clavados en Peter. La herida se había borrado.

—¿Estás... estás bien? —le preguntó Peter.

La muchacha no dijo nada, pero extendió la mano y colocó con delicadeza los dedos en la mejilla de Peter. Él se sonrojó. Ella sonrió y mostró una sonrisa increíblemente hermosa.

Mientras se miraban el uno al otro, Peter oyó otra salpicadura a unos pocos metros de la costa y vio... no una, sino dos, no, tres sirenas más. Metidas hasta la cintura en el agua poco profunda, le silbaron y se deslizaron hacia delante. Peter trató de alejarse, pero la sirena rubia emitió un sonido extraño desde lo más hondo de la garganta, y las demás detuvieron la marcha. A continuación se produjo un intercambio de sonidos extraños. Las otras tres sirenas sonrieron a Peter, que se sonrojó todavía más.

La agradable escena se vio interrumpida por la aparición de otra sirena más que, sin mirar apenas a Peter, emitió una serie de sonidos guturales que claramente excitaron y alarmaron a las otras tres. Se dieron la vuelta y, tras golpear con sus colas verdes, se sumergieron y desaparecieron. La sirena a la que Peter había rescatado dudó un momento más y le dio a Peter un último apretón en el brazo. La sirena mostró una sonrisa radiante, se deslizó grácilmente hacia el agua y desapareció también.

Unos segundos después, el grupo entero de sirenas salió a la superficie a unos veinte metros de Peter, a su izquierda, haciendo ruidos y gesticulando muy nerviosas las unas a las otras. Peter se puso de puntillas, pero no lograba ver nada. Subió hasta lo alto de la playa y volvió a mirar. Las sirenas intentaban abrirse camino a través de los bajíos hacia una forma oscura que se encontraba en la orilla, lamida por las olas.

Peter parpadeó: no podía creerse la suerte que tenía.

El baúl. Sin vigilancia.

Atravesó corriendo el agua poco profunda y lo alcanzó en cuestión de segundos. No había la menor duda: incluso a la luz brillante de la luna, veía el resplandor de las grietas. En cuanto tocó con la mano la madera rugosa notó la conocida calidez.

De repente, unos sonidos insistentes procedentes de la laguna atrajeron su atención. Las sirenas, que pugnaban por acercarse a él, agitaban los brazos y daban coletazos con las colas que ya no les resultaban útiles en el agua poco profunda. La

sirena rubia a la que había salvado encabezaba al resto. Sus ojos se encontraron con los del muchacho mientras emitía una serie de sonidos apremiantes e incomprensibles. Estaba claro que quería decirle algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Peter—. Qué... ¡aaaaah!

El mango de madera del látigo del Pequeño Richard, parecido a un garrote, golpeó en la cabeza de Peter desde atrás. Peter cayó de inmediato al agua, incapaz de evitarlo, y quedó boca abajo, inmóvil. Las sirenas sibilantes avanzaron mostrando los dientes, pero no tenían nada que hacer en el agua poco profunda y se apartaron de inmediato cuando el látigo restalló delante de ellas.

—Olvídalas —dijo Slank—. Aquí no nos pueden alcanzar. Coge el baúl. Volvemos al bote.

—Pero si volvemos al bote, esos bichos nos hundirán otra vez —protestó el Pequeño Richard, señalando hacia las sirenas.

—Esta vez no. Con lo que hay en el baúl, podemos salir como llegamos, volando por encima de esos diablos.

Se rió de las sirenas, que estaban muy alteradas; se dio cuenta de que una de ellas, la rubia, pese al riesgo del látigo, se arrastraba hacia Peter, que permanecía inmóvil.

—Ah, te gusta el muchachito, ¿no? —le preguntó—. Pues quédatelo.

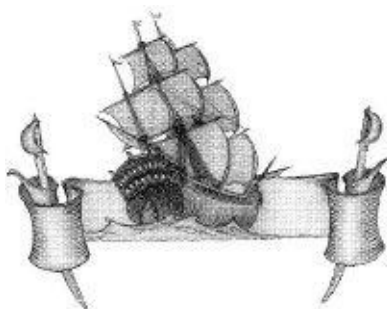
Y con el pie derecho le dio un empujón al cuerpo inerte de Peter, que seguía boca abajo, para que se hundiera aún más en el agua.

—Coge el baúl —le ordenó Slank al Pequeño Richard—, y salgamos de esta isla miserable.

El Pequeño Richard se cargó el baúl a la espalda y luego volvió a mirar a Peter.

—¿No deberíamos darle la vuelta al chico? —preguntó a Slank—. Si lo dejamos así, seguro que se ahoga.

—Claro que sí —comentó Slank, sin ni siquiera mirar—, seguro que sí.



CAPÍTULO 65

Se ha adelantado

—¡Vamos! —gritó Molly a los demás. Le pareció que era la enésima vez que lo decía —. ¿No podéis ir más rápido? Caminaban con mucho cuidado y con una lentitud exasperante por la punta rocosa y azotada por las olas, tratando de evitar caerse en el coral resbaladizo, irregular y con forma de cuchilla. Tenían las piernas cubiertas de rasguños y heridas sangrantes.

Justo detrás de Molly, como había ocurrido desde el principio, caminaba James, siempre constante. Pero los otros se hallaban a una distancia considerable: Prentiss y Thomas estaban abatidos pero se afanaban por seguir adelante; por su parte, Alf se encontraba mucho más atrás y básicamente se dedicaba a llevar a cuestas a Ted Tragón. Molly se había sentido tentada más de una vez a dejarlos atrás, pero no se decidía a abandonarlos. Aunque el marinero grandote estuviera allí para cuidarlos, en aquella isla extraña y aterradora todos debían permanecer unidos.

«Peter no debería haberse marchado solo...»

La muchacha miró hacia delante y hacia la derecha, buscando más allá de las grandes olas hasta que volvió a ver a *Ammm*. Su hocico parecía casi blanco a la luz de la luna y la llamaba para que la acompañara, una y otra vez. Peter tenía razón: *Ammm* los había llevado alrededor del cabo sólo porque no podía llevarlos por tierra. Estaba claro que su destino era la amplia laguna que se encontraba en ese momento a la vista. Molly supuso que aquello significaba que Peter se les había adelantado y que para entonces se encontraba en algún punto de la playa. Esperaba que por una vez hubiera tenido un poco de paciencia y la hubiera esperado tal y como habían acordado.

En el tramo final, el terreno era mejor y la lava implacable daba paso a rocas y arena. Molly examinó la amplia curva de la playa, pero no vio ni rastro de Peter.

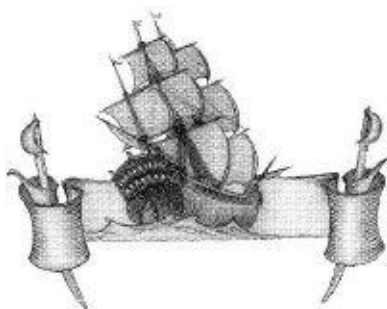
«¿Dónde estás?», se preguntaba.

Se volvió para mirar a los demás.

—¡Vamos! —les insistió de nuevo, y le pareció que era la enésima primera vez que se lo decía.

Entonces, presionada por los chillidos insistentes de *Ammm*, se puso a caminar por la arena endurecida y siguió buscando a Peter en la noche.

«Espero que no te hayas metido en líos.»



CAPÍTULO 66

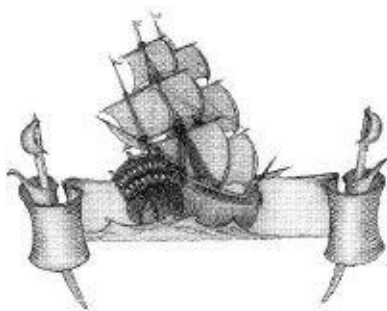
El sueño

Peter nunca había besado a una chica. Nunca había besado a nadie, al menos técnicamente no. Nadie a quien él recordara. Tenía el recuerdo, vago y como irreal, de alguien que lo besaba, una mujer, una señora. Cuando recordaba ese momento, cosa que ocurría a veces cuando se estaba quedando dormido, pensaba que quizás aquella señora fuera su madre. Trataba de verle la cara, pero el recuerdo no se lo permitía. Era más bien como una sombra, antigua y desvaída por la luz.

Pero nunca había besado a una chica. Había leído sobre ello, sobre eso de besar a las chicas; había oído a los muchachos mayores de St. Norbert's bromear sobre ello. Durante la mayor parte de su vida, Peter no había comprendido por qué alguien, chico o chica, querría hacer algo tan poco apetecible como pegar su boca a la de otra persona. Sin embargo, en los últimos días, desde que conoció a Molly, la idea parecía cada vez menos repulsiva y más intrigante. Pero aún no lo había hecho y ni siquiera había tenido oportunidad para hacerlo.

Así que estaba seguro de que soñaba, en aquel instante extraño e irreal, en la voltereta ingrávida que estaba dando en el agua, en aquel remolino de luz, en aquel borboteo de ruidos extraños. Debía de estar soñando, porque estaba en los brazos de una chica, una chica muy hermosa, con el cabello rubio y los ojos verdes («Molly tiene los ojos verdes»), y la hermosa muchacha lo sujetaba, y su boca tocaba la de él; lo más extraño de todo, su aliento se estaba convirtiendo en el aliento de Peter.

Era muy raro. Seguro que era un sueño. Pero era un sueño agradable y Peter decidió que lo mejor que podía hacer era dejarse llevar y disfrutarlo.



CAPÍTULO 67

Como si supiera algo

Slank volvió la vista hacia atrás, hacia el Pequeño Richard, esperando verlo quejarse bajo el peso del baúl. Pero no, el hombretón lucía una sonrisa de oreja a oreja y daba unas zancadas enormes, de dos metros o más a cada paso, como si...

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¡Nunca he estado mejor! —contestó el Pequeño Richard, dando una zancada que lo desplazó cinco metros sin problemas antes de volver a aterrizar con total ligereza.

Era la gota que colmaba el vaso. Slank, corriendo a su lado, agarró al Pequeño Richard de la camisa para evitar que saliera volando. Al tocarlo, el brazo de Slank sintió la calidez de inmediato y cierto cosquilleo.

—¡Estoy bien, de verdad! —insistió el Pequeño Richard—. ¡Perfectamente!

—Ya lo veo.

—¡Podría cantar ahora mismo!

—¡No, ni hablar! —le prohibió Slank entre dientes.

Y entonces el Pequeño Richard se puso a tararear. La sonrisa no le desaparecía del rostro. Slank pensó en acarrear el baúl él mismo, pero temió caer también bajo su hechizo y no ser capaz de pensar con claridad. Así que se dispuso a hacer de contrapeso del Pequeño Richard, sujetando al hombretón por abajo como si fuera un globo humano. Los dos rebotaron y flotaron por la playa hasta que, para alivio de Slank, alcanzaron el bote.

—Déjalo —le ordenó Slank.

El Pequeño Richard, cuyos pies estaban en ese momento casi medio metro por encima del suelo, miró a Slank como un cachorrillo herido.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué he de hacer eso?

—¡Déjalo ahora! —le gritó Slank.

El Pequeño Richard obedeció de mala gana y apoyó el baúl en la arena con delicadeza. Se lo quedó mirando con una expresión nostálgica.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora —continuó Slank, chapoteando en el agua poco profunda—, buscamos una piedra. Aquí, ésta servirá.

Resoplando, levantó la piedra y caminó hasta la orilla.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó el Pequeño Richard.

—Abrir el baúl.

—¡Bien!

—No lo abro para que te diviertas —le cortó Slank—. Lo abro para que el bote vuelva a volar otra vez y así poder regresar al barco sin que nos ahoguen los demonios esos. No toques lo que hay dentro, ¿entendido?

—Sí —respondió el Pequeño Richard, otra vez como un cachorrillo herido.

Haciendo caso omiso del formidable candado del baúl, Slank centró sus esfuerzos en las dos bisagras viejas de hierro. Golpeó la primera con la piedra, que se partió fácilmente, y con el segundo golpe cayó del todo. A continuación se puso con la segunda bisagra y con el primer golpe casi se soltó completamente.

Una ráfaga de polvo dorado salió disparada por la grieta de la tapa que se había ensanchado y cayó en la arena a los pies de Slank.

«Un solo golpe más debería bastar...»

Slank acababa de levantar la piedra cuando oyó el grito de sorpresa del Pequeño Richard. Se volvió justo a tiempo para ver un palo de madera dirigido directamente a su cabeza. Lo esquivó, se tiró a la arena, rodó y se levantó.

¡Piratas!

Dos de ellos habían saltado sobre el Pequeño Richard por atrás, pero dos hombres solos no podían competir con él; el Pequeño Richard se balanceó hacia delante y los arrojó rodando en la arena.

Slank había sacado su puñal, cuya hoja brillaba a la luz de la luna. Pero antes de poder usarlo, sintió la punta aguda de una espada presionándole en la nuca y notó que corría un hilo de sangre.

—Déjalo o morirás —le ordenó Mostacho Negro.

Slank dejó caer el puñal.

—Ahora dile a tu amigo que deje de pelear —le exigió Mostacho, mirando en dirección al Pequeño Richard, que en aquel momento se estaba poniendo las botas con tres piratas.

—¡Pequeño Richard! —exclamó Slank—. ¡Ya basta!

El hombretón, como siempre, obedeció.

—Atadlos —ordenó Mostacho—. Usad la cuerda del bote.

Al cabo de un minuto, los hombres de Mostacho tenían a Slank y al Pequeño Richard tendidos en la playa, con los brazos y las piernas firmemente atados detrás de la espalda.

—No irá a matarlos, ¿verdad, capitán? —preguntó Smee.

—No nos hará falta, ya viene la marea —comentó Mostacho, señalando hacia las olas sibilantes que ya le tocaban los tobillos a Slank—. Me gusta la idea de que se pasen un rato pensando en ello. Y si el mar no los atrapa, también están ese cocodrilo grande y viejo dando vueltas por ahí y los salvajes. —Sonrió de manera desagradable

en dirección a Slank, saboreando su triunfo un momento más, y a continuación se volvió hacia sus hombres y ladró—: Poned el baúl en el bote.

Los hombres dudaron.

—¿Y bien? —insistió Mostacho.

—Usted perdone, capitán —explicó Sme—, pero algunos creemos que el bote este está embrujado, como vuela y todo eso... Uno de los hombres ha visto una barquita en la playa, por ahí... Está hundida y hay un trozo del travesaño de popa arrancado, pero los remos siguen estando en los toletes y flotará.

—La barquita es demasiado pequeña —repuso Mostacho—. Es verdad que el bote volaba, pero eso sólo os demuestra el poder del tesoro que nos llevamos a casa. Chicos, viviremos como reyes. ¡Como reyes! Ahora vamos a devolver el tesoro al barco y a salir de esta isla maldita.

Convencidos, los piratas izaron el baúl hasta el bote y lo metieron en el agua. Mientras se preparaban para embarcar, Mostacho volvió la vista hacia el Pequeño Richard y Slank, que yacían atados en la arena. Slank volvió a mirarlo, pero en aquella ocasión, en vez de parecer enfadado, casi parecía divertido.

«¿Por qué será?», se preguntaba Mostacho.

—¡La marea llegará pronto! —gritó Mostacho—. Acordaos de contener la respiración.

Los piratas se rieron y el Pequeño Richard gimoteó, pero Slank seguía tranquilo, cosa preocupante.

—Nos las arreglaremos, señor Mostacho —replicó—. Pero espero que usted sepa nadar.

—Será usted el que nade, señor, no yo —le corrigió Mostacho Negro.

Los piratas volvieron a reírse, diligentes, pero Mostacho se sintió extrañamente preocupado cuando el bote, con sus hombres manejando los remos, se apartó de la playa donde yacía Slank, que todavía lo miraba con aquella sonrisita exasperante.

«Como si supiera algo —pensó Mostacho—, pero ¿qué podría saber?»

Tras pensar en ello un momento, Mostacho se olvidó de los dos hombres que yacían en la playa y centró su atención hacia delante, en dirección a la *Jolly Roger* y en escapar de aquella isla.

No vio las cuatro uves que se movían a toda velocidad en la superficie del agua plateada, dirigiéndose directamente hacia el bote.



Luchando con todas sus fuerzas contra las ataduras, el Pequeño Richard gruñó, soltó palabrotas y volvió a gruñir, pero pese a su tremenda fuerza no podía romper la cuerda resistente ni deshacer los nudos, atados con la habilidad propia de los marineros. Sentía que el agua le rozaba los pies, gimoteó y trató de rodar hacia la playa.

Slank también rodaba, pero de lado. Tenía los ojos clavados en un punto de la

arena junto al hueco que había dejado el baúl. Era una zona brillante, donde había caído una ráfaga de polvo dorado cuando golpeó las bisagras con la piedra.

Se dio la vuelta una vez y luego otra, hasta quedar boca abajo. La zona brillante quedaba a su derecha y un poco más abajo que él en la playa. Colocó el cuerpo con sumo cuidado y rodó hacia aquel lugar, con la espalda apoyada en el suelo hasta... justo ahí.

Enseguida sintió la agradable calidez que penetraba en él y le pareció que su cuerpo empezaba a convertirse en luz. Pero no quería volar. Centrándose, concentrándose (ya tenía cierta práctica en ello), dirigió la breve ráfaga de energía hacia sus brazos. Tiró con todas sus fuerzas. Sintió que la cuerda cedía y luego, de repente, ésta se rompió. Se había liberado. Se puso en pie y desató rápidamente las cuerdas que le ataban los pies.

—¡Señor! —exclamó el Pequeño Richard, sin poder creer lo que estaba presenciando—. ¿Cómo ha logrado hacer eso?

—Ahora no te preocupes por eso —le cortó Slank y estuvo examinando la arena hasta que encontró su puñal—. Date la vuelta para que pueda soltarte. No tenemos que perder de vista ese barco.



Las sirenas, que tenían cierta experiencia, ya sabían cómo atacar el bote. Golpearon el costado al unísono hasta casi volcarlo y lograron arrojar a dos hombres de Mostacho directamente por la borda.

Mostacho no conseguía imaginarse qué cosa enorme los había golpeado.

«¿Una ballena? ¿En la laguna?»

Smee estaba de pie gritando:

—¡Capitán! Hombres al agua.

—¡Ya lo sé, idiota! —aulló Mostacho—. ¡Siéntate!

Pero ya era demasiado tarde. Smee había desestabilizado aún más el bote, que dio una sacudida muy fuerte y envió al hombrecillo regordete tambaleándose al otro lado. Perdió el equilibrio y, al intentar aferrarse desesperadamente a algo, se agarró al extremo del asa del baúl, con lo que el baúl cayó al agua con él.

—¡No! —bramó Mostacho, abalanzándose para agarrar el baúl. Pero al tratar de tocarlo, lo apartó, en dirección a la orilla..., ¡una cola! Una cola larga y verde.

«¿Qué clase de ballena es ésa?»

En aquel mismo instante, el bote recibió otro impacto. Aquella vez volcó fácilmente y quedó boca abajo. Mostacho y el resto de los hombres saltaron por los aires y cayeron al agua. Jadeaban, farfullaban y se abrían paso como podían hacia el bote volcado.

Mostacho se agarró a él y a continuación levantó la cabeza tanto como pudo, mirando frenéticamente a su alrededor en busca del baúl.

—¡Noooo! —bramó, y al fin lo vio... Iba a la deriva hacia la orilla.



Slank y el Pequeño Richard corrieron por la playa en dirección al alboroto procedente del agua. Los gritos y chillidos de los piratas significaban que las sirenas, tal y como esperaba Slank, los estaban atacando y por una vez le hacían un favor a Slank. Sonrió al oír el grito de agonía de Mostacho; eso significaba que el baúl volvía a estar en el agua.

—¡Ahí está! —señaló el Pequeño Richard.

Slank vio el baúl cabeceando en el agua poco profunda, no muy lejos de otra forma oscura y redondeada..., ¡la barquita! Si los piratas habían acertado, todavía flotaría. Slank volvió a sonreír. Podía haber una forma de escapar de la isla, aun sin el bote.

Situado a cincuenta metros de distancia en la laguna iluminada por la luna, podía vislumbrar la forma baja y oscura del bote con los piratas aferrándose a él. Mostacho y sus hombres habían tenido la desgracia de quedarse atrapados en la corriente y se deslizaban hacia la desembocadura de la laguna. Sus esfuerzos por arrastrar el bote hasta la orilla estaban resultando más bien inútiles.

—¡Que le vaya bien, capitán Mostacho! —gritó Slank.

—¡Eso es mío! —replicó Mostacho.

—¡Ya no, ya no! —se rió Slank.

Centró entonces su atención en el baúl, que en aquel momento estaba tocando la playa. Slank aún temía a las sirenas, así que se resistía a aventurarse en el agua. Por eso le ordenó al Pequeño Richard:

—Súbelo hasta tierra firme. Encontraré otra piedra.



Molly lo vio todo desde debajo de las palmeras: vio que los piratas estaban en apuros, vio a Slank regodeándose con su éxito, vio el baúl.

La muchacha sabía que había llegado el momento. O era una cazadora de estrellas o no lo era; y si lo era, tenía que demostrarlo, con o sin Peter.

—Tengo que ir allí —dijo Molly.

—Yo no voy —murmuró Ted Tragón.

—No puedo dejar que ese hombre se quede con el baúl —insistió Molly—. Tengo que detenerlo.

—¿Cómo? —preguntó James.

—No lo sé —respondió Molly, mirando a su alrededor—. Pero tengo que hacerlo. Encontró un coco en la arena, lo cogió y se dispuso a llevárselo.

—¿Vas a ir a por los piratas con un coco? —Ted Tragón estaba perplejo—. De verdad que estás loca.

—Voy a ir de todas maneras. —Molly estaba convencida.

—Y yo también —añadió James, cogiendo otro coco.

—Yo también, señorita —se oyó a Alf—. Cogeré ese grande de allí.

—Si se mete lo bastante adentro en el agua, puede conseguir ayuda de *Ammm* — le sugirió Molly—. James y yo iremos a por el señor Slank.

Y los tres se dirigieron hacia la playa.

—Están todos locos —soltó Ted Tragón.



—¡Date prisa! —Slank apremiaba al Pequeño Richard, que seguía preocupado por las sirenas y se desplazaba con cautela hacia el baúl que cabeceaba.

Justo cuando el Pequeño Richard estaba a punto de alcanzarlo, *Ammm* lo alcanzó a él.

Ningún hombre había tumbado jamás al Pequeño Richard. Pero *Ammm* no era un hombre, claro está: *Ammm* era un elegante misil ultrarrápido de más de doscientos cincuenta kilos de músculo curtido en el océano. Atravesó velozmente el aire y empujó al gigante en el pecho con una fuerza que habría matado a unos cuantos hombres. En el caso del Pequeño Richard, logró dejarlo sin aliento y lo lanzó hacia atrás, hacia el agua poco profunda. Éste volvió a ponerse en pie, pero de nuevo sintió un peso descomunal sobre él. Aquella vez se trataba de Alf, que rodeó la garganta del gigante con sus fuertes brazos, aferrándose desesperadamente hasta que el Pequeño Richard, debilitado y casi asfixiado, se tambaleó hacia delante y volvió a hundirse.

Slank oyó la lucha y se adentró en el agua. Esperaba que fueran las sirenas y por eso no vio a las dos figuras pequeñas que se acercaron corriendo desde atrás y se le subieron a la espalda. Sintió el impacto y acto seguido alguien que le tiraba de las orejas, casi hasta arrancárselas, y le arañaba los ojos, mientras al mismo tiempo alguien le clavaba los dientes en las piernas.

Pero ¿cuántos eran?

Slank gritó y se puso a dar codazos para zafarse de sus asaltantes. Se dio la vuelta rápidamente y vio que eran...

Niños. Dos niños: la chica del barco y un niño pequeño.

Slank casi se echa a reír: niños. Pero entonces tropezó, la chica le había puesto la zancadilla. «¡Qué rápida es!» Cayó hacia delante y al instante algo duro le golpeó la cabeza, una y otra vez. Se sintió mareado, pero logró ponerse de lado para ver.

«¡Cocos! ¡Niños que me golpean y me dejan inconsciente con cocos!»

Con la sangre chorreándole por la cara, Slank volvió a ponerse en pie, agitando los brazos mientras avanzaba, tambaleante, hacia la laguna. Seguía teniendo a los niños pegados a la espalda y golpeándole con unos cocos. Mientras la oscuridad se cernía sobre él, Slank buscó a tientas el cuchillo.



Alf era un hombre muy fuerte. Pero el Pequeño Richard era inhumano. Pese a su ventaja inicial, Alf se dio cuenta de que poco a poco el Pequeño Richard estaba consiguiendo doblegar a su rival y apartar las manos de su cuello. Había logrado

arrastrarlos a los dos otra vez a la playa, donde el gigante podría respirar con libertad y Alf no podría competir con su fuerza monstruosa.



—¡Aguanta! —le gritó Molly a James—. ¡Ya lo tenemos!

Volvió a golpear el cráneo de Slank con fuerza con el coco. El marinero se estremeció pero no cayó. De repente, la mano derecha del hombre se deslizó hacia James.

—¡Tiene un cuchillo! —aulló James y soltó a Slank para esquivarlo.

Ahora sólo lo sujetaba Molly. Slank retrocedió y en la oscuridad titilante del cielo nocturno, Molly vio un destello plateado de metal cuando la atacó con su cuchillo, como si Slank intentara rascarse la espalda. El arma iba dirigida a su cara.

Molly levantó el coco y frenó el impacto. El cuchillo atravesó el coco y Slank lo sacó al mismo tiempo que le arrebatava el coco a Molly. La chica le agarró el brazo derecho y tiró con fuerza. Slank gritó de dolor e ira. Ella volvió a tirar, con más fuerza aún.

Slank volvió a blandir el cuchillo en dirección a Molly. La muchacha lo soltó y cayó hacia atrás en el agua. El marinero se dirigió hacia ella, enarbolando el cuchillo y con los ojos brillantes de dolor y de rabia. Levantó el cuchillo para apuñalarla y entonces...

—¡Aaarrrrgghh! —aulló, mientras *Ammm* le propinaba un dolorosísimo golpe en la espalda.

Slank se volvió y trató de asestar una puñalada a la marsopa, pero lo único que consiguió fue recibir un chorro de agua procedente del orificio nasal de *Ammm*. Mientras Slank jadeaba y farfullaba, la marsopa levantó la cola, tomó impulso y golpeó hacia delante, con toda contundencia, al marinero. Slank describió medio círculo y cayó en el agua.

Molly consiguió ponerse en pie. Desde atrás, oyó los ruidos que emitía *Ammm*; no lo entendió todo, pero el mensaje esencial estaba claro: vete.

Molly agarró a James del brazo, arrastrándolo hacia la playa, donde se imaginaba que podrían dejar atrás a sus perseguidores. A dos pasos de la playa, Slank los atrapó a ambos. Agarró a Molly de una pierna y la chica cayó. Tras ellos, los chirridos frenéticos de la marsopa subieron de tono, pero el agua estaba demasiado baja para que pudiera ayudarlos.

Con la cara cubierta de arena pegajosa, Molly notó que Slank los arrastraba bruscamente a ella y a James al interior de la playa. Se sintió fatal cuando vio a Tragón, Prentiss, Thomas y Alf boca abajo en la arena, con el Pequeño Richard de pie junto a ellos.

—¿Dónde está el baúl? —aulló Slank.

—Ahí mismo.

El Pequeño Richard señaló a unos pocos metros de distancia en la playa. El baúl

se encontraba en la orilla y unas olas pequeñas rozaban los laterales rugosos.

Satisfecho al ver que estaba fuera del alcance de las marsopas o las sirenas, lo dejó allí de momento, se volvió y arrojó a Molly y a James a la arena junto a Alf y los otros niños.

—¿Está bien, señor Slank? —le preguntó el Pequeño Richard.

—No —protestó Slank, tocándose el cuero cabelludo ensangrentado—, no estoy bien.

—¿Y qué hacemos con ellos? —quiso saber el Pequeño Richard, señalando hacia las figuras que estaban en la arena.

—Pues los matamos —respondió Slank tranquilamente—. Ya he aprendido la lección de lo malo que es dejar a la gente con vida. Empezaremos con la señorita valiente.

Slank tenía el cuchillo en la mano derecha, agarró a Molly del cabello con la izquierda y la hizo sentarse. La chica gruñó dolorida, pero se negó a gritar.

Slank se arrodilló delante de ella, con su cara pegada a la de la muchacha y mirándola fijamente a los ojos.

—Tenías muchas ganas de coger el baúl, ¿no es así, Molly Aster?

Molly sólo le respondió fulminándole con la mirada.

—Querías salvarlo para tu papaíto, ¿verdad? —continuó Slank—. El gran Leonard Aster. El gran cazador de estrellas. Pero no es tan grande, ¿no? Se metió en el barco equivocado. Lo engañamos como a un tonto, al gran Leonard Aster.

Y tras decir eso, Slank, todavía con el cuchillo en la mano, rebuscó en el interior de su camisa y sacó lentamente el relicario dorado. Los ojos de Molly cayeron en él abiertos de par en par.

—Usted, usted es..., usted es...

—Sí —reconoció Slank—, soy uno de ellos. Por eso pusimos el baúl en la *Nunca Jamás*, para poder vigilarlo, mientras el tonto de tu padre iba tras un baúl lleno de arena en la *Avispa*. La verdad es que no contábamos con que tú estuvieras a bordo de la *Nunca Jamás*. Y por supuesto no esperábamos que ese pirata idiota se entrometiera en este asunto. Pero ahora ya está todo claro, ¿verdad, Molly? Y pronto el baúl estará en manos del rey Zarboff.

Molly se estremeció al oír ese nombre.

—Así es, Molly —le aseguró Slank, encantado ante su reacción—. Por fin tendremos el poder. No tienes ni idea de cuánto poder tendremos, Molly. Todo cambiará. Si pudieras vivir para verlo...

Slank se incorporó hacia delante y acercó el filo del cuchillo al cuello de Molly. Ella no quiso retirarse, no quiso gimotear, tan sólo miraba fríamente a Slank a los ojos mientras él empezaba a presionar la cuchilla afilada contra su garganta...

—¡Eh!

Slank dio un salto hacia atrás, y su cuchillo dejó una fina marca de sangre en el cuello de Molly. Ambos se volvieron hacia el origen del grito: una roca plana, a

veinte metros de la costa. Su ocupante resultaba claramente visible bajo la brillante luz de la luna.

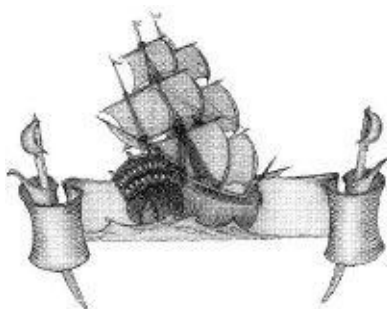
—¡Peter! —gritó Molly.

Slank soltó una maldición. ¡Era imposible! ¡Él mismo se había encargado del chico!

Pero ahí estaba, con el pelo chorreando de agua, los brazos cruzados en actitud desafiante y rodeado de sirenas, como si lo estuvieran protegiendo.

Tenía un pie en la roca.

El otro estaba firmemente apoyado sobre el baúl.



CAPÍTULO 68

Un trato

Durante un instante se miraron el uno al otro, frente a frente en la laguna plateada. Slank y Peter, el hombre y el muchacho.

Fue Slank quien rompió el silencio.

—¿Ves esto, muchacho? —le preguntó, sujetando el cuchillo en lo alto, haciéndolo girar para que el filo brillara a la luz de la luna.

—¡Lo veo! —exclamó Peter.

—Bien. Ahora escúchame. Si no haces exactamente lo que te digo, este cuchillo estará manchado con la sangre de tus amigos, empezando por la señorita.

Slank agarró a Molly por el pelo y la hizo caer al suelo. La chica gritó dolorida.

—¡Molly! —aulló Peter—. ¿Estás bien?

—¡No lo escuches, Peter! —le rogó la muchacha—. No le dejes... ¡Aaaay!

Slank la hizo callar con otro tirón de pelo.

—Ya entiendes cómo va la cosa, ¿no, muchacho? —insistió Slank.

—¡Sí! —contestó Peter.

—Está bien —dijo Slank—. Entonces ya podemos hacer negocios.

—¡No, Peter! —gritó Molly.

Slank le zarandeó la cabeza otra vez y Molly volvió a gritar víctima del dolor.

—Cállate —le espetó Slank entre dientes—, o te rajaré la garganta sólo porque me apetece. —A continuación se dirigió a Peter—: Tengo curiosidad, muchacho. ¿Cómo te has hecho con el baúl?

—Lo cogí mientras usted hablaba de matarlos —contestó Peter.

—Chico listo. Pero ¿cómo lo has subido tan rápido a la roca?

—Mis amigas me han ayudado —respondió Peter, señalando hacia las sirenas.

—Ya veo. ¿Así que esos demonios están de tu parte ahora?

—Así es.

Y, por extraño que pareciera, era verdad. Peter todavía no lo entendía muy bien. Lo único que sabía era que la cabeza le dolía tanto que parecía que le iba a estallar y se había despertado en el agua, abrazado por la sirena a la que había salvado. Y, de algún modo, la sirena le hablaba, sólo que no movía la boca y sus palabras no eran solamente palabras, porque también eran imágenes y sensaciones. Peter descubrió

que entendía a la sirena (que se hacía llamar Maestra) sin esfuerzo y de algún modo ella también lo entendía a él; comprendía la importancia de proteger el baúl (ella lo llamaba «el Creador») de los hombres malos. Cuando oyeron la lucha en la playa y vieron que el baúl no estaba vigilado, al momento se formó un plan de acción en ambas mentes, como si estuvieran pensando con un solo cerebro.

Slank gritó:

—Si las sirenas son capaces de hacer lo que tú dices, creo que podemos llegar a un acuerdo, muchacho. Te cambio la vida de la chica, las vidas de todos tus amigos, por el baúl.

Molly empezó a gritar algo, pero Slank le tapó la boca con la mano. La laguna estaba silenciosa, exceptuando el susurro del oleaje y el borboteo de la cascada a lo lejos.

—De acuerdo —accedió Peter.

—¡No! —gritó Molly, zafándose de la mano de Slank.

—¡Cállate! —Slank volvió a taponarle la boca y le dijo a Peter—: Sabía que eras un chico listo. Un chico razonable. Así que entenderás que tengo que añadir una condición al trato.

—¿Qué condición?

—Necesito asegurarme la vuelta al barco en esa barquita. Tienes que decirles a esas sirenas que me dejen en paz.

Peter miró hacia abajo e intercambió una mirada con Maestra, que estaba en el agua justo delante de la roca donde se encontraba él. Luego volvió a mirar a Slank.

—Lo dejarán en paz —aseguró Peter.

—Gracias por garantizármelo. Estoy seguro de que eres un chico sincero. Pero por eso mismo, necesito algo para protegerme.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que la chica viene conmigo. El resto de tus amigos pueden quedarse, pero ella viene conmigo a la barquita, con el baúl. Una vez que llegue al barco, la dejaré en el bote y tus amigas pueden traerla de vuelta.

—¡Peter, no lo hagas! —Ahora era Alf quien gritaba—. ¡Una vez que tenga el baúl en el barco, no tendrá motivos para dejarla marchar!

—¡Es verdad, Peter! —añadió James, incorporándose—. ¡No lo hagas!

—¡Callaos los dos! —ladró Slank.

El Pequeño Richard empujó a los dos otra vez hacia la arena con su enorme bota derecha.

Slank le gritó a Peter:

—¿Qué me dices, muchacho? ¿Cerramos el trato o no?

—¿Cómo sé que la dejará marchar?

—Porque te doy mi palabra. Y si no estás de acuerdo con el trato, te doy mi palabra de que empezaré a rajar gargantas y verás cuánto vale mi palabra. Así que, ¿qué me dices?

Había un silencio total; incluso los sonidos del oleaje y el agua se detuvieron por un instante, como si la laguna esperara la respuesta de Peter.

—De acuerdo. Acepto su trato.

Molly trató de gritar algo, pero Slank, anticipándose a su reacción, mantuvo la mano apretada contra su boca.

—Buen chico. Acabas de salvar la vida a tus amigos. Mira, esto es lo que haremos. Que dos de tus amigas sirenas lleven el baúl al agua y lo empujen justo hasta donde está la barquita. Sólo dos, ni una más. A continuación quiero que vuelvan con las cabezas en alto, donde pueda verlas. Quiero ver las cabezas de todas las criaturas que hay aquí cuando salgamos y quiero que te quedes en la roca hasta que nos hayamos ido. ¿Lo entiendes, muchacho?

—Sí.

—Muy bien —continuó Slank—, porque tendré el cuchillo pegado al cuello de esta señorita y no hay humano ni pez que se mueva lo bastante rápido como para evitar que la corte. ¿Lo entiendes, muchacho?

—Lo entiendo.

—Bien. Ahora, envía a las sirenas a por el baúl.

Peter se agachó en la roca y miró a Maestra, que se volvió hacia las otras sirenas y emitió una serie larga y compleja de sonidos guturales. Dos de las sirenas, ambas de cabello caoba, nadaron hasta la roca. Peter deslizó el baúl en el agua, donde cabeceó como un corcho en la superficie. Las sirenas de cabello caoba se pusieron detrás de él y comenzaron a empujarlo rápidamente hacia la barquita encallada.

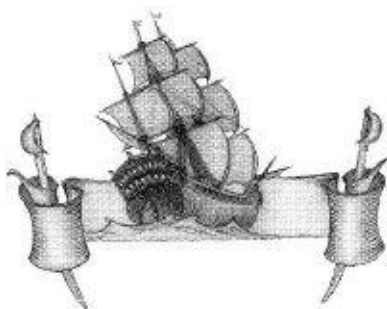
—Es un buen chico —comentó Slank mientras observaba cómo se acercaba el baúl—. Un buen chico, de verdad.

Peter no dijo nada. Se quedó quieto como una estatua en la roca, con los ojos fijos en Molly. Ella también parecía mirarlo, pero, aunque la iluminaba la luz brillante de la luna, estaba demasiado lejos como para que pudiera ver el rostro de la muchacha con claridad. Quizá fuera mejor así, porque la mirada de la chica, a medida que el baúl se acercaba más y más a la orilla, era de furia helada.

Pero Slank vio la cara de la chica y la entendió. Aquello le produjo un inmenso placer.

—Le gustas mucho a ese chico —le susurró bruscamente a Molly, con la mano firmemente colocada encima de su boca—. Pero no es muy espabilado, ¿verdad?

Entonces se rió, mientras Molly pugnaba inútilmente por contestar.



CAPÍTULO 69

Indulto

—¡Dadle a las manos, perros! —gritaba Mostacho—. ¡Rápido, moved manos y pies! ¡Estamos avanzando!

Los piratas exhaustos se quejaban, pero lo obedecían, porque veían que Mostacho tenía razón: el bote volcado estaba girando con angustiosa lentitud hacia la punta de tierra situada más hacia la izquierda de las dos que encuadraban la laguna. Como marineros veteranos, todos entendían lo apremiante de la situación. Si no lograban empujar el bote hasta la punta a tiempo, la corriente los arrastraría hacia delante y hacia el mar.

Así que remaban y pataleaban siguiendo las exigencias de Mostacho. La situación era tan desesperada que incluso el propio Mostacho, guardándose la espada en el cinto, se puso a nadar y patalear. Resultaba algo inédito: el gran pirata teniéndose que rebajar a algo así.

Se encontraban casi a la par con el extremo del cabo, que se erguía a la luz de la luna a unos cincuenta metros de distancia. Demasiado lejos. Ninguno de ellos podía nadar esa distancia; de hecho, la mayoría de ellos (muy propio de los piratas) ni siquiera sabía nadar.

—¡Capitán! —gritó Smee—. ¡No lo lograremos!

—¡Dale y patalea! —replicó Mostacho, pero él también sabía que era inútil, ya habían pasado el cabo.

Pensó en las opciones que tenía: si lograba enderezar el bote volcado y achicarlo, podría tener una oportunidad de sobrevivir. Pero había diez hombres aferrándose al casco volcado. Demasiados para conseguir que el bote volviera a flotar. Tendría que librarse de unos cuantos.

—¡Los de este lado! —aulló—. ¡Soltaos!

Los piratas que estaban más cerca de Mostacho, que eran cinco, se lo quedaron mirando, demasiado perplejos como para responder.

—¡He dicho que os soltéis! —repitió Mostacho, sacando torpemente su espada.

—Pero capitán —protestó el hombre que estaba junto a él—, si nos...

—¡Soltaos! —bramó Mostacho y remachó su orden golpeando al hombre en la mano con la empuñadura de su espada.

El pirata gritó de dolor y se soltó del barco, deslizándose al agua.

—¡Y ahora tú! —gritó Mostacho, dirigiendo la espada hacia el siguiente hombre, empezando esta vez por la hoja.

El segundo pirata saltó hacia atrás, seguido rápidamente por los otros tres.

Ignorando a los hombres que acababa de sentenciar a ahogarse, Mostacho se volvió hacia los piratas que quedaban, que lo miraban con miedo.

—Y ahora —prosiguió—, vamos a darle la vuelta a este barco y a achicar. Moveos hacia...

—¡Capitán! —le interrumpió Smee.

—¿Qué pasa? —gruñó Mostacho.

Estaba deseando atravesar a Smee con la espada sólo para que se callara.

—Los hombres que ha soltado... —empezó Smee.

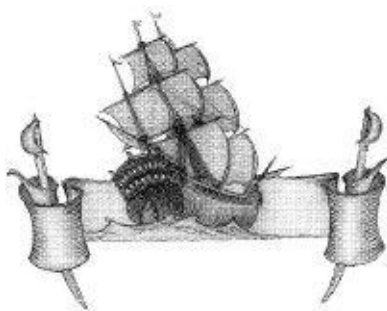
—Sí, ¿qué pasa?

—No se están ahogando, capitán.

Mostacho se dio la vuelta de inmediato y vio que era verdad: detrás de él, cinco cabezas y cinco pares de hombros emergían del fondo de la laguna, firmes como rocas.

Los marineros de los que se había deshecho estaban de pie, sumergidos hasta la altura del pecho. Una barra de arena se extendía junto a la punta de tierra.

Mostacho Negro se dio cuenta de que podían llegar caminando hasta la orilla.



CAPÍTULO 70

Casi hemos llegado

Slank vigilaba a las dos sirenas de cabello color caoba que nadaban otra vez hacia la roca donde se encontraba Peter. Cuando estaban a punto de llegar, se dirigió al Pequeño Richard.

—Dale la vuelta a la barquita y pon el baúl en ella —le ordenó.

—¿Y ellos qué? —preguntó el Pequeño Richard, señalando hacia Alf y los chicos que estaban boca abajo en la arena.

—No serán un problema —explicó Slank—, a no ser que quieran que le corte el cuello a su amiguita.

Sujetó firmemente a Molly mientras el Pequeño Richard vadeaba en dirección a la barquita. El hombretón le dio la vuelta con facilidad y Slank se alegró al comprobar que, aparte del pedazo en forma de media luna que había mordido la sirena en el travesaño de popa, la barquita no parecía haber sufrido mayores daños. Serviría para llevarlos hasta el barco. Si fuera necesario, podría intentar usar el polvo de estrellas, pero hacer volar el barco, el baúl, al Pequeño Richard y a la chica podría resultar arriesgado. Especialmente por la chica: era la que más le preocupaba. Llevaba lo de cazar estrellas en la sangre y podría causarle problemas cuando estuvieran cerca del polvo.

En el fondo, Slank no tenía ninguna intención, ninguna en absoluto, de dejar marchar a Molly. El chico era tonto si pensaba que decía la verdad. Slank sólo pensaba en volver a Rundoon convertido en un héroe: no sólo se llevaría consigo la mayor cosecha de polvo de estrellas que recordaba la humanidad, sino también a un miembro de la legendaria familia de Cazadores de Estrellas, la hija del gran Leonard Aster. El rey Zarboff se sentiría muy satisfecho. Al rey le encantaban las niñas y estaba seguro de que lo recompensaría generosamente.

El Pequeño Richard cargó el baúl en la popa de la barquita erguida.

—Ya está todo listo, señor —indicó.

Slank arrastró a Molly a través del agua y la subió a la proa de la barca. La hizo agacharse junto a él, sin dejar de amenazarla con el cuchillo. El Pequeño Richard soltó el barco, después se subió en medio y cogió los remos.

Slank mantenía la atención fija en la roca donde se encontraba Peter rodeado de

las sirenas. Ninguna de ellas parecía haberse movido.

—¡Recuerda nuestro trato, muchacho! —le gritó.

—Lo recuerdo —respondió Peter.

«Tonto», pensó Slank.

Los remos se adentraban en el agua, se movían y volvían a salir a la superficie, una y otra vez. Las potentes paladas del Pequeño Richard, ayudado por la corriente en dirección al mar, los apartaron rápidamente de la playa, hacia la amplia desembocadura de la laguna. Slank seguía con la mirada clavada en la roca, pero aún no veía ninguna señal de movimiento. Justo antes de que desapareciera de su vista en la distancia, Peter y las sirenas continuaban en el mismo lugar.

Slank centró entonces su atención en el agua, temeroso de las sirenas. No vio nada, no oyó nada, excepto los remolinos provocados por las paladas regulares del Pequeño Richard.

Al cabo de diez minutos alcanzaron la desembocadura de la laguna y comenzaron a rodear la punta rocosa. Slank fijó a partir de ese momento su atención en los mástiles de la *Jolly Rogery* pensó qué haría con la tripulación del barco. No estarían nada contentos, después de haber pasado tantas horas atados. Así que tendría que arrojar a unos cuantos por la borda. Conservaría a algunos para hacer navegar el barco, utilizando al Pequeño Richard y el poder que le daría el polvo de estrellas para controlarlos.

Al salir de la laguna hacia el mar abierto, Slank volvió a comprobar el estado de la superficie del agua: seguía sin haber rastro de las sirenas. Por primera vez en horas, comenzó a relajarse. Soltó la boca de Molly y ella escupió, como si le asqueara el sabor de su mano.

—Bueno, señorita. No soy tan malo, una vez que te acostumbras a mí. Y tendrás que hacerlo en nuestro viaje a Rundoon.

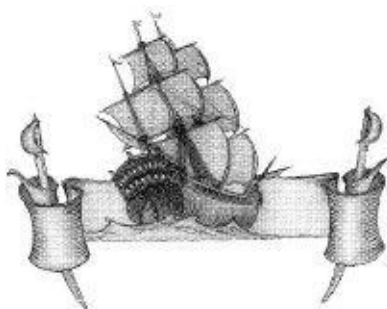
Molly lo miró, pero no dijo nada.

—Tu amiguito de allí, menudo tonto —se burló Slank.

—Es una buena persona —replicó Molly—. Hizo lo que creyó que debía hacer. Usted nunca lo entendería.

Al acercarse a la *Jolly Roger*, que brillaba a la luz de la luna, Slank empezó a ver las formas inertes de los piratas atados como cerdos y colgados en los botalones, tal y como el Pequeño Richard y él los habían dejado.

—Ya casi estamos —le dijo a Molly—. Bienvenida a tu nuevo hogar.



CAPÍTULO 71

Menos mal

Mostacho Negro caminó penosamente hasta la orilla, con la espada desenvainada y los hombres delante donde pudiera verlos, sobre todo aquellos a los que había arrojado del barco. Se dedicaban a refunfuñar entre ellos y sintió que podría haber un motín.

Al alcanzar tierra decidió que, dadas las circunstancias poco usuales, había llegado la hora de pronunciar un discurso de motivación.

—Veamos, chicos —comenzó—, sé que algunos de vosotros estaréis enfadados por la manera en la que están yendo las cosas.

Los hombres lo miraron con resentimiento. Mostacho continuó:

—Pero si no os hubiera sacado del bote, ahora estaríais perdidos en el mar, ¿no es así? ¡Todos estaríamos perdidos! ¡Pensadlo, chicos!

Los hombres fruncieron el ceño mientras lo pensaban. Mostacho siguió con su discurso.

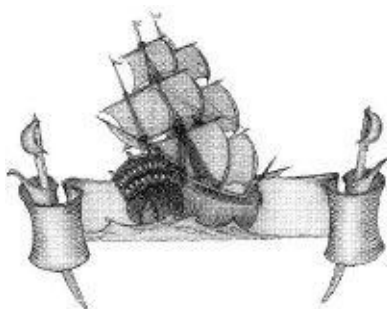
—Así que estáis aquí gracias a mí, ¿no es así? Sin vuestro capitán estaríais todos muertos. ¿Tengo razón o no? ¿Y bien? ¿La tengo?

Algunos hombres se estaban rascando la cabeza en ese momento. Buena señal.

—Claro que sí —afirmó finalmente Mostacho—. Por eso soy el capitán. Y por eso hacéis lo que os digo. Y ahora mismo, digo que vamos a volver a esa playa, a cargarnos a los ladrones que se llevaron nuestro tesoro; lo cogeremos y volveremos a la *Jolly Roger*. ¿Os parece bien? ¡Bueno, entonces adelante!

Y tras decir eso, pasó por delante del grupo y se puso a caminar en dirección a las cascadas. Desde allí podrían continuar rodeando la playa. Tras dar unas zancadas, miró hacia atrás: sus hombres, dirigidos por Smeeth, lo seguían. Ninguno parecía demasiado contento, pero andaban. Mostacho miró hacia el frente y sonrió.

«Menos mal que los piratas son tontos», pensó.



CAPÍTULO 72

Cambio de planes

Slank no podía dejar de hablar. Se sentía casi aturdido al acercarse la barquita a la *Jolly Roger*. Confiaba en que, con el poder del baúl, se haría con la tripulación. Le agradaba tener a Molly para alardear, para burlarse.

—¿Te gustan las serpientes? —le preguntó—. Porque el rey Zarboff tiene una. Pero no te acerques mucho a ella. Le gustan los bocados tiernos como tú —se rió Slank.

—Nunca llegará a Rundoon —le desafió Molly, sin alterar la voz.

Slank dejó de reírse de repente.

—¿Y quién va a detenerme? ¿Tú? ¿Tu confiado amiguito, que está allí en la roca?

—No. Mi padre. Vendrá y lo encontrará.

Slank volvió a reírse.

—¿Y qué si lo hace? Aunque lo consiga, ¿crees que podrá competir con lo que hay en el baúl?

Molly intentó mantenerse inexpresiva, pero Slank captó un parpadeo en su mirada.

—Ah, veo que entiendes lo que te digo —dijo Slank.

—Sí —reconoció Molly, aunque no había parpadeado por ese motivo.

Lo que le había hecho parpadear (y que casi la traicionó) era la forma oscura que se acercaba por encima del agua procedente de la desembocadura de la laguna, a baja altura y veloz. La vio porque estaba mirando a la proa; Slank, que la miraba a ella, no la vio.

—Sí —repitió Molly—. Supongo que tiene razón. Hay muchísimo poder en ese baúl.

—Oh, claro que sí —le aseguró Slank, disfrutando del hecho de que su trofeo cautivo estuviera hablando—. Más poder del que ha caído jamás en la tierra, al menos en tiempos de los humanos. Eso es lo que dicen. Suficiente poder como para cambiar el mundo.

—¿Y qué hará con eso? —preguntó Molly, desesperada por mantener la atención de Slank, por evitar que volviera la cabeza hacia la forma del cielo.

También le preocupaba el Pequeño Richard, que estaba mirando hacia proa, pero

tenía la cabeza inclinada, concentrado por el momento en remar.

—¿Que qué haremos? ¡Bueno, cambiaremos el mundo, por supuesto! Dirigiremos el mundo, eso haremos. Una vez que nos hayamos deshecho de los Cazadores de Estrellas.

La forma voladora estaba mucho más cerca.

—¿Realmente cree que podrá hacer eso? —le preguntó Molly—. Los Cazadores de Estrellas saben mucho. Y tienen mucho poder.

—Es verdad. Pero vamos a...

Se detuvo en seco, mirando a Molly, y en aquel momento supo que su mirada, que seguía la trayectoria de la figura voladora, la había traicionado. Slank se volvió rápidamente y gritó al ver que algo se acercaba volando a gran velocidad. El Pequeño Richard lo vio también y levantó un remo para golpearlo, mientras Slank sacaba su cuchillo para clavárselo.

—¡Peter! —gritó Molly.

—¡Molly, salta! —exclamó Peter.

Y ella saltó. Se lanzó por la proa de la barquita al tiempo que Peter se deslizaba por encima de su cabeza, alargando la mano derecha hacia abajo para agarrarla. Ella también hizo esfuerzos para agarrarse a él, pero sus manos sólo se rozaron un instante y Peter desapareció. Molly cayó al agua.

Slank aulló, furioso, y se inclinó hacia el agua para coger a Molly, agarrándola por el pelo, pero entonces oyó el grito de Peter. El muchacho había dado media vuelta y bajaba en picado en dirección a Slank. Soltando a Molly, Slank se volvió y levantó el cuchillo, calculando la estocada a medida que el chico se acercaba más y más y...

Falló.

Peter viró bruscamente en el último momento, Slank se quedó tratando de acuchillar el aire y el Pequeño Richard movió el remo en dirección a la nada.

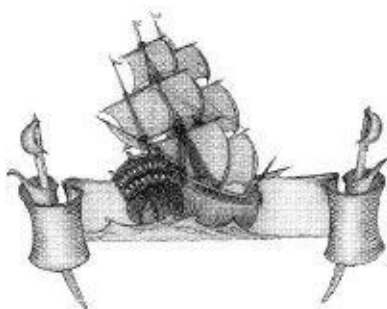
Slank volvió a mirar hacia el agua y vio que Molly había... desaparecido.

Empezó a maldecir y fue a comprobar la popa.

El baúl seguía allí.

—¡Apártate de mi camino! —gritó, peleándose por pasar junto al Pequeño Richard en la barquita sin volcarla.

Sin la chica, no quería arriesgarse más: usaría el polvo de estrellas en ese preciso momento.



CAPÍTULO 73

Sólo mira

Molly se hundía cada vez más. La luna, que antes se mostraba brillante y amarilla en la superficie del mar ondeante por encima de ella, se volvió más tenue y verdosa. Molly agitó los brazos y las piernas, pero la pesadez de la ropa no la dejaba nadar. Le ardían los pulmones. Se iba a ahogar.

La mano derecha le ardía también.

Le ardía la mano en el lugar donde la había tocado Peter.

Molly se puso la mano ante la cara y en la penumbra acuosa vio un débil brillo y lo comprendió: lo que intentaba Peter no era sacarla del barco, sino ponerle polvo de estrellas en la mano. Pero ¿habría sido suficiente? Sólo se habían tocado un instante...

Molly hizo esfuerzos por ignorar el dolor que sentía en los pulmones, alzó la mano derecha por encima de la cabeza y cerró los ojos, procurando centrarse en el hormigueo que sentía, deseando que se expandiera y la elevara.

«Por favor, que sea suficiente, por favor...»

Abrió los ojos, pero no sabía si se había hundido más o no; estaba a punto de perder la conciencia. Volvió a cerrar los ojos.

«Por favor, por favor...»

Y entonces sintió la calidez con la que estaba familiarizada. Abrió los ojos bajo el agua y miró hacia la luna, la encantadora luna, más luminosa y menos verde y mucho más dorada, que cada vez se acercaba más y más, y entonces...

¡Aaaaaah! La cabeza de Molly emergió a la superficie, se echó hacia atrás y aspiró todo el aire salado que pudo de una sola vez y...

—¡Allí está! ¡Cógela!

Era la voz de Slank que venía de detrás de ella. Molly se dio la vuelta: el polvo de estrellas la había dejado con la mitad del cuerpo dentro del mar, de manera que el agua le quedaba a la altura de la cintura, y vio la barquita a menos de veinte metros, vio a Slank apoyado sobre el baúl, señalando hacia ella, y vio al hombretón tirando de los remos, virando la barquita hacia donde se encontraba la muchacha.

«Tengo que elevarme más —pensó Molly, tirando hacia arriba—. Vamos, vamos...»

Sintió que su cuerpo se elevaba, pero muy lentamente, con excesiva lentitud, ya que la barquita casi la había alcanzado y el gigante estaba girando la popa para que Slank pudiera agarrarla...

—¡Molly! ¡Aquí!

Aquella vez, Peter no sólo le tocó la mano derecha, sino que se la agarró. Con las manos juntas, tiró de ella hacia arriba y la muchacha salió del agua justo cuando Slank gritó...

—¡Cógela!

Y le agarró el tobillo a Molly. Tiró con fuerza hacia abajo y Molly gritó de dolor. Sentía como si se le estuviera desencajando el brazo. Peter se aferró desesperadamente a su mano derecha, mientras Slank, que era mucho más fuerte, la arrastraba despacio por la pierna izquierda. Molly estaba colgando entre los dos, suspendida sobre el agua en la popa de la barquita.

—¡Cógele la otra pierna! —le gritó Slank al Pequeño Richard, y el hombretón soltó los remos.

Molly sabía que en cuanto el gigante la agarrara no tendría nada que hacer. Se dio cuenta de que tenía una oportunidad, sólo una, al echar hacia atrás el pie derecho y...

—¡Aaaaay!

Slank lanzó un gruñido de dolor cuando Molly le clavó el talón derecho en la nariz. Enseguida le empezó a brotar sangre y el susto le hizo aflojar lo bastante como para que Molly soltara el pie izquierdo justo cuando el Pequeño Richard estaba a punto de alcanzarla; sus dedazos le estaban rozando la pierna y...

¡Estaba libre!

Liberados del peso de Slank, Peter y Molly se elevaron juntos, con las manos entrelazadas, dando vueltas en el cielo nocturno iluminado por la luna.

Se dejaron ir y extendieron los brazos, afianzándose. Ambos se habían convertido en voladores veteranos. En un momento de extraña calma, se quedaron inmóviles en el aire aguantando la respiración, unos cincuenta metros por encima del agua y la barquita donde Slank soltaba palabrotas, apretándose la nariz que le sangraba.

—¿Estás bien? —le preguntó Peter.

—Estoy bien —respondió Molly, aunque en realidad le dolía el cuerpo entero por haberse convertido en una cuerda humana de tira y afloja. A continuación añadió, muy fría—: Gracias por salvarme.

—Te debía una —repuso Peter, estudiando su cara y sorprendido por su tono—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Pasa de todo —dijo Molly entre dientes—. Peter, has dejado que Slank se quedara con el baúl. Gracias por tus actos heroicos, pero todo lo que hemos hecho, todo por lo que hemos pasado, no sirve de nada si ese hombre —señaló hacia la barquita— tiene el polvo de estrellas. Pensaba que lo entendías.

—Molly, yo...

—¡Vais a morir los dos!

Peter y Molly miraron hacia abajo; Slank, con la sangre chorreándole por la cara, estaba otra vez en la proa de la barquita; los miraba desafiante y con el cuchillo en la mano. Su voz reflejaba una furia extrema.

—¡Disfrutad de vuestros últimos momentos, tortolitos! —gritó—. ¡Ahora voy a por vosotros!

Slank se inclinó sobre la tapa del baúl. Ya había abollado una de las bisagras con una roca; en aquel momento estaba deslizando la hoja de su cuchillo bajo la otra bisagra, disponiéndose a levantarla.

—¡Peter! ¡Tenemos que detenerlo!

Molly se dispuso a inclinarse hacia delante para bajar en picado, pero la mano de Peter la detuvo agarrándola del brazo. Flotaban por encima del mar y la barquita.

—¡Déjame ir! —protestó la chica.

—¡No! —gritó Peter—. Sólo mira.

Slank empujó con el mango del cuchillo. La bisagra saltó con facilidad, como si apenas estuviera encajada, y repiqueteó en el fondo de la barquita. Slank volvió a mirar en dirección a Peter y Molly, con una expresión de triunfo en su rostro, tras lo cual volvió a mirar hacia el baúl y levantó la tapa.

El baúl estaba vacío.

Durante dos, tres, cuatro segundos, Slank permaneció absolutamente inmóvil. Una gota de sangre cayó de su nariz y salpicó el fondo de la madera rugosa del baúl. A continuación, lanzando un grito de furia salvaje, miró hacia arriba, echó el brazo hacia atrás y lanzó el cuchillo en dirección al cielo, directo hacia Peter. Era un lanzamiento perfecto y, cuando lo soltó, Slank sabía que daría en el blanco.

Y así habría sido, si no fuera porque el poder del polvo de estrellas que fluía a través del chico le aumentaba la capacidad de los sentidos y hacía que el mundo fuera más lento para él. Vio que el cuchillo salía disparado de la mano de Slank, vio cómo giraba a la luz de la luna, con los giros perfectamente calculados para que la punta afilada del cuchillo penetrara en profundidad en el centro del pecho del muchacho; y Peter vio que sólo con que moviese un poco el cuerpo y llevara la mano hasta... Ahora...

Mientras Slank lo miraba, incrédulo, Peter agarró el cuchillo que flotaba en el aire.

—¡Gracias! —gritó Peter.

Slank emitió un sonido estrangulado y miró a su alrededor, furioso, en busca de algo que pudiera usar como arma. Pero en la barquita no había nada, nada excepto el baúl vacío, que se burlaba de él.

—Señor Slank —le dijo el Pequeño Richard—. Nos estamos moviendo. Es decir, algo nos mueve.

Slank miró hacia el agua; era verdad. Aunque el Pequeño Richard no estaba manejando los remos, la barquita, como si actuara por voluntad propia, se estaba alejando de la isla.

Slank miró hacia el agua que quedaba a popa y allí estaban: las reveladoras colas de las sirenas. La barquita estaba ganando velocidad; la isla cada vez quedaba más lejos.

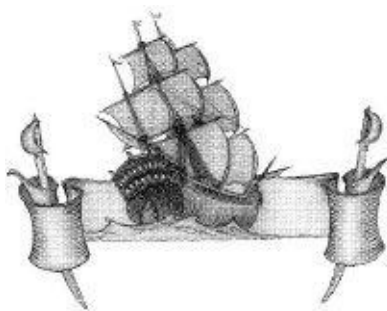
—¡Adiós! —se despidió Peter, agitando la mano.

—¡*Bon voyage*, señor Slank! —gritó Molly.

Demasiado perplejo para contestar, Slank se desplomó en el fondo de la barquita, con la espalda apoyada contra el baúl vacío. Volvió a mirar hacia el chico y la chica que habían logrado derrotarlo.

¡Un chico y una chica!

Se despidieron por última vez y acto seguido, sin soltarse las manos, dieron media vuelta, se inclinaron hacia delante y empezaron a subir y bajar describiendo un elegante arco invertido, rumbo a la isla, mientras Slank y el Pequeño Richard seguían en la barquita sin poder hacer nada, arrastrados hacia el mar abierto, con un antiguo baúl que una vez contuvo el mayor tesoro de la tierra.



CAPÍTULO 74

La caja dorada

Molly se puso a volar más cerca de Peter, de modo que él podía oír el sonido del aire a toda velocidad mientras bajaban y planeaban por encima del mar, de vuelta a la isla.

—¿Qué has hecho con el polvo de estrellas? —gritó—. ¿Cómo has hecho eso? ¿Dónde está ahora? ¿Quién...?

—¡Espera! —se rió Peter—. ¡Sólo una pregunta por vez!

—¿Está a salvo el polvo de estrellas?

—Sí. Ahora te estoy llevando a él.

—¡Oh, Peter, gracias a Dios! —exclamó Molly—. Pero ¿qué ha pasado? ¿Dónde estabas? Después de que nos dejaras escalando por la punta, dimos la vuelta hasta la playa y no estabas allí.

—Sí, es verdad. Esperé un poco, pero había una pelea en la playa. Así que me acerqué a echar un vistazo.

—Pero se suponía que ibas a esperarnos.

—Lo sé, no quería acercarme, pero entonces vi...

Peter dudó.

—¿Qué viste? —Molly se impacientó.

—Vi una sirena —contestó Peter.

Miró de refilón a Molly, que lo observaba fijamente.

—No me crees.

—No —respondió ella, lentamente—, te creo. ¿Recuerdas lo que te dije de las cosas extrañas que el polvo de estrellas les hace a los animales? ¿Los minotauros y todo eso?

—Sí.

—Pues de ahí vienen las sirenas —resumió la chica—. Debe de haberse salido polvo de estrellas del baúl en el agua.

—Puede que sí. Bueno, sea como sea, he encontrado una sirena en la playa y estaba herida, le sangraba la cabeza, y yo tenía tu relicario; quedaba un poco de polvo de estrellas, así que se lo he dado. Lo siento, Molly, pero temía que se muriera y era tan... hermosa.

Molly miró intensamente a Peter, pero él no se dio cuenta.

—Continúa —dijo ella, con frialdad.

—Después de eso, todo ha sido muy rápido. El polvo de estrellas ha curado a la sirena; había otras sirenas y todas estaban muy nerviosas por algo, por lo que las he seguido por la playa, ¡y allí estaba el baúl! ¡Y nadie más alrededor! Así que me he acercado hasta él y... y...

—¿Y qué?

—No estoy seguro. Creo que me golpeó algo, porque he sentido un dolor muy fuerte al despertar en el agua y Maestra me sujetaba.

—¿Maestra?

—La sirena a la que he salvado. Molly, ella me ha salvado.

—¿Cómo sabes que se llama Maestra?

—No lo sé. Sólo sé que lo sé. Puedo sentir sus pensamientos y ella los míos. ¿No es increíble, Molly?

—Sí —respondió Molly.

No parecía muy feliz, aunque Peter no se dio cuenta.

En aquel momento estaban en la desembocadura de la laguna; Peter, con Molly siguiéndolo de cerca, cambió ligeramente de rumbo y se inclinó un poco hacia la derecha, hacia el montón de rocas que había en la base de la cascada, en el centro de la playa curva.

—Así que bueno —continuó Peter—, yo estaba en el agua, con Maestra y las otras que me mantenían a flote, y Maestra me ha dicho... Sin hablar, ya me entiendes, sino...

—Sí, pensando, me lo has dicho.

—Sí, pensando, ¡me ha dicho que sabía dónde estaba el baúl! Lo llamaba «el Creador». Así que hemos decidido ir a buscarlo, hemos vuelto a la playa y hemos visto la pelea: os hemos visto a James y a ti saltando sobre Slank y a Alf peleándose con ese grandullón. Y hemos visto que nadie vigilaba el baúl. Y entonces se nos ha ocurrido el plan.

—A Maestra y a ti.

—Sí. Es muy lista. Te gustará.

—Estoy segura.

—Mientras peleabais, hemos cogido el baúl y nos lo hemos llevado a toda velocidad, no creerías lo rápido que nadan las sirenas, hacia las rocas. Temía que no pudiéramos abrirlo, pero alguien había golpeado ya las bisagras y ha resultado fácil. Y ahí estaba, dentro, de verdad, Molly, ha sido increíble, y lo he sacado y lo he escondido detrás de la roca.

—¿Has tocado el polvo de estrellas? ¡Peter, esa cantidad te podría haber matado!

—No lo he tocado directamente. Estaba dentro de una caja metálica cerrada, una caja amarilla, como de oro. Era muy potente, Molly; mucho más que el relicario. Sólo la he tenido en mis manos un momento al levantarla y casi me desmayo. Pero en fin, creo que hay algún agujero en la caja, porque había polvo de estrellas suelto en el

baúl de madera. Por eso brillaba tanto. He dejado el polvo de estrellas en la roca, junto a la caja de metal. Entonces he puesto el baúl de madera en la roca y he llamado a Slank.

—Bien pensado. Estaba a punto de matarme.

—Lo sé. Me moría de miedo pensando que se daría cuenta del truco, pero me ha creído y se ha llevado el baúl. Claro que también te ha cogido a ti, eso no me lo esperaba.

—Seguro que Maestra sí —murmuró Molly.

—¿Qué?

—Nada, nada.

—Pero yo tenía el polvo de estrellas suelto —siguió Peter—, así que he esperado un poco a que Slank bajara la guardia y he ido a buscarte, con las sirenas detrás, para asegurarme de que Slank no volvía.

—Gracias de nuevo.

—De nada. Ah, ahí está la roca.

Justo delante de ellos se hallaba la roca plana donde antes se encontraba Peter con el baúl de madera. Desde ahí, del lado que daba al mar, Molly veía que la roca tenía un saliente justo por encima del agua; en aquel saliente había una caja dorada y brillante, resplandeciente a la luz de la luna, e incluso demasiado deslumbrante para mirarla directamente. Junto a ella había un montoncito brillante, los restos del polvo de estrellas que se había vertido.

Al acercarse todavía más, Molly vio sirenas en el agua y unas cuantas más sentadas en la roca. Peter también descendió y aterrizó con suavidad entre ellas; ya volaba estupendamente. Molly aterrizó junto a él. Las sirenas la estudiaron con curiosidad manifiesta.

—Molly —dijo Peter—, ésta es Maestra.

Tal y como Peter había dicho, era muy bella, con los cabellos rubios y largos cayéndole elegantemente por el pecho. Molly se sintió horrorosa en comparación con ella: se le había mojado el vestido y tenía todo el pelo enmarañado.

—Creo que os haréis muy buenas amigas —comentó Peter.

Molly y Maestra se miraron del modo en que se miran dos mujeres jóvenes que nunca, nunca jamás serán buenas amigas.

—Tengo que hacerme cargo del polvo de estrellas —dijo Molly—. Ya nos hemos librado de Slank, pero aún están esos piratas.

Se inclinó para examinar el arcón de oro, pero tuvo que retirarse rápidamente cuando dos de las sirenas se acercaron en actitud de ataque hacia ella, silbando.

—Lo están vigilando —explicó Peter.

—Bueno, pues diles que paren.

Peter se volvió hacia Maestra y se miraron de un modo que Molly casi se vuelve loca de celos, aunque escondió bien sus sentimientos. Entonces Maestra, adoptando una expresión no muy alegre, gruñó algo y las dos sirenas sibilantes se retiraron.

—Ahora lo puedes tocar —anunció Peter.

—Gracias —respondió Molly fríamente.

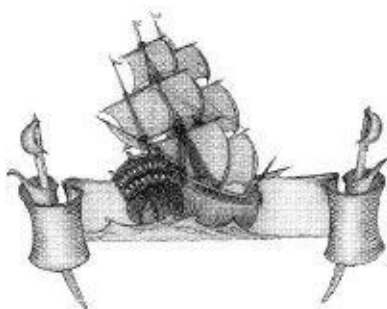
Se inclinó para examinar el arcón, le puso la mano encima y la apartó enseguida, abrumada por el poder que sentía que emanaba de él. Peter tenía razón: era mucho más potente que su relicario.

Molly estaba preocupada. Había conseguido el polvo de estrellas, pero ¿qué haría con él? ¿Cómo lo sacaría de aquella roca? Y si lo conseguía, ¿dónde debería llevarlo? ¿Estaría seguro en la isla, con los piratas y los salvajes?

Molly estaba cansada y tenía frío y desde luego no estaba preparada para soportar el aplastante peso de la responsabilidad que suponía tener que solucionar un problema que iba mucho más allá de su limitada preparación como cazadora de estrellas. Tenía ganas de llorar, pero no quería que Peter la viera llorar, y mucho menos Maestra, con su melena ondulante. Así que se quedó de pie, se volvió hacia el mar, y sintió cómo le ardían los ojos con las lágrimas. Como no quería que la vieran llorosa parpadeó, primero irritada y luego atónita, al ver un bote, con cuatro remos a cada costado, que rodeaba el cabo por el lado derecho de la laguna. Se movía rápidamente e iba guiado por la familiar forma arqueada y grácil de *Ammm*.

—¡Eo! —llamó una voz profunda desde el bote.

Entonces a Molly no le importó quién la viera llorar, porque conocía mejor esa voz que ninguna otra voz del mundo: era la de su padre.



CAPÍTULO 75

Para siempre

Ya estaban todos en la playa: Peter, Molly, Leonard Aster, Alf, James, Prentiss, Thomas y Ted Tragón. Tras su emotivo reencuentro con Molly, Leonard Aster había insistido en que Peter y ella se bajaran de la roca y que las sirenas se mantuvieran a distancia mientras su equipo de Cazadores de Estrellas se hacía cargo de la caja de polvo.

Desde la playa, la escena de la roca parecía de otro mundo: los Cazadores de Estrellas, que eran cinco hombres y tres mujeres, iban vestidos de dorado de la cabeza a los pies, guantes, botas y cascos incluidos, de modo que las máscaras de la cara sólo tenían unas rendijas en los ojos. Brillaban como candelabros humanos y su ropa brillante reflejaba tanto la luna —que había descendido en el cielo, pero seguía brillando— como la luz brillante que irradiaba de la caja de polvo dorado.

Mientras los demás los observaban, Leonard explicó que, de hecho, la ropa dorada estaba hecha de oro: se había convertido en fibras y tejido mediante un proceso sólo conocido por los Cazadores de Estrellas. Con el paso de los años habían aprendido que el oro, y solamente el oro, podía contener el poder del polvo mágico.

—Por eso los Otros pusieron este lote de polvo en la caja dorada —les explicó Leonard—. Pero no lo hicieron bien. La caja tiene que estar construida de tal modo que el aire no pueda ni salir ni entrar. Si se hace bien, el polvo no se saldrá ni se detectará.

»Por eso no me pareció extraño no sentir nada en el baúl de la *Avispa*: di por hecho que la caja dorada del interior estaba bien hecha.

»Pero el verdadero motivo era que no había polvo de estrellas en el baúl de la *Avispa*. Lamento decir que con esa treta me engañaron completamente. La auténtica caja de polvo de estrellas, la que estaba en la *Nunca Jamás*, no estaba bien hecha; los Otros no tienen nuestra experiencia, habilidad o conocimientos. No cerraron lo bastante bien la caja. Y por eso se salía. De hecho, se sale desde que estaba en Escocia; parece ser que le cayó un poco a un lagarto o serpiente. Se ha convertido en una criatura extraña y gigantesca que ha logrado escapar al lago Ness. Espero que no volvamos a oír hablar de ella.

»Sea como sea —continuó Leonard—, ahora ya tenemos otra vez el polvo de

estrellas gracias a ti, jovencita. Lo hiciste bien, Molly. Muy pero que muy bien. Una joven cazadora de estrellas sola, capaz de derrotar a Slank y al gigante de su...

—No fui sólo yo —intervino Molly—. También fue Peter. De hecho, Peter lo hizo casi todo.

—¿Ah, sí? —inquirió Leonard pensativo, examinando a Peter.

—¡Así es, padre! —aseguró Molly—. Peter ha estado increíble. Tengo que contarte un montón de cosas, pero, para empezar, me ha rescatado de Slank y tuvo la idea de sacar el polvo del baúl.

—No fue sólo idea mía —repuso Peter—. También fue idea de Maestra.

—Ya me lo imaginaba —dijo Molly con frialdad.

—¿Maestra? —preguntó Leonard.

—Esa sirena de allí —indicó Peter—. La rubia.

El muchacho señaló hacia donde se encontraban reunidas las sirenas, a unos pocos metros de tierra. Maestra era la que estaba más cerca, observándolos (observando a Molly, en realidad), y no parecía demasiado contenta.

—¿Así que tú cogiste la caja dorada? —le preguntó Leonard a Peter.

—Así fue.

—¿Y cuánto tiempo la has tenido en las manos?

—No lo sé. Creo que unos segundos. No puedo asegurarlo. Como le he dicho a Molly, casi me desmayo.

—Podría haber sido mucho peor que eso —murmuró Leonard para sí.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Molly.

—No, nada, Molly. ¿Tú has tocado la caja?

—Sólo un instante. He tenido que apartar la mano. No entiendo cómo Peter ha logrado cogerla.

—Ni yo —añadió Leonard, examinando a Peter con una intensidad que lo tenía desconcertado—. Yo tampoco. Dime, Peter —le preguntó—, ¿cómo has volado para rescatar a Molly de Slank?

—He usado el polvo de estrellas suelto —contestó Peter—. Lo he echado en el baúl y me he puesto un poco en la mano.

—Ya veo. Y le has dado un poco a Molly para que pudiera volar contigo; ¿es así?

—Sí.

—Molly, ¿ahora puedes volar? —le preguntó su padre.

Molly cerró los ojos, concentrándose.

—No —dijo tras esperar unos minutos—. Se ha agotado.

—Peter —preguntó Leonard—, ¿y tú puedes volar?

El cuerpo de Peter empezó a elevarse de inmediato.

—Qué raro —dijo el muchacho, sosteniéndose unos cuantos centímetros sobre el suelo—. Normalmente tengo que esforzarme, pero esta vez... ¡sólo con pensarlo ya está!

Y bajó flotando con suavidad.

—Ya veo. —Leonard adoptó una expresión grave.

—¿Padre? ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo malo a Peter?

—No, malo no. No exactamente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Peter, secundado por Molly.

—Quiero decir —prosiguió Aster— que el polvo de estrellas puede haber cambiado a Peter. Igual que cambió a los peces de la laguna —señaló a las sirenas— también puede cambiar a las personas, en cantidades suficientes.

Peter palideció.

—¿Y a mí cómo me ha cambiado? No noto nada distinto.

—Vuela —dijo Leonard.

E inmediatamente, Peter volvió a elevarse.

—Así —resumió Leonard.

—¿Quiere decir..., quiere decir que ahora... puedo volar? ¿Sin necesidad de más polvo de estrellas?

—Así es.

—¿Y es permanente? ¿Siempre podré volar?

—Creo que sí.

—¡Pero eso es genial! —Peter sonrió de oreja a oreja, flotando todavía a unos pocos centímetros del suelo—. ¡Puedo volar!

—Pero padre —preguntó Molly—, si es así, ¿por qué no hacemos todos los cazadores de estrellas como Peter? ¿Por qué no nos exponemos también a suficiente polvo de estrellas como para poder volar siempre?

—Por dos motivos: uno es que la concentración de polvo de estrellas necesaria para la transformación suele ser fatal, incluso para un cazador de estrellas, ya no digamos para una persona normal. Peter ha tenido mucha suerte. Debe de tener una tolerancia extraordinaria al polvo de estrellas. La mayoría de las personas que hubieran cogido esa caja abierta habrían muerto; de hecho, sabemos que varios murieron cuando la caja estaba llena.

—¿Y el otro motivo? —preguntó Peter.

—El otro motivo es que el polvo de estrellas provoca otros cambios en los humanos, además de permitirles volar.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué cambios? —insistió Peter.

—La verdad es que no lo sé. Hay pocos casos como el tuyo de una persona que haya sobrevivido a la exposición, y cada caso es único. Pero es posible que... que tú...

Leonard vaciló.

—¿Que yo qué? —insistió Peter.

—Que no te hagas mayor.

—¿Qué?

—Que sigas siendo así. Un muchacho. Para siempre.

Peter lo pensó unos momentos y luego habló, lentamente:

—¿Y eso es malo?

—No lo sé. Supongo que en algunas cosas podría ser bueno: no envejecer nunca, ni cansarse, ni volverse débil.

Peter pensó en todo eso.

—Pero también podría resultar solitario. Quedarte en la misma edad, mientras tus amigos crecen.

Miró hacia Molly, que apartó la mirada.

—Sí —afirmó Leonard—, así es.

—¿Y cómo lo sabré? ¿Cómo sabré si he cambiado?

—Supongo que tendrás que esperar. E igual me equivoco. Podemos investigarlo más. Cuando volvamos a Inglaterra hablaré con tu familia para...

—No tengo familia —confesó Peter—. Soy huérfano. —Señaló hacia James, Prentiss, Thomas y Ted Tragón—. Todos somos huérfanos.

—Iban de camino a Rundoon —explicó Molly, estremeciéndose—. A servir al rey Zarboff.

—Ya veo —le dijo Leonard a Peter—. Bueno, entonces, cuando volvamos a Inglaterra, te quedarás con nosotros y veremos cómo solucionamos esto. Pero por ahora tenemos que hacernos cargo del polvo: veo que mi gente casi ha terminado el trabajo.

Las figuras vestidas de oro de la roca habían levantado con cuidado la caja dorada que perdía polvo y la habían colocado dentro de una más grande a prueba de vertidos, hecha por Cazadores de Estrellas artesanos. A continuación sellaron la segunda caja y la colocaron dentro de un baúl de madera negra, muy parecido al señuelo que los Otros habían cargado en la *Avispa* en Londres, mucho tiempo atrás. Los Cazadores de Estrellas pusieron ese baúl en el bote y se quitaron la ropa dorada de protección. Entonces empezaron a remar hacia la orilla para recoger a los demás.

—Es un buen bote —comentó Leonard—. Creo que cabremos todos. Nuestro barco está anclado al otro lado de ese cabo. Dos buques de guerra de la marina británica con setenta y cuatro cañones cada uno nos escoltarán de vuelta a Inglaterra; los Cazadores de Estrellas tenemos amigos en el gobierno. La marina también escoltará al barco pirata que está allí. Qué cosa más extraña: todos los piratas estaban atados y colgados como si fueran ropa tendida.

—Fue Slank —explicó Molly y Peter asintió.

El muchacho dirigió la mano al cinturón, donde había guardado el cuchillo del hombre.

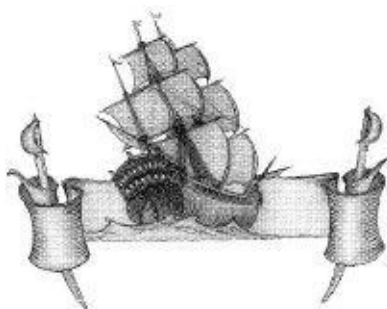
—Encontramos a la señora Bumbrake encerrada abajo —continuó Aster—. Estaba un poco malhumorada, pero no precisamente cansada. —A Aster le brillaron los ojos—. Está deseando volver a cuidarte, Molly.

—¡Estupendo! —exclamó Molly, sin hacer ningún esfuerzo por sonar sincera.

—Ya estamos —dijo Aster, cuando la proa del lustroso bote alcanzó la playa. Llamó a Alf y a los chicos—. ¡Vamos, todos a bordo hacia Inglaterra!

Dio un paso en dirección al bote, pero se detuvo al oír un silbido muy fuerte y luego un golpe fuerte y contundente: era una lanza que pasó a toda velocidad silbando sobre su cabeza y enterró la punta rosa y puntiaguda en el casco del bote.

—¡Detente ahí, inglés! —gritó Langostino Luchador, con un centenar de molusqueños detrás de él.



CAPÍTULO 76

La súplica de Peter

La tribu de los molusqueños al completo, formada por unas cien personas, estaba colocada formando un semicírculo en la playa alrededor de Leonard, Molly, Peter y los demás. Los primeros rayos de luz del amanecer empezaban a brotar e iluminaban las conchas afiladas de color rosa con las que los guerreros molusqueños habían hecho las puntas de sus lanzas.

Éstos se habían deslizado en silencio desde la jungla mientras toda la atención estaba centrada en la roca de las sirenas. En aquel momento se hallaban de pie vigilando, con los guerreros delante y las lanzas listas para atacar, esperando órdenes de Langostino Luchador.

—¿Quiénes demonios son? —susurró Leonard.

—Viven aquí —susurró Peter—. Nos capturaron antes, pero conseguimos escapar. Se llaman molusqueños. El mayor es su líder. Odia a los ingleses.

—Me lo tendrías que haber dicho, Molly —la reprendió su padre—. Que había indígenas hostiles en la isla.

—Me olvidé.

—¿Te olvidaste?

—Han pasado muchas cosas... —se disculpó Molly.

Mientras la joven hablaba, Langostino Luchador avanzó con la confianza de quien es plenamente consciente de la abrumadora superioridad de sus fuerzas. Ignorando a Leonard y a los otros Cazadores de Estrellas, se acercó hasta Peter.

—Así que, muchacho, no mentías acerca de la magia.

—No.

Langostino Luchador miró a los demás y luego hacia el baúl.

—Y ahí está. En esa caja. Magia que hace a la gente volar, a los animales, a los peces convertirse en mujeres o a las mujeres en peces.

Señaló con la cabeza hacia la roca de las sirenas.

—Sí —afirmó Peter.

—Nos lo llevamos —anunció Langostino Luchador, señalando esta vez con la mano.

Una docena de guerreros empezó a avanzar hacia el bote. Los Cazadores de

Estrellas sacaron sus armas, espadas y pistolas. Los guerreros se detuvieron y miraron hacia Langostino Luchador, que se volvió tranquilamente hacia Leonard Aster.

—Dícales que dejen las armas —le ordenó.

—No. No podemos dejar que se lleven el baúl.

—No está en situación de decidir lo que podemos llevarnos —le retó Langostino Luchador—. Puede que su gente hiera a algunos de los míos, pero somos muchos. Ganaremos y ustedes morirán. —Hizo un gesto hacia Molly—. Lo he observado desde la selva; veo que ama a esta niña. No querrá verla morir, ¿verdad?

Leonard miró hacia Molly y otra vez hacia Langostino Luchador y negó con la cabeza.

—No.

—Entonces dícale a su gente que deje las armas.

—¡No! —gritó Molly.

—¡Ella tiene razón! —intervino Peter—. Nos matará de todos modos. Matan a todos los extranjeros en esta isla. Eso es lo que nos dijo.

—Es verdad. Eso os dije. Pero no os mataré. Necesito que me enseñéis cómo funciona la magia. Veo que tiene mucho poder. Veo que incluso teméis su poder. Así que os necesito para usarlo. Ésa es vuestra salvaguarda.

Leonard se quedó callado un momento y a continuación habló en voz baja.

—De acuerdo —dijo.

—¡Padre, no! —gritó Molly.

—Molly —empezó a decir Leonard—, mira a nuestro alrededor. Tiene razón. Aunque hagamos todo lo que esté en nuestras manos —y al decir esto la miró de un modo muy expresivo y se tocó la cadena del relicario que le colgaba del cuello—, algunos moriremos. Haremos lo que él dice, por ahora, y quizá podamos... mmm... pensar algo para más adelante. —Volvió a tocarse la cadena del relicario. Entonces se volvió hacia los Cazadores de Estrellas—: Dejad las armas.

Los Cazadores obedecieron reticentes.

—Ahora dícales que salgan del barco —continuó Langostino Luchador—. Pero que dejen la caja mágica donde está.

Leonard dio la orden y los Cazadores de Estrellas se unieron a él en la playa.

Langostino Luchador se volvió y emitió una serie de gruñidos y chasquidos. Al cabo de muy poco, los Cazadores de Estrellas estaban rodeados de guerreros, que empezaron a empujarlos para que avanzaran por la playa.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Leonard.

—A poca distancia de aquí —explicó Langostino Luchador—. Quiero echarle un vistazo a esta caja mágica, pero no quiero tenerlos cerca para que no intenten trucos de ingleses cuando lo haga. —Hizo señas a Peter—. Tú, muchacho, ven conmigo. Si intentas algo, tus amigos pagarán por ello, ¿lo entiendes?

—Sí.

Los molusqueños condujeron a los Cazadores de Estrellas junto con Alf y los

otros chicos hasta una distancia de unos veinticinco metros de la playa. Langostino Luchador y Peter caminaron hasta el bote, que tenía la proa en la arena. Se subieron a él. El baúl se encontraba en la proa. Langostino Luchador avanzó y tocó la tapa, apoyando la mano en la madera suave y oscura.

—¿Cómo funciona, muchacho? —le preguntó.

—No lo sé.

—No mientas, chico. Te he visto volar.

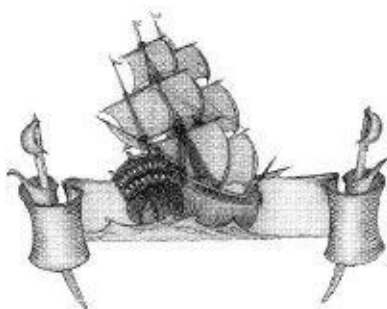
—Sí, pero no lo entiendo. Es muy poderoso y puede hacer muchas cosas, cosas maravillosas y extrañas, pero también cosas malas si cae en manos equivocadas. Y hay... Escuche, no puedo explicarle todo lo que está ocurriendo, es muy complicado, pero debe creerme. Estará mucho, pero mucho mejor si deja que ese hombre —señaló hacia Leonard— se lleve este baúl y se marche de la isla.

Langostino Luchador negó con la cabeza.

—Si él se marcha —objetó—, vendrán muchos más. No, muchacho. Haré que se quede y guardaré el baúl; con su ayuda aprenderé a usar su poder y cuando lo haga, me aseguraré de que ningún extranjero vuelva a poner el pie en esta isla.

Peter estaba a punto de intentar otra súplica cuando oyó un sonido detrás de él: pies que corrían y chocaban en la arena endurecida. Langostino Luchador también los oyó; ambos volvieron la cabeza y vieron acercarse, rápida y agresivamente, a una multitud salvaje liderada por una figura ceñuda que empuñaba su espada en lo alto.

Mostacho Negro.



CAPÍTULO 77

Ataque

El ataque de Mostacho estaba perfectamente calculado, gracias a sus enormes conocimientos de las tácticas como pirata veterano... y a un montón de suerte.

Sus hombres y él habían estado observando desde las palmeras mientras las figuras vestidas de un modo extraño habían trasladado el tesoro al nuevo baúl de madera. Los hombres, y en especial Smee, se habían puesto nerviosos con la ropa dorada y brillante, pero Mostacho los había convencido de que aquello indicaba lo espléndido y fabuloso que era el tesoro... ¡Los que lo poseían llevaban ropas doradas!

Había permanecido observando mientras las figuras cargaban el baúl al bote.

«Qué bote tan bonito: qué amables son al traérmelo.»

Su plan era iniciar el ataque cuando el bote llegara a la playa y estaba a punto de dar la orden cuando (¡oh, no!) aparecieron los salvajes. Durante unos minutos horribles, Mostacho se sintió invadido por la rabia y la desesperación, a punto de perder toda esperanza.

Pero entonces llegó el increíble golpe de suerte. Por alguna razón que Mostacho no entendía muy bien, el salvaje mayor, el líder, había enviado a los demás al otro lado de la playa y se había quedado solo con el niño —¡el maldito niño!— y el bote. Era perfecto.

Y tras susurrar unas pocas instrucciones (el plan era bastante sencillo), Mostacho murmuró: «¡Ahora!» y empezó el ataque.

Sólo les costó unos segundos: cuando el muchacho y el salvaje volvieron la cabeza, los piratas ya estaban en el bote; cuando el salvaje se puso a gritar, estaba en el agua, apartándose de la orilla. El patoso Smee cerraba la marcha y por poco no consigue subir a bordo.

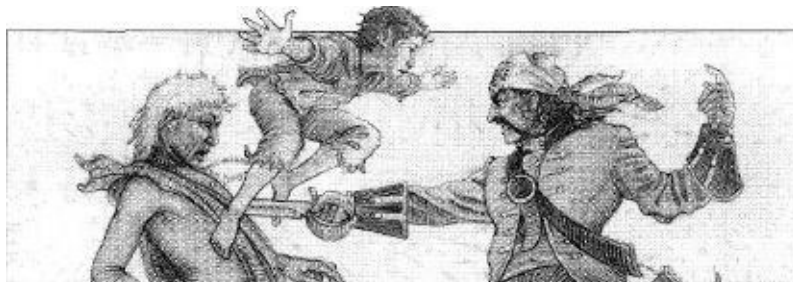
Para cuando el maldito niño se puso en pie, en la proa, justo delante del salvaje, Mostacho Negro se abalanzó sobre él y echó la espada hacia atrás para atacarlo.

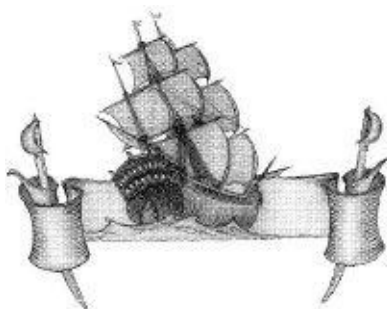
—Adiós, muchacho —dijo Mostacho.

Sonriendo, lanzó la espada hacia delante, con la punta dirigida al corazón del muchacho, y...

El muchacho desapareció.

De hecho, voló directamente hacia arriba, pero se elevó tan rápido que Mostacho no llegó a verlo, por lo que no pudo evitar la estocada de su espada, que se hundió en el pecho de Langostino Luchador.





CAPÍTULO 78

Todo el tiempo del mundo

Peter se estaba elevando cuando oyó el grito; miró hacia abajo y vio a Mostacho que, lleno de perplejidad, clavaba la espada en el pecho de Langostino Luchador. Aún de pie, el guerrero miró hacia la sangre que salía a borbotones de la horrible herida y entonces, con un quejido, cayó hacia atrás sobre el baúl de polvo de estrellas.

Peter miró en dirección a la playa, donde había estallado el caos. Furiosos, los guerreros molusqueños estaban corriendo por la arena hacia el agua, con las lanzas enarboladas. Detrás de ellos, una docena de guerreros aún más agitados rodeaban a Leonard, Molly y los otros, listos para atacar al menor movimiento y a punto de matar a los cautivos con sus lanzas.

—¡Remad, perros! —gritó Mostacho a sus hombres—. ¡Remad por vuestras vidas!

Los piratas no necesitaban que los animaran y ya remaban con todas sus fuerzas. Una lanza cayó a un lado del bote, y luego otra, y luego otra pasó justo por encima de sus cabezas. Mostacho puso a Langostino Luchador erguido y lo arrastró a un lado del bote. El rostro del guerrero estaba gris por la sangre que había perdido, pero parpadeó: todavía estaba vivo. Mostacho levantó al herido delante de él para que los molusqueños de la playa lo vieran.

—¿Es que queréis matarlo? —aulló Mostacho.

Los guerreros dejaron de arrojar lanzas por miedo a darle a su jefe. Algunos de ellos, locos de frustración, se sumergieron en la laguna y se pusieron a nadar, pero los remeros del pirata iban a buen ritmo y el bote se movía demasiado rápido para que ningún nadador le diera alcance.

Mostacho se estaba escapando: los Cazadores de Estrellas no podían moverse de la playa y los molusqueños no lograban alcanzarlo. ¡Mostacho estaba escapando de verdad!

Peter bajó en picado desde el cielo —que estaba brillante; el sol ya había salido— en dirección al bote, buscando una oportunidad, pensando desesperadamente en un plan. No se le ocurría ninguna manera de vencer a los piratas sin ayuda, sin...

Maestra.

Cuando pensó en ella, sintió sus pensamientos: estaba ahí abajo, bajo el agua,

temerosa de todo el alboroto, sin saber qué iba a pasar, qué debería hacer...

«Detén el bote —pensó Peter—. ¡Detén el bote!»

Bajó todavía más. El bote parecía avanzar sin obstáculos; en todo caso, parecía estar cogiendo velocidad.

«Detén el bote —pensó Peter—. ¡Detén el bote!»

Y entonces lo vio: un coletazo en la estela procedente del bote.

«¡Detén el bote!»

El bote empezó a dar bandazos, provocando que Mostacho cayera hacia atrás. Éste se puso a maldecir.

—¡Remad! —bramó. Una sacudida y luego otra—. ¿Qué demonios os pasa?

—No estamos haciendo nada —gritó uno de los piratas—. Nos lo está haciendo alguien.

—¡Remad! —aulló Mostacho.

Los hombres tiraron con más fuerza de los remos, pero el bote se había detenido del todo, estaba como muerto en el agua.

«Empújalo a la orilla», deseó Peter.

Lentamente, pese a los gritos de Mostacho y los esfuerzos frenéticos de los piratas, y ante la mirada de Peter que flotaba justo por encima de él, el bote empezó a moverse de vuelta a la orilla, hacia los molusqueños que lo esperaban... a cien metros de distancia, luego a cincuenta, luego a veinticinco...

Los guerreros esperaban de pie, con las lanzas en la mano...

—¡Escuchadme! —aulló Mostacho. Su voz sonaba desesperada. Levantó la espada, teñida de rojo de la empuñadura a la punta con la sangre de Langostino Luchador, y la apretó contra la garganta del viejo—: Si os acercáis a este barco le cortaré la cabeza, ¿lo entendéis, salvajes?

Los molusqueños no entendían sus palabras, pero sus gestos estaban claros. Dudaron, mientras observaban cómo el barco, con Peter sosteniéndose por encima de él, se acercaba más y más a la orilla...

Y de repente se detuvo, a unos diez metros de la orilla. Las sirenas no podían empujarlo más, el agua no era lo suficientemente profunda. Los molusqueños se quedaron en la orilla, observando. Los marineros, exhaustos y aterrados, se desplomaron sobre los remos. En la proa, Mostacho sujetaba el cuerpo de Langostino Luchador, que seguía chorreando sangre.

«Va a morir pronto —pensó Peter—. Si él muere, los molusqueños nos matarán a todos.»

—¡Déjalo ir! —le gritó a Mostacho.

Mostacho miró hacia arriba con los ojos llenos de odio.

—¿Por qué no haces tú que lo deje, muchacho? —le retó el pirata.

—De acuerdo —accedió Peter, sacando el cuchillo de Slank.

Bajó en picado en dirección a Mostacho, rogando por que el primer instinto del pirata fuera defenderse, en vez de llevar a cabo su amenaza de matar a Langostino

Luchador. Tenía razón. Mostacho soltó el cuerpo inconsciente del guerrero, que se desplomó en el suelo del barco, y levantó su acero justo a tiempo para esquivar el ataque de Peter, provocándole además un tajo en el brazo derecho.

Peter lanzó un gruñido de dolor y volvió a elevarse. Le goteaba sangre del brazo a la mano y le costaba sostener el cuchillo.

—¡Vuelve, muchacho! —gritó Mostacho—. ¡Deja que termine contigo!

Peter dio media vuelta, se balanceó y volvió a bajar: en esta ocasión fue Mostacho el que trató de atacarlo y Peter esquivó la estocada. Volvió a bajar en picado dos veces más y las dos veces logró esquivar la espada de Mostacho. Peter vio cuál era el problema: su arma era mucho más corta y no podía superar a la de Mostacho. Podía continuar atacando, pero Mostacho acabaría dándole otra vez a no ser que...

Peter no era un experto en el manejo de la espada, pero se había fijado en que cuando Mostacho atacaba con la derecha, con la espada en la mano, mantenía la izquierda abierta, como para equilibrarse. Volvió a descender para comprobar su observación: estaba claro, la mano izquierda estaba desprotegida.

«Si logro engañarlo..., si consigo cambiar de mano lo bastante rápido...»

—¡Vamos, muchacho! —aulló Mostacho—. ¡Deja de revolotear como un mosquito! ¡Acércate a luchar como un hombre!

—¡Ya voy! —respondió Peter.

Tomó aliento y volvió a bajar, dirigiéndose, como antes, hacia el cuerpo de Mostacho, esperando la estocada...

«Ahí viene...»

Peter giró el cuerpo y se dispuso a atacarlo por el lado derecho; mientras lo hacía cambió el cuchillo a la mano izquierda y embistió. Pasó todo tan rápido que no pudo verlo, pero lo sintió al pasar a toda velocidad: sintió que el cuchillo encontraba un blanco y al salir disparado hacia arriba oyó el grito y se volvió a mirar hacia abajo en dirección a Mostacho Negro, que sujetaba la espada con la mano derecha y miraba horrorizado el muñón donde había estado la izquierda.

A continuación pasaron varias cosas, en una sucesión muy rápida.

La primera fue que Peter captó un pensamiento de Maestra. Más bien una sensación, en realidad: una sensación de horror total. Había algo peligroso en la laguna.

La segunda fue que los piratas, al ver que habían herido de gravedad a su capitán, abandonaron el bote encallado, saltaron al agua y se pusieron a correr hacia la playa.

La tercera fue que los guerreros molusqueños empezaron a perseguir a los piratas, pero se detuvieron al ver, avanzando pesadamente desde la laguna en dirección a la arena, al motivo de la preocupación de las sirenas: Míster Sonrisas. El reptil gigante miró hacia la izquierda, hacia los molusqueños, y luego hacia la derecha, hacia los piratas que huían, y otra vez a la izquierda, como si decidiera cuáles serían para cenar y cuáles para el postre.

La cuarta fue que Smee, que había permanecido fielmente en el bote con

Mostacho, enrolló su camisa alrededor del muñón ensangrentado del pirata y consiguió sacarlo del bote y llevarlo, a trompicones y estupefacto, hasta la orilla.

La quinta fue que Peter voló hasta la playa donde retenían a Molly y a los demás a punta de lanza, descendió antes de que los guardianes molusqueños pudieran reaccionar, agarró la cadena del relicario de Leonard Aster y se la arrancó. Entonces volvió hacia el bote, que se había quedado vacío a excepción de la figura inmóvil y cubierta de sangre de Langostino Luchador. Aterrizó junto al guerrero y le dio la vuelta con delicadeza para poner al descubierto la herida.

Oyó gritos procedentes de la orilla; los molusqueños, sin dejar de vigilar al aún inmóvil Míster Sonrisas, se estaban acercando.

Langostino Luchador parecía muerto; aunque tenía los ojos abiertos, sólo se veía el blanco.

Peter se puso a manipular el relicario de Leonard Aster.

«Por favor, por favor...»

Consiguió abrir el relicario, vio el brillo y lo vertió todo en el pecho del herido.

«Por favor...»

El griterío cada vez estaba más cerca y los guerreros salpicaban en el agua al dirigirse al bote.

«Por favor...»

Los molusqueños se estaban abalanzando sobre él, las manos le agarraban las piernas, tratando de apartarle del líder que... abrió los ojos.

Sujetando todavía a Peter, los guerreros gruñeron y chasquearon algo. Langostino Luchador respondió con chasquidos similares. Y a continuación sonrió. Era una sonrisa débil, pero una sonrisa de todos modos.

Se oyeron más gritos procedentes de los guerreros, pero aquella vez eran gritos de júbilo.

Langostino Luchador miró a Peter.

—Me has salvado, muchacho —le dijo.

Peter se encogió de hombros.

—¿Por qué? —le preguntó el salvaje.

—Para salvar a mis amigos.

—Bueno, muchacho —accedió Langostino Luchador, tocando el brazo de Peter—. Pues sí que los has salvado.

El líder dijo algo a los guerreros y éstos dejaron marchar a Peter. Se quedó quieto y miró hacia la playa a su izquierda; Molly y los demás habían quedado libres y ya no estaban rodeados de guardias, pero no se acercaban a él, sino que permanecían también quietos, nerviosos y recelosos. Peter miró hacia su derecha y entendió por qué: Míster Sonrisas seguía en la playa, sin moverse.

Un poco más adelante, caminando a trompicones hacia la arena con la ayuda de Smea, se hallaba Mostacho Negro. El pirata tenía el brazo izquierdo bajo la axila derecha y gemía de dolor. Se detuvo en la orilla mirando horrorizado hacia algo que

daba vueltas en el suave oleaje.

—¡Es mi mano, Smee! —gritó—. ¡Mi mano!

—Sí, capitán, ahora tiene que...

—¡Dame mi mano, Smee! —gimió Mostacho.

—Pero capitán, está...

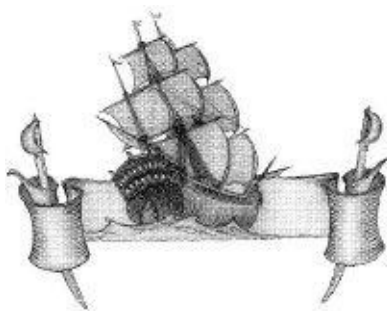
—¡Recoge mi mano!

—Bueno, bueno. —Smee se inclinó reticente, pero al instante dio un salto hacia atrás, mientras gritaba—: ¡Corra, capitán, corra!

Mostacho miró hacia arriba y lo vio: Míster Sonrisas se dirigía hacia ellos. Con la ayuda de Smee, Mostacho empezó a tambalearse por la playa en la dirección que había huido su tripulación.

—¡Date prisa, Smee! —gritó—. ¡Más rápido!

Detrás de ellos, Míster Sonrisas avanzó hasta donde se encontraban. Al oler algo, restregó su enorme hocico a un lado y otro hasta que, tras haber encontrado su presa, abrió sus enormes mandíbulas y engulló la mano de Mostacho Negro. Se la tragó sin dificultad, de un solo bocado. Entonces, tras un momento de pausa, se puso a caminar por la playa, siguiendo el camino del famoso y aterrador pirata. Se movía lenta y tranquilamente, como si pensara que tenía todo el tiempo del mundo.



CAPÍTULO 79

El último momento

El sol ya estaba en lo alto y el cielo era de un azul brillante. Un día perfecto en la isla. Los molusqueños (que eran anfitriones generosos, cuando no intentaban matarte) habían traído un festín para sus huéspedes en la playa: pescado ahumado y succulentas frutas tropicales, servidas en hojas verdes y brillantes; calabazas secas llenas de agua fresca y coco dulce directamente de su cáscara.

Los molusqueños disfrutaban observando comer a sus huéspedes, sobre todo a Peter y a los chicos, que no habían comido nada decente desde hacía semanas. Comían como perros hambrientos, lamiendo las hojas hasta dejarlas limpias, y aceptaron encantados más y más comida hasta que incluso Ted Tragón se dio por satisfecho. Al final ya no podía comer más y emitió un eructo tan descomunal que le propulsó hacia atrás en la arena, donde se quedó echado, refunfuñando; la tripa le sobresalía hacia el cielo. Los demás estallaron en risas, exceptuando a Peter que, durante la comida, se había mantenido extrañamente distante y distraído.

Cuando el festín concluyó, todos se reunieron junto al bote, que debido a su preciado cargamento había permanecido custodiado por cuatro Cazadores de Estrellas y cuatro molusqueños corpulentos por si los piratas volvían. Pero todo estaba tranquilo; hasta la laguna estaba plácida, como si descansara tras una noche tensa y llena de incidentes. En el agua, las sirenas holgazaneaban junto a su roca; *Ammm* y sus hermanas marsopas se deslizaban en los bajíos, esperando para guiar el bote de vuelta al barco.

Mientras los Cazadores de Estrellas preparaban el bote, Leonard Aster agradeció su hospitalidad a Langostino Luchador y a la tribu de los molusqueños.

—¿Quiere decir que nos da las gracias por no matarlo?

—Sí. Ha sido muy amable por su parte.

—No hay de qué —contestó Langostino Luchador.

—Ustedes..., quiero decir..., su tribu, ¿se dan la mano?

—No. Nos besamos en los labios.

—Oh... —Leonard se puso nervioso.

—Es broma —dijo Langostino Luchador, alargando la mano, y Leonard le devolvió el saludo muy aliviado.

Luego se volvió hacia Peter y los chicos, que permanecían de pie en la arena junto con Alf y Molly.

—Es hora de marcharse —anunció Leonard—. Dentro de una semana estaréis todos de vuelta a casa en Inglaterra y esto sólo habrá sido un sueño. ¿Listos? ¡Todos a bordo!

Todos empezaron a dirigirse hacia el bote. Todos, excepto uno. Peter se quedó donde estaba.

—Peter —dijo Molly—, ¿vienes?

—Sí, Peter —insistió James—. ¡Vamos!

—¡Vamos, muchacho! —gritó Alf—. ¡Nos vamos a casa!

Peter negó con la cabeza.

—Yo no voy —contestó.

—¿Qué? —exclamaron Leonard, Molly, Alf y James casi a la vez. Langostino Luchador dio un paso adelante en dirección a Peter, escuchando.

—Yo me quedo aquí —dijo Peter.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Molly.

—He estado pensando. Inglaterra no es mi hogar. Lo más parecido a un hogar que conozco era St. Norbert's y no pienso volver allí.

—No tienes que volver allí —le explicó Leonard—. Ya te lo he dicho, puedes vivir con nuestra familia. Es lo menos que podemos hacer. Molly me ha contado todo lo que has hecho para ayudar a los Caz..., para ayudarnos, los riesgos que has corrido, sin mencionar el hecho de que le has salvado la vida. Y yo mismo he sido testigo, no hará ni dos horas, de tu valentía y tu ingenio cuando has rescatado el baúl de ese pirata.

—Y me ha salvado la vida —añadió Langostino Luchador en voz baja.

—El caso es —continuó Leonard— que tienes un hogar, con nosotros. Tus compañeros y tú.

Peter se quedó callado un momento, hasta que respiró hondo y habló.

—Es usted muy generoso, señor. Estoy seguro de que tiene un hogar estupendo y una parte de mí —miró a Molly, y luego apartó la vista— desea realmente decir que sí. Pero no puedo.

—Pero, Peter, ¿por qué? —A Molly le brillaban los ojos.

—Porque no soy el mismo. He cambiado, Molly. Ahora puedo hacer cosas que no podía hacer antes. Si hiciera esas cosas en Inglaterra, sería como un bicho de feria. Tendría que ocultar en lo que me he convertido. Aquí, en esta isla, tengo la libertad de ser quien soy.

—Peter —intervino Leonard—, no negaré que es verdad todo lo que dices. Molly y yo..., todos nosotros —señaló hacia los Cazadores de Estrellas del bote— debemos ocultar quiénes somos. Sí, ya sé que la situación es un poco distinta. Pero no creas que es tan distinta. No estarías solo. Serías uno de nosotros.

—Sí, durante un tiempo —la voz de Peter reflejaba cierta amargura—, pero luego

todos cambiarían, ¿no es así? Y si tiene razón en lo que me pasa, yo no. Yo siempre sería el chico volador y ustedes seguirían con sus vidas, como hace la gente normal. —Peter miró a Molly y ella vio que también le brillaban los ojos.

Leonard respondió con voz lenta y apagada:

—Peter, me siento muy responsable por todo esto. Si no fuera por mí, por nosotros, nada de esto te habría sucedido. Así que te lo voy a pedir por última vez: te suplico que vengas a Inglaterra con nosotros y que dejes que te protejamos y cuidemos de ti.

—Lo siento, pero no.

Molly hundió la cara entre las manos, ahogando un sollozo.

—Lo siento —susurró Peter.

En el silencio que vino a continuación, James se apartó del bote y se puso al lado de Peter.

—Si él se queda, yo me quedo —afirmó.

—¡No, James! —exclamó Peter—. No lo entiendes. ¡He cambiado! Tú puedes volver a Inglaterra y...

—¿...ser un huérfano? —le interrumpió James—. ¿E ir a otra escuela? ¿Y no tener otra oportunidad de vivir una aventura como la que he vivido aquí? ¿Y dejar a mi mejor amigo? No, Peter. Yo también he cambiado. Y si tú te quedas, yo me quedo.

—Si ellos se quedan, yo me quedo —soltó Prentiss, caminando hacia la arena.

—Y yo —dijo Thomas, caminando detrás de Prentiss.

—Habrá más comida, ¿verdad? —preguntó Ted Tragón, cerrando la marcha.

Y los cinco se reunieron en la playa, los cinco chicos de St. Norbert's.

Peter miró a Alf un tanto inquisitivo.

El hombretón negó con la cabeza.

—Lo siento, muchacho. Yo soy un hombre mayor y ya he vivido todas las aventuras que quería vivir. Tengo que irme.

Dio un paso adelante, abriendo los brazos. Peter corrió hacia él y se hundió en su descomunal abrazo. Se quedaron así un instante. A Peter le colgaban los pies y tenía la cara enterrada en el hombro de Alf. Entonces el hombretón lo bajó de nuevo y se apartaron el uno del otro. Les corrían lágrimas por las mejillas.

—Bueno, veamos —dijo Leonard, sorprendido al notar que también se le había hecho un nudo en la garganta—, supongo que no os puedo obligar a volver con nosotros. O en fin, puedo, pero dado lo que Peter ha hecho por nosotros, no estaría bien. Así que no me interpondré en tu camino, Peter. Pero ¿qué pasa con nuestros anfitriones? Ésta es su isla, después de todo...

Todas las miradas se volvieron hacia Langostino Luchador.

—El chico me ha salvado la vida —repuso el viejo—. Es bienvenido aquí, y también sus amigos. Tienen la protección del pueblo molusqueño mientras decidan permanecer aquí.

—Gracias —le dijo Peter.

—Sí —añadió Leonard—, gracias también de mi parte. Pero Peter, espero que entiendas los graves peligros que hay en esta isla. Los piratas andan sueltos y si Mostacho Negro sobrevive a la herida que le has causado, querrá tu sangre y nada lo detendrá para derramarla.

—Lo sé —contestó Peter, tocándose el cuchillo del cinturón—. Estaré listo.

—Y también hay un cocodrilo enorme —continuó Leonard—, y otras bestias mortíferas, estoy seguro de ello. Y quién sabe qué otros peligros.

—No tengo miedo.

—No, ya veo que no. Eres un jovencito muy valiente. Quizás un poco más valiente de lo que te convendría. Según parece, vamos a tener que dejarte aquí, así que tendré que darte algo para protegerte.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Peter.

—Déjame un instante y te lo mostraré —le pidió Leonard, y le preguntó a Langostino Luchador—: ¿Podría alguien de su gente traerme un pájaro?

—¿Un pájaro?

—Sí. ¿Pueden cazarme uno? ¿Vivo?

—Por supuesto —respondió Langostino Luchador—. Los molusqueños son excelentes cazadores.

Se volvió hacia la gente de su tribu y gruñó y chasqueó un breve mensaje; un segundo más tarde, media docena de hombres jóvenes se adentraron en la selva.

—No tardarán mucho —aseguró Langostino Luchador.

—Excelente —dijo Leonard—. Peter, si me dejas solo unos minutos...

Leonard se subió al bote y habló en voz baja con dos de los Cazadores de Estrellas. Rápidamente se pusieron su ropa dorada protectora, se dirigieron al baúl de madera y, con mucho cuidado, abrieron la tapa, tras lo cual se pusieron a hacer algo con la caja que había dentro.

Al cabo de cinco minutos habían terminado; cerraron la tapa del baúl y le entregaron un saquito dorado y otro objeto pequeño a Leonard, que se metió el saquito en el bolsillo de su abrigo y llevó lo otro en la mano de vuelta a la playa.

—Muy bien, Peter —prosiguió—. Primero te voy a dar esto.

Alargó la mano: era un relicario de cazador de estrellas, una esfera brillante con una cadena dorada.

—Pero ¿por qué? Quiero decir que, como he cambiado, puedo volar sin...

—Puedes volar, sí. Pero puede que necesites polvo de estrellas algún día, sobre todo por sus poderes de curación. —Colocó el relicario alrededor del cuello de Peter—. Llévalo siempre encima y úsalo con prudencia.

—Lo haré —aseguró Peter, tocando la cadena.

—Y ahora... —Leonard echó un vistazo a su alrededor— necesitamos el... Ah, ahí está.

Los jóvenes cazadores molusqueños estaban volviendo de la selva, bajando por la playa, y el que iba delante llevaba algo en la mano levantada, muy orgulloso. Al

acercarse, Peter vio que era un pájaro, pequeño pero muy hermoso, con el cuerpo y las alas de un color esmeralda extraordinario y la cabeza delicada e inquieta de un amarillo vivo, como una margarita veraniega.

—¡Perfecto! —exclamó Leonard—. Si me permite...

Extendió la mano izquierda y el cazador colocó cuidadosamente el pájaro en la palma de su mano. Leonard cerró los dedos con cuidado alrededor de la delicada criatura. Con la mano derecha, rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó el saquito dorado. Aflojó el cordón, colocó el pajarito dentro y a continuación volvió a apretarlo. El saquito se quedó apoyado en su palma.

Durante un minuto no ocurrió nada. Todos (los Cazadores de Estrellas, los molusqueños y los muchachos) miraban el saquito, esperando algo.

Y entonces lo oyeron.

—¡Campanas! —gritó Alf—. ¡Son las campanas!

Procedían del saco, pero parecía como si todo el aire estuviera envuelto en ellas: un sonido encantador, delicado y tintineante, un sonido feliz, un sonido como travieso...

Y Peter lo entendió.

Se puso a mirar fijamente el saquito, con los ojos abiertos de par en par.

—Así es —reconoció Leonard, sonriendo—. Te está hablando.

—Pero ¿quién es?

—Es... —empezó Leonard, mientras aflojaba el cordón y sacaba el contenido del saco dorado.

Y ahí, en la palma de la mano, mirando directamente a Peter y ajena a los gritos ahogados de los muchachos y las exclamaciones de los molusqueños, había...

—¡Es un hada! —exclamó Peter.

—Sí —le confirmó Leonard—, o al menos ése es el nombre que reciben estas criaturas. Así es como la llamaremos, pues, Peter. Es tu hada y ella te cuidará.

El hada, de color dorado brillante, saltó de la mano de Leonard y se dirigió hacia Peter, revoloteando alrededor de su cabeza y llenando el aire con los sonidos mágicos de las campanas.

—Estos son mis amigos —explicó Peter.

—¿Con quién hablas? —le preguntó James.

—¡Con el hada! ¿No la oís hablar?

—No —dijo James—. Sólo las campanitas.

El hada se dirigió hacia Molly, dio la vuelta dos veces alrededor de ella y volvió de nuevo a Peter.



—Sí —dijo Peter—. Ésa es Molly.

Se oyeron más campanitas.

—¡No, no lo es! —protestó Peter.

—¿Qué me ha llamado? —quiso saber Molly.

—Esto... nada.

Leonard se rió.

—Parece que tienes un hada celosa —opinó—. Será muy traviesa. Pero cuidará de ti, Peter, es su trabajo.

—Gracias —musitó Peter, sin saber muy bien si deseaba un hada.

—Bueno, pues ya está —dijo Leonard—. Tenemos que volver al barco.

Leonard adoptó entonces una actitud solemne, le alargó la mano a Peter y el muchacho le devolvió el saludo.

—Adiós, Peter —se despidió Leonard—. Gracias por todo lo que has hecho y ten cuidado.

—Sí, señor. Lo tendré.

Leonard se volvió y se dirigió al bote. Alf ya estaba sentado con el resto de los Cazadores de Estrellas. Sólo Molly continuaba en la arena. Peter dio un paso hacia ella, y ella hizo lo mismo. Los otros chicos se apartaron y los dejaron hablar en privado.

—Adiós, Peter. Gracias por todo lo que has hecho por m... nosotros.

—Adiós, Molly.

Se miraron el uno al otro unos instantes. Ambos pensaban en algo que decir, pero no se les ocurría nada. Así que Molly se volvió.

—Espera —intervino Peter.

Molly se dio la vuelta mirándolo con curiosidad.

—Quizás... —empezó Peter, y se detuvo.

—¿Quizá qué?

—Quizás, estaba pensando, como puedo volar..., quizá podría ir a verte alguna

vez, a Inglaterra. ¡Podría volar hasta allí!

Molly sonrió.

—Eso sería estupendo, Peter. Eso sería genial.

Pasaron unos segundos más.

—Supongo que tendrá que ser pronto... —continuó Peter—, porque te vas a hacer mayor y yo... yo creo que no.

—Sí. —Molly se esforzaba por mantener la sonrisa—. Supongo que sí.

—Bueno, pues bien.

—Bien...

Y entonces, como no quería que lo viera llorar, Peter se volvió y Molly se volvió también. La chica había dado dos pasos hacia el bote cuando sintió su mano en el hombro y dio media vuelta; entonces él la abrazó y ella lo abrazó, sólo durante un instante, el último instante en el que ambos tendrían la misma edad.

Y entonces, con los ojos que ya le picaban, Molly corrió hasta el bote y saltó a su interior; los molusqueños cogieron el bote por los costados y lo deslizaron en el agua y los Cazadores de Estrellas agarraron los remos. Con *Ammm* a la cabeza, el bote empezó a alejarse de la playa. Molly se sentó en la popa, junto a su padre, mirando hacia Peter, que estaba solo en la orilla. Un poco más adentro en el agua, sus compañeros estaban despidiéndose con la mano, pero Peter sólo miraba, y Molly sabía que sólo la miraba a ella.

Y tenía razón: Peter continuó mirándola hasta que sólo fue un puntito en la desembocadura de la laguna y luego desapareció. Se volvió y subió con dificultad hasta la playa, donde estaba Langostino Luchador con James y los otros.

—Necesitaréis madera —dijo Langostino Luchador.

—¿Qué? —preguntó Peter.

—Para haceros una casa. Y para cocinar. Necesitaréis madera.

—Supongo que sí.

—La madera que trae el mar es buena. Buscad por la playa. Traedla aquí y mi gente os enseñará cómo hacerlo.

—Gracias.

Los chicos se dividieron para buscar madera. Peter caminaba por la orilla. Pensó en volar, pero decidió que le apetecía mucho más caminar; se notaba como entumecido y estaba feliz por tener una tarea que lo mantuviera ocupado. Había recorrido ya varios cientos de metros cuando lo vio, deslizándose arriba y abajo en la arena arrastrado por el suave oleaje: un trozo de madera, pintado, de casi dos metros de largo.

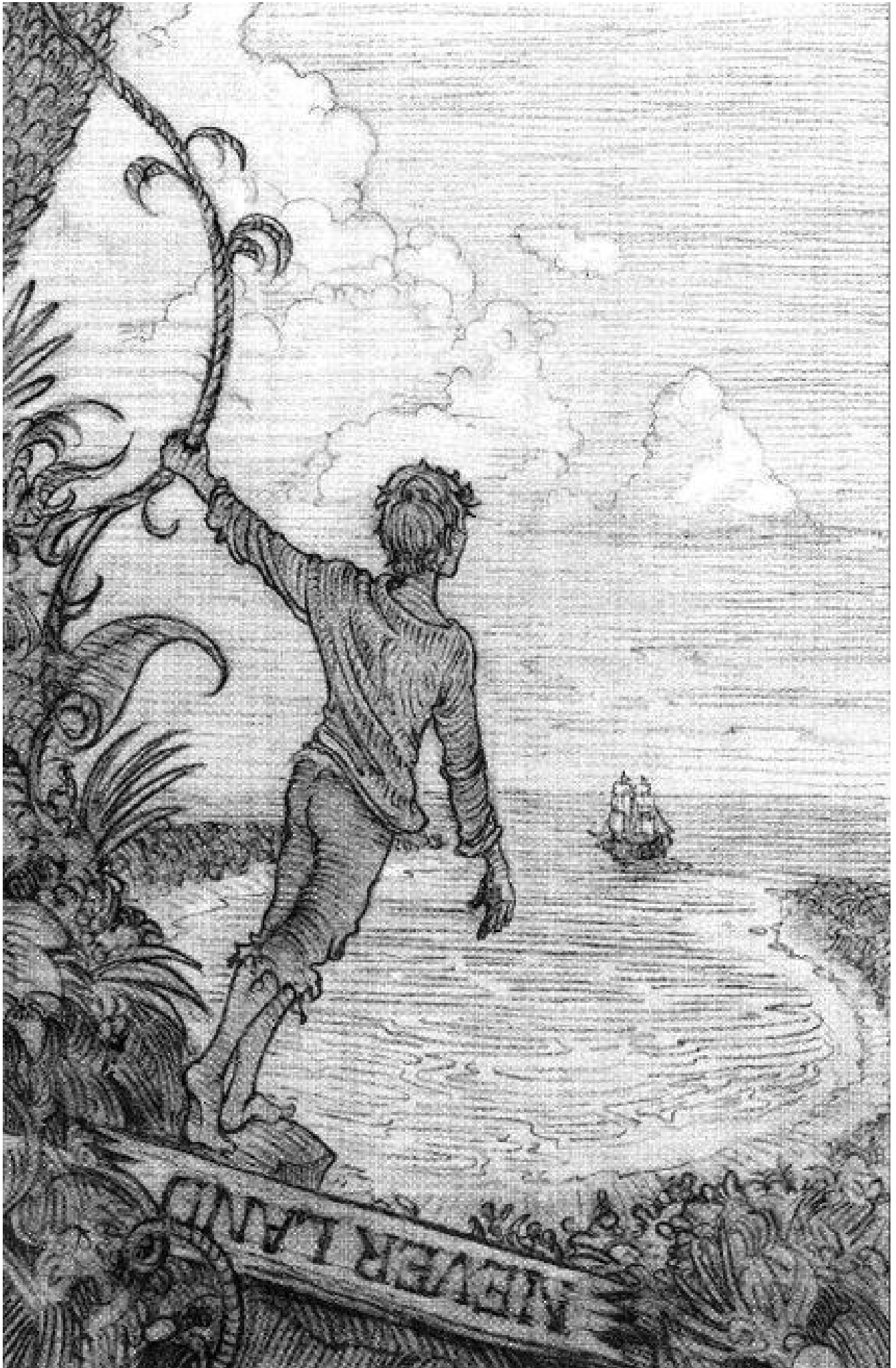
Se acercó hasta él y lo recogió. Había letras en la parte de abajo, letras que había visto antes, en el barco que lo había traído desde Londres, el barco que había naufragado en el arrecife que protegía aquella isla. Las letras decían:

NUNCA JAMÁS

Peter las miró. Y entonces miró a su alrededor: la laguna, la roca donde descansaban las sirenas (;sirenas!), la playa bordeada de palmeras, al hada tintineante que revoloteaba sobre su cabeza, a sus nuevos amigos los molusqueños y las montañas, cubiertas de selva y repletas de piratas, que se erguían por encima de todo lo demás.

Entonces volvió a mirar la tabla y se rió sonoramente.

—Ahí es exactamente donde estoy —dijo.



Continuará en
Peter Pan y los ladrones de sombras

Agradecimientos

Damos las gracias a quien inventó el correo electrónico, porque sin él no habiéramos sabido cómo se puede escribir un libro estando uno en St. Louis y el otro en Miami.

Damos las gracias a Wendy Lefkon, quien tras leer sólo los primeros capítulos decidió que quería publicarnos el libro, aunque por aquel entonces ella no conocía hacia dónde nos llevaría la historia, y nosotros tampoco.

Damos las gracias a Al Zuckerman, de la agencia Ridley, y a Al Hart, de la agencia Dave, porque cuando uno tiene dos Als representándote, sabes que estás en buenas manos.

Damos las gracias a Judi Smith, Nancy Litzinger y Louise Marsh, quienes nos mantuvieron cuerdos y organizados, o al menos organizados.

Y sobre todo damos las gracias a Paige Pearson, por preguntar una noche a su papá, después del cuento para dormir, cómo conoció exactamente un niño volador a cierto pirata.

Dave Barry y Ridley Pearson



DAVE BARRY (Armonk, Nueva York, 3 de julio de 1947) es un autor de superventas estadounidense y humorista ganador de un Premio Pulitzer, que escribió una columna distribuida a escala nacional para *The Miami Herald* de 1983 a 2005.

Barry nació en Armonk, Nueva York, donde su padre, David Barry, Sr., era un pastor presbiteriano. Se educó en Pleasantville High School donde fue elegido payaso de la clase en 1965. Se licenció en inglés en el Haverford College en 1969. Como hijo de un pastor y alumno de una escuela afiliada a los cuáqueros, Barry evitó el servicio militar durante la Guerra de Vietnam registrándose como objetor de conciencia religioso.

Barry y su primera esposa, Beth, tuvieron un hijo, Robert, en 1980. Los Barry se divorciaron a mediados de los años 1990. En 1996, Barry se casó con la periodista deportiva de *The Miami Herald* Michelle Kaufman; tuvieron una hija, Sophie, en 2000. Todos son mencionados con regularidad en las columnas de Barry, aunque su divorcio no fue nunca mencionado. Sin embargo, el encuentro inicial y el noviazgo de Barry con Michelle generalmente se piensa que fueron exagerados en un epílogo de su libro *Dave Barry in Cyberspace*, pero con los nombres cambiados: Barry se presenta como «RayAdverb» (un anagrama de «Dave Barry»), y Michelle está representada por «MsPtato»



RIDLEY PEARSON (Glen Cove, Nueva York, 13 de marzo de 1953), escritor estadounidense. Sus temáticas al escribir suelen ser suspense y thriller, pero recientemente ha comenzado a escribir novelas infantiles.

Fue criado por sus padres, Robert y Betsy Pearson, en Riverside Connecticut junto con sus hermanos Bradley y Wendy. Asistió a la Escuela Pomfret, y luego a la Universidad de Kansas y a la Universidad Brown. Actualmente vive en Saint Louis, Misuri con su esposa Marcelle, y sus dos hijas, Paige y Storey.

Pearson toca el bajo y canta en la banda Rock Bottom Reminders, la cual está formada totalmente por escritores.